

EL PRECIO DE LA GRACIA
EL SEGUIMIENTO

Dietrich Bonhoeffer



El libro nos muestra lo que es la llamada al seguimiento de Cristo. A Bonhoeffer le preocupa lo que puede significar esta realidad para todos los estamentos humanos. Partiendo de una base bíblica, ve el seguimiento de Cristo como la liberación del hombre con respecto a los preceptos humanos, a todo lo que oprime y agobia, a todo lo que preocupa y atormenta a la conciencia. En el seguimiento, los hombres abandonan el duro yugo de sus propias leyes para tomar el yugo suave de Jesús. La liberación plena del hombre para alcanzar la comunión con Jesús sólo es posible allí donde subsiste el precepto íntegro de Jesús y su llamada a seguirle sin reservas.

Dietrich Bonhoeffer nació en 1906 en Breslau (Alemania). Fue pastor, teólogo y profesor. Miembro de la Iglesia confesante alemana, participó activamente en la resistencia contra Hitler. Encarcelado en 1943, fue ejecutado el 9 de abril de 1945.

Verdad
e Imagen
TEOLOGIA

SIGUEME

EDICIONES
nº 95



Dietrich Bonhoeffer

Dietrich Bonhoeffer nació en Breslau (Alemania) en 1906. Estudió teología en la Universidad de Berlín (1923-1927), completando sus estudios en el Union Theological Seminary de Nueva York. Fue vicario en Barcelona, pastor en Londres y profesor de la Universidad de Berlín. En 1935 es nombrado director del seminario de la Iglesia confesante en Finkenwalde. En junio de 1939 acepta la invitación para dictar un curso en los Estados Unidos, pero en agosto, ante las inquietantes perspectivas de una nueva guerra, decide regresar voluntariamente a su país. A partir de 1940 la Iglesia confesante le encomienda algunas misiones especiales. El 5 de abril de 1943 es detenido y encarcelado en Berlín. El 9 de abril de 1945 es ejecutado en Flossenbürg.

Entre sus obras podemos destacar *Vida en comunidad*, *Ética y Resistencia y sumisión*. *Cartas y apuntes desde el cautiverio*.

EL PRECIO DE LA GRACIA
EL SEGUIMIENTO

VERDAD E IMAGEN
95

DIETRICH BONHOEFFER

**EL PRECIO
DE LA GRACIA**

EL SEGUIMIENTO

SEXTA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2004

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
---------------------------	---

I. SEGUIR A CRISTO

1. La gracia cara	15
2. La llamada al seguimiento	27
3. La obediencia sencilla	47
4. El seguimiento y la cruz	53
5. El seguimiento y el individuo	61
6. El sermón del monte	69
1. Mt 5: Sobre lo «extraordinario» de la vida cristiana .	69
2. Mt 6: Sobre el carácter oculto de la vida cristiana	107
3. Mt 7: La segregación de la comunidad de los discípulos	128
4. Mt 9, 35–10, 42: Los mensajeros	141

II. LA IGLESIA DE JESUCRISTO Y EL SEGUIMIENTO

1. Cuestiones preliminares	159
2. El bautismo	163
3. El cuerpo de Cristo	171
4. La Iglesia visible	183
5. Los santos	205
6. La imagen de Cristo	229

ex libris eltropical

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo José L. Sicre
sobre el original alemán *Nachfolge*

© Chr. Kaiser Verlag, 1937
© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 1968
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-0075-X
Depósito legal: S. 869-2004
Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2004

INTRODUCCIÓN

Resulta natural en los periodos de renovación eclesiástica que la sagrada Escritura se nos vuelva mucho más rica. Tras las indispensables órdenes del día y consignas de combate de las controversias eclesiásticas, bullen una búsqueda e investigación intensas referentes a lo único que nos interesa: Jesucristo mismo. ¿Qué ha querido decirnos Jesús? ¿Qué quiere hoy de nosotros? ¿Cómo nos ayuda hoy a ser cristianos fieles?

En definitiva, lo importante para nosotros no es lo que quiere este o aquel hombre de Iglesia, sino saber lo que quiere Jesús. Cuando acudimos a la predicación deseamos oír sus propias palabras. No sólo por interés personal, sino pensando también en todos los hombres para los que la Iglesia y su mensaje se han vuelto extraños. Estamos firmemente persuadidos de que serían otros hombres completamente distintos los que escucharían la Palabra, y otros hombres completamente distintos los que se apartarían de ella, si Jesús mismo y Jesús solo, con su palabra, se encontrase en medio de nosotros en la predicación.

No quiero decir que la predicación de nuestra Iglesia no sea ya palabra de Dios. ¡Pero cuántas resonancias impuras, cuántas leyes humanas y duras, cuántas esperanzas y consuelos falsos turban aún la palabra límpida de Jesús y dificultan la auténtica decisión! Por consiguiente, no es sólo culpa de los otros el que encuentren dura y difícil nuestra predicación –que ciertamente sólo quiere ser predicación de Cristo– ya que está cargada de fórmulas y conceptos que les resultan extraños. No es cierto que todo lo que se dice hoy contra nuestra predicación constituya una renuncia de Cristo, un anticristianismo. ¿Queremos negar realmente toda comunión con esos innumerables hombres de nuestros días que acuden a nuestra predica-

ción, desean oírla y, sin embargo, deben reconocer con tristeza que les hacemos demasiado difícil el acceso a Jesús? Ellos creen que no pretenden alejarse de la palabra misma de Jesús, sino que son muchos los elementos institucionales, humanos, doctrinales, que se interponen entre ellos y Jesús.

¿Quién de nosotros no conoce todas las respuestas que podrían darse a esto, y con las que sería posible y fácil declinar toda responsabilidad con respecto a los hombres? Pero ¿no sería también una respuesta el preguntarnos si no ponemos a menudo obstáculos a la palabra de Jesús cuando nos apegamos con excesiva fuerza a determinadas fórmulas, a un tipo de predicación condicionado por su época, su lugar de origen, su estructura social, cuando predicamos de forma demasiado «dogmática» y muy poco «vital», cuando repetimos a gusto ciertos pensamientos de la Escritura y pasamos de largo junto a otras palabras muy importantes, cuando predicamos excesivamente sobre nuestras propias convicciones e ideas y muy poco sobre el mismo Jesús?

Nada contradiría más profundamente nuestras propias intenciones ni, al mismo tiempo, sería más perjudicial para el anuncio del Evangelio que el agobiar con pesados preceptos humanos a los que están fatigados y cansados y que Jesús llama hacia sí; con esto los alejaríamos de nuevo de Jesús, y el amor de Cristo se convertiría en objeto de burla ante los cristianos y los paganos. Pero como en esto los problemas y las autocríticas generales no sirven para nada, volvámonos hacia la Escritura, hacia la palabra y el llamamiento del mismo Jesús. Saliendo de la pobreza y de los estrechos límites de nuestras concepciones y problemas personales, buscaremos la inmensidad y la riqueza que nos han sido concedidas en Jesús.

Queremos hablar de la llamada al seguimiento de Cristo. ¿Imponemos con esto al hombre un nuevo yugo, aún más pesado? ¿Añadimos a los preceptos humanos, bajo los que gimen las almas y los cuerpos, otros preceptos aún más duros e incompasivos? Al recordar el seguimiento de Jesús, ¿no clavaremos un aguijón más afilado en las conciencias inquietas y heridas? ¿Es que vamos a imponer, una vez más en la historia de la Iglesia, unas exigencias imposibles, vejatorias, excéntricas, cuyo cumplimiento podrá constituir un lujo piadoso para algunos, pero que el hombre que trabaja y se preocupa por su pan, su profesión, su familia, debe rechazar

como la forma más impía de tentar a Dios? ¿Pretende la Iglesia establecer una soberanía espiritual sobre los hombres, instituyendo y ordenando por propia autoridad, bajo amenaza de sanciones terrenas y eternas, todo lo que un hombre debe creer y hacer para salvarse? ¿Establecerá la palabra de la Iglesia una nueva tiranía y violencia sobre las almas? Es posible que muchos hombres anhelan una esclavitud de este tipo. Pero ¿puede ponerse la Iglesia al servicio de tal deseo?

Cuando la sagrada Escritura habla del seguimiento de Cristo predica con ello la liberación del hombre con respecto a todos los preceptos humanos, con respecto a todo lo que oprime y agobia, a todo lo que preocupa y atormenta a la conciencia. En el seguimiento, los hombres abandonan el duro yugo de sus propias leyes para tomar el suave yugo de Jesucristo. ¿Significa esto cortar con la seriedad de los preceptos de Jesús? No; más bien la liberación plena del hombre para alcanzar la comunión con Jesús sólo es posible allí donde subsiste el precepto íntegro de Jesús y su llamada a seguirle sin reservas.

Quien obedece plenamente al precepto de Jesús, quien acepta sin protestas su yugo, ve aligerarse la carga que ha de llevar, encuentra en la dulce presión de este yugo la fuerza que le ayuda a marchar sin fatiga por el buen camino. El precepto de Jesús es duro, inhumanamente duro, para el que se resiste a él. Pero es suave y ligero para el que se somete voluntariamente. «Sus mandamientos no son pesados» (1 Jn 5, 3). El precepto de Jesús no tiene nada que ver con una curación del alma por medio de *shocks*. Jesús no exige nada de nosotros sin darnos la fuerza para cumplirlo. El precepto de Jesús nunca quiere destruir la vida, sino conservarla, robustecerla, sanarla.

Pero todavía nos preocupa el problema de saber qué puede significar hoy para el obrero, el hombre de negocios, el agricultor, el soldado, la llamada de Jesús al seguimiento; el problema de saber si no pesaría una tensión insoportable sobre la existencia del hombre y del cristiano que trabaja en este mundo. El cristianismo del seguimiento de Jesús, ¿no es un asunto para un número muy limitado de personas? ¿No significa una repulsa de las grandes masas del pueblo, un desprecio de los pobres y débiles? ¿No se reniega con él de la gran misericordia de Jesucristo, que se acercó a los pe-

cadore y publicanos, a los pobres y débiles, a los extraviados y desesperados? ¿Qué diremos a esto? ¿Son pocos o muchos los que pertenecen a Jesús? Jesús murió solo en la cruz, abandonado por sus discípulos. Junto a él no pendían dos de sus fieles, sino dos asesinos. Pero al pie de la cruz se encontraban todos, enemigos y creyentes, los que dudaban y los que temían, los que se burlaban de él y aquellos sobre los que él había triunfado; por todos ellos y por sus pecados se elevó en esta hora la oración de Jesús pidiendo a Dios que los perdonase. El amor misericordioso de Dios vive en medio de sus enemigos. Es el mismo Jesús que nos llama por su gracia a seguirle, y cuyo perdón hizo feliz en sus últimos momentos al ladrón crucificado.

¿Adónde conducirá la llamada al seguimiento a los que sigan a Jesús? ¿Qué decisiones y rupturas llevará consigo? Debemos acudir con estas preguntas al único que tiene la respuesta. Sólo Jesucristo, que ordena el seguimiento, sabe a dónde lleva el camino. Pero nosotros sabemos con toda certeza que será un camino mucho más misericordioso de lo que podemos pensar. El seguimiento es la alegría.

Hoy día parece muy difícil caminar por el estrecho sendero de las decisiones eclesíásticas manteniéndonos simultáneamente en la inmensidad del amor de Cristo para con todos los hombres, en la inmensidad de la paciencia, de la misericordia, de la «filantropía» de Dios (Tit 3, 4) para con los débiles e impíos: sin embargo, ambas cosas deben permanecer unidas, o de lo contrario marcharemos por caminos humanos. Que Dios nos conceda la alegría en medio de la seriedad del seguimiento, el «sí» al pecador en todo «no» al pecado, la palabra triunfante y victoriosa del Evangelio en medio de la resistencia contra nuestros enemigos. «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11, 28s).

La gracia cara

La gracia barata es el enemigo mortal de nuestra Iglesia. Hoy combatimos en favor de la gracia cara.

La gracia barata es la gracia considerada como una mercancía que hay que liquidar, es el perdón malbaratado, el consuelo malbaratado, el sacramento malbaratado, es la gracia como almacén inagotable de la Iglesia, de donde la toman unas manos inconsideradas para distribuirla sin vacilación ni límites; es la gracia sin precio, que no cuesta nada. Porque se dice que, según la naturaleza misma de la gracia, la factura ha sido pagada de antemano para todos los tiempos. Gracias a que esta factura ya ha sido pagada podemos tenerlo todo gratis. Los gastos cubiertos son infinitamente grandes y, por consiguiente, las posibilidades de utilización y de dilapidación son también infinitamente grandes. Por otra parte, ¿qué sería una gracia que no fuese gracia barata?

La gracia barata es la gracia como doctrina, como principio, como sistema, es el perdón de los pecados considerado como una verdad universal, es el amor de Dios interpretado como idea cristiana de Dios. Quien la afirma posee ya el perdón de sus pecados. La Iglesia de esta doctrina de la gracia participa ya de esta gracia por su misma doctrina. En esta Iglesia, el mundo encuentra un velo barato para cubrir sus pecados, de los que no se arrepiente y de los que no desea liberarse. Por esto, la gracia barata es la negación de la palabra viva de Dios, es la negación de la encarnación del Verbo de Dios.

La gracia barata es la justificación del pecado y no del pecador. Puesto que la gracia lo hace todo por sí sola, las cosas deben quedar como antes. «Todas nuestras obras son vanas». El mundo sigue siendo mundo y nosotros seguimos siendo pecadores «incluso cuando llevamos la vida mejor». Que el cristiano viva, pues, como

el mundo, que se asemeje en todo a él y que no procure, bajo pena de caer en la herejía del iluminismo, llevar bajo la gracia una vida diferente de la que se lleva bajo el pecado. Que se guarde de enfurecerse contra la gracia, de burlarse de la gracia inmensa, barata, y de reintroducir la esclavitud a la letra intentando vivir en obediencia a los mandamientos de Jesucristo. El mundo está justificado por gracia; por eso –a causa de la seriedad de esta gracia, para no poner resistencia a esta gracia irreemplazable– el cristiano debe vivir como el resto del mundo.

Le gustaría hacer algo extraordinario; no hacerlo, sino verse obligado a vivir mundanamente, es sin duda para él la renuncia más dolorosa. Sin embargo, tiene que llevar a cabo esta renuncia, negarse a sí mismo, no distinguirse del mundo en su modo de vida. Debe dejar que la gracia sea realmente gracia, a fin de no destruir la fe que tiene el mundo en esta gracia barata. Pero en su mundanidad, en esta renuncia necesaria que debe aceptar por amor al mundo –o mejor, por amor a la gracia– el cristiano debe estar tranquilo y seguro (*securus*) en la posesión de esta gracia que lo hace todo por sí sola. El cristiano no tiene que seguir a Jesucristo; le basta con consolarse en esta gracia. Esta es la gracia barata como justificación del pecado, pero no del pecador arrepentido, del pecador que abandona su pecado y se convierte; no es el perdón de los pecados el que nos separa del pecado. La gracia barata es la gracia que tenemos por nosotros mismos.

La gracia barata es la predicación del perdón sin arrepentimiento, el bautismo sin disciplina eclesiástica, la eucaristía sin confesión de los pecados, la absolución sin confesión personal. La gracia barata es la gracia sin seguimiento de Cristo, la gracia sin cruz, la gracia sin Jesucristo vivo y encarnado.

La gracia cara es el tesoro oculto en el campo por el que el hombre vende todo lo que tiene; es la perla preciosa por la que el mercader entrega todos sus bienes; es el reino de Cristo por el que el hombre se arranca el ojo que le escandaliza; es la llamada de Jesucristo que hace que el discípulo abandone sus redes y le siga.

La gracia cara es el Evangelio que siempre hemos de buscar, son los dones que hemos de pedir, es la puerta a la que se llama.

Es cara porque llama al seguimiento, es gracia porque llama al seguimiento de *Jesucristo*; es cara porque le cuesta al hombre la vi-

da, es gracia porque le regala la vida; es cara porque condena el pecado, es gracia porque justifica al pecador. Sobre todo, la gracia es cara porque ha costado cara a Dios, porque le ha costado la vida de su Hijo –«habéis sido adquiridos a gran precio»– y porque lo que ha costado caro a Dios no puede resultarnos barato a nosotros. Es gracia, sobre todo, porque Dios no ha considerado a su Hijo demasiado caro con tal de devolvernos la vida, entregándolo por nosotros. La gracia cara es la encarnación de Dios.

La gracia cara es la gracia como santuario de Dios que hay que proteger del mundo, que no puede ser entregado a los perros; por tanto, es la gracia como palabra viva, palabra de Dios que él mismo pronuncia cuando le agrada. Esta palabra llega a nosotros en la forma de una llamada misericordiosa a seguir a Jesús, se presenta al espíritu angustiado y al corazón abatido como una palabra de perdón. La gracia es cara porque obliga al hombre a someterse al yugo del seguimiento de Jesucristo, pero es una gracia el que Jesús diga: «Mi yugo es suave y mi carga ligera».

Dos veces escuchó Pedro la llamada: «Sígueme». Fue la primera y la última palabra dirigida por Jesús a su discípulo (Mc 1, 17; Jn 21, 22). Toda su vida se encuentra comprendida entre estas dos llamadas. La primera vez, al borde del lago de Genesaret, Pedro, al escuchar el llamamiento de Jesús, había abandonado sus redes, su profesión, y le había seguido confiando en su palabra. La última vez, el resucitado vuelve a encontrar a Pedro al borde del lago de Genesaret, ejerciendo su antigua profesión, y le repite: «Sígueme». Entre ambas se desarrolla toda una vida de seguimiento de Cristo. En el centro se halla la confesión en la que Pedro reconoce a Jesús como el Cristo de Dios. Tres veces, al principio, al fin y en Cesarea de Filipo, Pedro ha oído anunciar la misma cosa: Cristo es su Señor y su Dios. Es la misma gracia de Cristo la que le llama: «Sígueme», y que se revela en su confesión del Hijo de Dios.

Tres veces se ha detenido en el camino de Pedro la gracia, la única gracia anunciada de tres formas diferentes; así quedaba claro que era la gracia propia de Cristo, y no una gracia que el discípulo se habría atribuido personalmente. Fue la misma gracia de Cristo la que triunfó sobre el discípulo, llevándole a abandonar todo a causa del seguimiento, la que suscitó en él la confesión que debía parecer blasfema al mundo; fue la misma gracia la que llamó

al infiel Pedro a entrar en la comunión definitiva del martirio, perdonándole así todos sus pecados. En la vida de Pedro, la gracia y el seguimiento están indisolublemente ligados. Él había recibido la gracia cara.

Con la extensión del cristianismo y la secularización creciente de la Iglesia, la noción de gracia cara se perdió gradualmente. El mundo estaba cristianizado y la gracia se había convertido en el bien común de un mundo cristiano. Se la podía adquirir muy barata. Y, sin embargo, la Iglesia romana conservó un resto de esta noción primera. Fue de enorme importancia que el monaquismo no se separase de la Iglesia y que la prudencia de la Iglesia soportase al monaquismo. En este lugar, en la periferia de la Iglesia, se mantuvo la idea de que la gracia es cara, de que la gracia implica el seguimiento. Unos hombres, por amor a Cristo, perdían todo lo que tenían e intentaban seguir en la práctica diaria los severos preceptos de Jesús. La vida monacal se convirtió en una protesta viva contra la secularización del cristianismo y el abaratamiento de la gracia.

Pero la Iglesia, soportando esta protesta y no dejándola desarrollarse hasta sus últimas consecuencias, la relativizó; más aún, sacó de ella misma la justificación de su propia vida secularizada; porque ahora la vida monacal se convirtió en la proeza aislada de unos pocos, a la que no podía obligarse a la masa del pueblo de la Iglesia. La funesta limitación de la validez de los preceptos de Jesús para un grupo de hombres especialmente cualificados condujo a distinguir un nivel superior y otro inferior en la obediencia cristiana. Con esto, en todos los ataques posteriores contra la mundanización de la Iglesia, podía indicarse la posibilidad de seguir el camino del monaquismo en el interior de la Iglesia, al lado del cual estaba perfectamente justificada la eventualidad de otro camino más fácil.

De este modo, la referencia a la concepción cristiana de la gracia cara, tal como debería haberla mantenido el monaquismo en la Iglesia de Roma, se convirtió de forma paradójica en la justificación última de la secularización de la Iglesia. En todo esto, el error del monaquismo, prescindiendo de todas las falsas interpretaciones de la voluntad de Jesús, no consistió en recorrer el camino de la gracia en un seguimiento estricto; más bien, se alejó de lo cristiano al dejar que su camino se convirtiese en la proeza aislada y libre de

unos pocos y al reivindicar para esta conducta un carácter meritorio particular.

Cuando Dios, por medio de su siervo Martín Lutero, suscitó en la Reforma el evangelio de la gracia pura, cara, condujo a Lutero al claustro. Lutero fue monje. Había abandonado todo y quería seguir a Cristo en la obediencia total. Renunció al mundo y emprendió su tarea cristiana. Aprendió a obedecer a Cristo y a su Iglesia, porque sabía que sólo el obediente puede creer. La llamada al convento le costó a Lutero la entrega plena de su vida. Lutero fracasó en su camino hacia Dios. Dios le mostró por medio de la Escritura que el seguimiento de Jesús no es la proeza aislada de unos pocos, sino un precepto divino dirigido a todos los cristianos. La humilde empresa del seguimiento se había convertido dentro del monaquismo en una obra meritoria propia de santos. La autonegación de los seguidores se revelaba aquí como la última autoafirmación espiritual de los piadosos. Con esto, el mundo se había introducido en medio de la vida monacal y actuaba en ella peligrosamente. A través de la huida monástica del mundo podía distinguirse una de las formas más sutiles de amor al mundo.

Lutero captó la gracia en este momento en que desaparecía la última posibilidad de llevar una vida piadosa. Vio en la caída del mundo monacal la mano salvadora de Dios, tendida en Jesucristo. Se agarró a ella, seguro de que «todas nuestras obras son vanas, incluso en la vida mejor». La gracia que se le ofrecía era cara, destruyó toda su existencia. Una vez más, tuvo que abandonar sus redes y seguir a Cristo. La primera vez, cuando entró en el convento, había dejado todo tras sí, a excepción de él mismo, de su «yo» piadoso. En esta ocasión, incluso esto se le retiraba. Ya no se guió más por su propio mérito, sino por la gracia de Dios. No se le dijo: Ciertamente, has pecado, pero se te ha perdonado todo; sigue donde estás y consuélate con el perdón. Lutero debió dejar el convento y volver al mundo, no porque el mundo fuese bueno y santo, sino porque el convento no era más que mundo.

El camino de Lutero, saliendo del convento para volver al mundo, representa el ataque más duro dirigido contra el mundo desde el cristianismo primitivo. La negativa dada al mundo por el monje era un juego de niños en comparación con la negativa experimentada por el mundo de parte del que volvía a él. El ataque venía de

frente, era preciso seguir a Jesús en medio del mundo. Lo que había sido practicado como una proeza aislada, en medio de las circunstancias y facilidades particulares de la vida conventual, se convertía ahora en una necesidad y un precepto para todo cristiano que vive en el mundo. De este modo se agravó de forma imprevisible el conflicto entre la vida del cristiano y la vida del mundo. El cristiano se agarraba al mundo en una lucha cuerpo a cuerpo.

No es posible interpretar de forma más funesta la acción de Lutero que pensando que, al descubrir el evangelio de la pura gracia, dispensó de la obediencia a los mandamientos de Jesús en este mundo, y que el descubrimiento de la Reforma ha sido la canonización, la justificación del mundo por medio de la gracia que perdona.

Para Lutero, la vocación secular del cristiano sólo se justifica por el hecho de que en ella se manifiesta de la forma más aguda la protesta contra el mundo. Sólo en la medida en que la vocación secular del cristiano se ejerce en el seguimiento de Jesús recibe, a partir del Evangelio, una justificación nueva. No fue la justificación del pecado, sino la del pecador, la que condujo a Lutero a salir del convento. La gracia cara fue la que se concedió a Lutero. Era gracia, porque era como agua sobre una tierra árida, porque consolaba en la angustia, porque liberaba a los hombres de la esclavitud a los caminos que ellos habían elegido, porque era el perdón de todos los pecados. Era gracia cara porque no dispensaba del trabajo; al contrario, hacía mucho más obligatoria la llamada a seguir a Jesús. Pero precisamente porque era cara era gracia, y precisamente porque era gracia era cara. Este fue el secreto del evangelio de la Reforma, el secreto de la justificación del pecador.

Sin embargo, en la historia de la Reforma, quien obtuvo la victoria no fue la idea luterana de la gracia pura, costosa, sino el instinto religioso del hombre, siempre despierto para descubrir el lugar donde puede adquirirse la gracia al precio más barato. Sólo hacía falta un leve desplazamiento del acento, apenas perceptible, para que el trabajo más peligroso y pernicioso se hubiese realizado. Lutero había enseñado que el hombre, incluso en sus obras y caminos más piadosos, no podría subsistir delante de Dios porque, en el fondo, se busca siempre a sí mismo. Y, en medio de esta preocupación, había captado en la fe la gracia del perdón libre e incondicional de todos los pecados.

Lutero sabía que esta gracia le había costado toda una vida y que seguía exigiendo su precio diariamente. Porque, por la gracia, no se sentía dispensado del seguimiento, sino que, al contrario, se veía obligado a él ahora más que nunca. Cuando Lutero hablaba de la gracia pensaba siempre, al mismo tiempo, en su propia vida, que sólo por la gracia había sido sometida a la obediencia total a Cristo. No podía hablar de la gracia más que de esta forma. Lutero había dicho que la gracia actúa sola; sus discípulos lo repitieron literalmente, con la única diferencia de que se olvidaron pronto de pensar y decir lo que Lutero siempre había considerado como algo natural: el seguimiento, del que no necesitaba hablar porque se expresaba como un hombre al que la gracia había conducido al seguimiento más estricto de Jesús. La doctrina de los discípulos dependía, pues, de la doctrina de Lutero y, sin embargo, esta doctrina fue el fin, el aniquilamiento de la Reforma en cuanto revelación de la gracia cara de Dios sobre la tierra. La justificación del pecador en el mundo se transformó en justificación del pecado y del mundo. La gracia cara se volvió gracia barata, sin seguimiento.

Cuando Lutero decía que nuestras obras son vanas incluso en la mejor vida y que, por consiguiente, nada tiene valor delante de Dios «a no ser la gracia y la misericordia para perdonar los pecados», lo decía como hombre que, hasta este momento y en este momento preciso, se sabía llamado siempre de nuevo al seguimiento de Jesús, al abandono de todo lo que tenía. El conocimiento de la gracia supuso para él la ruptura última y radical con el pecado de su vida, pero nunca su justificación. Significó, cuando él captó la gracia, la renuncia radical y última a una vida según su propia voluntad, con lo que se mostró verdaderamente como una llamada seria al seguimiento. Esto fue para él un «resultado», pero un resultado divino, no humano. Sin embargo, sus sucesores convirtieron este resultado en el presupuesto básico de un cálculo. Y aquí está el fallo.

Si la gracia es el resultado, dado por el mismo Cristo, de la vida cristiana, entonces esta vida no está dispensada del seguimiento en ningún instante. Si, por el contrario, la gracia es el presupuesto básico de mi vida cristiana, poseo de antemano la justificación de los pecados que cometo durante mi vida en este mundo. Puedo seguir pecando, confiado en esta gracia, puesto que el mundo, en principio, está justificado por gracia. Consiguientemente, me mantengo como

antes en mi existencia cívico-mundana, las cosas siguen como antes y puedo estar seguro de que la gracia de Dios me cubre. Bajo esta gracia, el mundo entero se ha hecho «cristiano», pero bajo esta gracia el cristianismo se ha hecho mundo de una forma mucho más acentuada que antes. El conflicto entre la vida cristiana y la vida cívico-mundana queda eliminado.

Según esto, la vida cristiana consiste en que yo viva en el mundo y como el mundo, en que no me distinga de él en nada; por amor a la gracia, no me está permitido distinguirme de él ni siquiera en lo más mínimo. La vida cristiana consiste en que yo pase, en un momento determinado, de la esfera del mundo a la de la Iglesia, para asegurarme el perdón de mis pecados. Estoy dispensado del seguimiento de Jesús por la gracia barata, que debe ser el enemigo más encarnizado del seguimiento, que debe odiar y despreciar el verdadero seguimiento. La gracia como presupuesto es la gracia barata; la gracia como resultado es la gracia cara.

Asusta reconocer todo lo que aquí encontramos, la forma en que se enuncia y utiliza una verdad evangélica. Es la misma palabra de la justificación por la fe (*Gnade*) sola y, sin embargo, un uso falso de esta misma frase ha conducido a la destrucción total de su esencia. Cuando Fausto, al final de toda una vida esforzándose por conocer las cosas, dice: «Veo que no podemos saber nada», nos ofrece un resultado, algo completamente distinto a si esta frase fuese dicha por un estudiante de primer curso para justificar su pereza (Kierkegaard). En cuanto resultado, la frase es verdadera; en cuanto presupuesto, es engañarse a sí mismo. Esto significa que un conocimiento no puede ser separado de la existencia en la que es adquirido. Sólo quien renuncia a todo lo que tiene, siguiendo a Jesucristo, puede decir que es justificado por la fe (*Gnade*) sola. Reconoce la llamada al seguimiento como gracia y la gracia como esta llamada. Pero quien, basándose en esta gracia, quiere dispensarse de seguir a Cristo, se engaña a sí mismo.

Pero, ¿no se encontró el mismo Lutero muy cerca de cometer idéntico error al interpretar la gracia? ¿Qué sentido tiene cuando dice: «*Pecca fortiter, sed fortius fide et gaude in Christo*» – «Peca valientemente, pero cree y alégrate en Cristo con mucha más valentía» (*Enders* 3, 208, 118s)? Significa: eres pecador y no podrás salir nunca de tu pecado; ya seas monje o laico, ya quieras ser pia-

doso o malo, no puedes escapar de las redes del mundo, pecas. Peca, pues, valientemente, basándote en la gracia que se te ha dado. ¿Se trata de una proclamación abierta de la gracia barata, de un salvoconducto concedido al pecado, de la supresión del seguimiento? ¿Es una invitación blasfema a pecar deliberadamente, basándose en la gracia? ¿Puede darse un desprecio más demoníaco de la gracia que el pecar por cuenta de la gracia de Dios que nos ha sido dada? ¿No tiene razón el catecismo católico cuando descubre aquí el pecado contra el Espíritu santo?

Para entender esto conviene distinguir entre resultado y presupuesto. Si la frase de Lutero es el presupuesto de una teología de la gracia, entonces lo que proclama es la gracia barata. Pero esta frase no hay que entenderla como punto de partida, sino como punto final, como resultado, como clave del arco, como palabra última. Entendido como presupuesto, el *pecca fortiter* se convierte en principio ético; y a un principio de la gracia debe corresponder el principio del *pecca fortiter*. Es la justificación del pecado. De este modo se invierte por completo el sentido de la frase de Lutero. «Peca valientemente»: para Lutero, esto no podía ser más que un recurso último, una exhortación dirigida al que, en el camino del seguimiento, reconoce que no puede desembarazarse de su pecado y, aterrado por su vista, desespera de la gracia de Dios.

Para él, el «peca valientemente» no es una especie de confirmación deliberada de su vida desobediente, sino el evangelio de la gracia de Dios, ante el cual somos pecadores siempre y en toda situación, este evangelio que nos busca y justifica precisamente en cuanto pecadores. Confiesa valientemente tu pecado, no intentes escapar de él, sino «cree aún más valientemente». Eres un pecador. Pues bien, sé un pecador, no quieras ser otra cosa que lo que eres; vuélvete incluso diariamente un pecador y selo con valentía.

Pero, ¿a quién puede decirse esto, sino a quien diariamente, con todo su corazón, rompe con el pecado, a quien diariamente rompe con todo lo que le impide el seguimiento de Jesús y que, a pesar de todo, se muestra inconsolable por su infidelidad y su pecado diarios? ¿Quién puede escuchar estas palabras sin peligro para su fe, sino el que sabe que tal consuelo vuelve a llamarle al seguimiento de Jesucristo? Así, entendida como resultado, la frase de Lutero es gracia cara, la única gracia verdadera.

La gracia como principio, el *pecca fortiter* como principio, la gracia barata, no es en definitiva más que una nueva ley que no ayuda ni libera. La gracia como palabra viva, el *pecca fortiter* como consuelo en la tentación, como llamada al seguimiento, la gracia cara, es la única gracia pura que perdona realmente los pecados y libera realmente al pecador.

Nos hemos reunido como cuervos alrededor del cadáver de la gracia barata y hemos chupado de él el veneno que ha hecho morir entre nosotros el seguimiento de Jesús. Es innegable que la doctrina de la gracia pura ha experimentado una apoteosis sin igual, convirtiéndose en el mismo Dios y en la misma gracia. Siempre se repetían las palabras de Lutero, y, sin embargo, se había falseado su auténtico sentido, engañándonos a nosotros mismos. Puesto que nuestra Iglesia posee la doctrina de la justificación es, indiscutiblemente, una Iglesia que justifica. Esto es lo que se decía.

La auténtica herencia de Lutero había que reconocerla allí donde se ofreciese la gracia al precio más barato posible. La característica del luteranismo consistía en dejar el seguimiento de Jesús a los legalistas, a los reformados, a los iluminados, y esto por amor a la gracia; en justificar al mundo y convertir en herejes a los cristianos que seguían a Cristo. Un pueblo se hizo cristiano, luterano, pero a costa del seguimiento, a un precio demasiado bajo. La gracia barata había triunfado.

Pero ¿sabemos también que esta gracia barata se ha mostrado tremendamente inmisericorde con nosotros? El precio que hemos de pagar hoy día, con el hundimiento de las iglesias organizadas, ¿significa otra cosa que la inevitable consecuencia de la gracia conseguida a bajo precio? Se ha predicado, se han administrado los sacramentos a bajo precio, se ha bautizado, confirmado, absuelto a todo un pueblo, sin hacer preguntas ni poner condiciones; por caridad humana se han dado las cosas santas a los que se burlaban y a los incrédulos, se han derramado sin fin torrentes de gracia, pero la llamada al seguimiento se escuchó cada vez menos.

¿Qué se ha hecho de las ideas de la Iglesia primitiva que, durante el catecumenado para el bautismo, vigilaba tan atentamente la frontera entre la Iglesia y el mundo, y se preocupaba tanto por la gracia cara? ¿Qué se ha hecho de las advertencias de Lutero concernientes a una predicación del evangelio que asegurase a los hombres

en su vida sin Dios? ¿Dónde ha sido cristianizado el mundo de manera más horrible y menos salvífica que aquí? ¿Qué significan los tres mil sajones asesinados por Carlomagno al lado de los millones de almas matadas hoy? En nosotros se ha verificado que el pecado de los padres se castiga en los hijos hasta la tercera y la cuarta generación. La gracia barata no ha tenido compasión con nuestra Iglesia evangélica.

Tampoco la ha tenido de nosotros desde un punto de vista personal. No nos ha abierto el camino que lleva a Cristo; nos lo ha cerrado. No nos ha llamado al seguimiento, sino que nos ha endurecido en la desobediencia. ¿Osaríamos decir que no es cruel y duro el que, cuando hemos llegado al lugar donde habíamos percibido la llamada al seguimiento de Jesús bajo la forma de una llamada de la gracia de Cristo, al lugar, quizás, donde nos habíamos atrevido a dar los primeros pasos por el camino de la obediencia a los mandamientos, fuésemos asaltados por la palabra de la gracia barata? ¿Podríamos escuchar esta palabra sin considerarla un intento de detenernos en nuestro camino, invitándonos a una sobriedad mundana, de suerte que apaga en nosotros la alegría del seguimiento, insinuándonos que todo esto no es más que un camino que nos hemos elegido nosotros mismos, un gasto de fuerza, de esfuerzos y de disciplinas inútiles e incluso peligrosas, ya que todo está preparado y cumplido en la gracia? La débil llama fue apagada sin compasión.

Era cruel dirigirse a un hombre de esta forma ya que, turbado por un ofrecimiento tan barato, resultaba inevitable el que abandonase su camino, el camino por el que Cristo le llamaba; y desde entonces se aferraba a la gracia barata que le impedía conocer en adelante la gracia cara. No podía ser de otra forma: el pobre hombre engañado, de repente se sentía fuerte, en posesión de la gracia barata, cuando en realidad había perdido la fuerza para obedecer y seguir a Jesucristo. La palabra de la gracia barata ha hundido más vidas cristianas que cualquier fe en las obras (*Gebot der Werke*).

En todo lo que sigue queremos dirigirnos a los que se sienten inquietos, a los que observan que la palabra de la gracia se les ha vuelto terriblemente vacía. Por amor a la verdad hay que hablar en favor de los que, entre nosotros, reconocen haber perdido el seguimiento de Cristo con la gracia barata y haber vuelto a comprender la gracia cara por el seguimiento de Cristo. Porque no queremos

negar que no nos encontramos en una situación de verdadero seguimiento de Cristo, que somos miembros de una Iglesia ortodoxa que profesa una doctrina pura de la gracia, pero no somos miembros de una Iglesia que sigue a Cristo, hay que intentar volver a comprender la gracia y el seguimiento en sus relaciones mutuas. Ya no podemos eludir esto. Cada vez resulta más claro que lo que hoy preocupa a nuestra Iglesia es el problema: ¿cómo podemos vivir cristianamente?

Dichosos los que se encuentran ya al final del camino que nosotros queremos emprender y comprenden, asombrados, lo que en realidad parece incomprensible: que la gracia es cara, precisamente porque es pura gracia, porque es gracia de Dios en Jesucristo. Dichosos los que, en el simple seguimiento, han sido dominados por esta gracia, de suerte que, con espíritu humilde, pueden glorificar la gracia de Cristo, que es la única que actúa.

Dichosos los que, habiendo reconocido esta gracia, pueden vivir en el mundo sin perderse en él; aquellos que en el seguimiento de Jesucristo están tan seguros de la patria celeste que se sienten realmente libres para vivir en el mundo. Dichosos aquellos para los que seguir a Jesucristo no es más que vivir de la gracia, y para los que la gracia no consiste más que en el seguimiento. Dichosos los que se han hecho cristianos en este sentido, los que han experimentado la misericordia de la palabra de la gracia.

La llamada al seguimiento

Al pasar vio a Leví, el de Alfeo, sentado en el despacho de impuestos, y le dice: «Sígueme». Él se levantó y le siguió (Mc 2, 14).

Se produce la llamada y, sin otro intermediario, sigue el acto de obediencia por parte del que ha sido llamado. La respuesta del discípulo no consiste en una confesión de fe en Jesús, sino en un acto de obediencia. ¿Cómo es posible esta sucesión inmediata de llamada y obediencia? La razón natural encuentra esto demasiado chocante, tiene que esforzarse en cortar esta sucesión tan brutal; es preciso que algo se haya desarrollado en medio, hay que explicar algo. De cualquier forma que sea, hay que encontrar un elemento de conexión, psicológico o histórico.

Se propone la estúpida pregunta de saber si el publicano no conocía ya a Jesús, por lo que estaría dispuesto a seguir su llamada. Pero el texto se obstina en no responder a este punto; lo único que importa es, precisamente, esta sucesión inmediata de llamada y acción. No le interesan las motivaciones psicológicas de las decisiones piadosas de un hombre. ¿Por qué? Porque sólo hay una motivación que explique suficientemente esta sucesión de llamada y acción: Jesucristo mismo. Él es quien llama. Por eso obedece el publicano. En este encuentro queda atestiguada la autoridad incondicional, inmediata y no motivable de Jesús.

Nada precede aquí y nada sigue más que la obediencia del que ha sido llamado. Jesús, por ser el Cristo, tiene poder pleno para llamar y exigir que se obedezca a su palabra. Jesús llama al seguimiento, no como un profesor o como un modelo, sino en cuanto Cristo, Hijo de Dios. Así, en este breve pasaje, lo único que se anuncia es a Jesucristo y el derecho que tiene sobre los hombres. Ninguno

na alabanza recae sobre el discípulo o sobre su cristianismo lleno de decisión. La mirada no debe dirigirse hacia él, sino únicamente hacia el que llama y hacia su pleno poder. No hay otra indicación de un camino que conduzca a la fe, al seguimiento; el único camino hacia la fe es el de la obediencia a la llamada de Jesús.

¿Qué se nos dice sobre el contenido del seguimiento? Sígueme, ven detrás de mí. Esto es todo. Ir detrás de él es algo desprovisto de contenido. Realmente, no es un programa de vida cuya realización podría aparecer cargada de sentido, no es un fin, un ideal, hacia el que habría que tender. No es una causa por la que, desde un punto de vista humano, merecería la pena comprometer algo, incluso la propia persona.

¿Y qué pasa? El que ha sido llamado abandona todo lo que tiene, no para hacer algo especialmente valioso, sino simplemente a causa de la llamada, porque, de lo contrario, no puede marchar detrás de Jesús. A este acto no se le atribuye el menor valor. En sí mismo sigue siendo algo completamente carente de importancia, indigno de atención. Se cortan los puentes y, sin más, se continúa avanzando. Uno es llamado y debe salir de la existencia que ha llevado hasta ahora, tiene que «existir», en el sentido más estricto de la palabra.

Lo antiguo queda atrás, completamente abandonado. El discípulo es arrancado de la seguridad relativa de la vida y lanzado a la inseguridad total (es decir, realmente, a la seguridad y salvaguarda absolutas en la comunidad con Jesús); es arrancado al dominio de lo previsible y calculable (o sea, de lo realmente imprevisible) y lanzado al de lo totalmente imprevisible, al puro azar (realmente, al dominio de lo único necesario y calculable); es arrancado del dominio de las posibilidades finitas (que, de hecho, son infinitas) y lanzado al de las posibilidades infinitas (que, en realidad, constituyen la única realidad liberadora).

Esto no es una ley general; más bien es exactamente lo contrario de todo legalismo. Insistamos en que sólo significa la vinculación a Jesucristo, es decir, la ruptura total de toda programática, de toda abstracción, de todo legalismo. Por eso no es posible ningún otro contenido: porque Jesucristo es el único contenido. Al lado de Jesús no hay otro contenido. Él mismo es el contenido.

La llamada al seguimiento es, pues, vinculación a la persona de Jesucristo, ruptura de todo legalismo por la gracia de aquel que llama. Es una llamada de gracia, un mandamiento de gracia. Se sitúa más allá de la enemistad entre la ley y el Evangelio. Cristo llama, el discípulo sigue. La gracia y el mandamiento se unifican. «Y andaré por camino anchuroso porque voy buscando tus preceptos» (Sal 119, 45).

El seguimiento es vinculación a Jesucristo; el seguimiento debe existir porque existe Cristo. Una idea sobre Cristo, un sistema de doctrina, un conocimiento religioso general de la gracia o del perdón de los pecados no hacen necesario el seguimiento; de hecho, todo esto excluye el seguimiento y le es hostil. Al ponernos en contacto con una idea, nos situamos en una relación de conocimiento, de entusiasmo, quizás de realización, pero nunca de seguimiento personal. Un cristianismo sin Jesucristo vivo sigue siendo, necesariamente, un cristianismo sin seguimiento, y un cristianismo sin seguimiento es siempre un cristianismo sin Jesucristo; es idea, mito. Un cristianismo en el que sólo se da Dios Padre, pero no Jesucristo, su Hijo vivo, suprime el seguimiento.

Existe entonces confianza en Dios, pero no seguimiento. Puesto que el Hijo de Dios se ha hecho hombre y es nuestro mediador, el seguimiento es el tipo correcto de relación que se debe tener con él. El seguimiento está ligado al mediador, y cuando se habla correctamente del seguimiento se habla también del mediador, Jesucristo, Hijo de Dios. Sólo el mediador, el hombre-Dios, puede llamar al seguimiento.

El seguimiento sin Jesucristo constituye la elección personal de un camino quizás ideal, quizás del camino del martirio, pero carece de promesa. Jesús debe rechazarlo.

Y se fueron a otro pueblo. Mientras iban caminando, uno le dijo: «Te seguiré adondequiera que vayas». Jesús le dijo: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza». A otro dijo: «Sígueme». Él respondió: «Déjame ir primero a enterrar a mi padre». Le respondió: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios». Otro le dijo: «Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa». Le dijo Jesús: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios» (Lc 9, 57-62).

El *primer* discípulo propone a Jesús seguirle, no ha sido llamado. La respuesta de Jesús le indica a este entusiasta que no sabe lo que hace. No puede saberlo. Este es el sentido de la respuesta, con la que se muestra al discípulo la vida con Jesús en toda su realidad. Quien habla aquí es el que se dirige hacia la cruz, aquel cuya vida entera es descrita en el símbolo de los apóstoles con el término «padeció». Ningún hombre puede desear esto por propia elección. Nadie puede llamarse a sí mismo, dice Jesús, y su palabra queda sin respuesta. El abismo entre el ofrecimiento voluntario al seguimiento y el verdadero seguimiento sigue abierto.

Pero cuando es Jesús mismo quien llama, supera incluso el abismo más profundo. El *segundo* quiere enterrar a su padre antes de seguirle. Está ligado a la ley. Él sabe lo que quiere hacer y debe hacer. Ante todo, conviene cumplir la ley; después vendrá el seguimiento. Un claro precepto de la ley se encuentra aquí entre el que ha sido llamado y Jesús. Y a este precepto se opone con fuerza la llamada de Jesús, que no admite que, precisamente ahora, se interponga cualquier cosa, bajo ningún pretexto, entre Jesús y el que ha sido llamado, ni siquiera lo más grande y santo, ni siquiera la ley. Precisamente ahora, la ley que quería interponerse debe ser transgredida por amor a Jesús; porque ella no tiene ningún derecho entre Jesús y aquel a quien él ha llamado. Jesús se opone aquí a la ley y ordena que se le siga. Sólo Cristo habla de esta forma. Tiene la última palabra. El otro no puede resistirse. Esta llamada, esta gracia, son irresistibles.

El *tercero*, como el primero, entiende el seguimiento como un ofrecimiento suyo personal, como un propio programa de vida que se ha escogido. Pero, al contrario que el primero, se juzga con derecho a poner condiciones. De este modo, se contradice plenamente. Quiere acompañar a Jesús, pero al mismo tiempo coloca algo entre él y Jesús: «Permíteme primero». Quiere seguir, pero creándose sus propias condiciones de seguimiento. Para él, el seguimiento es una posibilidad cuya realización supone el cumplimiento de determinadas condiciones y presupuestos. Con esto, el seguimiento se convierte en algo humanamente comprensible e inteligible. Primero se hace una cosa, después otra. Todo tiene su derecho y su tiempo. El discípulo se pone a disposición de Jesús, pero conservando el derecho a poner condiciones. Es evidente que, desde

este instante, el seguimiento deja de ser seguimiento. Se convierte en un programa humano que yo me establezco según mi propio juicio, que puedo justificar racional y éticamente.

Este tercer discípulo desea seguir a Cristo, pero desde el mismo momento en que expresa tal intención, no quiere ya seguirle. Con su misma oferta suprime el seguimiento; porque el seguimiento no admite condiciones susceptibles de intervenir entre Jesús y el que obedece. Este tercer discípulo cae, pues, en contradicción no sólo con Jesús, sino consigo mismo. No quiere lo que Jesús quiere, ni siquiera quiere lo que quiere. Se condena a sí mismo, se encuentra en conflicto consigo mismo, y sólo por el «permíteme primero». La respuesta de Jesús, mediante una imagen, le confirma este conflicto interno que excluye el seguimiento: «Nadie que pone la mano en el arado y mira atrás es apto para el reino de Dios».

Seguir a Cristo significa dar unos pasos determinados. El primero, el que sigue inmediatamente a la llamada, separa al que sigue de la existencia que ha llevado hasta ahora. La llamada al seguimiento crea, al punto, una situación nueva. En la situación antigua son incompatibles el «quedarse» y el «seguir». Esto fue completamente claro desde el principio. El publicano debió abandonar la oficina de contribuciones, Pedro debió dejar sus redes y marchar detrás de Jesús.

Según nuestro modo de comprender las cosas, podría haber sucedido de otra forma. Jesús podría haber ayudado al publicano a adquirir un conocimiento nuevo de Dios y dejarlo en su antigua situación. Si Jesús no hubiese sido el Hijo de Dios, esto habría sido posible. Pero como Jesús es el Cristo, hacía falta que quedase bien claro desde el principio que su palabra no es una doctrina, sino una nueva creación de la existencia. Se trataba de ir realmente con Jesús. Cuando él llama, esto significa para el que recibe la llamada que sólo hay una posibilidad de creer en Jesús: abandonarlo todo y acompañar al Hijo de Dios hecho hombre.

Con este primer paso, el que sigue es puesto en una situación que le permite creer. Si no sigue, si se queda atrás, no aprende a creer. El que ha recibido la llamada debe salir de su situación, en la que no puede creer, para introducirse en la situación que le permite creer. En sí mismo, este paso no tiene ninguna clase de valor programático; sólo se justifica por la comunión que se adquiere con

Jesús. Mientras Leví permanezca en su oficina de contribuciones y Pedro junto a sus redes es posible que cumplan su oficio honrada y fielmente, es posible que tengan un conocimiento nuevo o antiguo de Dios; pero si quieren aprender a creer en Dios, es necesario que obedezcan al Hijo de Dios encarnado, que marchen con él.

Antes era de otra forma. Podían vivir pacíficamente, desconocidos, realizando su trabajo, observando la ley y esperando al Mesías. Pero ahora éste ha llegado, su llamada resuena. Ahora, creer no significa permanecer tranquilos y esperar, sino ir con él siguiéndole. Su llamada al seguimiento ha abolido ahora todos los vínculos en beneficio del único lazo que une a Jesucristo. Hubo que cortar todos los puentes, hay que dar el paso hacia la inseguridad infinita, a fin de reconocer lo que Jesús exige y lo que da. Leví, en su oficina, habría podido encontrar en Jesús una ayuda en todas sus necesidades, pero no le habría reconocido como el único Señor, en cuyas manos debía poner toda su vida, no habría aprendido a creer. Hay que crear la situación en que se puede creer en Jesús, Hijo de Dios encarnado, esta situación imposible en la que se hace depender todo de una sola cosa, de la palabra de Jesús. Es preciso que Pedro salga del bote y marche sobre el agua insegura para que experimente su debilidad y la omnipotencia de su Señor.

Si no hubiese salido, no habría aprendido a creer. Hay que dejar clara esta situación sobre el mar inseguro, situación absolutamente imposible e irresponsable en el plano ético, a fin de que la fe sea posible. El camino de la fe pasa por la obediencia a la llamada de Jesús. Este paso es necesario; sin él, la llamada de Jesús se pierde en el vacío y toda presunta obediencia se revela como una falsa exaltación.

Al establecer la diferencia entre una situación en la que se puede creer y otra en la que no se puede creer, corremos un gran peligro. Debe quedar claro, ante todo, que la situación por sí misma nunca nos revela a cuál de estas dos clases pertenece. Sólo la llamada de Jesús la cualifica como situación en la que se puede creer. En segundo lugar, no corresponde al hombre determinar cuál es la situación en la que es posible la fe. El seguimiento no es una oferta del hombre. Sólo la llamada crea la situación. En tercer lugar, esta situación nunca implica en sí misma un valor propio, sólo la llamada la justifica. Por último, y esto es esencial, la situación en la que se puede creer sólo llega a producirse por medio de la fe.

La idea de una situación en la que se puede creer es sólo la descripción de un estado de hecho en el que son válidas las dos frases siguientes, ambas igualmente verdaderas: *sólo el creyente es obediente y sólo el obediente cree*.

Supone un grave atentado a la fidelidad bíblica tomar la primera frase dejando la segunda. Sólo el creyente es obediente; pensamos que entendemos esto. La obediencia es una consecuencia de la fe, como el buen fruto es producto del buen árbol, decimos. Primero la fe; sólo después viene la obediencia. Si con esto sólo pretendemos probar que la fe sola justifica y no los actos de obediencia, entonces tenemos la condición preliminar necesaria e irrefutable para todo lo restante. Pero si con esto hemos de dar una precisión temporal cualquiera, según la cual primero habría que creer para que, a continuación, intervenga la obediencia, entonces se separaría la fe de la obediencia, y sigue existiendo el problema práctico sobre cuándo debe comenzar la obediencia. La obediencia queda separada de la fe. Es verdad que la obediencia y la fe deben estar separadas a causa de la justificación, pero esta separación no puede suprimir la unidad que existe entre ellas y que consiste en que la fe sólo se da en la obediencia, nunca sin ella, y en que la fe sólo es fe en el acto de obediencia.

Puesto que es inexacto hablar de la obediencia como de una consecuencia de la fe, y con el fin de fijar la atención en la unidad indisoluble de fe y obediencia, conviene contraponer a la frase «sólo el creyente es obediente», la otra: «sólo el obediente cree». Si en la primera proposición la fe es presupuesto de la obediencia, en la segunda la obediencia es presupuesto de la fe. Del mismo modo que la obediencia ha sido llamada consecuencia de la fe, hay que llamarla también presupuesto de la fe.

Sólo el obediente cree. Para poder creer hay que practicar la obediencia a una orden concreta. Es preciso dar un primer paso de obediencia para que la fe no se convierta en una forma piadosa de engañarse a sí mismo, para que no se convierta en gracia barata. Esto depende del primer paso, que es cualitativamente distinto a todos los siguientes. El primer paso de la obediencia debe llevar a Pedro lejos de sus redes, fuera de su barca, debe llevar al joven rico lejos de sus riquezas. Sólo en esta existencia nueva, creada por la obediencia, es posible creer.

Por tanto, hay que considerar este primer paso como la obra exterior consistente en cambiar una forma de existencia por otra. Todos pueden dar este primer paso. El hombre tiene libertad para ello. Es un acto dentro de la justicia *civilis*, en la que el hombre es libre. Pedro no puede convertirse, pero puede abandonar sus redes. Lo que se exige en los evangelios con este primer paso es una acción que abarque toda la vida. La Iglesia romana consideraba semejante paso sólo como la posibilidad extraordinaria del monaquismo, mientras que para los otros fieles bastaba estar dispuesto a someterse incondicionalmente a la Iglesia y a sus preceptos.

También los textos de las confesiones de fe luteranas reconocen de manera significativa la importancia de un primer paso. Después de haber eliminado conscientemente el peligro de un error synergista, es posible y necesario dejar espacio libre a este primer acto exterior exigido por la fe; es el paso hacia la Iglesia, en la que se predica la palabra de la salvación.

Este paso puede ser dado con toda libertad. ¡Ven a la Iglesia! Los domingos, puedes dejar tu casa e ir a escuchar la predicación. Si no lo haces, te excluyes voluntariamente del lugar donde es posible creer. Con esto, los textos de las confesiones de fe luteranas testimonian que son conscientes de una situación en la que es posible creer, y de otra en la que no es posible. Es verdad que esta idea permanece aquí en segundo plano, como si nos avergonzásemos de ella, pero existe bajo la forma de un conocimiento único e idéntico sobre la importancia del primer paso como acto externo.

Una vez establecida esta idea, hemos de añadir que este paso, en cuanto acto puramente externo, es y sigue siendo una obra muerta de la ley, que por sí misma no conduce a Cristo. En cuanto acto exterior, la nueva existencia permanece totalmente semejante a la antigua; en el mejor de los casos se alcanzará una nueva ley o un nuevo estilo de vida que, sin embargo, no tienen nada que ver con la vida nueva en Cristo. El bebedor que renuncia al alcohol, el rico que abandona su dinero, queda libre con esto del alcohol o del dinero, pero no de sí mismo. Sigue siendo él mismo, quizás más aún que antes; sometido a la exigencia de las obras, permanece por completo en el estado de muerte de la vida anterior. Ciertamente, hay que cumplir la obra; pero esta, por sí misma, no permite salir de la muerte, de la desobediencia y de la impiedad. Si consideramos

nuestro primer paso como presupuesto de la gracia, de la fe, somos juzgados por nuestra obra y nos vemos separados por completo de la gracia.

En este acto externo se halla incluido todo lo que acostumbramos a llamar disposición, buena intención, todo lo que la Iglesia romana llama «*facere quod in se est*». Si damos este primer paso con intención de colocarnos en la situación de poder creer, esta posibilidad de la fe no es, en tal caso, más que una obra, una nueva posibilidad de vida dentro de nuestra vieja existencia; cometemos un error pleno, permanecemos en la incredulidad.

A pesar de todo, es preciso realizar la obra externa, tenemos que ponernos en situación de poder creer. Hemos de dar el paso. ¿Qué significa esto? Significa que sólo damos realmente este paso cuando lo hacemos sin pensar en la obra que debemos realizar, fijándonos solamente en la palabra de Jesús que nos llama a él. Pedro sabe que no tiene derecho a salir de la barca por propia voluntad; si lo hiciese, el primer paso constituiría su perdición. Por eso grita: «Ordname que vaya a ti sobre las aguas». Y Cristo responde: «Ven».

Es preciso que Cristo haya llamado; sólo por su palabra podemos dar el paso. Esta llamada es su gracia, que llama de la muerte a la nueva vida de obediencia. Pero ahora que Cristo ha llamado, Pedro debe salir de la barca para ir a él. De hecho, el primer paso de la obediencia es ya en sí mismo un acto de fe en la palabra de Cristo. Pero desconoceríamos por completo la fe en cuanto fe si concluyésemos de todo esto que el primer paso es innecesario puesto que ya existe la fe. A este razonamiento conviene oponer la frase: Hay que haber dado el paso de la obediencia, antes de poder creer. El que no es obediente no puede creer.

¿Te quejas de que no puedes creer? Nadie tiene derecho a admirarse de que no llega a la fe mientras, en un punto cualquiera, se opone al mandamiento de Jesús o se aparta de él, desobedeciendo conscientemente. ¿Es quizás una pasión culpable, una enemistad, una esperanza, tus proyectos, tu razón, lo que te niegas a someter al mandamiento de Jesús? No te admires entonces de no recibir el Espíritu santo, de no poder rezar, de que tu oración pidiendo la fe quede sin respuesta. Ve, más bien, a reconciliarte con tu hermano, abandona el pecado que te mantiene cautivo, y podrás creer de nuevo. Si quieres rechazar la palabra de Dios que te obliga, no recibi-

rás su palabra de gracia. ¿Cómo podrías encontrar la comunión con aquel de quien te apartas conscientemente en un punto cualquiera? El que no obedece no puede creer; sólo el obediente cree.

La llamada de la gracia de Jesucristo al seguimiento se convierte en ley rigurosa: ¡Haz esto! ¡Deja aquello! Sal de la barca y ve a Jesús. A quien quiere excusar, con su fe o con su falta de fe, su desobediencia a la llamada de Jesús, este le responde: Obedece primero, realiza la obra externa, abandona lo que te ata, renuncia a lo que te separa de la voluntad de Dios. No digas: No tengo fe para esto. No la tienes mientras permaneces en la desobediencia, mientras no quieras dar el primer paso. No digas: Tengo la fe, no necesito dar el primer paso. No tienes la fe mientras no quieras dar este paso, mientras te obstines en la incredulidad bajo apariencia de fe humilde. Es una mala escapatória relacionar la falta de obediencia con la falta de fe y la falta de fe con la falta de obediencia. La desobediencia propia de los «creyentes» consiste en reconocer su incredulidad cuando se les exige su obediencia, y hacer un juego de esta confesión (Mc 9, 24). Si crees, da el primer paso. Este conduce a Jesús. Si no crees, da este mismo paso; tienes obligación de hacerlo. No se te plantea el problema de saber si crees o no; se te manda un acto de obediencia que hay que cumplir inmediatamente. En él se da la situación en la que la fe es posible y existe realmente.

Por consiguiente, no es que exista una situación en la que puedes creer, sino que Jesús te da una situación en la que puedes creer. Se trata de entrar en esta situación, a fin de que la fe sea una fe verdadera y no un autoengaño. Esta situación es indispensable, precisamente porque sólo se trata de la verdadera fe en Jesucristo, porque la fe sola es y sigue siendo el fin pretendido («de fe en fe», Rom 1, 17).

Quien proteste demasiado rápidamente, demasiado «protestantemente», deberá preguntarse si no está defendiendo la gracia barata. Porque, de hecho, mientras se mantengan unidas estas dos frases, no constituyen un obstáculo para la verdadera fe; sin embargo, si se toma cada una de ellas por separado constituyen un grave escándalo. Sólo el que cree es obediente —esta frase se dirige al hombre obediente que existe en el creyente—; sólo el que obedece cree —esta se dirige al creyente que se encuentra en el interior del que obedece—. Si la primera frase queda aislada, el creyente es entregado a la gra-

cia barata, o sea, a la perdición; si es la segunda la que queda aislada, el creyente es entregado a las obras, o sea, a la perdición.

Podemos echar ahora una ojeada a la pastoral cristiana. Es muy importante que el director espiritual hable de este tema basándose en un conocimiento de las dos frases. Debe saber que, cuando alguno se queja de falta de fe, esto proviene siempre de una desobediencia consciente o ya inconsciente, y que es muy fácil corresponder a estas lamentaciones con el consuelo de la gracia barata. Con esto, la desobediencia queda intacta y la palabra de gracia se transforma en un consuelo que el desobediente se dirige a sí mismo, y en un perdón de los pecados que él mismo se concede. Pero con esto la predicación se le vuelve vacía de sentido, no la escucha. Y aunque se perdone mil veces sus pecados, no conseguirá creer en el verdadero perdón, precisamente porque este perdón no le ha sido concedido en realidad.

La incredulidad se alimenta de la gracia barata porque desea perseverar en la desobediencia. Es una situación que se presenta con frecuencia en la pastoral de nuestros días. Y llevará a que el hombre se endurezca en su desobediencia por medio del perdón de los pecados que se otorga a sí mismo, llevará a que pretenda no poder discernir lo que es bueno, lo que es mandamiento de Dios, afirmando que son cosas equívocas y susceptibles de numerosas interpretaciones. Lo que al principio era todavía un conocimiento claro de la desobediencia se oscurece cada vez más, se transforma en endurecimiento. El desobediente se ha enredado a sí mismo de tal forma que ya no puede escuchar la palabra. De hecho, ya no se puede creer.

Entonces, entre el que se ha endurecido y el director espiritual se desarrollará, más o menos, el siguiente diálogo:

—¡Ya no puedo creer!

—Escucha la palabra; te la predicán.

—La escucho, sin embargo no me dice nada, me resulta vacía, me resbala.

—Porque no quieres escucharla.

—Sí, quiero.

La mayoría de las veces, al llegar a este punto se interrumpe el diálogo, porque el director no sabe ya dónde se encuentra. Únicamente conoce una frase: Sólo el creyente es obediente. Y con ella

no puede ayudar al que se ha endurecido, al que no tiene esta fe ni puede tenerla.

El director piensa entonces que se halla aquí ante un último enigma, según el cual Dios da a uno la fe que niega a otro. Con esta frase capitula. El que se ha endurecido queda solo y, resignado, continúa lamentándose de su miseria. Pero es precisamente aquí donde hay que dar un giro a la conversación, un giro total. No se seguirá discutiendo; no se tomarán en serio los problemas y miserias del otro, a fin de poder centrarnos en su misma persona, que desea ocultarse detrás de sus preocupaciones. Ahora, con la frase «sólo el obediente cree», vamos a irrumpir en la fortaleza que se ha construido.

El director corta el diálogo para proseguir con la frase siguiente: «Eres desobediente, te niegas a obedecer a Cristo, quieres conservar para ti una parte de soberanía personal. No puedes escuchar a Cristo porque eres desobediente, no puedes creer en la gracia porque no quieres obedecer. Te cierras a la llamada de Cristo en un lugar cualquiera de tu corazón. Tu miseria es tu pecado».

Cristo mismo entra de nuevo en escena, ataca al demonio en el otro, al demonio que hasta ahora se había mantenido oculto al abrigo de la gracia barata. Ahora todo depende de que el director espiritual tenga a su disposición estas dos frases: «Sólo el obediente cree» y «sólo el creyente obedece». En nombre de Jesús debe llamar a la obediencia, a la acción, al primer paso. Deja lo que te retiene, y síguelo. En este momento, todo depende de este paso. Hay que destruir la posición en la que el desobediente se ha instalado; porque en ella no se puede escuchar a Cristo. El refugiado debe salir del escondite que se ha construido. Sólo cuando esté fuera podrá volver a ver, a escuchar y a creer libremente. Es verdad que, ante Cristo, nada se ha ganado con la realización de la obra; sigue siendo en sí misma una obra muerta. Sin embargo, Pedro debe aventurarse sobre el mar inseguro para poder creer.

La situación es, pues, la siguiente: con la frase «sólo el creyente obedece», el hombre se ha intoxicado con la gracia barata. Sigue en la desobediencia y se consuela con un perdón que se promete a sí mismo, cerrándose de este modo a la palabra de Dios. Todo intento de penetrar en la fortaleza está condenado al fracaso mientras nos contentemos con repetirle la frase tras la que se refugia. Se im-

pone un giro, el otro debe ser llamado a la obediencia: sólo el obediente cree.

¿Le encaminamos con esto por el sendero de las propias obras? No; le indicamos que su fe no es fe, le liberamos de quedar cautivo de sí mismo. Tiene que lanzarse al espacio libre de la decisión. Así puede escuchar de nuevo la llamada de Jesús a la fe y al seguimiento.

Con esto nos hallamos dentro de la historia del joven rico.

Y he aquí que se le acercó uno y le dijo: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para conseguir la vida eterna?». Le respondió: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos». «¿Cuáles?», replicó él. Y Jesús le dijo: «No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás testimonio falso, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo». Le dice entonces el joven: «Todo esto lo he guardado; ¿qué más me falta?». Jesús le dijo: «Si quieres ser perfecto, vete, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme». Al oír estas palabras, el joven se marchó apenado porque tenía muchos bienes (Mt 19, 16-22).

La pregunta del joven sobre la vida eterna es la pregunta sobre la salvación, la única pregunta realmente seria. Pero no es fácil plantearla correctamente. Podemos notar al ver que el joven, que desea evidentemente plantear esta pregunta, propone de hecho otra distinta, con la que incluso se desvía de aquella. Porque él dirige su pregunta al «maestro bueno». Desea saber la opinión, el consejo, el juicio que tiene el maestro bueno sobre este punto. Con ello nos da a entender dos cosas. Primera, que su pregunta tiene para él una importancia capital: Jesús tendrá ciertamente algo muy importante que decirle. En segundo lugar, espera del maestro bueno, del gran doctor, una declaración esencial, pero no una orden divina que le obligue sin reservas. Para el joven, la pregunta sobre la vida eterna constituye un problema del que desea hablar y discutir con el «maestro bueno». Pero las palabras de Jesús se interponen inmediatamente en el camino: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios». La pregunta ha traicionado su corazón. Deseaba hablar de la vida eterna con un buen rabino, y al escuchar esta pregunta de Jesús advierte que no se encuentra ante un maestro bueno sino ante el mismo Dios. No recibirá, pues, del Hijo de Dios

ninguna respuesta que no sea una clara referencia al mandamiento del único Dios. No recibirá del «maestro bueno» una respuesta que añada una opinión personal a la voluntad evidente de Dios. Jesús aleja la atención de su persona para centrarla en Dios, el único que es bueno; así se manifiesta como el Hijo de Dios perfectamente obediente. Pero el que interroga, situado frente a Dios mismo, aparece al mismo tiempo como un hombre que huye del mandamiento evidente de Dios, mandamiento que conoce muy bien.

El joven conoce los mandamientos. Pero su situación consiste en que no puede contentarse con ellos y desea superarlos. Su pregunta se manifiesta como la pregunta planteada por una piedad que se ha inventado y construido a sí misma. ¿Por qué no se contenta el joven con el mandamiento evidente? ¿Por qué actúa como si no conociese desde hace mucho tiempo la respuesta a su pregunta? ¿Por qué quiere acusar a Dios de haberle dejado en la ignorancia sobre este problema vital tan decisivo? El joven se ve así atrapado y juzgado. Se le aleja de la pregunta que había propuesto sobre la salvación, pregunta que no le comprometía en nada, y se le llama a la simple obediencia a los mandamientos evidentes.

Sigue un segundo intento de huida. El joven responde con otra pregunta: «¿Cuáles?». En ella se esconde el mismo Satanás. Era la única salida posible para el que se veía atrapado. Naturalmente, el joven conoce los mandamientos; pero, ¿quién puede saber, entre la multitud de preceptos, cuál le está destinado precisamente a él, precisamente ahora?

La revelación de los mandamientos es ambigua, poco clara, dice el joven. No ve los mandamientos, sólo se fija en sí mismo, en sus problemas y conflictos. Se aleja del mandamiento preciso de Dios para acogerse a la interesante situación, indiscutiblemente humana, del «conflicto ético». Su error no consiste en conocer este conflicto, sino en utilizarlo contra los mandamientos de Dios. Porque los mandamientos están destinados a poner fin al conflicto ético. El conflicto ético, fenómeno ético originario del hombre después de la caída, es en sí mismo la oposición del hombre a Dios. La serpiente, en el paraíso, introdujo este conflicto en el corazón del primer hombre: «¿Ha dicho Dios realmente eso?». La duda ética arranca al hombre del mandamiento claro y de la obediencia sencilla e ingenua, a través de la indicación de que el mandamiento re-

quiere aún una exposición y una interpretación: «¿Ha dicho Dios realmente eso?». Es el hombre mismo, con la fuerza de su conocimiento del bien y del mal, con la fuerza de su conciencia, quien debe decidir lo que es bueno. El precepto es ambiguo. Dios quiere que el hombre lo explique, lo interprete y se decida libremente.

Con esto se niega la obediencia al mandamiento. En el lugar de la simple acción aparece un doble pensamiento. El hombre con libertad de conciencia se gloria al compararse con el hijo obediente. La invocación del conflicto ético es la ruptura con la obediencia. Es alejarse de la realidad de Dios para acogerse al carácter eventual del hombre, alejarse de la fe para refugiarse en la duda. Y se produce lo inesperado: esta pregunta, con la que el joven intentaba ocultar su desobediencia, le revela como lo que es, como un hombre bajo el pecado.

La respuesta de Jesús es la que lo desenmascara. Él nombra los mandamientos y, al nombrarlos, los confirma de nuevo como mandamientos de Dios. El joven se siente atrapado de nuevo. Esperaba poder desembocar en una conversación poco comprometedor sobre problemas eternos. Esperaba que Jesús le ofreciese una solución a su conflicto ético. Pero Jesús no se preocupa de su problema, sino de él mismo.

La única respuesta a la preocupación suscitada por el conflicto ético es el mandamiento de Dios, que implica la exigencia de no seguir discutiendo y obedecer por fin. Sólo el diablo ofrece una solución al conflicto ético: Continúa preguntando y no te verás obligado a obedecer. Jesús no se fija en el problema del joven, sino en él mismo. No toma en serio el conflicto ético que el joven se toma tan en serio. Lo único que le interesa es que el joven termine por escuchar el mandamiento y obedecer. Precisamente donde el conflicto ético quiere ser tomado en serio, donde atormenta y esclaviza al hombre, no dejándole llegar al acto de obediencia que le tranquilizaría, es donde se revela toda su impiedad, y es también allí donde conviene desenmascararlo en su ausencia impía de seriedad, como desobediencia definitiva. Sólo es serio el acto de obediencia que pone fin al conflicto y lo destruye, el que nos deja libres para llegar a ser hijos de Dios. Este es el diagnóstico divino que se da al joven.

En dos ocasiones se ha visto éste situado ante la verdad de la palabra de Dios. No puede evitar el mandamiento divino. Cierta-

mente, el mandamiento es claro y hay que obedecerlo. Pero... no basta. «Todo esto lo he guardado desde mi juventud; ¿qué más me falta?». Al responder así, el joven está tan persuadido de la sinceridad de su deseo como de la de todo lo anterior. Precisamente en este punto se revela su rebelión frente a Jesús. Conoce el mandamiento, lo ha observado, pero piensa que esto no puede constituir toda la voluntad de Dios, que debe haber algo más, algo extraordinario y singular. Esto es lo que quiere hacer.

El mandamiento evidente de Dios es incompleto, dice el joven huyendo por última vez del verdadero precepto, intentando por última vez quedar solo consigo mismo, decidir por sí mismo sobre el bien y el mal. Ahora el mandamiento es aceptado, al mismo tiempo que se le ataca de frente. «He guardado todo esto; ¿qué más me falta?». Marcos añade en este momento: «Y Jesús, mirándole, le amó» (10, 21). Jesús reconoce lo desesperadamente que se ha cerrado el joven a la palabra viva de Dios, cómo se debate con todo su ser contra la palabra viva, contra la simple obediencia. Quiere ayudar al joven, le ama. Por eso le da la última respuesta: «Si quieres ser perfecto, vete, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme». Hay que notar tres cosas en estas palabras dirigidas al joven.

Primera: ahora es Jesús mismo quien ordena. Jesús, que hace un momento ha alejado de su persona la atención del joven, indicándole que sólo Dios es bueno, reivindica ahora para sí el poder de pronunciar la palabra y el mandamiento definitivos. El joven debe reconocer que se encuentra ante el Hijo mismo de Dios. La filiación divina de Jesús, oculta al joven, condujo al Señor a ponerlo en contacto con el Padre; con esto se unía perfectamente a su Padre. Esta misma unidad es la que lleva ahora a Jesús a pronunciar por sí mismo el mandamiento del Padre. Esto debe resultar claro e inequívoco al joven en el momento en que capta la llamada de Jesús al seguimiento. Esta es la suma de todos los mandamientos: el joven debe vivir en comunión con Cristo. Cristo es el fin de los mandamientos. Este Cristo se encuentra ahora ante él y le llama. No es posible ninguna escapatoria hacia la mentira del conflicto ético. El mandamiento es claro: ¡sígueme!

Segunda: esta llamada al seguimiento requiere también ser esclarecida para que no se preste a equívocos. Es preciso que el joven

se encuentre en la imposibilidad de interpretar erróneamente este seguimiento, considerándolo como una aventura ética, como un camino y estilo de vida especiales, interesantes, pero de los que, llegado el caso, podría desdecirse. El seguimiento también sería mal interpretado si el joven pudiese considerarlo como una última conclusión de su actividad y problemática anteriores, como una adición a lo precedente, como complemento, perfección y plenitud de lo anterior.

Conviene, pues, para que todo quede claro e inequívoco, crear una situación que no permita volver atrás, una situación irrevocable y, al mismo tiempo, debe quedar bien claro que no es, de ninguna manera, un simple complemento de lo anterior. Esta situación requerida es creada por la invitación de Jesús a la pobreza voluntaria. Este es el aspecto existencial, pastoral, de la cuestión. Dicha situación pretende ayudar al joven a comprender y obedecer correctamente. Nace del amor de Jesús hacia el joven. Es la continuación natural entre el camino seguido hasta ahora por el joven y el camino del seguimiento.

Pero –¡atención!– no se identifica con el seguimiento mismo, no es el primer paso en el camino del seguimiento, sino el acto de obediencia por el que el seguimiento va a ser al fin posible. *Primero* hace falta que el joven vaya y venda todo lo que posee, lo dé a los pobres; *después*, que venga y siga. La meta es el seguimiento y, en este caso concreto, el camino es el de la pobreza voluntaria.

Y la *tercera:* Jesús vuelve a la pregunta del joven sobre lo que aún le falta. «Si quieres ser perfecto...». Esto podría suscitar la impresión de que, efectivamente, se habla aquí de una adición a lo anterior. Ciertamente, es una adición, pero contiene en sí misma la abrogación de todo lo precedente. El joven no es, hasta ahora, perfecto; ha comprendido y cumplido mal el mandamiento. Sólo ahora puede comprenderlo y cumplirlo correctamente en el seguimiento, gracias a que Cristo le llama. Al volver a la pregunta del joven, se la retira. El joven preguntaba por su camino para llegar a la vida eterna; Jesús responde: Yo te llamo, eso es todo.

El joven buscaba una respuesta a su pregunta. La respuesta es: Jesucristo. Quería oír la palabra del maestro bueno, y ahora advierte que esta palabra es el mismo hombre a quien interroga. El joven se encuentra ante Jesús, el Hijo de Dios. Es un encuentro to-

tal. Sólo falta una cosa: el sí o el no, la obediencia o la desobediencia. La respuesta del joven es: No. Se alejó entristecido, se vio desilusionado, engañado en su esperanza, porque no podía abandonar su pasado. Tenía demasiados bienes. La llamada al seguimiento no tiene aquí otro contenido que Jesucristo mismo, la vinculación a él, la comunidad con él. La existencia del seguidor no consiste en la veneración fanática de un buen maestro, sino en la obediencia al Hijo de Dios.

Esta historia del joven rico tiene un paralelo exacto en el texto que introduce la parábola del buen samaritano.

Se levantó un legista, y dijo para tentarle: «Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?». Él le dijo: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees?». Respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo». Díjole entonces: «Bien has respondido. Haz eso y vivirás». Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «Y ¿quién es mi prójimo?» (Lc 10, 25-29).

La pregunta del legista es idéntica a la del joven. Pero ahora se advierte de antemano que se trata de una pregunta capciosa. El que tiente a Jesús sabe ya la solución, que debe desembocar en la aporía del conflicto ético. La respuesta de Jesús es exactamente idéntica a la que dio al joven. En el fondo, el que interroga conoce la respuesta a su pregunta, pero al continuar preguntando, aunque la sabe, quiere sustraerse a la obediencia al mandamiento de Dios. La única salida que le queda es: Haz lo que sabes, y vivirás.

Pierde su primera posición. Pero igual que ocurrió en el caso del joven rico, se produce la huida hacia el conflicto ético: ¿Quién es mi prójimo? Esta pregunta del legista tentador se ha repetido numerosas veces después de él, de buena fe e inocentemente; goza del prestigio típico de una pregunta razonable propuesta por un hombre que busca la verdad. Pero no se ha leído bien el contexto. Toda la historia del buen samaritano es la oposición a esta pregunta y la destrucción de la misma, por ser una pregunta satánica. Es una pregunta sin fin, sin respuesta. Nace «del entendimiento cegado por el orgullo, privado de la verdad», «que padece la enfermedad de las disputas y contiendas de palabras, de donde proceden las envidias, discordias, maledicencias, sospechas malignas, discusio-

nes sin fin» (1 Tim 6, 4s). Es la pregunta propuesta por los orgullosos que «siempre están aprendiendo y no son capaces de llegar al pleno conocimiento de la verdad», «que tendrán la apariencia de piedad, pero desmentirán su eficacia» (2 Tim 3, 5s). Son incapaces de creer; preguntan de esta forma porque «tienen marcada a fuego la propia conciencia» (1 Tim 4, 2), porque no quieren obedecer a la palabra de Dios.

¿Quién es mi prójimo? ¿Hay una respuesta que me diga si es mi hermano según la carne, mi compatriota, mi hermano de la Iglesia o mi enemigo? ¿No puede afirmarse o negarse con igual derecho cada una de estas posibilidades? Tal pregunta ¿no termina creando división y desobediencia? Sí, esta pregunta es una rebelión contra el mandamiento de Dios. Yo quiero ser obediente, pero Dios no me dice cómo puedo serlo. El mandamiento de Dios es equívoco, me deja en un conflicto eterno. La pregunta: ¿Qué debo hacer? constituía la primera impostura. La respuesta es: Guarda el mandamiento que conoces. No debes preguntar, sino actuar. La pregunta: ¿Quién es mi prójimo? es la última que plantea la desesperación o la seguridad en sí mismo del desobediente, con la que se justifica. La respuesta es: Tú mismo eres el prójimo. Ve, y sé obediente en el acto de amor.

Ser el prójimo no es una cualificación del otro, sino la exigencia que este tiene sobre mí; nada más. A cada instante, en cada situación, soy una persona obligada a la acción, a la obediencia. No queda literalmente tiempo para preguntar sobre una cualificación del otro. Debo actuar, debo obedecer, debo ser prójimo del otro. Quizás preguntes, asustado, si no conviene primero saber y reflexionar sobre cómo debemos actuar; la única respuesta es que no se puede saber ni reflexionar más que actuando y recordando siempre que se exige algo de mí.

La obediencia sólo se aprende obedeciendo, no preguntando. Sólo en ella conozco la verdad. En medio de la división de nuestra conciencia y de nuestro pecado llega a nosotros la llamada de Jesús a la sencillez de la obediencia. Pero el joven rico fue llamado por Jesús a la gracia del seguimiento, mientras el legista tentador fue puesto en contacto con los mandamientos.

La obediencia sencilla

Cuando Jesús exigió al joven rico la pobreza voluntaria, este sabía que sólo era posible obedecer o desobedecer. Cuando Leví fue llamado a dejar su oficina de contribuciones, cuando Pedro fue llamado a abandonar sus redes, no cabía duda de que Jesús tomaba en serio esta llamada. Debían abandonarlo todo y seguirle. Cuando Pedro es llamado a la mar insegura, debe levantarse y arriesgarse a dar este paso. En todo esto sólo se requería una cosa: confiar en la palabra de Jesús, considerarla como un terreno mucho más firme que todas las seguridades del mundo.

En aquella época, los poderes que querían situarse entre la palabra de Jesús y la obediencia eran tan grandes como ahora. La razón discutía; la conciencia, la responsabilidad, la piedad, la ley misma y la autoridad de la Escritura intervenían para prevenir este extremo, este fanatismo anárquico. Pero la llamada de Jesús se abrió paso a través de todo esto e impuso la obediencia. Era la palabra misma de Dios. Lo que se exigía era la obediencia sencilla.

Si Jesús, por medio de la sagrada Escritura, hablase hoy de esta forma a uno de nosotros, es probable que argumentásemos del modo siguiente: Jesús manda una cosa muy concreta, es verdad. Pero cuando Jesús manda algo, debo saber que nunca exige una obediencia conforme a la ley; sólo requiere de mí una única cosa: que yo crea. Y mi fe no está ligada a la pobreza o a la riqueza, o a algo semejante; más bien, en la fe tengo la posibilidad de ser ambas cosas al mismo tiempo, pobre y rico. Lo importante no es que yo carezca de bienes, sino que los tenga como si no los tuviese, que esté libre interiormente de ellos, que no apegue mi corazón a mis riquezas. Por ejemplo, Jesús dice: ¡Vende tus bienes!, pero quiere decir: Lo importante no es que hagas esto externamente, sino que conser-

ves tranquilamente tus bienes, pero como si no los tuvieses. No apagues tu corazón a tus bienes.

Nuestra obediencia a la palabra de Jesús consistiría entonces en negarnos a la obediencia sencilla, por ser legalista, para ser obedientes «en la fe». Con esto nos diferenciamos del joven rico. En su tristeza, no pudo tranquilizarse diciendo: *Es verdad que, a pesar de la palabra de Jesús, voy a seguir siendo rico; pero me liberaré interiormente de mi riqueza y, sintiendo toda mi incapacidad, pondré mi esperanza en el perdón de los pecados y estaré en comunión con Jesús por medio de la fe.* Por el contrario, se alejó triste, perdiendo la fe al faltarle la obediencia. En esto, el joven se mostró totalmente honrado. Se separó de Jesús, y esta honradez se halla más cerca de la promesa que una comunión aparente con Jesús basada en la desobediencia. Evidentemente, en opinión de Jesús, el joven se encontraba en una situación en la que no podía liberarse interiormente de su riqueza. Es probable que lo hubiese intentado mil veces, como un hombre serio que busca.

Su fracaso lo revela el hecho de que, en el momento decisivo, no pueda obedecer a la palabra de Jesús. En esto se mostró honrado. Pero nosotros, con nuestra forma de argumentar, nos distinguimos completamente del oyente bíblico de la palabra de Jesús. Si Jesús dice a este: *Abandona todo y sígueme, deja tu profesión, tu familia, tu pueblo y la casa de tu padre; este hombre sabe que sólo puede responder a tal llamada con la obediencia sencilla, porque precisamente a ella se le ha concedido la comunión con Jesús.* Pero nosotros diríamos: Sin duda, la llamada de Jesús debe «ser tomada totalmente en serio», pero la verdadera obediencia a ella consiste en que yo permanezca en mi profesión, en mi familia, y le sirva con libertad interior.

Jesús diría: ¡Sal! Pero nosotros sabemos que, en realidad, quiere decir: ¡Quédate dentro! Desde luego, como una persona que, en su interior, ha salido.

Jesús diría: No os preocupéis. Y nosotros entenderíamos: Naturalmente, debemos preocuparnos y trabajar por los nuestros y por nosotros mismos. Toda otra actitud sería irresponsable. Pero interiormente debemos sin duda estar libres de preocupaciones.

Jesús diría: Si alguno te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la otra. Y nosotros entenderíamos: Precisamente en el com-

bate, precisamente devolviendo los golpes es como crece el verdadero amor al hermano.

Jesús diría: Buscad primero el reino de Dios. Y nosotros entenderíamos: Naturalmente, debemos buscar primero todas las otras cosas. Si no, ¿cómo podríamos subsistir? Jesús se refiere a la disponibilidad última a comprometerlo todo por el reino de Dios.

Siempre encontramos lo mismo: la supresión consciente de la obediencia sencilla, de la obediencia literal. ¿Cómo es posible tal cambio? ¿Qué ha ocurrido para que la palabra de Jesús haya debido prestarse a este juego, para que haya sido entregada de este modo a la burla del mundo? En cualquier parte del mundo donde se dan órdenes las cosas quedan claras. Un padre dice a su hijo: ¡Vete a la cama!, y el niño sabe muy bien de qué se trata. Pero un niño educado en esta pseudoteología debería argumentar: Papá me dice: vete a la cama. Quiere decir: estás cansado; no quiere que yo esté cansado. Pero también puedo descansar jugando. Por consiguiente, mi padre ha dicho: vete a la cama, pero, de hecho, quiere decir: vete a jugar. Si el niño utilizase un argumento semejante con su padre, o el ciudadano con la autoridad, se llegaría a un lenguaje completamente claro: el de la sanción. Las cosas sólo cambian cuando se trata de las órdenes de Jesús. Por lo visto, aquí hay que convertir la obediencia sencilla en pura desobediencia. ¿Cómo es esto posible?

Es posible porque, en el fondo de esta falsa argumentación, se da una cosa verdadera. La orden dirigida por Jesús al joven rico, es decir, la llamada a colocarse en una situación en la que es posible creer, tiene efectivamente por único fin llamar al hombre a la fe en Jesús, llamarlo a la comunión con él.

En definitiva, nada depende de tal o cual acto del hombre, sino de la fe en Jesús, en cuanto Hijo de Dios y mediador. Nada depende de la pobreza o de la riqueza, del matrimonio o del celibato, de la vida profesional o de la ausencia de ella, sino que todo depende de la fe. En esto tenemos razón hasta cierto punto; es posible creer en Cristo siendo ricos y poseyendo bienes de este mundo, con tal de que se tengan como si no se tuviesen. Pero esta es una posibilidad última de la existencia cristiana en general, una posibilidad con vistas a la espera seria de la vuelta inminente de Cristo, y no precisamente la posibilidad primera ni la más sencilla. La comprensión paradójica de los mandamientos está justifi-

cada desde un punto de vista cristiano, pero nunca puede conducir a la supresión de una interpretación sencilla de los mandamientos.

Al contrario, sólo está justificada y es posible para el que, en un punto cualquiera de su vida, ha intentado ya seriamente la experiencia de comprender las cosas con sencillez y, así, se halla en comunión con Jesús, le sigue y espera el fin. Comprender la llamada de Jesús paradójicamente es la posibilidad más difícil de todas, una posibilidad realmente imposible en el plano humano. Por eso corre el peligro continuo de transformarse en lo contrario, de convertirse en una escapatoria fácil, en una huida de la obediencia concreta.

Quien no sabe que le sería infinitamente más fácil comprender de forma sencilla el mandamiento de Jesús, obedecerlo a la letra—por ejemplo, abandonando realmente todos sus bienes en lugar de conservarlos—no tiene derecho a interpretar paradójicamente la palabra de Jesús. Por tanto, esta interpretación paradójica del mandamiento de Jesús siempre debe incluir la comprensión literal.

La llamada concreta de Jesús y la obediencia sencilla tienen un sentido irrevocable. Jesús llama con ellas a una situación concreta en la que es posible creer en él; si llama tan concretamente y desea que se le comprenda de este modo es porque sabe que el hombre sólo se vuelve libre para la fe en la obediencia concreta.

Donde la obediencia sencilla es eliminada fundamentalmente, la gracia cara del llamamiento de Jesús se transforma de nuevo en gracia barata de la autojustificación. Con esto se proclama también una ley falsa, que cierra los oídos a la llamada concreta de Cristo. Esta falsa ley es la ley del mundo, a la que corresponde y se opone la ley de la gracia. El mundo no es el que ha sido superado en Cristo y al que hay que vencer de nuevo cada día en comunión con él, sino que se ha convertido en una ley rigurosa e intangible.

La gracia, por su parte, no es ya el don de Dios por el que somos arrancados del pecado y situados en la obediencia a Cristo, sino una ley divina general, un principio divino cuya aplicación sólo depende del caso particular. El combate sistemático contra «el legalismo» de la obediencia sencilla resulta ser la más peligrosa de las leyes: la ley del mundo y la ley de la gracia. El combate sistemático contra el legalismo es el mayor legalismo de todos. No se puede triunfar del legalismo más que obedeciendo realmente a la llamada de Jesús al seguimiento, en el que Jesús mismo cumple y abroga la ley.

Donde la obediencia sencilla es eliminada fundamentalmente, se introduce un principio no evangélico de la Escritura. Entonces el presupuesto para comprender la Escritura consiste en disponer de una llave que sirva para esta comprensión. Pero esta llave no es ya el mismo Cristo vivo, que juzga y da la gracia, ni su uso depende sólo del Espíritu santo vivificador, sino que la llave de la Escritura resulta ser una doctrina general de la gracia, de la que nosotros mismos podemos disponer.

El problema del seguimiento también aparece aquí como un problema hermenéutico. Toda hermenéutica evangélica debe saber claramente que no podemos identificarnos inmediatamente, sin más ni más, con los que han sido llamados por Jesús; más bien, los que han sido llamados en la Escritura toman parte en la palabra de Dios y, con ello, en la predicación del Evangelio. En la predicación no oímos solamente la respuesta de Jesús a la pregunta de un discípulo, pregunta que podría ser la nuestra, sino que pregunta y respuesta, ambas juntas, son objeto de la predicación en cuanto palabra de la Escritura. Por tanto, hermenéuticamente interpretaríamos mal la obediencia sencilla si quisiéramos actuar y seguir de forma directamente simultánea con el que ha sido llamado.

Pero el Cristo que nos es anunciado en la Escritura es, a través de toda su palabra, un Cristo que no da la fe más que al que le obedece. No tenemos el derecho ni la posibilidad de volver en busca de los acontecimientos reales tras la palabra de la Escritura, sino que, sometiéndonos a la palabra de la Escritura en su totalidad, es como somos llamados al seguimiento, precisamente porque no queremos violentar la Escritura en virtud de la ley, apoyándonos sobre el principio, aunque este principio sea el de una doctrina de la gracia.

Resulta, pues, que la interpretación paradójica del mandamiento de Jesús debe incluir la interpretación sencilla, precisamente porque no queremos proclamar una ley, sino predicar a Cristo. Con esto, parece ahora superfluo defenderse contra la sospecha de que, al hablar de la obediencia sencilla, lo hacemos de un carácter meritório cualquiera del hombre, de un «facere quod in se est», de una condición preliminar indispensable de la fe. La obediencia a la llamada de Cristo no es nunca un acto arbitrario del hombre.

En sí, el abandono de sus bienes, por ejemplo, no constituye de ningún modo la obediencia exigida; muy bien podría suceder que

semejante paso no significase la obediencia a Jesús, sino la fijación completamente libre de un estilo de vida personal, de un ideal cristiano, de un ideal de pobreza franciscana. Muy bien podría suceder que, al abandonar sus bienes, el hombre se aceptase a sí mismo y a un ideal, pero no al mandamiento de Jesús, quedando aún más prisionero de sí mismo en lugar de verse liberado. Porque este paso hacia la situación no es un ofrecimiento del hombre a Jesús, sino siempre la oferta graciosa de Jesús al hombre. El paso sólo es legítimo cuando se da de esta forma, y entonces ya no es una posibilidad libre del hombre.

Dijo Jesús a sus discípulos: «Yo os aseguro que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos. Os lo repito, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos». Al oír esto, los discípulos se asombraban mucho y decían: «Entonces, ¿quién se podrá salvar?». Jesús, mirándoles fijamente, dijo: «Para los hombres eso es imposible, mas para Dios todo es posible» (Mt 19, 23-26).

Del asombro de los discípulos a propósito de estas palabras y de la pregunta que plantean para saber quién puede salvarse, se deduce que no consideraban el caso del joven rico como un caso especial, sino como el caso más corriente. En efecto, no preguntan: ¿Qué rico?, sino, de forma general: ¿«Quién» podrá salvarse?, precisamente porque todo el mundo, incluso los mismos discípulos, pertenecen a estos ricos para los que es tan difícil entrar en el reino de los cielos. La respuesta de Jesús confirma la interpretación que hacen los discípulos de sus palabras. Salvarse en el seguimiento es imposible a los hombres, mas para Dios todo es posible.

El seguimiento y la cruz

Y comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser condenado a muerte y resucitar a los tres días. Hablaba de esto abiertamente. Entonces Pedro, tomándole aparte, se puso a reprenderle. Pero él, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciéndole: «¡Quítate de mi vista, Satanás, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!».

Llamando a la gente a la vez que a sus discípulos, les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. Pues ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? Pues ¿qué puede dar el hombre a cambio de su alma? Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles» (Mc 8, 31-38).

La llamada al seguimiento se encuentra aquí en relación con el anuncio de la pasión de Jesús. Jesucristo debe sufrir y ser rechazado. Es el imperativo de la promesa de Dios, para que se cumpla la Escritura. Sufrir y ser rechazado no es lo mismo. Jesús podía ser el Cristo glorificado en el sufrimiento. El dolor podría provocar toda la piedad y toda la admiración del mundo. Su carácter trágico podría conservar su propio valor, su propia honra, su propia dignidad.

Pero Jesús es el Cristo rechazado en el dolor. El hecho de ser rechazado quita al sufrimiento toda dignidad y todo honor. Debe ser un sufrimiento sin honor. Sufrir y ser rechazado constituyen la expresión que sintetiza la cruz de Jesús. La muerte de cruz significa sufrir y morir rechazado, despreciado. Jesús debe sufrir y ser re-

chazado por necesidad divina. Todo intento de obstaculizar esta necesidad es satánico. Incluso, y sobre todo, si proviene de los discípulos; porque esto quiere decir que no se deja a Cristo ser el Cristo. El hecho de que sea Pedro, piedra de la Iglesia, quien resulte culpable inmediatamente después de su confesión de Jesucristo y de ser investido por él, prueba que desde el principio la Iglesia se ha escandalizado del Cristo sufriente. No quiere a tal Señor y, como Iglesia de Cristo, no quiere que su Señor le imponga la ley del sufrimiento. La protesta de Pedro muestra su poco deseo de sumergirse en el dolor. Con esto Satanás penetra en la Iglesia. Quiere apartarla de la cruz de su Señor.

Jesús se ve obligado a poner en contacto a sus discípulos, de forma clara e inequívoca, con el imperativo del sufrimiento. Igual que Cristo no es el Cristo más que sufriendo y siendo rechazado, del mismo modo el discípulo no es discípulo más que sufriendo, siendo rechazado y crucificado con él. El seguimiento, en cuanto vinculación a la persona de Cristo, sitúa al seguidor bajo la ley de Cristo, es decir, bajo la cruz.

Sin embargo, la comunicación a los discípulos de esta verdad inalienable comienza, de forma curiosa, con el hecho de que Jesús vuelve a dejar a sus discípulos en plena libertad. «Si alguno quiere seguirme», dice Jesús. No se trata de algo natural, ni siquiera entre los discípulos. No se puede forzar a nadie, no se puede esperar esto de nadie. Por eso dice: «Si alguno» quiere seguirme, despreciando todas las otras propuestas que se le hagan. Una vez más, todo depende de la decisión; en medio del seguimiento en que viven los discípulos todo vuelve a quedar en blanco, en vilo, como al principio; nada se espera, nada se impone. Tan radical es lo que ahora va a decirse. Así, una vez más, antes de que sea anunciada la ley del seguimiento, los discípulos deben sentirse completamente libres.

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo». Lo que Pedro dijo al negar a Cristo —«No conozco a ese hombre»— es lo que debe decir de sí mismo el que le sigue. La negación de sí mismo no consiste en una multitud, por grande que sea, de actos aislados de mortificación o de ejercicios ascéticos; tampoco significa el suicidio, porque también en él puede imponerse la propia voluntad del hombre. Negarse a sí mismo es conocer sólo a Cristo, no a uno mismo; significa fijarnos sólo en aquel que nos precede,

no en el camino que nos resulta tan difícil. De nuevo la negación de sí mismo se expresa con las palabras: él va delante, mantente firmemente unido a él.

«Tome su cruz». Jesús, por su gracia, ha preparado a los discípulos a escuchar estas palabras hablándoles primero de la negación de sí mismo. Si nos hemos olvidado realmente de nosotros mismos, si no nos conocemos ya, podemos estar dispuestos a llevar la cruz por amor a él. Si sólo le conocemos a él, no conocemos ya los dolores de nuestra cruz, sólo le vemos a él. Si Jesús no nos hubiese preparado con tanta amabilidad para escuchar esta palabra, no podríamos soportarla. Pero nos ha puesto en situación de percibir como una gracia incluso estas duras palabras, que llegan a nosotros en la alegría del seguimiento y nos consolidan en él.

La cruz no es el mal y el destino penoso, sino el sufrimiento que resulta para nosotros únicamente del hecho de estar vinculados a Jesús. La cruz no es un sufrimiento fortuito, sino necesario. La cruz es un sufrimiento vinculado no a la existencia natural, sino al hecho de ser cristianos. La cruz no es sólo y esencialmente sufrimiento, sino sufrir y ser rechazado; y estrictamente se trata de ser rechazado por amor a Jesucristo, y no a causa de cualquier otra conducta o de cualquier otra confesión de fe. Un cristianismo que no toma en serio el seguimiento, que ha hecho del Evangelio sólo un consuelo barato de la fe, y para el que la existencia natural y la cristiana se entremezclan indistintamente, entiende la cruz como un mal cotidiano, como la miseria y el miedo de nuestra vida natural.

Se olvidaba que la cruz siempre significa, simultáneamente, ser rechazado, que el oprobio del sufrimiento forma parte de la cruz. Ser rechazado, despreciado, abandonado por los hombres en el sufrimiento, como dice la queja incesante del salmista, es un signo esencial del sufrimiento de la cruz, imposible de comprender para un cristianismo que no sabe distinguir entre la existencia civil y la existencia cristiana. La cruz es con-sufrir con Cristo, es el sufrimiento de Cristo. Sólo la vinculación a Cristo, tal como se da en el seguimiento, se encuentra seriamente bajo la cruz.

«Tome su cruz»; está preparada desde el principio, sólo falta llevarla. Pero nadie piense que debe buscarse una cruz cualquiera, que debe buscar voluntariamente un sufrimiento, dice Jesús; cada uno tiene preparada *su* cruz, que Dios le destina y prepara a su me-

dida. Debe llevar la parte de sufrimiento y de repulsa que le ha sido prescrita. La medida es diferente para cada uno. Dios honra a este con un gran sufrimiento, le concede la gracia del martirio, a otro no le permite que sea tentado por encima de sus fuerzas. Sin embargo, es la misma cruz.

Es impuesta a todo cristiano. El primer sufrimiento de Cristo que todos debemos experimentar es la llamada que nos invita a liberarnos de las ataduras de este mundo. Es la muerte del hombre viejo en su encuentro con Jesucristo. Quien entra en el camino del seguimiento se sitúa en la muerte de Jesús, transforma su vida en muerte; así sucede desde el principio. La cruz no es la meta terrible de una vida piadosa y feliz, sino que se encuentra al comienzo de la comunión con Jesús.

Toda llamada de Cristo conduce a la muerte. Bien sea porque debamos, como los primeros discípulos, dejar nuestra casa y nuestra profesión para seguirle, bien sea porque, como Lutero, debamos abandonar el claustro para volver al mundo, en ambos casos nos espera la misma muerte, la muerte en Jesucristo, la muerte de nuestro hombre viejo a la llamada de Jesucristo. Puesto que la llamada que Jesús dirige al joven rico le trae la muerte, puesto que no le es posible seguir más que en la medida en que ha muerto a su propia voluntad, puesto que todo mandamiento de Jesús nos ordena morir a todos nuestros deseos y apetitos, y puesto que no podemos querer nuestra propia muerte, es preciso que Jesús, en su palabra, sea nuestra vida y nuestra muerte.

La llamada al seguimiento de Jesús, el bautismo en nombre de Jesucristo, son muerte y vida. La llamada de Cristo, el bautismo, sitúan al cristiano en el combate diario contra el pecado y el demonio. Cada día, con sus tentaciones de la carne y del mundo, vuelca sobre el cristiano nuevos sufrimientos de Jesucristo. Las heridas que nos son infligidas en esta lucha, las cicatrices que el cristiano conserva de ella, son signos vivos de la comunión con Cristo en la cruz. Pero hay otro sufrimiento, otra deshonra, que no es ahorrada a ningún cristiano. Es verdad que sólo el sufrimiento de Cristo es un sufrimiento reconciliador; pero como Cristo ha sufrido por causa del pecado del mundo, como todo el peso de la culpa ha caído sobre él, y como Jesús ha imputado el fruto de su sufrimiento a los que le siguen, la tentación y el pecado recaen también sobre el dis-

cípulo, le recubren de oprobio y le expulsan, igual que al macho cabrío expiatorio, fuera de las puertas de la ciudad.

De este modo, el cristiano se convierte en portador del pecado y de la culpa en favor de otros hombres. Quedaría aplastado bajo este peso si él mismo no fuese sostenido por el que ha llevado todos los pecados. Pero en la fuerza del sufrimiento de Cristo le es posible triunfar de los pecados que recaen sobre él, en la medida en que los perdona. El cristiano se transforma en portador de cargas: «Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo» (Gal 6, 2).

Igual que Cristo lleva nuestra carga, nosotros debemos llevar las de nuestros hermanos; la ley de Cristo que debemos cumplir consiste en llevar la cruz. El peso de mi hermano, que debo llevar, no es solamente su suerte externa, su forma de ser y sus cualidades, sino, en el más estricto sentido, su pecado. Y no puedo cargar con él más que perdonándole en la fuerza de la cruz de Cristo, de la que he sido hecho partícipe. De este modo, la llamada de Jesús a llevar la cruz sitúa a todo el que le sigue en la comunión del perdón de los pecados. El perdón de los pecados es el sufrimiento de Cristo ordenado a los discípulos. Es impuesto a todos los cristianos.

Pero ¿cómo sabrá el discípulo cuál es su cruz? La recibirá cuando siga a su Señor sufriente, reconocerá su cruz en la comunión con Jesús.

El sufrimiento se convierte así en signo distintivo de los seguidores de Cristo. El discípulo no es mayor que su maestro. El seguimiento es una *passio passiva*, una obligación de sufrir. Por eso pudo Lutero contar el sufrimiento entre los signos de la verdadera Iglesia. También por eso, un trabajo preliminar a la Confesión de Augsburgo definió a la Iglesia como la comunidad de los que «son perseguidos y martirizados a causa del Evangelio». Quien no quiere cargar su cruz, quien no quiere entregar su vida al dolor y al desprecio de los hombres, pierde la comunión con Cristo, no le sigue. Pero quien pierde su vida en el seguimiento, llevando la cruz, la volverá a encontrar en este mismo seguimiento, en la comunión de la cruz con Cristo. Lo contrario del seguimiento es avergonzarse de Cristo, avergonzarse de la cruz, escandalizarse de ella.

Seguir a Jesús es estar vinculado al Cristo sufriente. Por eso el sufrimiento de los cristianos no tiene nada de desconcertante. Es,

más bien, gracia y alegría. Las actas de los primeros mártires dan testimonio de que Cristo transfigura, para los suyos, el instante de mayor sufrimiento con la certeza indescriptible de su proximidad y de su comunión. De suerte que, en medio de los más atroces tormentos soportados por su Señor, participan de la alegría suprema y de la felicidad de la comunión con él. Llevar la cruz se les revelaba como la única manera de triunfar del sufrimiento. Y esto es válido para todos los que siguen a Cristo, puesto que fue válido para Cristo mismo.

Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, y suplicaba así: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú...». Y alejándose de nuevo, por segunda vez oró así: «Padre mío, si esto no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad» (Mt 26, 39.42).

Jesús pide al Padre que pase de él este cáliz, y el Padre escucha la oración del Hijo. El cáliz del sufrimiento pasará de él, pero *únicamente bebiéndolo*. Cuando Jesús se arrodilla por segunda vez en Getsemaní, sabe que el sufrimiento pasará en la medida en que lo sufra. Sólo cargando con él vencerá al sufrimiento, triunfará de él. Su cruz es su triunfo.

El sufrimiento es lejanía de Dios. Por eso, quien se encuentra en comunión con Dios no puede sufrir. Jesús ha afirmado esta frase del Antiguo Testamento. Precisamente por esto toma sobre sí el sufrimiento del mundo entero y, al hacerlo, triunfa de él. Carga con toda la lejanía de Dios. El cáliz pasa porque él lo bebe. Jesús quiere vencer al sufrimiento del mundo; para ello necesita saborearlo por completo. Así, ciertamente, el sufrimiento sigue siendo lejanía de Dios, pero en la comunión con el sufrimiento de Jesucristo el sufrimiento triunfa del sufrimiento y se otorga la comunión con Dios precisamente en el dolor.

Es preciso llevar el sufrimiento para que este pase. O es el mundo quien lo lleva, y se hunde, o recae sobre Cristo, y es vencido por él. Así, pues, Cristo sufre en representación del mundo. Sólo su sufrimiento es un sufrimiento redentor. Pero también la Iglesia sabe ahora que el sufrimiento del mundo busca a alguno que lo lleve. De forma que, en el seguimiento de Cristo, el sufrimiento recae sobre la Iglesia y ella lo lleva, siendo llevada al mismo tiempo por Cris-

to. La Iglesia de Jesucristo representa al mundo ante Dios en la medida en que sigue a su Señor cargando con la cruz.

Dios es un Dios que lleva. El Hijo de Dios llevó nuestra carne, llevó la cruz, llevó todos nuestros pecados y, con esto, nos trajo la reconciliación. El que le sigue es llamado igualmente a llevar. Ser cristiano consiste en llevar. Lo mismo que Cristo, al llevar la cruz, conservó su comunión con el Padre, para el que le sigue cargar la cruz significa la comunión con Cristo.

El hombre puede desembarazarse de esta carga que le es impuesta. Pero con esto no se libera de toda carga; al contrario, lleva un peso mucho más insoportable y pesado. Lleva el yugo de su propio yo, que se ha escogido libremente. A los que están agobiados con toda clase de penas y fatigas, Jesús los ha llamado a desembarazarse del propio yugo para coger el suyo, que es suave, para coger su peso, que es ligero. Su yugo y su peso es la cruz. Ir bajo ella no significa miseria ni desesperación, sino recreo y paz de las almas, es la alegría suprema. No marchamos ya bajo las leyes y las cargas que nos habíamos fabricado a nosotros mismos, sino bajo el yugo de aquel que nos conoce y comparte ese mismo yugo con nosotros.

Bajo su yugo tenemos la certeza de su proximidad y de su comunión. A él es a quien encuentra el seguidor cuando carga con su cruz.

Las cosas no deben suceder según tu razón, sino por encima de tu razón; sumérgete en la sinrazón y yo te daré mi razón. La sinrazón es la razón verdadera; no saber adónde vas es, realmente, saber adónde vas. Mi razón te volverá perfectamente irrazonable. Así fue como abandonó Abrahán su patria, sin saber adónde iba. Se entregó a mi saber, abandonando su propio saber, siguió el verdadero camino para llegar al fin verdadero. Mira, este es el camino de la cruz; tú no puedes encontrarlo, es preciso que yo te guíe como a un ciego; por eso, no eres tú, ni un hombre, ni una criatura, quien te enseñará el camino que debes seguir; seré yo, yo mismo, con mi Espíritu y mi palabra. Este camino no es el de las obras que te has escogido, ni el sufrimiento que te has imaginado; es el sufrimiento que yo te indico contra tu elección, contra tus pensamientos y deseos. Marcha por él, yo te llamo. Sé discípulo, porque ha llegado el tiempo y tu maestro se acerca (Lutero).

El seguimiento y el individuo

Si alguno viene a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío (Lc 14, 26).

La llamada de Jesús al seguimiento convierte al discípulo en un individuo aislado. Quiéralo o no, debe decidirse, y debe decidirse solo. No se trata de una elección personal, por la que pretende convertirse en un individuo aislado; es Cristo quien transforma al que llama en individuo. Cada uno es llamado individualmente. Debe seguir individualmente. Temeroso de encontrarse solo, el hombre busca protección entre las personas y cosas que le rodean. De un golpe descubre todas sus responsabilidades y se aferra a ellas. Quiere tomar sus decisiones al abrigo de estas responsabilidades, no desea encontrarse solo, frente a frente con Jesús, no quiere tener que decidirse mirándole solo a él. Pero ni el padre ni la madre, ni mujer ni hijos, ni pueblo ni historia, pueden proteger en este momento al que ha sido llamado. Cristo quiere individualizar al hombre, que no debe ver más que al que le ha llamado.

En la llamada de Jesús se ha consumado ya la ruptura con los datos naturales entre los que vive el hombre. No es el seguidor quien consume esta ruptura, sino Jesús mismo en el momento en que llama. Cristo ha liberado al hombre de las relaciones inmediatas con el mundo, para situarlo en relación inmediata consigo mismo. Nadie puede seguir a Cristo sin reconocer y aprobar esta ruptura ya consumada. No es el capricho de una vida llevada según la propia voluntad, sino Cristo mismo quien conduce al discípulo a la ruptura.

¿Por qué debe ser esto así? ¿Por qué no hay un crecimiento, un progreso lento y santificante desde los órdenes naturales hasta la

comuni3n con Cristo? ¿Cu3l es el poder irritante que se interpone entre el hombre y las categor3as de su vida natural dadas por Dios mismo? ¿No es esta ruptura un metodismo legalista? ¿No es una forma l3gubre de despreciar los excelentes dones de Dios, desprecio que no tiene nada que ver con la libertad del cristiano?

Es cierto; algo se interpone efectivamente entre el que ha sido llamado por Cristo y los datos de su vida natural. Pero lo que se interpone no es un l3gubre despreciador de la vida, no es un c3digo de piedad, es la vida y el Evangelio mismo, es Cristo mismo. Con su encarnaci3n se ha interpuesto entre m3 y el mundo. No puedo volver atr3s. l est3 en el medio. A quien ha llamado le quita la relaci3n inmediata con estos datos del mundo. l quiere ser el medio, todo debe suceder 3nicamente por él. Cristo se encuentra no s3lo entre m3 y Dios, sino tambi3n entre m3 y el mundo, entre m3 y los otros hombres y cosas.

l es el mediador, no solamente entre Dios y el hombre, sino tambi3n entre hombre y hombre, entre el hombre y la realidad. Puesto que el mundo ha sido creado por él y para él (Jn 1, 3; 1 Cor 8, 6; Heb 1, 2), él es el 3nico mediador en el mundo. Despu3s de Cristo, no hay para el hombre relaci3n inmediata ni con Dios ni con el mundo; Cristo quiere ser el mediador. Existen numerosos dioses que se ofrecen a conceder al hombre un acceso inmediato; tambi3n el mundo busca por todos los medios una relaci3n inmediata con el hombre; pero precisamente en esto radica la hostilidad a Cristo, el mediador. Los dioses y el mundo quieren arrebatar a Cristo lo que él les ha quitado: el privilegio de relacionarse 3nica e inmediatamente con el hombre.

Romper las relaciones inmediatas con el mundo no es m3s que reconocer a Cristo como Hijo de Dios, mediador. Esto no consiste nunca en un acto caprichoso por el que el hombre se liberar3a, a causa de un ideal cualquiera, de sus lazos con el mundo, cambiando un ideal menor por un ideal superior. Esto ser3a fanatismo, actuar por propia autoridad, e incluso significar3a volver a caer en una relaci3n inmediata con el mundo. S3lo el reconocimiento de un hecho cumplido, el hecho de que Cristo es el mediador, separa al disc3pulo del mundo de los hombres y de las cosas.

La llamada de Jes3s, en la medida en que se la comprende como una palabra del mediador, no como un ideal, realiza en m3 esta rup-

tura completa con el mundo. Si se tratase de examinar atentamente unos ideales, habr3a que buscar, en cualquier caso, un acuerdo, que podr3a repercutir quiz3s en beneficio de un ideal cristiano, pero que nunca podr3a ser unilateral. Desde el punto de vista de la idealidad, partiendo de las «responsabilidades» de la vida, no se podr3a justificar una devaluaci3n radical de las categor3as vitales naturales frente a un ideal de vida cristiana. M3s bien, podr3a decirse mucho en favor de una valoraci3n inversa y tambi3n, not3moslo, partiendo precisamente del punto de vista de una idealidad cristiana, de una tica cristiana de la responsabilidad o de la conciencia.

Pero como no se trata de ideales, de valoraciones, de responsabilidades, sino de hechos cumplidos y de su reconocimiento, es decir, de la persona misma del mediador, que se interpone entre nosotros y el mundo, es preciso romper con las relaciones inmediatas de la vida, es preciso que el que ha sido llamado se convierta en un individuo delante del mediador.

Quien ha sido llamado por Jes3s aprende que en sus relaciones con el mundo ha vivido en medio de una ilusi3n. Esta ilusi3n se llama inmediatez. Le ha impedido la fe y la obediencia. Ahora sabe que no puede tener ninguna inmediatez, ni siquiera en los lazos m3s estrechos de su vida, los lazos de la sangre que le unen a su padre y a su madre, a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, los lazos del amor conyugal, los de las responsabilidades hist3ricas. Despu3s de Jes3s, no hay para sus disc3pulos ninguna relaci3n inmediata en el plano natural, hist3rico o vivencial. Entre el hijo y su padre, entre el hombre y su esposa, entre el individuo y su pueblo, se halla Cristo, el mediador, puedan o no reconocerle. Para nosotros no hay m3s camino hacia el pr3jimo que el que pasa por Cristo, por su palabra y nuestro seguimiento. La inmediatez es una impostura.

Y como conviene detestar la impostura que nos vela la verdad, tambi3n debemos detestar, a causa de Cristo mediador, la relaci3n inmediata con los datos naturales de la vida. Siempre que una comunidad nos impida ser un individuo delante de Cristo, siempre que una comunidad reivindique la inmediatez, hay que detestarla a causa de Cristo; porque toda inmediatez es, conscientemente o no, odio a Cristo, el mediador, incluso cuando quiere ser comprendida cristianamente.

Es un grave error de la teología utilizar la mediación de Jesús entre Dios y el hombre para justificar las relaciones inmediatas de la vida. Si Jesús es el mediador, se dice, ha cargado al mismo tiempo con el pecado de todas nuestras relaciones inmediatas con el mundo y, de este modo, nos ha justificado. Jesús es nuestro mediador con Dios para que podamos, con buena conciencia, volver a relacionarnos inmediatamente con el mundo, con este mundo que crucificó a Cristo. De esta forma se reduce a un denominador común el amor a Dios y el amor al mundo. Y la ruptura con los datos del mundo se convierte ahora en incompreensión «legalista» de la gracia de Dios, que pretendería precisamente ahorrarnos esta ruptura.

De las palabras pronunciadas por Jesús sobre el odio a las relaciones inmediatas se hace un «sí» alegre y espontáneo a las «realidades de este mundo, que son dones de Dios». Una vez más, la justificación del pecador se convierte en justificación del pecado.

Para quien sigue a Jesús, no hay «realidades dadas por Dios» más que a través de Jesucristo. Lo que no me es dado por medio de Jesucristo encarnado no me es dado por Dios. Lo que no me es dado a causa de Cristo no viene de Dios. La acción de gracias por los dones de la creación se hace a través de Cristo y la súplica que pide la gracia de la conservación de esta vida se hace por la voluntad de Cristo. Si hay algo que no puedo agradecer a causa de Cristo, no puedo agradecerlo de ninguna manera, o cometo un pecado. También el camino que lleva a la «realidad dada por Dios» del prójimo con quien convivo pasa por Cristo; de lo contrario, es un camino equivocado.

Todos nuestros intentos de franquear, por medio de lazos naturales o afectivos, el abismo que nos separa del otro, de vencer la distancia insuperable, la alteridad, el carácter extraño del otro, están condenados al fracaso. Ningún camino específico conduce del hombre al hombre. La intuición más amante, la psicología más profunda, la apertura de espíritu más natural, no avanzan hacia el otro; no existen relaciones anímicas inmediatas. Cristo se interpone. Sólo a través de él podemos llegar al otro. Por eso, de todos los caminos que llevan al prójimo, la súplica es el más rico de promesas, y la oración común en nombre de Cristo es la forma más auténtica de comunión.

No hay verdadero reconocimiento de los dones de Dios sin reconocimiento del mediador, por cuya causa nos han sido dados. Y

no es posible dar verdaderas gracias por el pueblo, la familia, la historia y la naturaleza, sin un profundo arrepentimiento, que atribuya la gloria sólo a Cristo, y a él por encima de todo. No hay una auténtica vinculación a los datos del mundo creado, no hay verdadera responsabilidad en el mundo, si no se reconoce primero el abismo que nos separa del mundo. No hay auténtico amor al mundo fuera del amor con el que Dios amó al mundo en Jesucristo. «No améis al mundo» (1 Jn 2, 15). Pero: «De tal manera amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito, a fin de que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jn 3, 16).

La ruptura con las relaciones inmediatas es inevitable. Bien se produzca exteriormente, bajo la forma de una ruptura con la familia o el pueblo, siendo uno llamado a llevar de modo visible el oprobio de Cristo, a asumir el reproche de odiar a los hombres («odium generis humani»), bien sea preciso llevar esta ruptura secretamente, conocida sólo por él, dispuesto a realizarla visiblemente en cualquier instante, no hay en esto una diferencia definitiva. Abrahán es el ejemplo de estas dos posibilidades. Debió abandonar a sus amigos y la casa de su padre; Cristo se interpuso entre él y los suyos. Entonces la ruptura debió hacerse visible. Abrahán se convirtió en un extranjero a causa de la tierra prometida. Fue la primera llamada. Más tarde Abrahán es llamado por Dios a sacrificarle a su hijo Isaac. Cristo se interpone entre el padre de la fe y el hijo de la promesa.

No sólo la inmediatez natural, sino también la inmediatez espiritual son rotas aquí; Abrahán debe aprender que la promesa no depende de Isaac, sino sólo de Dios. Nadie oye hablar de esta llamada divina, ni siquiera los servidores que acompañan a Abrahán hasta el lugar del sacrificio. Abrahán está absolutamente solo. Una vez más es un ser completamente individualista, como hace tiempo, cuando abandonó la casa de su padre. Toma esta llamada tal como le ha sido dirigida, no le da vueltas para encontrar explicaciones, no la espiritualiza, toma a Dios a la letra y está dispuesto a obedecer. Contra toda inmediatez natural, contra toda inmediatez ética, contra toda inmediatez religiosa, obedece a la palabra de Dios. Lleva a su hijo al sacrificio. Está decidido a manifestar visiblemente la ruptura secreta, a causa del mediador.

Entonces, en el mismo momento, se le devuelve todo lo que había dado. Abrahán recibe de nuevo a su hijo. Dios le muestra una

víctima mejor, que debe sustituir a Isaac. Es un giro de 360 grados; Abrahán ha recibido de nuevo a su hijo, pero ahora lo tiene de forma distinta. Lo tiene por el mediador, a causa de él. Por estar dispuesto a escuchar y obedecer literalmente la orden de Dios, le es permitido tener a Isaac como si no lo tuviese, tenerlo por Jesucristo. Nadie sabe nada de esto. Abrahán baja con Isaac de la montaña tal como había subido, pero todo ha cambiado. Cristo se ha interpuesto entre el padre y el hijo. Abrahán había abandonado todo para seguir a Cristo y, en pleno seguimiento, le es permitido de nuevo vivir en el mundo en que antes vivía. Externamente, todo continúa como antes. Pero lo antiguo ha pasado, y he aquí que todo se ha hecho nuevo. Todo ha debido pasar a través de Cristo.

Esta es la otra posibilidad, la que consiste en ser individuo en medio de la comunidad, en seguir a Cristo en medio de su pueblo y de la casa de su padre, en medio de los bienes y posesiones. Pero es precisamente Abrahán quien ha sido llamado a esta existencia; Abrahán, que había pasado antes por la ruptura visible; Abrahán, cuya fe se ha convertido en modelo para el Nuevo Testamento. Nos sería muy fácil generalizar esta posibilidad de Abrahán, entenderla de forma legalista, es decir, aplicárnosla a nosotros mismos sin más ni más, pretendiendo que nuestra existencia cristiana consiste en seguir a Cristo en medio de la posesión de los bienes de este mundo, y ser así individualista.

Pero, sin duda, es un camino más fácil para el cristiano ser conducido a la ruptura exterior que soportar, en el misterio de la fe, la ruptura secreta. Quien no sabe esto, es decir, quien no lo sabe por la Escritura y la experiencia, se engaña indudablemente al marchar por el otro camino. Volverá a caer en la inmediatez y perderá a Cristo.

No pertenece a nuestra voluntad elegir esta posibilidad o aquella. Según la voluntad de Jesús, somos llamados de tal o cual manera a salir de la inmediatez, y debemos convertirnos visible o secretamente en individuos.

El mismo mediador que nos transforma en individuos es igualmente el fundamento de una *comunidad completamente nueva*. Se sitúa entre el otro hombre y yo. Separa, pero también une. Así, se corta ciertamente todo camino inmediato hacia el otro, pero se indica al seguidor cuál es el nuevo y solo verdadero camino hacia el prójimo, el que pasa por el mediador.

Pedro se puso a decirle: «Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». Jesús respondió: «Yo os aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas; madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora al presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones; y en el tiempo venidero, vida eterna. Y muchos primeros serán últimos y los últimos, primeros» (Mc 10, 28-31).

Jesús se dirige aquí a los que, por su causa, se han convertido en seres individualistas, a los que abandonaron todo cuando él los llamó, a los que pueden decir de sí mismos: «Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». A ellos se hace la promesa de una comunidad nueva. Según la palabra de Jesús, ya en este mundo recibirán centuplicado todo lo que abandonaron. Jesús habla aquí de su comunidad, que se encuentra en él. Quien abandona a su padre por causa de Jesús hallará en ella un padre, hallará hermanos y hermanas, e incluso campos y casas que le están preparados. Cada uno se lanza solo al seguimiento, pero nadie queda solo en el seguimiento. A quien osa convertirse en individuo, basándose en la palabra de Jesús, se le concede la comunión de la Iglesia. Se halla en una fraternidad visible que le devuelve centuplicadamente lo que perdió. ¿Centuplicadamente? Sí, porque ahora lo tiene sólo por Jesús, todo lo tiene por el mediador, lo que significa, por otra parte, «con persecuciones». «Centuplicadamente»—«con persecuciones», es la gracia de la comunidad que sigue a su maestro bajo la cruz. Esta es, pues, la promesa hecha a los seguidores de convertirse en miembros de la comunidad de la cruz, de ser pueblo del mediador, pueblo bajo la cruz.

Iban de camino subiendo a Jerusalén, y Jesús marchaba delante de ellos; ellos estaban sorprendidos y los que le seguían tenían miedo. Tomó otra vez a los doce y se puso a decirles lo que iba a suceder (Mc 10, 32).

Como para confirmar la seriedad de su llamada al seguimiento y, simultáneamente, la imposibilidad de seguirle con nuestras fuerzas humanas, así como la promesa de pertenecerle en las persecuciones. Jesús precede ahora a los discípulos hacia Jerusalén, hacia la cruz, y los que le siguen se asombran y temen al contemplar este camino por el que él les llama.

El sermón del monte

1. *Mt 5: Sobre lo «extraordinario» de la vida cristiana*a) *Las bienaventuranzas*

Jesús en la cima del monte, la multitud, los discípulos. *El pueblo ve*: ahí está Jesús con los discípulos que se le han unido. Los discípulos pertenecían completamente, hasta hace poco, a la masa del pueblo. Eran como todos los demás. Pero llegó la llamada de Jesús; abandonaron todo y le siguieron. Desde entonces pertenecen a Jesús por completo. Van con él, viven con él, le siguen a dondequiera que los lleve. Les ha sucedido algo que los otros no han experimentado. Se trata de un hecho muy inquietante y sorprendente que no pasa desapercibido al pueblo. *Los discípulos ven*: ese es el pueblo del que proceden, las ovejas perdidas de la casa de Israel. La comunidad elegida por Dios. El pueblo de la Iglesia. Cuando fueron segregados de este pueblo por el llamamiento de Jesús, hicieron lo que era natural y necesario para las ovejas perdidas de la casa de Israel: siguieron la voz del buen pastor, porque la conocían. Pertenecen, pues, a este pueblo, vivirán en él, se moverán en su ambiente y le predicarán la llamada de Jesús a la gloria del seguimiento. Pero ¿qué sucederá al final? *Jesús ve*: ahí están sus discípulos. Se han unido a él visiblemente. Ha llamado a cada uno en concreto. Al oír su llamada han renunciado a todo.

Ahora viven en desprendimiento y escasez, son los más pobres entre los pobres, los más combatidos entre los combatidos, los más hambrientos entre los hambrientos. Sólo le tienen a él. Y con él no tienen nada en el mundo, absolutamente nada, pero lo tienen todo en Dios. Es una pequeña comunidad que ha encontrado; y cuando

contempla al pueblo, ve la gran comunidad que busca. Discípulos y pueblo están íntimamente relacionados; los discípulos serán sus mensajeros y encontrarán también aquí y allá oyentes y fieles. Sin embargo, existirá hasta el fin una enemistad entre ellos. Toda la ira contra Dios y su palabra recaerá en los discípulos y serán repudiados junto con ella. La cruz se hace visible. Cristo, los discípulos, el pueblo constituyen el cuadro completo de la historia sufriente de Jesús y de su comunidad¹.

Por eso, bienaventurados. Jesús habla a los discípulos (cf. Lc 6, 20s). Habla a los que se encuentran bajo el poder de su llamada. Esta llamada los ha hecho pobres, combatidos, hambrientos. Los proclama bienaventurados no por su escasez o su renuncia. Ni la una ni la otra constituyen un fundamento de cualquier clase para la bienaventuranza. El único fundamento válido es la llamada y la promesa, por las que viven en escasez y renuncia. Carece de interés la observación de que en algunas bienaventuranzas se habla de la escasez de los discípulos y en otras de una renuncia consciente, es decir, de virtudes especiales. La carencia objetiva y la renuncia personal tienen su fundamento común en el llamamiento y la promesa de Cristo. Ninguna de ellas tiene valor en sí misma ni puede presentar reivindicaciones².

Jesús proclama bienaventurados a sus discípulos. El pueblo lo oye y es testigo asombrado de lo que sucede. Lo que según la promesa de Dios pertenece a todo el pueblo de Israel, recae aquí sobre

1. La justificación exegética de esta exposición se basa en el ἄνοιεν τὸ ὄραμα, que fue tenido muy en cuenta en la exégesis de la antigua Iglesia. Antes de que Jesús comience a hablar, hay unos instantes de silencio.

2. No se puede establecer una oposición entre Mt y Lc basándose en la Escritura. Ni en Mt se trata de una espiritualización de las bienaventuranzas originariamente lucanas, ni en Lc de una politización de las bienaventuranzas que, en su origen, sólo se habrían referido a la «disposición de espíritu». Ni la indigencia en Lc, ni la renuncia en Mt constituyen el fundamento de las bienaventuranzas. Más bien, la indigencia o la renuncia, lo espiritual o lo político, sólo están justificados por la llamada y la promesa de Jesús; sólo él convierte a los bienaventurados en lo que son, sólo él es el fundamento de su bienaventuranza. A partir de las Clementinas, la exégesis católica ha querido ver una bienaventuranza dirigida a la virtud de la pobreza, pensando por una parte en la *paupertas* voluntaria de los monjes y, por otra, en toda pobreza voluntaria a causa de Cristo. En ambos casos el error de interpretación radica en el hecho de que se busca el fundamento de la bienaventuranza en un comportamiento humano cualquiera, y no exclusivamente en la llamada y la promesa de Jesús.

la pequeña comunidad de los elegidos por Jesús. «Vuestro es el reino de los cielos». Pero los discípulos y el pueblo están de acuerdo en que todos forman la comunidad elegida de Dios. Por eso, la bienaventuranza de Jesús debe convertirse para *todos* en motivo de decisión y salvación. Todos están llamados a ser lo que son en realidad. Los discípulos son bienaventurados por el llamamiento de Jesús que han seguido. El pueblo es bienaventurado por la promesa de Dios que le ha sido concedida. Pero ¿conseguirá el pueblo de Dios la promesa por la fe en Jesucristo, o se apartará de Cristo y de su comunidad mostrándose incrédulo? Este es el problema.

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Los discípulos carecen absolutamente de todo. Son «pobres» (Lc 6, 20). Sin seguridad, sin posesiones que puedan considerar como propias, sin un trozo de tierra a la que puedan llamar su patria, sin una comunidad terrena a la que puedan pertenecer plenamente. Pero también sin fuerza, experiencia, conocimientos espirituales propios a los que puedan invocar y con los que puedan consolarse. Por amor a él lo han perdido todo. Al seguirle, se han perdido incluso a sí mismos y, con esto, todo lo que aún podía enriquecerles. Ahora son pobres, tan inexperimentados, tan imprudentes, que no pueden poner su esperanza más que en el que los ha llamado. Jesús conoce también a otros, los representantes y predicadores de la religión popular, los poderosos llenos de prestigio, firmemente asentados en la tierra e indisolublemente enraizados en las costumbres, el espíritu de la época y la piedad popular. Pero no es a ellos, sino sólo a sus discípulos a quienes dice: Bienaventurados, porque vuestro es el reino de los cielos. Sobre ellos, que por amor a Jesús viven en *renuncia y pobreza*, irrumpe el reino de los cielos. En medio de la pobreza se han hecho herederos del Reino. Tienen su tesoro muy oculto, en la cruz. Se les promete el reino de los cielos en su gloria visible, y también se les regala ahora en la *pobreza perfecta de la cruz*.

La bienaventuranza de Jesús se distingue perfectamente de su caricatura, figurada por los programas político-sociales. También el anticristo proclama bienaventurados a los pobres, pero no por amor a la cruz, en la que toda pobreza es feliz, sino por la renuncia de la cruz a través de una ideología político-social. Puede llamar cristiana a esta ideología, pero al hacerlo se convierte en enemigo de Cristo.

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». A cada nueva bienaventuranza se ahonda el abismo entre los discípulos y el pueblo. Los discípulos resaltan cada vez más visiblemente. Los que lloran son los que están dispuestos a vivir *renunciando* a lo que el mundo llama *felicidad y paz*, los que en nada pueden estar de acuerdo con el mundo, los que no se le asemejan. Sufren por el mundo, por su culpa, su destino y su felicidad. El mundo goza, y ellos se mantienen al margen; el mundo grita: ¡Alegraos de la vida!, y ellos se entristecen. Ven que el barco de la inmensa alegría se está yendo a pique. El mundo fantasea del progreso, de la fuerza, del futuro; los discípulos conocen el fin, el juicio, la venida del reino de los cielos, para la que el mundo no está preparado. Por eso son extranjeros en el mundo, huéspedes molestos, perturbadores de la paz a los que se rechaza. ¿Por qué debe la comunidad de Jesús mantenerse al margen de tantas fiestas del pueblo en que vive? ¿Es que no comprende a sus semejantes? ¿Ha caído en el odio y el desprecio del hombre? Nadie entiende a sus prójimos mejor que la comunidad de Jesús. Nadie ama más a los hombres que los discípulos de Jesús, y por eso se mantienen fuera y sufren.

Es hermoso, y tiene mucho sentido, que Lutero tradujese aquí la palabra griega por *Leid-tragen* (llevar dolor). Lo importante es el llevarlo (*tragen*). La comunidad de los discípulos no lo rechaza como si careciese de fuerza creadora, lo acepta. En esto se hace patente su unión al prójimo. Al mismo tiempo se indica que no busca el dolor caprichosamente, que no se retira por desprecio al mundo, sino que lleva lo que le corresponde y recae sobre ella por amor de Cristo en el seguimiento.

Por último, el sufrimiento no cansa, desgasta ni amarga a los discípulos, dejándolos destrozados. Ellos lo llevan con la fuerza del que lo ha padecido. Los discípulos llevan su dolor con la fuerza de aquel que lo sufrió todo en la cruz. Como sufrientes, se hallan en comunión con el crucificado. Son extranjeros por la fuerza de aquel que resultó tan extraño al mundo, que éste lo crucificó. Esto es su consuelo; más bien, *este* es su consuelo, su consolador (cf. Lc 2, 25). La comunidad de los extraños es consolada en la cruz, sintiéndose impulsada hacia el lugar donde la espera el consolador de Israel. Así encuentra su verdadera patria junto al Señor crucificado, aquí y en la eternidad.

«Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra». Ningún derecho propio protege a la comunidad de los extranjeros en el mundo. Ellos tampoco lo reivindicán, porque son los mansos, los que viven por amor a Jesús en la *renuncia a todo derecho propio*. Se les injuria y callan, se les oprime y lo soportan, se les empuja y se apartan. No pleitean por sus derechos, no protestan cuando son tratados con injusticia. No reivindicán ningún derecho propio. Prefieren dejarlo todo a la justicia de Dios; «*non cupidi vindictae*», reza la exégesis de la antigua Iglesia. Lo que a su Señor parece justo, debe parecerse también a ellos. Sólo eso. En cada palabra, en cada ademán, resulta evidente que no pertenecen a este mundo. Dejadles el cielo, dice el mundo compasivo, puesto que les pertenece³.

Pero Jesús dice: Ellos poseerán la tierra. La tierra pertenece a estos hombres débiles y sin derechos. Los que ahora la poseen con la fuerza y la injusticia, terminarán perdiéndola, y los que han renunciado a ella completamente, mostrándose mansos hasta la cruz, dominarán la nueva tierra. No hay que pensar aquí en una justicia intramundana y castigadora de Dios (Calvino), sino que cuando venga el reino de los cielos, quedará renovada la faz de la tierra y esta se convertirá en herencia de la comunidad de Jesús. Dios no abandona la tierra. La ha creado. Ha enviado a ella a su Hijo. Edificó sobre ella su comunidad. Todo comenzó en este tiempo. Se dio un signo. Ya aquí se ha dado a los débiles un trozo de tierra: la Iglesia, su comunidad, sus bienes, hermanos y hermanas, en medio de persecuciones hasta la cruz. También el Gólgota es un trozo de tierra. A partir del Gólgota, donde murió el más manso de todos, debe ser renovada la tierra. Cuando llegue el reino de Dios, los mansos poseerán la tierra.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados». Los que siguen a Cristo no sólo viven en renuncia al propio derecho, sino incluso en *renuncia a la propia justicia*. No se glorían en nada de lo que hacen y sacrifican. Sólo pueden poseer la justicia en el hambre y la sed de ella; ni la propia

3. El emperador Juliano, en su carta 43, escribía burlescamente que confiscaba los bienes de los cristianos sólo para que pudiesen entrar como pobres en el reino de los cielos.

justicia, ni la de Dios sobre la tierra; desean en todo tiempo la futura justicia de Dios, pero no pueden implantarla por sí mismos. Los que siguen a Jesús tienen hambre y sed durante el camino. Anhelan el perdón de todos los pecados y la renovación plena, la renovación de la tierra y la justicia perfecta de Dios.

Sin embargo, la maldición del mundo y sus pecados recaen sobre ellos. Aquel a quien siguen debe morir en la cruz como un maldito. Su último grito es un deseo desesperado de justicia: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Y el discípulo no es más que su maestro. Sigue tras él. Por eso es feliz; porque se le ha prometido que quedará saciado. Alcanzarán la justicia no sólo de oídas, sino hasta saciarse corporalmente. El pan de la verdadera vida les alimentará en la cena futura con su Señor. Este pan futuro es el que los hace bienaventurados, puesto que ya lo tienen presente. Jesús, pan de vida, está entre ellos durante toda su hambre. Esta es la felicidad de los pecadores.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». Estos pobres, estos extraños, estos débiles, estos pecadores, estos seguidores de Jesús viven también con él *renunciando a la propia dignidad*, porque son misericordiosos. No les basta su propia necesidad y escasez, sino que también se hacen partícipes de la necesidad ajena, de la pequeñez ajena, de la culpa ajena. Tienen un amor irresistible a los pequeños, enfermos, miserables, a los anonadados y oprimidos, a los que padecen injusticia y son rechazados, a todo el que sufre y se preocupa; buscan a los que han caído en el pecado y la culpa. Por muy profunda que sea la necesidad, por muy terrible que sea el pecado, la misericordia se acerca a ellos. El misericordioso regala su propia honra al que ha caído en la infamia, y toma sobre sí la vergüenza ajena. Se deja encontrar junto a los publicanos y pecadores y lleva gustoso la deshonra de tratar con ellos. Se despojan del bien supremo del hombre, la propia honra y dignidad, y son misericordiosos.

Sólo una honra y dignidad conocen: la misericordia de su Señor, de la que viven. Él no se avergonzó de sus discípulos, se convirtió en hermano de los hombres, llevó su ignominia hasta la muerte de cruz. Esta es la misericordia de Jesús, de la única que quieren vivir los que están ligados a él, la misericordia del crucificado. Esta les hace olvidar toda honra y dignidad propia, y buscar

sólo la comunidad con los pecadores. Si se les injuria por esto, son felices. Porque alcanzarán misericordia. Dios se inclinará alguna vez profundamente hacia ellos descargándoles de sus pecados e ignominias. Dios les dará su honra y quitará de ellos la deshonra. La honra de Dios será llevar la vergüenza de los pecadores y vestirlos con su dignidad. Bienaventurados los misericordiosos, porque tienen al misericordioso por Señor.

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». ¿Quién es limpio de corazón? Sólo el que ha entregado plenamente su corazón a Jesús, para que este reine exclusivamente en su interior; el que no mancha su corazón con el propio mal, ni tampoco con el propio bien. El corazón puro es el corazón sencillo del niño, que nada sabe del bien y del mal, el corazón de Adán antes de la caída, el corazón en el que no reina la conciencia, sino la voluntad de Jesús.

Quien vive en *renuncia al propio bien y mal*, al propio corazón, quien está tan arrepentido y sólo depende de Jesús, este tiene un corazón purificado por la palabra de Cristo. La limpieza de corazón se encuentra aquí en oposición a toda pureza externa, incluida la pureza de los buenos sentimientos. El corazón puro está limpio de bien y mal, pertenece por completo e indivisamente a Cristo, sólo se fija en él, que le precede. Sólo verá a Dios quien en esta vida sólo se ha fijado en Jesucristo, el Hijo de Dios. Su corazón está libre de imágenes que le manchen, sin dejarse arrastrar por la pluralidad de los propios deseos e intenciones. Está totalmente arrebatado en la contemplación de Dios. A Dios le contemplará aquel cuyo corazón se haya convertido en espejo de la imagen de Jesucristo.

«Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios». El seguidor de Jesús está llamado a la paz. Cuando Jesús los llamó, encontraron su paz. Jesús es su paz. Pero no sólo deben tener la paz, sino también deben crearla⁴. Con esto *renuncian a la fuerza y la rebelión*. Estas nunca han servido para nada en las cosas de Cristo. Su Reino es un reino de paz, y la comunidad de Cristo se saluda con el beso de paz. Los discípulos de

4. εἰρηνοποιοί tiene doble sentido. Lutero tradujo *friedfertig* (pacífico), pero, según su propia interpretación, este término no debía entenderse sólo de forma pasiva. La traducción inglesa *peacemaker* es unilateral y ha ocasionado numerosas manifestaciones de un falso activismo cristiano.

Cristo mantienen la paz, prefiriendo sufrir a ocasionar dolor a otro, conservan la comunidad cuando otro la rompe, renuncian a imponerse y soportan en silencio el odio y la injusticia. De este modo vencen el mal con el bien y son creadores de paz divina en medio de un mundo de odio y guerra. Pero nunca será más grande su paz que cuando se encuentren pacíficamente con el mal y estén dispuestos a sufrir. Los pacíficos llevarán la cruz con su Señor; porque en la cruz se crea la paz. Por haber sido insertados de este modo en la obra pacificadora de Cristo, por haber sido llamados a colaborar con el Hijo de Dios, serán llamados hijos de Dios.

«Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos». No se habla aquí de la justicia de Dios, sino de los padecimientos por una causa justa⁵, por el juicio y la acción justas de los discípulos de Jesús. Los que siguen a Jesús renunciando a las posesiones, a la felicidad, al derecho, a la justicia, a la honra, al poder, se distinguen en sus juicios y acciones del mundo; resultarán chocantes al mundo. Y así serán perseguidos por causa de la justicia. La recompensa que el mundo da a su palabra y actividad no es el reconocimiento, sino la repulsa. Es importante que Jesús proclame bienaventurados a sus discípulos cuando no sufren inmediatamente por la confesión de su nombre, sino simplemente por una causa justa. Se les hace la misma promesa que a los pobres. Como perseguidos, se asemejan a ellos.

Al final de las bienaventuranzas surge la pregunta: ¿qué lugar del mundo resta a tal comunidad? Ha quedado claro que sólo les queda un lugar, aquel en el que se encuentra el más pobre, el más combatido, el más manso: la cruz del Gólgota. La comunidad de los bienaventurados es la comunidad del crucificado. Con él lo ha perdido todo y con él lo ha encontrado todo. La cruz proclama: bienaventurados, bienaventurados. Pero Jesús sólo habla ahora a los que pueden entenderle, a los discípulos; por eso dice directamente:

Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

5. Obsérvese la falta de artículo en el texto griego.

«Por mi causa»: los discípulos son injuriados, pero encuentran al mismo Jesús. Sobre él recae todo, ya que por su causa son injuriados. Él carga con la culpa. La injuria, la persecución mortal y las mentiras malignas constituyen la felicidad de los discípulos en su comunidad con Jesús. Es forzoso que el mundo ataque a estos mansos extranjeros con sus palabras, su fuerza y sus calumnias. La voz de estos pobres y mansos es demasiado amenazadora y potente, su vida demasiado paciente y silenciosa; estos discípulos de Jesús, con su pobreza y sus sufrimientos, dan un testimonio demasiado poderoso de la injusticia del mundo. Resulta mortal. Mientras Jesús dice: Bienaventurados, bienaventurados, el mundo grita: ¡Fuera, fuera! Sí, fuera. Pero ¿adónde? Al reino de los cielos. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos.

Los pobres se encuentran en el salón de la alegría. Dios mismo enjuga las lágrimas de los que lloran, da de comer a los hambrientos con su cena. Los cuerpos heridos y martirizados están transfigurados, y en lugar de los vestidos del pecado y de la penitencia llevan la vestidura blanca de la eterna justicia. Desde esta alegría eterna resuena ya aquí un llamamiento a la comunidad de los que siguen bajo la cruz, las palabras de Cristo: Bienaventurados, bienaventurados.

b) *La comunidad visible*

Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para tirarla afuera y ser pisoteada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede estar oculta una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5, 13-16).

Jesús se dirige a los que han sido llamados a la gracia del seguimiento del crucificado. Mientras hasta ahora los bienaventurados aparecían como dignos del reino de los cielos pero, al mismo tiempo, como totalmente superfluos e indignos de vivir para el mundo,

en este momento se los define con la imagen del bien más imprescindible. Vosotros sois la sal de la tierra. Son el bien más noble, el valor supremo que posee el mundo. Sin ellos la tierra no puede seguir viviendo. Es la sal quien conserva la tierra; esta vive gracias a estos pobres, despreciados y débiles que el mundo rechaza. Cuando ataca a los discípulos, destruye su propia vida y, oh milagro, son precisamente estos desgraciados los que posibilitan a la tierra el seguir viviendo. Esta «sal divina» (Homero) conserva su eficacia. Penetra toda la tierra. Es su sustancia. Por tanto, los discípulos no están orientados solamente al reino de los cielos, sino que se les recuerda también su misión terrena.

Como hombres ligados a solo Cristo se les pone en contacto con el mundo, cuya sal son ellos. Jesús, al llamar sal a sus discípulos y no a sí mismo, les transmite la actividad sobre la tierra. Los aplica a su trabajo. Él permanece en el pueblo de Israel, pero a sus discípulos les entrega toda la tierra. Sólo con la condición de que la sal siga siendo sal y conserve su fuerza purificadora y sazonzadora podrá ser mantenida la tierra. Por amor a sí misma y al mundo, la sal debe seguir siendo sal, la comunidad de los discípulos debe seguir siendo lo que es por vocación de Cristo. En esto consistirá su verdadera eficacia y su fuerza conservadora. La sal debe ser incorruptible, una fuerza permanente de purificación. Por eso el Antiguo Testamento usa la sal para los sacrificios, y en el rito católico del bautismo se pone sal en la boca del niño (Ex 30, 35; Ez 16, 4). En la incorruptibilidad de la sal radica la conservación de la comunidad.

«Vosotros *sois* la sal». No dice: Vosotros debéis ser la sal. No se deja a elección de los discípulos el que quieran o no ser sal. Tampoco se les hace un llamamiento para que se conviertan en sal de la tierra. Lo son, quiéranlo o no, por la fuerza de la llamada que se les ha dirigido. Vosotros *sois* la sal. No dice: Vosotros tenéis la sal. Sería erróneo querer equiparar la sal con el mensaje de los apóstoles, como hacen los reformadores. Estas palabras se refieren a toda su existencia, en cuanto se halla fundada por la llamada de Cristo al seguimiento, a esta existencia de la que hablaban las bienaventuranzas. Quien sigue a Cristo, captado por su llamada, queda plenamente convertido en sal de la tierra.

La otra posibilidad consiste en que la sal se vuelva insípida, deje de ser sal. Deja de actuar. Entonces sólo sirve para ser arrojada.

El honor de la sal consiste en que debe salar todas las cosas. Pero la sal que se vuelve insípida no puede adquirir de nuevo su antiguo poder. Todo, incluso el alimento más estropeado, puede ser salvado con la sal; sólo la sal que se ha vuelto insípida se pierde sin esperanza. Es el otro aspecto. El juicio que amenaza a la comunidad de los discípulos. La tierra debe ser salvada por la comunidad; sólo la comunidad que deja de ser lo que es se pierde sin salvación. La llamada de Jesucristo le obliga a ser sal o quedar aniquilada, a seguirle o ser destruida por el mismo llamamiento. No existe una nueva posibilidad de salvación. No puede existir.

No sólo la actividad invisible de sal, sino el resplandor visible de la luz se ha prometido a la comunidad de los discípulos por el llamamiento de Jesús. «Vosotros *sois* la luz». No dice: Debéis serlo. La vocación los ha convertido en luz. Ahora están obligados a ser una luz visible; de lo contrario, la llamada no estaría con ellos. ¡Qué imposible, qué fin tan absurdo sería para los discípulos de Jesús, para *estos* discípulos, querer *convertirse* en luz del mundo! Esto ya lo ha hecho la llamada al seguimiento. Insistamos en que no es: Vosotros *tenéis* la luz, sino: Vosotros *sois*. La luz no es algo que se os ha dado, por ejemplo vuestra predicación, sino vosotros mismos. El mismo que dice de sí: Yo soy la luz, dice a sus discípulos: Vosotros sois la luz en toda vuestra vida, con tal de que permanezcáis fieles a la llamada. Siendo esto así, no podéis permanecer ocultos, aunque queráis.

La luz brilla, y la ciudad sobre el monte no puede estar oculta. Imposible. Resulta visible desde lejos, bien como una ciudad firme o un castillo fortificado, bien como unas ruinas destrozadas. Esta ciudad sobre el monte —¿qué israelita no pensaría en Jerusalén, la ciudad edificada en lo alto?— es la comunidad de los discípulos. A los que siguen a Cristo no se les propone una nueva decisión; la única decisión posible para ellos se ha producido ya. Ahora deben ser lo que son, o dejar de ser seguidores de Jesús. Los seguidores forman la comunidad visible, su seguimiento es una acción visible por la que se apartan del mundo, o no es un auténtico seguimiento. En realidad, el seguimiento es tan visible como la luz en la noche, como un monte en la llanura.

Huir a la invisibilidad es negar el llamamiento. La comunidad de Jesús que quiere ser invisible deja de seguirle. «No se enciende

una lámpara para colocarla bajo el celemín, sino sobre el candelero». Existe también la posibilidad de que se oculte la luz caprichosamente, de que brille bajo el celemín, de que se niegue el llamamiento. El celemín bajo el que la comunidad visible oculta su luz puede ser el miedo a los hombres o una configuración consciente al mundo para conseguir ciertos fines, que pueden ser de tipo misionero o brotar de un falso amor a los hombres. Y también puede tratarse, lo que es mucho más peligroso, de una teología reformadora que se atreve a denominarse *theologia crucis*, y cuyo distintivo consiste en preferir la «humilde» invisibilidad, la configuración plena al mundo, a la visibilidad «farisaica». Lo que caracteriza aquí a la comunidad no es la visibilidad extraordinaria, sino la adaptación a la *justitia civilis*.

El criterio de lo cristiano es precisamente que la luz *no* brille. Jesús, sin embargo, dice: Haced brillar vuestra luz ante los paganos. En cualquier caso, es la luz del llamamiento de Cristo la que resplandece. Pero ¿qué luz es la que deben irradiar estos seguidores de Jesús, estos discípulos de las bienaventuranzas? ¿Qué luz debe brotar de ese lugar en el que sólo los discípulos tienen un derecho? ¿Qué tiene en común la invisibilidad y ocultamiento de la cruz, bajo la que se encuentran los discípulos, con la luz que debe brillar? ¿No debe deducirse de ese ocultamiento que también los apóstoles han de hallarse en la oscuridad y no en la luz?

Es un pésimo sofisma deducir de la cruz de Cristo el que la Iglesia deba configurarse al mundo. ¿No reconoce claramente cualquier persona sencilla que, precisamente en la cruz, se ha hecho visible algo extraordinario? ¿O es todo esto *justitia civilis*, es la cruz configuración al mundo? ¿No es la cruz algo que se ha hecho inauditamente visible en medio de toda oscuridad para terror de los enemigos? ¿No es suficientemente visible que Cristo fue rechazado y debió padecer, que su vida terminó en un patíbulo frente a las puertas de la ciudad? ¿Es esto invisibilidad?

Las buenas obras de los discípulos deben brillar con *esta* luz. Lo que los hombres han de ver no son vuestras personas, sino vuestras buenas obras, dice Jesús. ¿Cuáles son las buenas obras que pueden ser vistas a esta luz? Únicamente las que Jesús produjo en ellos cuando los llamó, cuando los convirtió bajo su cruz en luz del mundo: pobreza, separación del mundo, mansedumbre, edi-

ficación de la paz y, por último, la gracia de ser perseguidos y rechazados, sintetizándose todo en esta sola cosa: llevar la cruz de Cristo. La cruz es la luz extraña que resplandece, la única en que pueden ser vistas todas estas buenas obras de los discípulos.

No se dice que Dios se hará visible, sino que se verán las «buenas obras» y los hombres alabarán a Dios por ellas. Visible será la cruz y visibles serán las obras de la cruz, visibles serán la escasez y renuncia de los bienaventurados. Pero por la cruz y por esta comunidad no se puede alabar al hombre, sino a solo Dios. Si las buenas obras fuesen virtudes humanas, no se alabaría al Padre sino a los discípulos. Pero en realidad no hay que alabar al discípulo que lleva la cruz, ni a la comunidad que brilla y es visible sobre el monte; por las «buenas obras» sólo se puede alabar al Padre que está en los cielos. De este modo los hombres *ven* la cruz y la comunidad del crucificado y creen en Dios. Es la luz de la resurrección.

c) *La justicia de Cristo*

No penséis que he venido a abolir la ley y los profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i o un ápice de la ley sin que todo se haya cumplido. Por tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos menores y así lo enseñe a los hombres, será el menor en el reino de los cielos; en cambio, el que los observe y los enseñe, ese será grande en el reino de los cielos. Porque os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mt 5, 17-20).

No es extraño que los discípulos, al oír las promesas hechas por su Señor, en las que se quitaba valor a todo lo que el pueblo estimaba y se alababa todo lo que para él carecía de importancia, viesen llegado el fin de la ley. Se les hablaba y consideraba como a hombres que lo habían conseguido todo por pura gracia de Dios, como a quienes ahora todo lo poseen, como a herederos seguros del reino de los cielos. Tenían la comunidad plena y personal con Cristo, que todo lo había renovado. Eran la sal, la luz, la ciudad sobre el monte. Por eso, todo lo antiguo ha pasado, se ha disuelto. Parece faltar muy poco para que Jesús establezca una separación de-

finitiva entre su persona y lo antiguo, para que declare abolida la ley del Antiguo Testamento y reniegue de ella con su libertad de Hijo de Dios, liberando también a su comunidad.

Por todo lo que había sucedido, los discípulos podían pensar como Marción que, reprochando a los judíos haber falseado el texto, lo cambió del siguiente modo: «¿Pensáis que he venido a cumplir la ley o los profetas? He venido a abolir, y no a dar cumplimiento». Son innumerables los que desde Marción han leído e interpretado el texto de esta forma. Pero Jesús dice: «No penséis que he venido a abolir la ley y los profetas...». Cristo revaloriza la ley del Antiguo Testamento.

¿Cómo hay que entender esto? Sabemos que se habla a los que le siguen, a los que están ligados solamente a Jesucristo. Ninguna ley podría haber impedido la comunidad de Jesús con sus discípulos, como vimos al interpretar Lc 9, 57s. El seguimiento es unión inmediata a solo Cristo. Sin embargo, de forma totalmente inesperada, aparece aquí la vinculación de los discípulos a la ley veterotestamentaria. Con esto Jesús indica dos cosas a sus apóstoles: que la unión a la ley no constituye aún el seguimiento, y que la vinculación sin ley a la persona de Jesucristo no puede ser llamada verdadero seguimiento. Pone en contacto con la ley a los que ha concedido todas sus promesas y su plena comunidad. La ley tiene valor para los discípulos porque así lo dispone aquel a quien ellos siguen. Y ahora surge la pregunta: ¿qué es lo verdaderamente válido: Cristo o la ley? ¿A quién estoy yo ligado? ¿A él sólo, o también a la ley? Cristo había dicho que ninguna ley podía interponerse entre él y sus discípulos. Ahora dice que la abolición de la ley significaría separarse de él. ¿Qué sentido tiene esto?

La ley es la ley del Antiguo Testamento; no se trata de una ley nueva, sino de la antigua, de la que se habló al joven rico y al escriba como revelación de la voluntad de Dios. Si se convierte en un precepto nuevo es sólo porque Jesús vincula a los que le siguen con esta ley. No se trata, pues, de una «ley mejor» que la de los fariseos; es la misma, la ley que debe permanecer con todas sus letras hasta el fin del mundo, que se ha de cumplir hasta en lo más pequeño. Pero sí se trata de una «justicia mejor». Quien no posea esta justicia mejor, no entrará en el reino de los cielos, porque se habría separado del seguimiento de Cristo, que le pone en contacto con la ley. Pe-

ro los únicos que pueden tener esta justicia mejor son aquellos a quienes Cristo habla, los que él ha llamado. La condición de esta justicia mejor es el llamamiento de Cristo, es Cristo mismo.

Resulta por lo tanto comprensible que Jesús, en este momento del sermón del monte, hable por primera vez de sí mismo. Entre la justicia mejor y los discípulos, a los que se la exige, se encuentra él. Ha venido para cumplir la ley de la antigua alianza. Este es el presupuesto de todo lo demás. Jesús da a conocer su unión plena con la voluntad de Dios en el Antiguo Testamento, en la ley y los profetas. De hecho, no tiene nada que añadir a los preceptos de Dios; los guarda, y esto es lo único que añade. Dice de sí mismo que cumple la ley. Y es verdad. La cumple hasta lo más mínimo. Y al cumplirla, se «consume todo» lo que ha de suceder para el cumplimiento de la ley. Jesús hará lo que exige la ley, por eso sufrirá la muerte; porque sólo él entiende la ley como ley de Dios. Es decir: ni la ley es Dios, ni Dios es la ley, como si esta hubiese ocupado el puesto de Dios.

De esta forma errónea es como Israel había interpretado la ley. Su pecado consistió en divinizar la ley y legalizar a Dios. A la inversa, el pecado de los discípulos habría consistido en quitar a la ley su carácter divino y separar a Dios de su ley. En ambos casos, Dios y la ley habrían sido unidos e identificados, con las mismas consecuencias. Los judíos identificaron a Dios con la ley para poder dominarlo al dominar la ley. Dios quedaba prisionero de la ley y no era ya su señor. Los discípulos, si pensaran separar a Dios de su ley, lo harían para poder dominar a Dios con los bienes salvíficos que poseían. En ambos casos se confundirían el don y el donador, se negaría a Dios con ayuda de la ley o de la promesa salvífica.

Contra ambas interpretaciones erróneas Jesús revaloriza la ley como ley de Dios. Dios es el donador y señor de la ley, y esta sólo es cumplida en la comunión personal con Dios. Sin comunidad con Dios no hay cumplimiento de la ley, y sin cumplimiento de la ley no hay comunidad con Dios. Lo primero es válido para los judíos, lo segundo para el posible equívoco de los discípulos.

Jesús, Hijo de Dios, el único que vive en plena comunión con Dios, revaloriza la ley del Antiguo Testamento al venir a cumplirla. Por ser el único que lo hizo, sólo él puede enseñar rectamente la ley y su cumplimiento. Los discípulos debieron comprender esto cuan-

do él lo dijo, porque sabían quién era. Los judíos no podían entenderlo porque no creían en él. Por eso debían rechazar su doctrina de la ley como una ofensa a Dios, es decir, como una ofensa a la ley de Dios. Y Jesús ha de sufrir las recriminaciones de los abogados de la falsa ley por amor a la verdadera ley de Dios. Jesús muere en la cruz como un blasfemo, como trasgresor de la ley, por haber revalorizado la verdadera ley frente a la ley falsa y mal interpretada.

El cumplimiento de la ley, del que Jesús habla, sólo puede llevarse a cabo con su muerte en la cruz como pecador. Él mismo, en cuanto crucificado, es el cumplimiento pleno de la ley.

Con esto queda dicho que Jesucristo, y sólo él, cumple la ley, porque sólo él vive en plena comunión con Dios. Se interpone entre sus discípulos y la ley, pero ésta no se interpone entre él y sus discípulos. El camino de los discípulos hacia la ley pasa por la cruz de Cristo. Así, Jesús vincula nuevamente a los discípulos a su persona, poniéndolos en contacto con la ley que sólo él cumple. Debe rechazar la vinculación sin ley, porque constituiría un fanatismo, un libertinaje pleno, en lugar de auténtica unión. Se elimina la preocupación de los discípulos de que la vinculación a la ley los separe de Jesús. Esto sólo sería posible en una interpretación errónea de la ley, como la que separó de hecho a los judíos de Dios. En lugar de esto, se deja claro que la auténtica unión con Jesús sólo puede alcanzarse estando vinculados a la ley de Dios.

Es verdad que Jesús se encuentra entre sus discípulos y la ley; pero no para liberarlos de su cumplimiento, sino para revalorizarlo con sus exigencias. Los discípulos deben obedecer a la ley porque están unidos a él. Por otra parte, el cumplimiento de la «iota» no significa que, desde ahora, esta «iota» se haya acabado para los discípulos. Se ha cumplido, y esto es todo. Pero precisamente por ello ha adquirido ahora su valor, de forma que en adelante será grande en el reino de los cielos el que cumpla y enseñe la ley. «Cumpla y enseñe»; podría imaginarse una doctrina de la ley que dispensase de la acción, en la que la ley sólo sirviese para comprender la imposibilidad de cumplirla. Pero esta doctrina no podría basarse en Jesús. Hay que cumplir la ley como él lo hizo. Quien permanece junto a él en el seguimiento –junto a él, que cumplió la ley– este observa y enseña la ley en el seguimiento. Sólo quien pone en práctica la ley puede permanecer en comunión con Jesús.

No es la ley la que distingue a los discípulos de los judíos, sino la «justicia mejor». La justicia de los discípulos «supera» a la de los escribas. Es algo extraordinario, especial. Por primera vez resuena aquí el concepto *περισσεύειν*, que será de gran importancia en el v. 47. Debemos preguntarnos: ¿en qué consistía la justicia de los fariseos?, ¿en qué consiste la justicia de los discípulos? Los fariseos nunca cayeron en el error, contrario a la Escritura, de que la ley sólo había que enseñarla, pero no cumplirla. El fariseo quería ser observante de la ley. Su justicia consistía en el cumplimiento literal, inmediato, de lo dispuesto por la ley. Su justicia era acción. Su fin, la conformidad plena de su acción con lo mandado en la ley. Sin embargo, siempre debía quedar un resto que había de ser tapado con el perdón. Su justicia permanecía incompleta.

También la justicia de los discípulos sólo podía consistir en la observancia de la ley. Nadie podía ser llamado justo si no observaba la ley. Pero la observancia de los discípulos supera a la de los fariseos porque, de hecho, su justicia es perfecta, mientras la de estos es imperfecta. ¿Cómo? La preeminencia de la justicia de los discípulos consiste en que entre ellos y la ley se encuentra aquel que cumplió perfectamente la ley y está en comunión con ellos. Él no se vio frente a una ley incumplida, sino frente a una ley ya cumplida. Antes de que comenzase a obedecer a la ley, ésta ya estaba cumplida y sus exigencias satisfechas. La justicia que exige la ley ya está presente; es la justicia de Jesús, que marcha hacia la cruz por amor a la ley. Pero como esta justicia no es sólo un bien ofrecido, sino la comunidad plena y verdaderamente personal con Dios, Jesús no sólo *tiene* la justicia, sino que él mismo es justicia. Es la justicia de los discípulos. Por su llamada los ha hecho partícipes de su persona, les ha regalado su comunidad, y así les ha permitido tomar parte de su justicia, les ha otorgado su justicia.

La justicia de los discípulos es la justicia de Cristo. Con el único fin de decir esto comienza Jesús sus palabras sobre la «justicia mejor» haciendo referencia a su cumplimiento de la ley. La justicia de Cristo es realmente la justicia de los discípulos. En sentido estricto, sigue siendo una justicia regalada, otorgada por la llamada al seguimiento. Es la justicia que consiste en el seguimiento y que ya en las bienaventuranzas recibe la promesa del reino de los cielos. La justicia de los discípulos es justicia bajo la cruz. Es la

justicia de los pobres, de los combatidos, hambrientos, mansos, pacíficos, perseguidos por amor a Cristo, la justicia visible de los que son luz del mundo y ciudad sobre el monte, por la llamada de Cristo. Si la justicia de los discípulos es «mejor» que la de los fariseos, se debe a que sólo se apoya en la comunión con aquel que ha cumplido la ley; la justicia de los discípulos es auténtica justicia porque ahora cumplen la voluntad de Dios observando la ley.

También la justicia de Cristo debe ser *observada*, y no sólo enseñada. De lo contrario, no es mejor que la ley que se enseña pero no se cumple. Todo lo que sigue habla de esta observancia de la justicia de Cristo por los discípulos. Podríamos sintetizarlo en una sola palabra: seguimiento. Es la participación real y sencilla por la fe en la justicia de Cristo. La justicia de Cristo es la ley nueva, la ley de Cristo.

d) *El hermano*

Habéis oído que se dijo a los antepasados: *No matarás*, y aquel que matare será reo ante el tribunal. Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal; pero el que llame «imbécil» a su hermano, será reo ante el sanedrín; y el que le llame «renegado», será reo de la gehenna del fuego. Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo que reprocharte, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda. Ponte en seguida a buenas con tu adversario mientras vas con él por el camino, no sea que tu adversario te entregue al juez y el juez al alguacil, y se te meta en la cárcel. Yo te aseguro: No saldrás de allí hasta haber pagado el último céntimo (Mt 5, 21-26).

«Pues yo os digo». Jesús sintetiza todo lo dicho sobre la ley. Teniendo en cuenta lo anterior, resulta imposible interpretar a Jesús revolucionariamente o aceptar una contraposición de opiniones, al estilo de los rabinos. Más bien, Jesús expresa, continuando lo dicho, su unidad con la ley de la alianza mosaica, pero al mismo tiempo deja completamente claro que él, el Hijo de Dios, es señor y dador de la ley. Sólo quien percibe la ley como palabra de Cristo puede cumplirla. El error pecaminoso en que se encontraban los

fariseos no les daba esta oportunidad. Sólo en el conocimiento de Cristo como señor y cumplidor de la ley radica el verdadero conocimiento de la misma. Cristo ha puesto su mano sobre la ley, la reivindica. Con esto hace lo que la ley quiere en realidad. Pero al unirse de esta forma con la ley se convierte en enemigo de una falsa interpretación de la misma. Al honrarla, se entrega en manos de los falsos celosos de la ley.

La ley que Jesús indica a sus seguidores les prohíbe matar y les encomienda cuidar del hermano. La vida del hermano depende de Dios, está en sus manos, solamente él tiene poder sobre la vida y la muerte. El asesino no tiene sitio en la comunidad de Dios. Incurrir en el juicio que él mismo ejerce. El hermano que se encuentra bajo la protección del precepto divino no es únicamente el que pertenece a la comunidad, como lo demuestra sin lugar a dudas el hecho de que los seguidores de Jesús no pueden determinar quién es el prójimo; esto sólo puede hacerlo aquel a quien siguen obedientemente.

Al seguidor de Jesús le está prohibido matar, bajo pena del juicio divino. La vida del hermano es una frontera que no puede ser traspasada. Y se la traspasa por la ira, empleando palabras malas que se nos escapan (imbécil) y, por último, insultando premeditadamente a otro (renegado).

Toda ira va contra la vida ajena, siente envidia de ella, busca aniquilarla. Por otra parte, no existe ninguna diferencia entre la ira justa y la injusta⁶. El discípulo no puede conocer la cólera, porque iría contra Dios y contra el hermano. La palabra que se nos escapa, a la que damos tan poca importancia, revela que no respetamos al otro, nos creemos superiores a él y valoramos nuestra vida por encima de la suya. Esta palabra es un ataque contra el hermano, un golpe en su corazón, que repercute en él, le hiere y destruye. El insulto premeditado roba al hermano su honra incluso en público, quiere hacerlo despreciable ante los demás, busca con odio el aniquilamiento de su existencia interna y externa. Ejecuta un juicio sobre él, lo que constituye un asesinato. Y el asesino también es digno de ser juzgado.

6. La adición εἰκῆ en la mayoría de los manuscritos es la primera corrección prudente de la dureza de las palabras de Jesús.

Quien se encoleriza contra su hermano, le dirige malas palabras, le insulta o calumnia públicamente, es un asesino que no tiene cabida ante Dios. Al separarse del hermano, se ha separado también de Dios. Ya no tiene acceso a él. Su ofrenda, su culto, su oración, no pueden agradar a Dios. El que sigue a Jesús no puede separar, como los rabinos, el culto divino del servicio al hermano. El desprecio del hermano convierte el culto en inauténtico y le priva de toda promesa divina. El individuo y la comunidad que quieren acercarse a Dios con un corazón lleno de desprecio o sin reconciliar, sólo practican un juego con los dioses. La ofrenda no será aceptada mientras se niegue al hermano la ayuda y el amor, mientras se le siga despreciando, mientras pueda tener algo contra mí o contra la comunidad de Jesús.

Lo que se interpone entre Dios y yo no es principalmente mi propia cólera, sino el hecho de que existe un hermano enfermo, despreciado, deshonrado, que «tiene algo contra mí». Por tanto, examínese la comunidad de los discípulos de Jesús para ver si no es culpable de haber odiado, despreciado, injuriado al hermano, convirtiéndose de este modo en colaboradora de su muerte. Que examine la comunidad de Jesús si, en el momento en que se acerca a Dios para el culto y la oración, no hay muchas voces que le acusan ante Dios e impiden su oración. Que examine la comunidad de Jesús si ha dado a los despreciados y deshonrados de este mundo un signo del amor de Jesús, que quiere conservar, mantener y proteger la vida. De lo contrario, el culto más correcto, la oración más piadosa, la confesión más firme de la fe, no le servirían para nada, sino que darían testimonio contra ella porque ha olvidado el seguimiento de Jesús.

Dios no quiere ser separado de nuestro hermano. No quiere ser honrado si un hermano es deshonrado. Es el Padre. Sí, el Padre de Jesucristo, que se hizo hermano de todos nosotros. En esto radica el fundamento último de por qué Dios no quiere separarse del hermano. Su Hijo hecho hombre fue deshonrado, injuriado, por amor a la honra del Padre. Mas el Padre no se dejó separar de su Hijo y ahora tampoco quiere alejarse de aquel que se asemejó a su Hijo, por el que su Hijo cargó con el oprobio. La encarnación del Hijo de Dios ha hecho inseparable el culto divino del servicio al hermano. Quien dice que ama a Dios y odia a su hermano es un mentiroso.

Por tanto, al que quiere practicar el verdadero culto siguiendo a Jesús sólo le queda un camino: el de la reconciliación con el hermano. Quien acude a la palabra y a la eucaristía con un corazón sin reconciliar recibe su propio juicio. Es un asesino a los ojos de Dios. Por eso, «vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda». Es un camino difícil el que Jesús exige a sus seguidores. Está unido a una gran humillación y oprobio. Pero es un camino hacia él, el hermano crucificado, y por consiguiente, un camino lleno de bendiciones. En Jesús se unificaron el servicio al hermano más pequeño y el culto a Dios. Él fue a reconciliarse con el hermano y luego ofreció al Padre la única ofrenda verdadera, entregándose a sí mismo.

Todavía es tiempo de gracia porque aún tenemos un hermano, y todavía «vamos con él por el camino». Ante nosotros se halla el juicio. Todavía podemos ponernos a buenas con él y pagarle la deuda que le debemos. Se acerca la hora en que caeremos en manos del juez. Entonces será demasiado tarde, el derecho y la pena se aplicarán hasta sus últimas consecuencias. ¿Comprendemos que aquí el hermano no se convierte para el discípulo de Jesús en ley, sino en gracia? Es gracia poder ponerse a buenas con él, reconocerle su derecho, es gracia poder reconciliarnos con el hermano. Él es nuestra gracia antes del juicio.

Sólo puede hablarnos el que, siendo nuestro hermano, se ha hecho nuestra gracia, nuestra reconciliación, nuestra salvación antes del juicio. En la humanidad del Hijo de Dios se nos ha otorgado la gracia del hermano. Ojalá piensen en esto los discípulos de Jesús.

El servicio al hermano, que intenta complacerle, que respeta su vida y sus derechos, es el camino de la negación de sí mismo, el camino hacia la cruz. Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por su amigo. Es el amor del crucificado. Y por eso esta ley sólo se cumple en la cruz de Cristo.

e) *La mujer*

Habéis oído que se dijo: *No cometerás adulterio*. Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón. Si, pues, tu ojo derecho te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te conviene que se pierda uno de tus

miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna. Y si tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtatela y arrójala de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo vaya a la gehenna. También se dijo: *El que repudie a su mujer, que le dé acta de divorcio*. Pues yo os digo: Todo el que repudia a su mujer, excepto el caso de fornicación, la expone a cometer adulterio; y el que se case con una repudiada, comete adulterio (Mt 5, 27-32).

La vinculación a Jesucristo no abre paso al placer que carece de amor, sino que lo prohíbe a los discípulos. Puesto que el seguimiento es negación de sí y unión con Jesús, en ningún momento puede tener curso libre la voluntad propia, dominada por el placer, del discípulo. Tal concupiscencia, aunque sólo radica en una simple mirada, separa del seguimiento y lleva todo el cuerpo al infierno. Con ella, el hombre vende su origen celestial por un momento placentero. No cree en el que puede devolverle una alegría centuplicada por el placer al que renuncia. No confía en lo invisible, sino que se aferra al fruto visible del placer. De este modo se aleja del camino del seguimiento y queda separado de Cristo.

La impureza de la concupiscencia es incredulidad. Por eso hay que rechazarla. Ningún sacrificio que libere a los discípulos de este placer que separa de Jesús es demasiado grande. El ojo es menos que Cristo y la mano es menos que Cristo. Si el ojo y la mano sirven al placer e impiden a todo el cuerpo la pureza del seguimiento, es preferible renunciar a ellos a renunciar a Jesús. Las alegrías que proporciona el placer son menores que sus inconvenientes; se consigue el placer del ojo y de la mano por un instante, y se pierde el cuerpo por toda la eternidad. Tu ojo, que sirve a la impura concupiscencia, no puede contemplar a Dios.

¿No resulta decisiva en este momento la pregunta de si Jesús dio a su precepto un sentido literal o figurado? ¿No depende toda nuestra vida de una respuesta clara a esta pregunta? ¿No se ha dado ya la respuesta en la actitud de los discípulos? En estas preguntas decisivas, aparentemente tan serias, nuestra voluntad huye de la decisión. La misma pregunta es falsa y maligna. No puede tener respuesta. Si dijéramos que, naturalmente, no hay que entenderlo en sentido literal, debilitaríamos la seriedad del precepto; y si dijé-

ramos que hay que interpretarlo literalmente, no sólo se pondría de manifiesto la absurdidad fundamental de la existencia cristiana, sino que el mismo precepto perdería su fuerza. Sólo quedaremos firmemente ligados al mandamiento de Jesús en cuanto esta pregunta fundamental no sea respondida. No podemos inclinarnos a ninguna de las dos partes. Debemos obedecer a lo que se nos propone. Jesús no obliga a sus discípulos a vivir en una convulsión inhumana, no les prohíbe mirar, pero orienta sus miradas hacia él y sabe que la mirada sigue siendo pura aunque ahora se dirija a la mujer. De este modo, no impone sobre ellos el yugo insoportable de la ley, sino que les ayuda misericordiosamente con el Evangelio.

Jesús no invita al matrimonio a los que le siguen. Pero santifica el matrimonio según la ley al declararlo insoluble y prohibir un segundo matrimonio cuando una de las partes se separa de la otra por adulterio. Con este precepto, Jesús libera al matrimonio del placer egoísta y malo, y lo pone al servicio del amor, que es la única posibilidad dentro del seguimiento. Jesús no injuria al cuerpo y a su deseo natural, pero rechaza la incredulidad que en él se oculta. Así, no disuelve el matrimonio, sino que lo consolida y santifica mediante la fe, y el que le sigue podrá continuar conservando, incluso en el matrimonio, su vinculación exclusiva a Cristo en la disciplina y la negación de sí. Cristo también es el señor de su matrimonio. El que con esto el matrimonio del discípulo sea algo distinto al matrimonio civil no significa un desprecio del matrimonio, sino precisamente su santificación.

Parece que Jesús, al exigir la indisolubilidad del matrimonio, se opone a la ley veterotestamentaria. Pero él mismo da a entender su unión con la ley mosaica (Mt 19, 8). A los israelitas se les permitió dar el acta de divorcio «por la dureza de su corazón», es decir, sólo para precaver su corazón de un desenfreno mayor. Pero la ley veterotestamentaria coincide con Jesús en que su intención se orienta exclusivamente a la pureza del matrimonio, al matrimonio que es vivido con la fe en Dios. Esta pureza queda a salvo en la comunidad de Jesús, en su seguimiento.

Puesto que a Jesús sólo le interesa la pureza perfecta de sus discípulos, también ha de decir que la renuncia plena al matrimonio por amor al reino de los cielos es digna de elogio. Jesús no hace un programa del matrimonio o del celibato, sino que libera a sus dis-

cípulos de la πορνεία, de la fornicación, dentro o fuera del matrimonio, que no sólo es un pecado contra el propio cuerpo, sino también contra el mismo cuerpo de Cristo (1 Cor 6, 13-15). También el cuerpo del discípulo pertenece a Cristo y al seguimiento; nuestros miembros son miembros de su cuerpo. La fornicación es un pecado contra el propio cuerpo de Jesús, porque él, el Hijo de Dios, tuvo un cuerpo humano y porque nosotros tenemos comunidad con su cuerpo.

El cuerpo de Jesús fue crucificado. El apóstol dice de aquellos que pertenecen a Cristo han crucificado su cuerpo con sus vicios y concupiscencias (Gal 5, 24). El cumplimiento de esta ley veterotestamentaria sólo es cierto en el cuerpo crucificado y martirizado de Jesucristo. La visión y la comunidad de este cuerpo que se entregó por ellos es para los discípulos la fuerza que les permite alcanzar la pureza que Jesús les ofrece.

f) *La veracidad*

Habéis oído también que se dijo a los antepasados: *No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos*. Pues yo os digo que no juréis en modo alguno: ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es escabel de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran rey. Ni tampoco jures por tu cabeza, porque ni a uno solo de tus cabellos puedes hacerlo blanco o negro. Sea vuestro lenguaje: sí, sí; no, no; que lo que pasa de aquí viene del maligno (Mt 5, 33-37).

Hasta el momento presente, la interpretación de estos versos resulta extraordinariamente insegura en la Iglesia cristiana. Desde los tiempos primitivos, los exegetas oscilan desde la repulsa rigurosa de todo juramento, considerándolo pecado, hasta la recusación más suave del juramento y del perjurio frívolos. En la Iglesia antigua, la idea más ampliamente reconocida era la de que el juramento estaba prohibido, sin duda, al cristiano «perfecto», pero podía admitirse en los más débiles, dentro de ciertos límites. Agustín, entre otros, defendió esta opinión. Al juzgar el juramento coincidió con filósofos paganos como Platón, los pitagóricos, Epicteto, Marco Aurelio, que lo consideraban como indigno de un hombre noble.

Las Iglesias reformadoras, en sus confesiones, piensan que las palabras de Jesús no se refieren al juramento exigido por las autoridades mundanas. Desde el principio, los argumentos fundamentales eran que el Antiguo Testamento mandaba jurar, que Jesús mismo juró ante el sanedrín y el apóstol Pablo se sirvió en muchas ocasiones de fórmulas semejantes. Para los reformadores tuvo una importancia decisiva en este punto la separación de los reinos espiritual y mundano, junto con la prueba inmediata de la Escritura.

¿Qué es el juramento? Es la invocación pública de Dios como testigo de una afirmación que hago sobre algo pasado, presente o futuro. Dios, el omnisciente, vengará la mentira. ¿Cómo puede decir Jesús que este juramento es pecado, algo «satánico» que viene del maligno, ἐκ τοῦ πονηροῦ? Porque él se refiere a la veracidad plena.

El juramento es la prueba de la mentira que reina en el mundo. Si el hombre no pudiese mentir, el juramento resultaría innecesario. Por eso el juramento es un dique contra la mentira. Pero al mismo tiempo la fomenta; porque allí donde sólo el juramento reivindica la veracidad última, se concede simultáneamente un ámbito vital a la mentira, se le admite un cierto derecho a la existencia. La ley veterotestamentaria rechaza la mentira mediante el juramento. Jesús rechaza la mentira prohibiendo jurar. Tanto aquí como allí sólo se pretende una cosa: aniquilar la falsedad en la vida de los creyentes. El juramento que la antigua alianza colocaba contra la mentira quedó en manos de la mentira misma y fue puesto a su servicio. Quería asegurarse mediante él y crearse un derecho. Por eso Jesús debe atrapar la mentira en el mismo sitio donde se refugia, en el juramento. Este debe desaparecer porque se ha convertido en refugio de la mentira.

El atentado del engaño contra el juramento podía tener lugar de doble forma: afirmándose bajo el juramento (perjurio), o introduciéndose en la forma del mismo juramento. En este caso, la mentira en el juramento no necesitaba la invocación del Dios vivo, sino la invocación de cualquier poder mundano o divino. Cuando la mentira se ha introducido tan profundamente en el juramento, la única forma de poner a salvo la veracidad plena es prohibiendo el juramento.

Sea vuestro lenguaje: sí, sí; no, no. Con esto, las palabras del discípulo no se libran de la responsabilidad que tiene ante el Dios

omnisciente. Más bien, precisamente porque no se invoca de forma expresa el nombre de Dios, toda palabra del discípulo queda situada bajo la presencia natural del Dios que todo lo sabe. El discípulo de Jesús no debe jurar, porque sería imposible pronunciar una sola palabra sin que Dios la conociera. Cada una de sus palabras no debe ser más que verdad, de forma que no necesiten ser confirmadas con el juramento. El juramento sitúa todas sus otras palabras en las tinieblas de lo dudoso. Por eso viene «del maligno». El discípulo debe ser luz en todas sus palabras.

Con esto se rechaza el juramento, pero al mismo tiempo queda claro que el único fin pretendido es el de la veracidad. El precepto de Jesús no admite excepciones en ningún foro. Pero también hay que decir que la negación del juramento no debe servir de nuevo para ocultar la verdad. Cuando se da este caso, o sea, cuando hay que prestar juramento precisamente por amor a la verdad, no debe decidirse en general, sino que es el individuo quien ha de decidirlo. Las Iglesias reformadoras opinan que todo juramento exigido por la autoridad mundana se encuentra en estas circunstancias. Seguirá siendo discutible si es posible una decisión general de este tipo.

Lo que resulta indiscutible es que, cuando se da este caso, sólo se puede prestar juramento si, en primer lugar, resulta completamente claro y transparente el contenido del juramento; en segundo lugar, hay que distinguir entre juramentos que se refieren a hechos pasados o futuros que nos son conocidos y aquellos que tienen el carácter de un voto. Puesto que el cristiano nunca está libre de error en su conocimiento del pasado, la invocación del Dios omnisciente no pretende confirmar sus posibles afirmaciones erróneas, sino servir a la pureza de su conocimiento y su conciencia. Pero como el cristiano tampoco dispone nunca de su futuro, un voto con juramento, por ejemplo un juramento de fidelidad, representa de antemano para él grandes peligros. Porque el cristiano no sólo no dispone de su propio futuro, sino tampoco del futuro de aquel con quien se une en el juramento de fidelidad.

Por amor a la veracidad y al seguimiento de Jesús, resulta imposible prestar un juramento de este tipo sin someterlo a la reserva de la ciencia divina. Para el cristiano no existe ningún vínculo terreno absoluto. Un juramento de fidelidad que quiera ligar ab-

solutamente al cristiano se convierte para él en mentira, es «del maligno». En tal juramento, la invocación del nombre de Dios nunca puede ser la confirmación del voto, sino única y exclusivamente el testimonio de que, en el seguimiento de Jesús, sólo estamos ligados a la voluntad de Dios, y todo otro vínculo por amor a Jesús está sometido a esta reserva. Si en caso de duda no se expresa o reconoce esta reserva, no puedo prestar juramento porque con él engañaría a aquel que me lo toma. Sea vuestro lenguaje: sí, sí; no, no.

El precepto de la veracidad plena es sólo una nueva palabra en la totalidad del seguimiento. Sólo el que está ligado a Jesús en el seguimiento se encuentra en la verdad total. No tiene que ocultar nada ante su Señor. Vive descubierto en su presencia. Es reconocido por Jesús y situado en la verdad. Está patente ante Jesús como pecador. No es que él se haya manifestado a Jesús, sino que cuando Jesús se le reveló en su llamada se conoció a sí mismo en su pecado. La veracidad plena sólo existe al quedar descubiertos los pecados que también son perdonados por Jesús. Quien confesando sus pecados se encuentra ante Jesús en la verdad, es el único que no se avergüenza de ella sea cual sea el lugar donde haya que proclamarla. La veracidad que Jesús exige de sus discípulos consiste en la negación de sí mismo, que no oculta los pecados. Todo es manifiesto y transparente.

Como la veracidad pretende desde el principio hasta el fin que el hombre quede completamente al descubierto ante Dios en todo su ser, en su maldad, suscita la oposición de los pecadores y es perseguida y crucificada. La veracidad del discípulo tiene su único fundamento en el seguimiento de Jesús, en el que nos revela nuestros pecados en la cruz. Sólo la cruz, como verdad de Dios sobre nosotros, nos hace veraces. Quien conoce la cruz no se avergüenza ya de otra verdad. Para el que vive bajo la cruz no tiene sentido el juramento como ley expositiva de la veracidad, porque se encuentra en la verdad plena de Dios.

Es imposible ser veraces con Jesús sin ser veraces con los hombres. La mentira destruye la comunidad, mientras la verdad aniquila la falsa comunidad fundando una auténtica fraternidad. Es imposible seguir a Jesús sin vivir en la verdad manifiesta ante Dios y los hombres.

g) *La venganza*

Habéis oído que se dijo: *Ojo por ojo y diente por diente*. Pues yo os digo que no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha, preséntale también la otra; al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla, vete con él dos. A quien te pida, da; al que desee que le prestes algo, no le vuelvas la espalda (Mt 5, 38-42).

Jesús coordina aquí las palabras ojo por ojo, diente por diente, con el precepto veterotestamentario antes mencionado, es decir, con el mandamiento del decálogo de no matar. Por tanto, reconoce que ambos son, sin lugar a dudas, preceptos divinos. Ninguno de los dos debe ser abolido, sino preservado hasta sus últimos detalles. Jesús no conoce nuestra gradación de los preceptos veterotestamentarios en beneficio de los diez mandamientos. Para él, el precepto del Antiguo Testamento es uno, y así indica a sus discípulos que hay que cumplirlo.

Los seguidores de Jesús viven renunciando al propio derecho por amor a él. Él los proclama bienaventurados por ser mansos. Si una vez que lo han abandonado todo para vivir en su comunidad, quisiesen aferrarse a esta posesión, habrían dejado de seguirle. Por consiguiente, aquí sólo tenemos un desarrollo de la bienaventuranza.

La ley veterotestamentaria coloca el derecho bajo la protección de la venganza divina. Ningún mal quedará sin ser castigado. Se pretende crear la verdadera comunidad, superar y eliminar el mal, alejarlo de la comunidad del pueblo de Dios. Para esto sirve la justicia, que conserva su fuerza en la venganza.

Jesús recoge esta voluntad de Dios y afirma la fuerza de la venganza para superar y eliminar el mal y asegurar la comunidad de los discípulos, verdadero Israel. La venganza justa hará desaparecer la injusticia y mantendrá a los discípulos en el seguimiento de Jesús. Según las palabras del Señor, esta venganza justa consiste únicamente en no oponer resistencia al mal.

Con estas palabras, Jesús separa su comunidad del ordenamiento político-jurídico, de la imagen nacional del pueblo de Israel, y la convierte en lo que es en realidad: en la comunidad de los creyentes no ligada a lo político-nacionalista. En el pueblo elegido

por Dios, que tenía al mismo tiempo una faceta política, la venganza consistía, según voluntad divina, en responder al golpe con el golpe; sin embargo, para la comunidad de los discípulos, que no puede presentar reivindicaciones jurídicas y nacionales, consiste en soportar pacientemente el golpe para no añadir mal al mal. Sólo de esta forma se fundamenta y conserva la comunidad.

Resulta claro que el seguidor de Jesús está hecho a la injusticia, no considera el propio derecho como una posesión que ha de defender en cualquier circunstancia, sino que, completamente libre de ella, se vincula exclusivamente a Jesús, y dando testimonio de esta unión con él crea el único fundamento firme de la comunidad, mientras pone a los pecadores en manos de Jesús.

El triunfo sobre el otro sólo se consigue haciendo que su mal termine muriendo, haciendo que no encuentre lo que busca, es decir, la oposición, y con esto un nuevo mal con el que pueda inflamarse aún más. El mal se debilita si, en vez de encontrar oposición, resistencia, es soportado y sufrido voluntariamente. El mal encuentra aquí un adversario para el que no está preparado. Naturalmente, esto sólo se da donde ha desaparecido el último resto de resistencia, donde es plena la renuncia a vengar el mal con el mal. En este caso, el mal no puede conseguir su fin de crear un nuevo mal, y queda solo.

El sufrimiento desaparece cuando es sobrellevado. El mal muere cuando dejamos que venga sobre nosotros sin ofrecerle resistencia. La deshonra y el oprobio se revelan como pecado cuando el que sigue a Cristo no cae en el mismo defecto, sino que los soporta sin atacar. El abuso del poder queda condenado cuando no encuentra otro poder que se le oponga. La pretensión injusta de conseguir mi túnica se ve comprometida cuando yo le entrego también el manto, el abuso de mi servicialidad resulta visible cuando no pongo límites. La disposición a dar todo lo que me pidan muestra que Jesucristo me basta y sólo quiero seguirle a él. En la renuncia voluntaria a defenderse se confirma y proclama la vinculación incondicionada del seguidor a Jesús, la libertad y ausencia de ataduras con respecto al propio yo. Sólo en la exclusividad de esta vinculación puede ser superado el mal.

En todo esto no se trata sólo del mal, sino del maligno. Jesús llama malo al maligno. Mi conducta no debe ser la de disculpar y

justificar al que abusa del poder y me oprime. Con mi paciencia sufriente no quiero expresar mi comprensión del derecho del mal. Jesús no tiene nada que ver con estas reflexiones sentimentales. El ataque que deshonra, el abuso de la fuerza, la explotación, siguen siendo malos. El discípulo debe saberlo y debe dar testimonio de esto, igual que Jesús, porque de lo contrario sería imposible vencer al mal. Pero, precisamente porque el mal que ataca al discípulo no puede ser justificado, este no debe oponerse, sino hacer que termine, sufriendo, para superar así al mal. El sufrimiento voluntario es más fuerte que el mal, es la muerte del mal.

No existe, pues, ninguna acción imaginable en la que el mal sea tan grande y fuerte que exija una actitud distinta del cristiano. Cuanto más terrible es el mal, tanto más dispuesto debe estar el discípulo para sufrir. El malo debe caer en manos de Jesús. No soy yo, sino Jesús, quien debe ocuparse de él.

La exégesis reformadora ha introducido en este lugar un pensamiento nuevo y decisivo: la necesidad de distinguir entre el daño que se me hace personalmente y el que se me hace en mi ministerio, es decir, en la responsabilidad que Dios me ha encomendado. Si bien en el primer caso estoy obligado a actuar como Jesús manda, en el segundo no lo estoy, sino que incluso me veo forzado a actuar de modo contrario, oponiendo la fuerza a la fuerza, para resistir al dominio del mal. Con esto se justifica la posición de la Reforma con respecto a la guerra y a todo uso de medios jurídicos públicos para rechazar el mal. Sin embargo, Jesús es extraño a esta diferencia entre la persona privada y el portador del ministerio, que debe regir mi actuación. No nos dice una palabra sobre ello. Habla a sus discípulos como a aquellos que lo han abandonado todo para seguirle. Lo «privado» y lo «ministerial» deben estar plenamente sometidos al precepto de Jesús.

Su palabra los ha reivindicado sin ninguna clase de divisiones. Él exigió una obediencia indivisa. De hecho, la citada diferencia choca con una dificultad insoluble. En la vida real, ¿dónde soy sólo persona privada, dónde sólo portador del ministerio? En cualquier momento en que me siento comprometido ¿no soy al mismo tiempo el padre de mis hijos, el predicador de la comunidad, el representante político de mi pueblo? En estas circunstancias ¿no estoy obligado a defenderme de toda agresión, teniendo en cuenta la

responsabilidad de mi ministerio? Y en mi cargo ¿no soy también en todo tiempo yo mismo, el que se encuentra solo ante Jesús? ¿Olvidaríamos con esta diferencia que el discípulo de Jesús siempre está completamente solo, que es un individuo que, en definitiva, debe actuar y decidir por sí mismo? ¿Y que en esta actuación es precisamente donde radica la responsabilidad más seria para con lo que me está mandando?

Pero ¿cómo justificaremos las palabras de Jesús teniendo en cuenta la experiencia de que el mal se inflama precisamente en los débiles y se enraíza de forma inevitable en los indefensos? ¿No es esta frase pura ideología, que no cuenta con la realidad, con el pecado del mundo? Es posible que esta frase se justifique dentro de la comunidad. Pero ante el mundo parece un olvido fanático del pecado. Esta frase no puede tener valor porque vivimos en el mundo y el mundo es malo.

Pero Jesús dice: Precisamente porque vivís en el mundo y el mundo es malo, tiene valor este principio: no debéis oponer resistencia al mal. Difícilmente podríamos reprochar a Jesús que no conoció el poder del mal, él, que desde el primer día de su vida se halló en lucha con el demonio. Jesús llama mal al mal y precisamente por eso habla de esta forma a los que le siguen. ¿Cómo es esto posible?

Todo lo que Jesús dice a sus discípulos sería puro fanatismo si hubiésemos de entender estas palabras como un programa ético general, si hubiésemos de interpretar esta frase de que el mal ha de ser superado con el bien como una sabiduría mundana. En este caso sería realmente un fantasear irresponsable sobre leyes que el mundo nunca obedece. El carecer de defensa, como principio de la vida mundana, significa la destrucción atea del orden mantenido por la gracia de Dios en el mundo. Pero aquí no habla un programático, aquí habla el que superó el mal con el sufrimiento, el que fue vencido por el mal en la cruz, pero salió triunfante y victorioso de esta derrota. La única justificación posible de este precepto de Jesús es su propia cruz. Sólo quien encuentra en la cruz de Jesús esta fe en la victoria sobre el mal puede obedecer este precepto, y sólo esta obediencia tiene la promesa. ¿Qué promesa? La promesa de la comunidad con la cruz y la victoria de Jesús.

La pasión de Jesús como superación del mal por el amor divino es el único fundamento firme para la obediencia del discípulo.

Con su mandamiento, Jesús llama a los que le siguen a participar de su pasión. ¿Cómo sería visible y digna de crédito la predicación de la pasión de Jesucristo si los discípulos prescindiesen de ella, si se negaran a llevarla en su propio cuerpo? Jesús cumple en la cruz la ley que da⁷ y, al mismo tiempo, mantiene graciosamente a los que le siguen en la comunidad con su cruz. Sólo en ésta es real y cierto que la venganza y superación del mal consiste en el amor paciente. A los discípulos se les ha regalado la comunidad con la cruz mediante la llamada al seguimiento. En esta comunidad visible son bienaventurados.

h) *El enemigo: lo «extraordinario»*

Habéis oído que se dijo: *Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo*. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial (Mt 5, 43-48).

Aparece aquí, por primera vez en el sermón del monte, la palabra que sintetiza todo lo dicho: amor, con una clara referencia al amor a los enemigos. Amar al hermano sería un precepto equívoco; amar al enemigo deja completamente claro lo que Jesús quiere.

El enemigo no era para los discípulos un concepto vacío. Lo conocían muy bien. Se encontraban con él a diario. Eran los que les insultaban como corruptores de la fe y transgresores de la ley; los que les odiaban porque habían abandonado todo por amor a Jesús y todo lo consideraban pequeño con tal de vivir con él; eran los que les insultaban y escarnecían a causa de su debilidad y humildad; existían unos perseguidores que consideraban a los discípulos como un peligro revolucionario y pretendían aniquilarlos. Tenían,

7. Supone una ligereza maligna afirmar, invocando Jn 18, 23, que Jesús mismo no cumplió literalmente su precepto, para desligarse con ello de la obediencia. Jesús llama mal al mal, pero sufre sin defenderse hasta la muerte de cruz.

pues, un enemigo en los defensores de la piedad nacional, los únicos que no pudieron soportar las exigencias de Jesús. Poseía fuerza y prestigio. El otro enemigo, en el que debía pensar todo judío, era la potencia política de los romanos. Se la consideraba duramente como la opresora. Junto a estos dos grupos adversos se hallaba toda la enemistad personal que encuentra el que no sigue el camino de la mayoría: la calumnia, la injuria y la opresión diarias.

En realidad, no existe en el Antiguo Testamento ninguna frase que mande odiar a los enemigos. Al contrario, se encuentra el precepto de amar a los enemigos (Ex 23, 4s; Prov 25, 21s; Gn 46, 1s; 1 Sm 24, 7; 2 Re 6, 22, etc.). Pero Jesús no habla aquí de una enemistad natural, sino de la enemistad del pueblo de Dios contra el mundo. Las guerras de Israel eran las únicas guerras «santas» que había en el mundo. Eran las guerras de Dios contra el mundo de los dioses. Jesús no condena esta enemistad, porque de lo contrario tendría que haber condenado toda la historia de Dios con su pueblo. Más bien confirma la antigua alianza. Él también sólo pretende la superación del enemigo, la victoria de la comunidad de Dios. Pero con su precepto libera a la comunidad de sus discípulos de la concepción política del pueblo de Israel. Con esto no existen ya más guerras religiosas, y Dios pone la promesa de vencer al enemigo en el amor al enemigo.

Amar al enemigo es un obstáculo insoportable para el hombre natural. Está por encima de sus fuerzas, y choca contra su concepto del bien y del mal. Pero es más importante aún que el amor al enemigo aparezca también al hombre sometido a la ley como un pecado contra la ley de Dios: esta exige separarse del enemigo y condenarlo. Sin embargo, Jesús toma en sus manos la ley de Dios y la interpreta. Lo que Dios quiere en su ley es que se venza al enemigo amándolo.

En el Nuevo Testamento el enemigo es siempre aquel que se pone en contra mía. Jesús no cuenta en absoluto con que el discípulo pueda ser enemigo de alguien. Pero el enemigo debe recibir lo mismo que recibe el hermano: el amor del seguidor de Jesús. La actuación del discípulo no puede estar determinada por la actuación del hombre, sino por lo que Jesús obra en él. Por eso sólo tiene una fuente, la voluntad de Jesús.

Se habla del enemigo, es decir, de aquel que sigue siéndolo, insensible a mi amor; el que no me perdona cuando yo le perdono to-

do, el que me odia cuando le amo, el que tanto más me injuria cuanto más le sirvo. «En pago de mi amor se me acusa, y yo soy sólo oración» (Sal 109, 4). Pero la caridad no debe mirar si le corresponden, sino buscar al que la necesita. ¿Y quién tiene más necesidad de amor que aquel que vive sin él, lleno de odio? ¿Quién es, pues, más digno de amor que mi enemigo? ¿Dónde es ensalzada la caridad más gloriosamente que en medio de sus enemigos?

La única diferencia que conoce este amor entre diversas clases de enemigos es la de que, cuanto más se me opone un enemigo tanto mayor es la exigencia de amarle. Sea el enemigo político o el religioso, no debe esperar de los discípulos de Jesús más que un inmenso amor. Esta caridad tampoco conoce una tensión dentro de mí, como persona privada y como ministro. En ambos aspectos tengo que ser uno solo, o dejar de ser discípulo de Jesucristo. ¿Se me pregunta cómo actúa este amor? Jesús lo dice: bendiciendo, haciendo el bien, orando, sin condiciones, sin acepción de personas.

«Amad a vuestros enemigos». Mientras en el precepto anterior sólo se hablaba de sufrir el mal sin resistencia, Jesús va aquí mucho más adelante. No sólo hemos de aguantar y soportar el mal, no sólo no debemos vengar el golpe con otro golpe, sino que hemos de corresponder con un amor cordial a nuestros enemigos. Hemos de servir y ayudar a nuestros enemigos en todas las cosas de forma sincera y pura. Ningún sacrificio que haga el amante por la persona amada puede parecerse demasiado grande y demasiado costoso por nuestros enemigos. Si debemos a nuestros hermanos lo que poseemos, la propia honra, la vida, también se los debemos en igual forma a nuestro enemigo. ¿Nos hacemos con esto partícipes de su maldad? No, porque ¿cómo podría ser culpable del odio del otro este amor que no nace de la debilidad, sino de la fuerza; que no procede del miedo, sino de la verdad? ¿Y a quién hay que regalar este amor, sino al que tiene su corazón hundido en el odio?

«Benedicid a los que os maldicen». Si nos alcanza la maldición de los enemigos, porque no pueden soportar nuestra presencia, debemos levantar las manos para bendecirlos: vosotros, nuestros enemigos, sed bendecidos por Dios; vuestra maldición no puede destruirnos, pero que vuestra pobreza quede colmada con la riqueza de Dios, con las bendiciones de aquel contra el que inútilmente os

dirigís. Queremos soportar vuestras maldiciones, si con esto conseguimos que seáis bendecidos.

«Haced el bien a los que os odian». Esto no debe quedarse en puras palabras e ideas. El bien se hace en todas las cosas de la vida diaria. «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber» (Rom 12, 20). Igual que un hermano se encuentra junto al hermano en la necesidad, le venda las heridas, le alivia sus dolores, así actúa también nuestro amor al enemigo. ¿En qué lugar del mundo hay una necesidad más profunda, mayores heridas y sufrimientos que en nuestro enemigo? ¿Dónde es más necesario y feliz hacer el bien que en nuestro enemigo? «Es mejor dar que recibir».

«Rogad por los que os maltratan y persiguen». Esto es lo sumo. En la oración nos ponemos al lado del enemigo, estamos con él, junto a él, en favor de él, delante de Dios. Jesús no nos promete que el enemigo al que amamos, bendecimos y hacemos el bien, no nos maltratará y perseguirá. Lo hará. Pero tampoco aquí podrá perjudicarnos ni vencernos si damos el último paso hacia él en una oración suplicante. Entonces recogemos su necesidad y pobreza, su culpa y extravío, y nos presentamos ante Dios pidiendo por él. Hacemos en representación suya lo que él no puede hacer. Toda ofensa del enemigo sólo servirá para unirnos más a Dios y a él. Toda persecución sólo contribuirá a que el enemigo esté más cerca de la reconciliación con Dios y a que el amor aparezca invencible.

¿Cómo se vuelve invicto el amor? No fijándose en lo que el enemigo le devuelve, sino preguntándose sólo por lo que ha hecho Jesús. El amor a los enemigos lleva al discípulo por el camino de la cruz hacia la comunidad con el crucificado. Pero cuanto más se fuerza al discípulo a seguir este camino, tanto más invencible continúa su amor, tanto más supera el odio de su enemigo; porque lo que interviene no es su propio amor, sino el de Jesucristo, que caminó hacia la cruz por sus enemigos y rogó en la cruz por ellos. Ante el camino de Jesús hacia la cruz, también el discípulo reconoce que él se encontraba entre los enemigos de Cristo que fueron vencidos por su amor. Esta caridad hace que el discípulo desee ver en el enemigo a un hermano y actúe con él como con su hermano. ¿Por qué? Porque él sólo vive del amor de aquel que actuó con él como con un hermano, que le aceptó como a su enemigo y le llevó a su comunidad como a su prójimo. Por eso la caridad hace que el

discípulo vea al enemigo inserto en el amor de Dios, que lo vea bajo la cruz de Jesucristo. Dios no buscaba en mí el bien ni el mal, porque incluso mi bien era impío a sus ojos.

El amor de Dios buscaba al enemigo que necesitaba, al que consideraba digno de sí. Dios alaba su amor al enemigo. Esto lo sabe el discípulo. Ha participado en este amor por medio de Jesucristo. Pues Dios hace brillar su sol sobre justos e injustos. Y no se trata sólo del sol y de la lluvia terrestres que descienden sobre el bueno y el malo, sino también del «sol de justicia», Jesucristo mismo, y de la lluvia de la palabra divina, que revela la gracia del Padre celestial sobre los pecadores. El amor perfecto e indiviso es obra del Padre, es también obra del Hijo del Padre celestial, como fue obra del Hijo unigénito.

Los preceptos de amar al prójimo y de no vengarse tendrán mucha importancia en la lucha divina a la que nos enfrentamos, y en la que nos encontramos en parte desde hace años, donde por un lado combate el odio y por otro la caridad. Todo espíritu cristiano tiene obligación de preocuparse seriamente con esto. Vienen tiempos en los que todo el que confiese al Dios vivo se convertirá, por esta confesión, no sólo en objeto de odio y de ira, porque a esto ya hemos llegado, sino que por la misma causa se le excluirá de la «sociedad humana», como se le llama, se le perseguirá de un lugar a otro, hasta caer sobre él, maltratarlo y, en ciertas circunstancias, matarlo.

Se acerca una persecución general de los cristianos, y este es en realidad el auténtico sentido de todos los movimientos y luchas de nuestros días. Los adversarios que pretenden aniquilar la Iglesia y la fe cristianas no pueden vivir con nosotros, porque en cada una de nuestras palabras y acciones, aunque no estén dirigidas contra ellos, ven, y no sin razón, una condenación de sus palabras y acciones, por lo que conjeturan que no nos preocupamos lo más mínimo de la condenación que pronuncian sobre nosotros.

Son ellos mismos quienes deben reconocer que esta condena es totalmente absurda e inconsistente y que, en contra de lo que ellos quisieran, no nos hallamos enzarzados con ellos en disputas y rivalidades mutuas. Y ¿cómo combatir esta lucha? Vienen tiempos en que elevaremos nuestras manos en oración no como individuos aislados, sino como comunidad, como Iglesia, en que como un ejército, aunque un ejército relativamente pequeño, confesaremos y alabaremos en voz alta, entre millares y millares de caídos, al Señor que fue cru-

cificado, resucitó y volverá. Y ¿qué oración, qué confesión, qué himno es este? Es la oración del amor más profundo por estos extraviados, que nos rodean y contemplan con ojos llenos de odio, e incluso han levantado sus manos contra nosotros para matarnos; es una oración para que estas almas equivocadas y desconcertadas, sobresaltadas y asoladas, consigan la paz: una oración para que alcancen la misma paz y el mismo amor con que nosotros nos gozamos; una oración que penetrará profundamente en sus almas y lastimará sus corazones con zarpazos mucho más fuertes que con los que ellos puedan herir nuestros corazones movidos por el odio. Sí, la Iglesia que espera realmente al Señor, que comprende realmente los tiempos con sus signos de disolución definitiva, debe entregarse con todas las fuerzas de su espíritu, con todas las fuerzas de su vida santa, a esta oración caritativa (A. F. C. Vilmar, 1880).

¿Qué es el amor indiviso? El que no se vuelve interesadamente a los que le corresponden. Cuando amamos a los que nos aman, a nuestros hermanos, nuestro pueblo, nuestros amigos, incluso a nuestra comunidad cristiana, somos semejantes a los paganos y publicanos. Esto es lo espontáneo, natural y normal, pero de ningún modo lo cristiano. En realidad, es «lo mismo» lo que hacen aquí paganos y cristianos. El amor a los que se pertenece por la sangre, la historia o la amistad, es el mismo en paganos y cristianos. Jesús no tiene mucho que decir sobre este amor. Ya saben los hombres en qué consiste. Jesús no necesita fomentarlo, acentuarlo, sublimarlo.

Las cosas naturales se imponen por sí mismas entre paganos y cristianos. Jesús no necesita decir que uno debe amar a su hermano, a su pueblo, a sus amigos; es algo natural. Pero precisamente al contentarse con constatar este hecho y no gastar más palabras en él, imponiendo por el contrario el amor a los enemigos, indica lo que entiende por amor y qué hay que pensar de este amor.

¿En qué se diferencia el discípulo del pagano? ¿En qué consiste «lo cristiano»? Aquí aparece la palabra hacia la que está orientado todo el capítulo 5, en la que se compendia todo lo anterior: lo cristiano es lo «particular», lo περισσόν, lo extraordinario, lo anormal, lo que no resulta natural. Es la «justicia mayor» que «supera» a los fariseos y marcha por delante de ellos, lo más, lo sumo. Lo natural es τὸ αὐτό (uno y lo mismo) para paganos y cristianos, lo cristiano comienza en lo περισσόν y, a partir de aquí, coloca a lo natu-

ral en su justa luz. Donde no se da esto particular y extraordinario, no existe lo cristiano. Lo cristiano no se da entre las cosas naturales, sino entre las que sobre-pasan. Lo περισσόν nunca queda absorbido en τὸ αὐτό.

El mayor error de una falsa ética protestante consiste en convertir el amor a Cristo en amor a la patria, a la profesión o a la amistad, en diluir la «justicia mayor» en *justicia civilis*. Jesús no habla así. Lo cristiano depende de lo «extraordinario». Por eso el cristiano no puede equipararse al mundo, ya que debe pensar en lo περισσόν.

¿En qué consiste lo περισσόν, lo extraordinario? Es la existencia de los bienaventurados, de los discípulos, es la luz resplandeciente, la ciudad sobre el monte, el camino de la negación de sí mismo, la caridad plena, la pureza plena, la veracidad plena, la ausencia plena de poder; es el amor indiviso al enemigo, el amor a aquel que a nadie ama y a quien nadie ama; el amor al enemigo religioso, político, personal. Es en todo esto, el camino que encontró su cumplimiento en la cruz de Jesucristo. ¿Qué es lo περισσόν? Es el amor del mismo Cristo, que marcha obediente y paciente hacia la cruz, es la cruz. Lo peculiar de lo cristiano es la cruz, que sitúa al cristiano por encima del mundo, dándole con ello la victoria sobre el mundo. La *passio* amorosa del crucificado es lo «extraordinario» de la vida cristiana.

Lo extraordinario es indudablemente lo visible, por lo que se alaba al Padre celestial. No puede permanecer oculto. La gente debe verlo. La comunidad de los que siguen a Jesús, la comunidad de la justicia mejor es una comunidad visible, separada de los órdenes mundanos; lo ha abandonado todo para conseguir la cruz de Cristo.

¿Qué *hacéis* de particular? Lo extraordinario, y esto es lo más sorprendente, consiste en una *acción* de los discípulos. Igual que la justicia mejor, debe ser hecho, debe ser hecho visiblemente. No con un rigorismo ético, no con formas excéntricas de vida cristiana, sino con la obediencia sencilla y cristiana a la voluntad de Jesús. Esta acción seguirá siendo «particular» mientras nos lleve hacia la *passio Christi*. Esta acción es un sufrimiento permanente. En ella, Cristo sufre a través de sus discípulos. Si no es así, no es la actividad a la que Jesús se refiere.

Lo περισσόν es, pues, el cumplimiento de la ley, la guarda de los mandamientos. En Cristo crucificado y en su comunidad lo «extraordinario» se convierte en suceso.

Aquí están los perfectos, los que en su amor indiviso son perfectos como el Padre celestial. Este amor indiviso y perfecto del Padre es el que el Hijo nos dio en la cruz, y el sufrir en comunión con la cruz constituye la perfección de los seguidores de Jesús. Los perfectos no son sino los bienaventurados.

2. Mt 6: Sobre el carácter oculto de la vida cristiana

a) La justicia oculta

Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagáis limosna, no vayáis tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando hagáis limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará públicamente (Mt 6, 1-4).

Una vez que el capítulo 5 nos ha hablado del carácter visible de la comunidad de los seguidores de Jesús, culminando en el περισσόν e indicándonos que lo cristiano debe ser entendido como lo que sale del mundo, lo supera, como lo extraordinario, el capítulo siguiente vuelve a recoger esta idea del περισσόν y la desvela en lo que tiene de equívoco. Porque existe un gran peligro de que los discípulos la interpreten de forma totalmente equivocada, como si debiesen esforzarse en instaurar, despreciando y destruyendo el orden del mundo, un reino de los cielos sobre la tierra; como si debiesen esforzarse en realizar y hacer visible, en una indiferencia de iluminados frente al mundo, lo extraordinario del mundo nuevo, separándose del mundo con un radicalismo total y una ausencia completa de compromiso, a fin de forzar el advenimiento de lo cristiano, de lo conforme al seguimiento, de lo extraordinario.

Era muy fácil caer en el error de pensar que lo que aquí se les predicaba era, de nuevo, una forma, una configuración piadosa de la vida —ciertamente libre, nueva, entusiasta—. Y qué dispuesto es-

taría el hombre piadoso a cargar con esto extraordinario, con esta pobreza, con esta veracidad, con este sufrimiento, e incluso a buscarlo, con tal de que fuese al fin satisfecho el deseo de su corazón, el deseo de ver algo con los propios ojos, y no tener que contentarse con creer. Se habría estado dispuesto, ciertamente, a realizar aquí un pequeño desplazamiento de los límites, acercando demasiado una forma piadosa de vida y la obediencia a la palabra, para terminar no pudiendo mantenerlas separadas. Así se hizo con el fin de que lo extraordinario fuese puesto en práctica.

A la inversa, debían intervenir al punto los que no habían hecho más que esperar las palabras de Jesús sobre lo extraordinario para atacarle con gran violencia. Por fin se había desenmascarado a este fanático, al entusiasta revolucionario que quiere sacar al mundo de sus goznes, que anima a sus discípulos a abandonar el mundo y a construir uno nuevo. ¿Es esto obedecer la palabra del Antiguo Testamento? ¿No es la propia justicia, resultado de una elección personal, la que es erigida aquí? ¿Es que Jesús no conoce el pecado del mundo, que debe hacer fracasar todo lo que ordena? ¿No ha oído hablar de los mandamientos de Dios, dados para acabar con el pecado? Esto extraordinario que exige ¿no es la prueba del orgullo espiritual que ha sido el origen de todo iluminismo?

No, no es precisamente lo extraordinario, sino lo cotidiano, lo habitual, lo oculto, lo que constituye el signo de la verdadera obediencia y de la auténtica humildad. Si Jesús hubiese indicado a sus discípulos el camino de su pueblo, de su profesión, de su responsabilidad en la obediencia a la ley, tal como lo explicaban al pueblo los escribas, habría aparecido como un hombre piadoso, verdaderamente humilde y obediente. Habría dado un poderoso impulso a una piedad más seria, a una obediencia más estricta. Habría enseñado lo que los escribas sabían, pero con esa autoridad que tanto gustaba, dejando claro que la piedad y la justicia verdaderas no consisten únicamente en la acción, sino también en la disposición del corazón, y no sólo en la disposición del corazón, sino también precisamente en la acción.

Esta habría sido efectivamente la «justicia mejor», tal como el pueblo la necesitaba, de la que nadie podría escaparse. Pero ahora todo quedaba destruido. En lugar del humilde doctor de la ley se descubría al iluminado orgulloso. La predicación de los iluminados

había conseguido en todas las épocas entusiasmar el corazón del hombre, este noble corazón humano. Pero ¿no sabían los escribas que en este corazón, con todo lo que podía tener de bueno y noble, seguía hablando la voz de la carne? ¿No conocían el poder que la carne piadosa ejercía sobre el hombre? Jesús sacrificaba inútilmente a los mejores hijos del país, a los hombres sinceramente piadosos, en el combate por una quimera.

Lo extraordinario era algo simplemente voluntario, una obra del hombre piadoso nacida de su propio corazón. Era la rebelión de la libertad humana contra la simple obediencia al mandamiento de Dios. Era la autojustificación del hombre, que la ley nunca admite. Era la autosantificación anárquica, que la ley debe rechazar. Era la obra libre que se opone a la obediencia carente de libertad. Era la destrucción de la comunidad de Dios, la negación de la fe, la blasfemia contra la ley y contra Dios. Lo extraordinario enseñado por Jesús era, delante de la ley, digno de la pena de muerte.

¿Qué dice Jesús a todo esto? Dice: «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos». La llamada a lo extraordinario es el peligro grande, inevitable, del seguimiento. Por eso, tened cuidado con lo extraordinario, con esta manifestación visible del seguimiento. Jesús opone un «¡alto!» a la alegría alocada, ininterrumpida, rectilínea, que nos causa lo visible. Da un aguijónazo a lo extraordinario. Jesús llama a la reflexión.

Los discípulos deben tener esto extraordinario sólo en la reflexión. Han de tener mucho cuidado en esto. Lo extraordinario no debe realizarse para que sea visto, es decir, no debe hacerse por sí mismo, la manifestación no debe producirse por sí misma. Esta justicia mejor de los discípulos no debe ser un fin en sí misma. Es preciso que esto se manifieste, es preciso que lo extraordinario se produzca, pero... *cuidad de no hacerlo para que sea visto.*

Es verdad que el carácter visible del seguimiento tiene un fundamento necesario: la llamada de Jesucristo; pero nunca es un fin en sí misma; porque entonces se perdería de vista el mismo seguimiento, intervendría un instante de reposo, se interrumpiría el seguimiento y sería totalmente imposible continuarlo a partir del mismo lugar donde nos hemos detenido a descansar, viéndonos obligados a comenzar de nuevo desde el principio. Tendríamos que caer en la cuenta de que ya no seguimos a Cristo. Por consiguiente,

es preciso que algo se haga visible, pero de forma paradójica: Cuidad de no hacerlo para ser vistos por los hombres. «Brille vuestra luz ante los hombres...» (Mt 5, 16), pero tened en cuenta el carácter oculto. Los capítulos 5 y 6 chocan violentamente entre sí.

Lo visible debe ser, al mismo tiempo, oculto; lo visible debe, al mismo tiempo, no poder ser visto. La reflexión de la que hemos hablado debe orientarse de tal forma que no se centre en lo que hacemos de extraordinario. El cuidado con nuestra justicia debe servir precisamente para no cuidarnos de ella. De lo contrario, lo extraordinario no es ya lo extraordinario del seguimiento, sino lo extraordinario de nuestro propio deseo y capricho. ¿Cómo entender esta contradicción?

En primer lugar preguntamos: ¿a quién debe quedar oculto el carácter visible del seguimiento? No a los otros hombres, puesto que ellos deben ver brillar la luz del discípulo de Jesús; lo visible debe quedar oculto al mismo que lo realiza. Debe permanecer en el seguimiento, fijando su mirada en aquel que le precede, no en sí mismo ni en lo que hace. El seguidor está oculto a sí mismo en su justicia. Naturalmente, también él ve lo extraordinario, pero queda oculto a sí mismo; sólo lo ve en la medida en que mira a Jesús y, con ello, no lo ve ya como algo extraordinario, sino como lo natural, lo normal. Así, lo visible le está oculto de hecho en la *obediencia* a la palabra de Jesús. Si lo extraordinario en cuanto tal fuese importante para él actuaría como un iluminado, por sus propias fuerzas, en la carne.

Pero como el discípulo de Jesús actúa en la obediencia sencilla a su Señor, sólo puede considerar lo extraordinario como un acto natural de obediencia. Según la palabra de Jesús, es imposible que el seguidor no sea la luz que brilla; tiene algo que hacer, está en el seguimiento, que sólo se fije en el Señor. Así, pues, precisamente porque lo cristiano es *necesariamente*, o sea *indicativamente*, lo extraordinario, es al mismo tiempo lo regular, lo *oculto*. Si no, no es lo cristiano, no es la obediencia a la voluntad de Jesús.

En segundo lugar preguntamos: ¿en qué consiste en el fondo de la acción el seguimiento, la unidad de lo visible y de lo oculto? ¿Cómo una misma cosa puede ser visible y oculta a la vez? Para responder a esto, basta recordar los resultados del capítulo 5. Lo extraordinario, lo visible, es la cruz de Cristo, bajo la que se encuen-

tran los discípulos. La cruz es, simultáneamente, lo necesario, oculto, y lo visible, extraordinario.

En tercer lugar preguntamos: ¿cómo se resuelve la paradoja entre los capítulos 5 y 6? La solución la da la noción misma de seguimiento. Este consiste en estar vinculados exclusivamente a Jesús. Así, el seguidor sólo se fija en su Señor y marcha tras él. Si mirase a lo extraordinario, no se encontraría ya en el seguimiento. En la obediencia sencilla, el que sigue al Señor cumple su voluntad como algo extraordinario, sabiendo perfectamente que no puede actuar de otra forma y que, por consiguiente, hace algo completamente normal.

La única reflexión mandada al que sigue consiste en obedecer, seguir y amar de forma totalmente ignorante, irrefleja. Si haces el bien, que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha. No debes conocer tu propio bien. De lo contrario, es ciertamente *tu* bien, pero no el de Cristo. El bien de Cristo, el bien del seguimiento, es hecho sin que se sepa. La verdadera obra del amor es siempre la obra que me es oculta. Cuidad de no conocerla. Sólo así será el bien de Dios. Si quiero conocer mi bien, mi amor, ya no es amor. También el amor extraordinario al enemigo debe permanecer oculto al que sigue. Porque él no mira ya al enemigo como a un enemigo desde que le ama. Esta ceguera o, más bien, esta mirada del seguidor iluminada por Cristo, es su certeza. El hecho de que su vida esté oculta a él mismo constituye su promesa.

Al carácter oculto corresponde el carácter público. Nada hay oculto que no deba ser revelado. Así lo quiere Dios, ante quien todo lo oculto está ya revelado. Dios quiere mostrarnos lo oculto, hacérnoslo visible. El carácter público es la recompensa establecida por Dios al carácter oculto. La única pregunta que se plantea es dónde y de quién recibe el hombre esta recompensa de la publicidad. Si desea esta publicidad delante de los hombres, encuentra en esto su recompensa. Poco importa que la busque bajo la forma grosera de la publicidad ante los otros hombres, o bajo la forma más sutil de la publicidad delante de sí mismo. Allí donde mi mano izquierda sabe lo que hace mi derecha, allí donde desvelo a mis ojos mi bien oculto, donde quiero conocer mi propio bien, me preparo a mí mismo la recompensa pública que Dios quería reservarme. Soy yo mismo quien me muestro mis propios méritos ocultos. No espero que Dios me los revele. Así tengo ya mi recompensa.

Pero quien persevera hasta el fin oculto a sí mismo, recibirá de Dios la recompensa de ver manifestado todo esto. Sin embargo, ¿quién puede vivir haciendo lo extraordinario en secreto, actuando de tal forma que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha? ¿Qué amor es el que no se conoce a sí mismo, el que puede permanecer oculto a sí mismo hasta el último día? Está claro: por tratarse de un amor oculto, no puede ser una virtud visible, un hábito del hombre.

Esto significa: Cuidad de no confundir el verdadero amor con una virtud amable, con una «cualidad» humana. En el verdadero sentido de la palabra, es el amor que se olvida de sí mismo. Pero en este amor olvidado de sí mismo es preciso que el hombre viejo muera con todas sus virtudes y cualidades. En el amor olvidado de sí, vinculado sólo a Cristo, del discípulo, muere el viejo Adán. En la frase: Que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha, se anuncia la muerte del hombre viejo.

Una vez más: ¿quién puede vivir sintetizando los capítulos 5 y 6? Sólo quien ha muerto al hombre viejo por Cristo y ha encontrado una nueva vida en la comunión del seguimiento. El amor en cuanto acto de la simple obediencia es la muerte del hombre viejo, que se ha encontrado de nuevo en la justicia de Cristo y en el hermano. Ahora, ya no vive él, sino es Cristo quien vive en él. El amor de Cristo, del crucificado, que entrega a la muerte al hombre viejo, es el amor que habita en el seguidor. Ahora, este sólo se encuentra en Cristo y en el hermano.

b) *El carácter oculto de la oración*

Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará públicamente. Y al orar, no charléis mucho, como los gentiles, que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados. No seáis, pues, como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedirselo (Mt 6, 5-8).

Jesús enseña a sus discípulos a orar. ¿Qué significa esto? El que no esté permitido orar no es algo evidente. La oración es una necesidad natural del corazón humano, pero esto no la justifica delante de Dios. Incluso donde es hecha como una disciplina y una práctica sólida, puede ser estéril, carecer de promesas. Los discípulos pueden rezar porque se lo dice Jesús, que conoce al Padre. Él les promete que Dios los escuchará.

Los discípulos oran únicamente porque permanecen en comunión con Jesús y le siguen. Quien se encuentra vinculado a Jesús en el seguimiento tiene, por él, acceso al Padre. Por eso, toda oración auténtica pasa por un intermediario. No es posible rezar sin intermediario. Ni siquiera en la oración se da un acceso inmediato al Padre. El presupuesto de la oración es la fe, la vinculación a Cristo. Él es el único mediador de nuestra oración. Oramos basándonos en su palabra. De forma que nuestra oración está siempre ligada a su palabra.

Rezamos a Dios, en quien creemos por Cristo. Por eso, nuestra oración nunca puede ser una adjuración de Dios, no necesitamos ya presentarnos ante él. Podemos creer que sabe lo que necesitamos antes de pedirselo. Este hecho da a nuestra oración una mayor confianza, una certeza gozosa. Lo que atrae al corazón paternal de Dios no son las fórmulas, ni la abundancia de palabras, sino la fe.

La verdadera oración no es una obra, una práctica, una actitud piadosa, sino la súplica del niño dirigida al corazón de su Padre. Por eso la oración nunca es ostentosa, ni ante Dios, ni ante nosotros mismos, ni ante los demás. Si Dios no supiese lo que necesitamos, tendríamos que reflexionar sobre *cómo* se lo vamos a decir, sobre *qué* le vamos a decir y sobre *si* se lo diremos. Pero la fe por la que rezamos excluye toda reflexión y toda ostentación.

La oración es algo secreto. Se opone a cualquier clase de publicidad. Quien reza no se conoce a sí mismo, sólo conoce a Dios, a quien invoca. Dado que la oración no tiene una influencia en el mundo, sino que se dirige únicamente hacia Dios, es el acto menos ostentoso.

También existe una transformación de la oración en ostentación, por la que se manifiesta lo oculto. Esto no ocurre solamente cuando la oración pública se convierte en pura palabrería. Este caso se da raras veces en nuestros días. Pero la situación es idéntica,

e incluso mucho más grave, cuando me convierto a mí mismo en espectador de mi propia oración, cuando rezo delante de mí mismo, bien goce de esta situación como un espectador satisfecho, o bien, asombrado y avergonzado, me sorprenda en semejante actitud. La publicidad de la calle es sólo una forma más ingenua de la publicidad que despliego ante mí mismo.

Incluso en mi aposento puedo organizarme una enorme manifestación. ¡Hasta tal punto podemos desfigurar las palabras de Jesús! La publicidad que me busco a mí mismo consiste en el hecho de que soy, a la vez, el que reza y el que escucha. Me escucho a mí mismo, me ruego a mí mismo. Como no quiero esperar a que Dios me escuche, como no quiero que Dios me muestre un día que ha oído mi oración, me decido a escucharme a mí mismo. Constato que he rezado con piedad y en esta constatación radica la satisfacción del ruego. Mi oración es escuchada. Tengo mi recompensa. Por haberme escuchado a mí mismo, Dios no me escuchará; por haberme dado la recompensa de la publicidad, Dios no me dará otra recompensa.

¿Qué significa este aposento, del que habla Jesús, si no estoy seguro de mí mismo? ¿Cómo puedo cerrarlo con suficiente solidez para que nadie venga a destruir el secreto de la creación y a robarme la recompensa de la oración secreta? ¿Cómo protegerme de mí mismo, de mi reflexión? ¿Cómo destruir la reflexión con mi reflexión? La respuesta es: el deseo que tengo de imponerme a mí mismo de una forma o de otra por medio de mi oración debe morir, debe ser destruido. Donde sólo la voluntad de Jesús reina en mí y donde toda mi voluntad propia es abandonada en la suya, en la comunión con Jesús, en el seguimiento, muere mi voluntad.

Puedo rezar entonces para que se cumpla la voluntad de aquel que sabe lo que necesito antes de que se lo pida. Mi oración es segura, fuerte y pura sólo cuando procede de la voluntad de Jesús. Entonces, la oración es realmente una *súplica*. El niño suplica a su *Padre*, a quien conoce. La esencia de la oración cristiana no es una adoración general, sino la *súplica*. A la actitud del hombre ante Dios corresponde el suplicar, con las manos extendidas, a aquel del que sabe que tiene un corazón paternal.

Aunque la verdadera oración sea un asunto secreto, esto no excluye ciertamente la comunidad de oración, por evidentes que puedan ser los peligros. A fin de cuentas, ella no depende de la calle ni

del aposento, de las oraciones largas o breves, bien sean las letanías de la Iglesia o el suspiro del que no sabe qué pedir, no depende del individuo ni de la comunidad, sino sólo de este conocimiento: Vuestro Padre sabe lo que necesitáis. Esto dirige la oración hacia solo Dios. Esto libera al discípulo del falso activismo.

Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Porque a ti pertenecen el Reino, el poder y la gloria por los siglos. Amén. Que si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas (Mt 6, 9-15). [En el versículo 13 inserta Bonhoeffer, siguiendo la traducción alemana que utiliza, unas palabras de influencia litúrgica que sólo aparecen en algunos códices del Nuevo Testamento (N. del T.).]

Jesús no ha dicho a sus discípulos solamente *cómo* deben orar, sino también *lo* que deben orar. El padrenuestro no es un ejemplo para la oración de los discípulos, sino que *hay* que rezar como él lo enseñó. Con esta oración es seguro que serán escuchados por Dios. El padrenuestro es la oración por excelencia. Toda oración de los discípulos encuentra en él su esencia y sus límites. Jesús no los deja en la incertidumbre; con el padrenuestro los conduce a la claridad perfecta de la oración.

«Padre nuestro que estás en los cielos». Los discípulos invocan juntos al Padre celestial, que sabe ya todo lo que necesitan sus amados hijos. La llamada de Jesús, que les une, los ha convertido en hermanos. En Jesús han reconocido la amabilidad del Padre. En nombre del Hijo de Dios les está permitido llamar a Dios Padre. Ellos están en la tierra y su Padre está en los cielos. Él inclina su mirada hacia ellos, ellos elevan sus ojos hacia él.

«Santificado sea tu nombre». El nombre paternal de Dios, tal como es revelado en Jesucristo a los que le siguen, debe ser tenido por santo entre los discípulos; porque en este nombre se contiene todo el Evangelio. No permita Dios que su santo Evangelio sea os-

curecido y alterado por una falsa doctrina o una vida impura. Que se digne manifestar continuamente su santo nombre a los discípulos, en Jesucristo. Que conduzca a todos los predicadores a la predicación pura del Evangelio, que nos hace felices. Que se oponga a los seductores y convierta a los enemigos de su nombre.

«Venga tu Reino». Los discípulos han experimentado en Jesucristo la irrupción del reino de Dios sobre la tierra. Satán es vencido aquí, el poder del mundo, del pecado y de la muerte es destruido. El reino de Dios se encuentra aún en medio del sufrimiento y del combate. La pequeña comunidad de los que han sido llamados toma parte en ellos. Bajo la soberanía de Dios, se hallan en una justicia nueva, pero con persecuciones. Quiera Dios que el reino de Jesucristo sobre la tierra crezca en su Iglesia, que se digne poner un rápido fin a los reinos de este mundo, e instaurar su Reino en el poder y la gloria.

«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». En la comunión con Jesucristo, los seguidores han abandonado totalmente su voluntad a la voluntad de Dios. Piden que la voluntad de Dios sea hecha en toda la tierra, que ninguna criatura oponga resistencia. Pero como incluso en el discípulo sigue viva la voluntad mala, que quiere arrancarle de la comunión con Jesús, piden también que la voluntad de Dios se apodere de ellos cada día más y rompa toda oposición. Finalmente, el mundo entero deberá someterse a la voluntad divina, adorarla agradecido en el sufrimiento y en la alegría. El cielo y la tierra deberán someterse a Dios.

Los discípulos de Jesús deben rezar ante todo por el nombre de Dios, por el reino de Dios y por la voluntad de Dios. Ciertamente el Padre no necesita para nada esta oración, pero mediante ella los discípulos participarán de los bienes celestes que piden. También pueden, con tal oración, acelerar el fin.

«El pan nuestro de cada día, dánosle hoy». Mientras los discípulos se encuentren en la tierra no deben avergonzarse de pedir a su Padre celeste los bienes de la vida material. El que ha creado a los hombres sobre la tierra quiere conservar y proteger sus cuerpos. No quiere que su creación se vuelva despreciable. Lo que piden los discípulos es un pan común. Nadie puede tenerlo para sí solo. Y también piden a Dios que dé su pan diario a todos sus hijos sobre la tierra, porque son sus hermanos según la carne. Los discí-

pulos saben que el pan producido por la tierra viene, en realidad, de arriba, es don exclusivo de Dios. Por eso no cogen el pan, sino que lo piden. Por ser el pan de Dios, llega cada día de nuevo. Los seguidores de Jesús no piden provisiones, sino el don cotidiano de Dios, con el que pueden prolongar sus vidas en la comunión con Cristo, y por el que glorifican la bondad clemente de Dios. En esta súplica es puesta a prueba la fe de los discípulos en la actividad viva de Dios sobre la tierra, que busca su bien.

«Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». El conocimiento de su falta constituye la queja diaria de los seguidores. Los que deberían vivir sin pecado en la comunión con Jesús pecan cada día con toda clase de incredulidad, de pereza en la oración, de indisciplina corporal, con toda clase de autosatisfacción, de envidia, de odio, de ambición. Por eso deben pedir cada día el perdón de Dios. Pero este sólo escuchará su oración si ellos se perdonan también unos a otros sus faltas, fraternalmente y con buen corazón. Así llevan en común sus ofensas ante Dios y piden gracia en común. No quiera Dios perdonarme las ofensas a mí solo, sino también a todos los otros.

«No nos dejes caer en la tentación». Las tentaciones de los discípulos de Jesús son muy diversas. Satanás los ataca por todas partes, quiere hacerlos caer. Los tientan la falsa seguridad y la duda impía. Los discípulos, que conocen su debilidad, no provocan la tentación para probar la fuerza de su fe. Piden a Dios que no tiene su débil fe y los guarde en la hora de la prueba.

«Más líbranos del mal». Por último, los discípulos deben rezar para ser liberados de este mundo malo y heredar el reino celeste. Es la oración por un final feliz, por la salvación de la Iglesia en los últimos tiempos de este mundo.

«Porque tuyo es el Reino...». Los discípulos reciben esta certeza, diariamente renovada, que les viene de la comunión con *Jesucristo, en quien se cumplen todas sus oraciones*. En él es santificado el nombre de Dios, en él viene el reino de Dios, en él se cumple la voluntad divina. Por él es conservada la vida material de los discípulos, por él reciben el perdón de los pecados; por su fuerza son guardados en la tentación, por su fuerza son salvados para la vida eterna. A él pertenecen el Reino, el poder y la gloria por todos los siglos y en la comunión del Padre. Los discípulos están seguros de esto.

Como para resumir la oración, Jesús dice una vez más que todo esto depende de que ellos reciban el perdón, y que este perdón sólo les es concedido en cuanto fraternidad de los pecadores.

c) *El carácter oculto de la práctica de piedad*

Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para que los hombres noten que ayunan; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que tu ayuno sea visto no por los hombres, sino por tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará públicamente (Mt 6, 16-18).

Jesús presupone, como algo natural, que los discípulos observan la práctica piadosa del ayuno. La práctica estricta de la temperancia forma parte de la vida del seguidor. Tales ejercicios tienen por único fin volver al discípulo más dispuesto, más alegre, para el camino y la obra que le son encomendados. La voluntad egoísta y perezosa, que no está dispuesta a servir, es educada, la carne es humillada y castigada.

En la práctica de la temperancia se revela el carácter extraño que tiene mi vida cristiana en relación con el mundo. Una vida desprovista de todo ejercicio ascético, que se concede todos los deseos de la carne, con tal de que estén «permitidos» por la *justitia civilis*, difícilmente estará preparada para servir a Cristo. La carne saciada no reza a gusto, no se somete a un servicio que implica numerosas renunciaciones.

La vida del discípulo necesita una severa disciplina externa. No se trata de que con ella podamos doblegar la voluntad de la carne, como si la muerte diaria del hombre viejo pudiese ser conseguida por algo distinto de la fe en Jesucristo. Pero precisamente el creyente, el seguidor, cuya voluntad está doblegada, el que ha muerto en Jesucristo al hombre viejo, es el que conoce la rebelión y el orgullo cotidiano de su carne. Conoce su pereza y su desenfreno, sabe que estos son la fuente del orgullo que debe abatir.

Esto lo consigue con un ejercicio de disciplina diaria y extraordinaria. La frase «el espíritu está pronto, pero la carne es débil», se

aplica al discípulo. Por eso, «velad y orad». El espíritu reconoce el camino del seguimiento, está dispuesto a seguirlo; pero la carne es demasiado temerosa, el camino le resulta difícil, demasiado inseguro, demasiado cansado. El espíritu es obligado a enmudecer. El espíritu aprueba el mandamiento de Jesús sobre el amor incondicional al enemigo, pero la carne y la sangre son demasiado fuertes, y nada se hace.

Es necesario que la carne experimente, en un ejercicio diario y extraordinario, que ella no tiene derechos propios. El ejercicio cotidiano y ordenado de la oración representa aquí una gran ayuda, igual que la meditación de la palabra de Dios, e igual también que toda clase de disciplina corporal y de temperancia.

La resistencia de la carne a esta humillación diaria se produce al principio de frente; luego se oculta tras las palabras del espíritu, es decir, en nombre de la libertad evangélica. Allí donde la libertad evangélica con respecto a la coacción legalista, a la tortura de sí mismo y a la mortificación, es utilizada contra el verdadero uso evangélico de la disciplina, de la práctica y de la ascesis, allí donde la indisciplina y el desorden en la oración, en el contacto con la palabra divina, en la vida corporal, son justificados en nombre de la libertad cristiana, se revela la oposición a la palabra de Jesús. No se conoce ya el carácter extraño al mundo que reviste la vida cotidiana en el seguimiento de Jesús, y tampoco se conocen la alegría y la verdadera libertad que confiere a la vida del discípulo la auténtica práctica piadosa.

Cuando el cristiano reconozca que decae en su servicio, que su disponibilidad disminuye, que es culpable de la vida o de la falta de otro, que no siente alegría por Dios, que no tiene fuerzas para rezar, atacará a su carne en estos puntos, para prepararse con la práctica, el ayuno y la oración (Lc 2, 37; 4, 2; Mc 9, 29; 1 Cor 7, 5) a un servicio mejor. La objeción de que el cristiano debería buscar su salvación en la fe y la palabra más que en la ascética carece por completo de sentido. Es una afirmación inmisericorde e incapaz de ayudarnos. ¿Qué es una vida en la fe sino el combate incesante y diverso del espíritu contra la carne? ¿Cómo quiere vivir en la fe el que se muestra perezoso en la oración, el que no encuentra gusto en la palabra de la Escritura, aquel a quien el sueño, el alimento y el placer sexual roban incesantemente la alegría de Dios?

La ascesis es un sufrimiento que uno se elige a sí mismo, es una *passio activa*, no una *passio passiva*; precisamente por esto se halla sometida a grandes peligros. La ascesis está siempre amenazada por el deseo piadoso e impío de asemejarse a Jesucristo por el sufrimiento. También siempre se oculta en ella la pretensión de colocarse en lugar del sufrimiento de Cristo, de realizar por sí misma la obra del sufrimiento de Cristo, que consiste en matar al hombre viejo. La ascesis se arroga la seriedad última y amarga de la obra redentora del Señor. Con una dureza terrible se ofrece como espectáculo. El sufrimiento voluntario que, basándose en Cristo, sólo debía conducir a un servicio mejor, a una humillación más profunda, se convierte en una desfiguración horrible del sufrimiento del Señor. Quiere ser vista; se vuelve reproche vivo, inmisericorde, para los demás; porque se ha convertido en camino de salvación. En tal «publicidad» se consigue realmente la recompensa, en la medida en que es buscada entre los hombres.

«Perfuma tu cabeza y lava tu rostro»; también esto podría ser ocasión de un gozo o de una gloria personal aún más sutiles. Sería falso, entonces, interpretarlo en el sentido de una disimulación. Pero Jesús dice a sus discípulos que permanezcan completamente humildes en las prácticas voluntarias de humildad, que no se impongan a nadie como un reproche o como una ley; más bien, deben mostrarse agradecidos y alegres de que se les permita permanecer al servicio de su Señor. Jesús no se refiere aquí al rostro alegre del discípulo como tipo de cristiano, sino al carácter verdaderamente oculto de la acción cristiana, de la humildad que no se conoce a sí misma, igual que el ojo no se ve a sí mismo, sino sólo al otro. Este carácter oculto será revelado un día, pero sólo por Dios, no por uno mismo.

d) *La sencillez de la vida sin inquietud*

No os amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonaos más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso, pero si tu ojo está malo, to-

do tu cuerpo estará a oscuras. Y si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá! Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero (Mt 6, 19-24).

La vida del discípulo se acredita en el hecho de que nada se interponga entre Cristo y él, ni la ley, ni la piedad personal, ni el mundo. El seguidor no mira más que a Cristo. No ve a Cristo y al mundo. No entra en este género de reflexiones, sino que sigue sólo a Cristo en todo. Su ojo es sencillo. Descansa completamente en la luz que le viene de Cristo; en él no hay ni tinieblas ni equívocos. Igual que el ojo debe ser simple, claro y puro para que el cuerpo permanezca en la luz, igual que el pie y la mano sólo reciben la luz del ojo, igual que el pie vacila y la mano se equivoca cuando el ojo está enfermo, igual que el cuerpo entero se sumerge en las tinieblas cuando el ojo se apaga, lo mismo le ocurre al discípulo, que sólo se encuentra en la luz cuando mira simplemente a Cristo, y no a esto o aquello; es preciso, pues, que el corazón del discípulo sólo se dirija a Cristo. Si el ojo ve algo distinto de lo real, se engaña todo el cuerpo. Si el corazón se apega a las apariencias del mundo, a la criatura más que al Creador, el discípulo está perdido.

Son los bienes de este mundo los que quieren apartar de Jesús el corazón del discípulo. ¿Hacia qué se inclina el corazón del discípulo?: esta es la pregunta. ¿Se inclina a los bienes de este mundo? ¿Se inclina a Cristo y a estos bienes? ¿Se inclina a Cristo solo? La lámpara del cuerpo es el ojo; la lámpara del seguidor es el corazón. Si el ojo es tiniebla, ¡qué grandes deben de ser las tinieblas en el cuerpo! Si el corazón es tinieblas, ¡qué grandes deben de ser las tinieblas en el discípulo! Ahora bien, el corazón se entenebrece cuando se apega a los bienes del mundo.

Por muy apremiante que sea la llamada de Jesús, rebota, no consigue entrar en el hombre porque el corazón está cerrado, pertenece a otro. Igual que ninguna luz penetra en el cuerpo cuando el ojo está enfermo, la palabra de Jesús no llega hasta el discípulo cuando su corazón se cierra. La palabra es ahogada, como la semilla bajo las espinas, «bajo las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida» (Lc 8, 14).

La sencillez del ojo y del corazón corresponde a este carácter oculto que no conoce más que la palabra y la llamada de Cristo, que consiste en la comunión total con Cristo. ¿Cómo usa el discípulo los bienes de este mundo con sencillez?

Lo que Jesús les prohíbe no es el uso de los bienes. Jesús fue hombre, comió y bebió como sus discípulos. Con ello, purificó el uso de los bienes terrenales. El seguidor debe usar con agradecimiento los bienes que se consumen cotidianamente, que sirven a la necesidad y al alimento diario.

Hay que caminar como peregrinos,
libres, despojados y realmente vacíos;
acumular, retener, negociar,
sólo sirven para entorpecer nuestra marcha.
El que quiera, que se cargue lo más posible;
nosotros viajamos, después de despedirnos,
contentándonos con poco;
sólo usamos lo necesario.

Tersteegen

Los bienes son dados para ser utilizados, pero no para ser acumulados. Igual que Israel recibía cada día en el desierto el maná de Dios y no tenía que preocuparse de lo que comería o bebería, e igual que el alimento que se conservaba de un día para otro se corrompía al punto, el discípulo de Jesús debe recibir de Dios, cada día, lo que le corresponde; pero si acumula para tener una posesión permanente, se corrompe él mismo y el don. El corazón se apega al tesoro acumulado. El bien amontonado se interpone entre Dios y yo. Donde está mi tesoro, está mi confianza, mi seguridad, mi consuelo, mi Dios. El tesoro constituye una idolatría⁸.

Y ¿dónde está la frontera entre los bienes que debo usar y el tesoro que no debo tener? Invirtamos la frase, y digamos: donde está tu corazón, allí está tu tesoro. Ya tenemos la respuesta. Puede tratarse de un tesoro muy discreto; su magnitud no es lo que importa, sino sólo el corazón, tú. Pero si me pregunto cómo reconoceré a qué está apegado mi corazón, también la respuesta es aquí simple

8. No es casual el que, en los catálogos paulinos de los vicios, la fornicación y la codicia se hallen siempre juntas y sean definidas como idolatría.

y clara: todo lo que te impide amar a Dios sobre todas las cosas, lo que se interpone entre ti y tu obediencia a Jesús, constituye el tesoro al que tu corazón está apegado.

Pero como el corazón humano se apega espontáneamente al tesoro, Jesús quiere que el hombre tenga un tesoro⁹ no en la tierra, donde se destruye, sino en el cielo, donde permanece. Los «tesoros» en el cielo de los que habla Jesús no son el tesoro único, Jesucristo mismo, sino realmente los tesoros que los seguidores se han ido acumulando. Esta frase contiene una gran promesa, según la cual el discípulo adquiere en el seguimiento de Jesús unos tesoros celestiales que no pasan, que le esperan, con los que debe estar unificado. ¿Qué tesoros pueden ser estos, sino lo extraordinario, lo oculto de la vida del discípulo? ¿Qué tesoros pueden ser, sino los frutos del sufrimiento de Cristo, que sostienen la vida de los que le siguen?

Si el corazón del discípulo está totalmente puesto en Dios, le resulta claro que no *puede* servir a dos señores. No puede. Esto es imposible en el seguimiento. Podría sentirse tentado a probar su habilidad y experiencia cristiana mostrando que precisamente hay que servir a dos señores, al dinero y a Dios, concediendo a cada uno su derecho bien delimitado. Si somos hijos de Dios, ¿por qué no podemos ser también hijos alegres de este mundo, que se gozan con sus dones y reciben sus tesoros como bendiciones divinas? Dios y el mundo, Dios y los bienes se hallan opuestos porque el mundo y los bienes quieren apoderarse de nuestro corazón y sólo son lo que son después de haberse adueñado de él.

Sin nuestro corazón, los bienes y el mundo no son nada. Viven de él. Se oponen a Dios. Nosotros no podemos entregar nuestro corazón, con todo su amor, más que a uno solo, no podemos estar plenamente vinculados más que a un solo señor. Lo que se opone a este amor está condenado al odio. Según la palabra de Jesús, frente a Dios sólo hay amor u odio. Si no amamos a Dios, le odiamos. No hay término medio. Dios es Dios porque sólo se le puede amar u odiar. Sólo existe una alternativa: o amas a Dios, o amas los bienes de este mundo. Si amas al mundo, odias a Dios; si amas a Dios, odias al mundo. Poco importa el que lo quieras o no, el que

9. Téngase bien en cuenta que Jesús no quita al corazón humano lo que necesita: tesoros, honra, gloria. Pero le da otro objeto: la honra de Dios (Jn 5, 44), la gloria de la cruz (Gal 6, 14), el tesoro en el cielo.

lo hagas consciente o inconscientemente. Seguramente no lo querrás, no serás consciente de lo que haces; más bien, no lo *quieres*, quieres servir a dos señores. Quieres amar a Dios y a los bienes, es decir, considerarás siempre falso el que tú odies a Dios. Porque lo amas, según piensas.

Pero precisamente porque amamos a Dios y también los bienes de este mundo, dicho amor a Dios es odio, el ojo no es ya sencillo, el corazón no se encuentra en comunión con Jesús. Querámoslo o no, no puede ser de otra forma. No podéis servir a dos señores, vosotros, los que marcháis detrás de Jesús.

Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo que no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un codo a la medida de su vida? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Aprended de los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se pudo vestir como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana va a ser echada al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué nos vamos a vestir? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; y ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero el Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su inquietud (Mt 6, 25-34).

¡No os preocupéis! Los bienes engañan al corazón humano, ofreciéndole seguridad y quietud, pero en realidad son causa de preocupaciones. El corazón que se apega a los bienes recibe con ellos el peso agobiante de la preocupación. La inquietud se crea tesoros; los tesoros, a su vez, crean preocupaciones. Queremos asegurar nuestra vida por medio de los bienes, queremos desembarazarnos de preocupaciones por medio de preocupaciones; pero en realidad se produce lo contrario. Los lazos que nos vinculan a los bienes, que retienen los bienes, son ellos mismos... preocupaciones.

Abusar de los bienes consiste en utilizarlos como una seguridad para el día siguiente. La preocupación se dirige siempre al mañana. Pero los bienes, en sentido estricto, están destinados únicamente al día de hoy. Precisamente el hecho de asegurarme el mañana es lo que me vuelve tan inquieto para hoy. Cada día tiene bastante con su inquietud. Sólo el que pone el mañana sin reservas en las manos de Dios y recibe hoy sin reservas lo que necesita para vivir, está realmente asegurado. El hecho de recibir cada día me hace libre para el mañana. Pensar en el mañana me ocasiona una inquietud incesante. «No os preocupéis por el día de mañana». Esta frase, o bien contiene una ironía terrible con respecto a los pobres y miserables a los que Jesús se dirige precisamente, los cuales, humanamente hablando, pasarán hambre mañana si no se preocupan hoy... insistamos, o bien esta frase constituye una ley insoportable que el hombre rechazará con repulsión, o bien es el anuncio único del Evangelio, del evangelio de la libertad de los hijos de Dios, que tienen un Padre en los cielos, un Padre que les ha dado a su amado Hijo. ¿Cómo no nos dará con él todo lo demás?

«No os preocupéis por el día de mañana». No hay que entender esta frase como una sentencia sabia ni como una ley. Sólo hay que comprenderla como el Evangelio de Jesucristo. Sólo el que le sigue, el que ha reconocido a Jesús, recibe de esta palabra la seguridad del amor del Padre de Jesucristo y la libertad de todas las cosas. No es la inquietud la que lleva al discípulo a no preocuparse por nada, sino la fe en Jesucristo. Sabe que no *podemos* inquietarnos en absoluto (v. 27). Se nos arrebató por completo el mañana, la próxima hora. Resulta insensato actuar como si tuviéramos una posibilidad cualquiera de inquietarnos. No podemos cambiar en nada las condiciones de este mundo. Sólo Dios puede preocuparse, porque él es quien gobierna el mundo. Puesto que nosotros no podemos inquietarnos, puesto que somos tan totalmente impotentes, no debemos inquietarnos. Si lo hiciéramos nos arrogaríamos el gobierno de Dios.

Pero el seguidor de Cristo sabe que no sólo no tiene el derecho ni la posibilidad de inquietarse, sino también que no tiene necesidad de hacerlo. No es la inquietud ni el trabajo el que crea el pan cotidiano, es Dios Padre. Los pájaros y los lirios no trabajan ni hilan; sin embargo, son alimentados y vestidos, reciben diariamente, sin

preocupación, lo que necesitan. Sólo necesitan los bienes de este mundo para su vida cotidiana, no los amontonan; al actuar así glorifican al Creador no con su celo, su trabajo, su inquietud, sino recibiendo cada día, con sencillez, los dones que su Padre les hace. Los pájaros y los lirios se convierten en ejemplos para el seguidor. Jesús destruye la relación necesaria establecida, sin Dios, entre el trabajo y el alimento. Alaba el pan cotidiano no como recompensa del trabajo, sino que, al contrario, habla de la sencillez sin inquietud del que marcha por el camino de Jesús, recibiendo todo de Dios.

Ningún animal trabaja para alimentarse, pero cada uno tiene una obra que realizar, con la que busca y encuentra su alimento. El pájaro vuela y canta, construye su nido y procrea sus pequeñuelos; este es su trabajo, pero no se alimenta de él. Los bueyes labran, los caballos transportan pesos y combaten, las ovejas dan lana, leche y queso; esta es su obra, pero no se alimentan de ella; es la tierra, por el contrario, quien produce la hierba y los alimenta con la bendición de Dios. Del mismo modo, es bueno y necesario que el hombre trabaje y haga algo, pero también debe saber que no es su trabajo el que le alimenta, sino la abundante bendición de Dios, aunque parezca que es su trabajo quien le alimenta, porque Dios no le da nada sin su trabajo. Aunque el pájaro no siembre ni recoja, moriría de hambre si no volase en busca de su alimento. Pero el que descubre este alimento no proviene de su trabajo, sino de la bondad de Dios. Porque ¿quién ha puesto el alimento en tal lugar para que él lo encuentre? En efecto, donde Dios no ha puesto nada, nadie encuentra nada, y todo el mundo se mataría trabajando y buscando (Lutero).

Y si los pájaros y los lirios son conservados por el Creador, ¿no alimentará también a sus hijos que se lo piden, no les dará lo que necesitan diariamente para conservar su vida, él, a quien pertenecen todos los bienes de la tierra y que los distribuye según su beneplácito?

Concédame Dios cada día lo que necesito para vivir; se lo da a los pájaros de los tejados, ¿cómo no me lo dará a mí? (Claudius).

La inquietud es cosa de los paganos, que no creen, que confían en su fuerza y su trabajo, y no en Dios. Todo el que se preocupa es

pagano, porque no sabe que el Padre conoce todo lo que necesita. Por eso quiere hacer por sí mismo lo que no espera de Dios. Más, para el que sigue a Jesús, la frase válida es: «Buscad primero el Reino y su justicia, que todo lo demás se os dará por añadidura». Con esto queda claro que la inquietud por el alimento y el vestido está lejos de ser inquietud por el reino de Dios, tal como nos gustaría pensar, como si el cumplimiento de nuestro trabajo por nosotros y nuestra familia, como si nuestra inquietud por el pan y la vivienda constituyesen la búsqueda del reino de Dios, como si esta búsqueda sólo se realizase en medio de tales inquietudes.

El reino de Dios y su justicia son algo fundamentalmente distinto de los bienes de este mundo que se nos deben dar. Es sólo la justicia de la que hablaban Mt 5 y 6, la justicia de la cruz de Cristo y del seguimiento bajo la cruz. La comunión con Jesús y la obediencia a su mandamiento vienen *primero*, lo demás le sigue. No es una mezcla, sino una sucesión. *Antes* de la preocupación por nuestra vida, por nuestro alimento, por nuestro vestido, por nuestra profesión y nuestra familia, se encuentra la justicia de Cristo. Aquí sólo se da el resumen perfecto de lo que ya ha sido dicho. También esta palabra de Jesús es o una carga insoportable, un aniquilamiento imposible de la existencia humana de los pobres y los miserables, o el Evangelio mismo, que nos vuelve plenamente alegres y libres. Jesús no habla de lo que el hombre debería hacer y no puede; habla de lo que Dios nos ha dado y de lo que aún nos promete. Si se nos ha dado a Cristo, si hemos sido llamados a seguirle, en él se nos ha dado todo, absolutamente todo. Lo restante se nos dará por añadidura.

Quien, siguiendo a Jesús, sólo se fija en su justicia, se encuentra bajo la mano y la protección de Jesucristo y de su Padre; y al que se encuentra así en la comunión del Padre no puede sucederle nada, le resulta imposible dudar de que el Padre alimentará a sus hijos y no los dejará morir de hambre. Dios enviará su ayuda en el momento oportuno. Sabe lo que necesitamos.

El seguidor de Jesús, después de una larga vida de discípulo, responderá a la pregunta «¿Os ha faltado algo alguna vez?» diciendo: «Nunca, Señor». ¿Cómo podría faltarle algo a quien, en el hambre y la desnudez, la persecución y el peligro, está seguro de la comunión con Jesucristo?

3. Mt 7: La segregación de la comunidad de los discípulos

a) Los discípulos y los infieles

No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis se os medirá a vosotros. ¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en el tuyo? O ¿cómo vas a decir a tu hermano: Deja que te saque esa brizna del ojo, teniendo la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano.

No deis a los perros lo que es santo, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las pisoteen con sus patas y después, volviéndose, os despedacen.

Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. O ¿hay acaso alguno de entre vosotros que al hijo que le pide pan le dé una piedra; o si le pide un pescado le da una culebra? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que las pidan!

Por tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros; porque esta es la ley y los profetas (Mt 7, 1-12).

Una conexión necesaria conduce de los capítulos 5 y 6 a estos versículos y hasta la gran conclusión del sermón de la montaña. En el capítulo 5 se habló del carácter extraordinario (περισσόον) del seguimiento; en el 6, de la justicia oculta, sencilla, de los discípulos (ἀπλοῦς). Estos dos términos habían sacado a los discípulos de la comunidad a la que habían pertenecido hasta ahora, para vincularlos sólo a Jesús. La frontera quedaba claramente visible.

Esto implica el problema de las relaciones de los seguidores con los otros hombres que les rodean. Esta segregación de la que son objeto ¿les comunica privilegios particulares, les hace poseer una fuerza, una escala de valores, unas aptitudes que les permitan reivindicar una autoridad especial ante los otros? No habría resultado muy extraño que los seguidores de Jesús se hubiesen separado de su contorno con un juicio severo. Sí, podría haberse pensado que la voluntad de Jesús era que los discípulos pusieran en prácti-

ca, en sus relaciones cotidianas con los demás, tal juicio de ruptura y condenación. Por eso, Jesús debe dejar claro que tales errores ponen en serio peligro el seguimiento. Los discípulos no deben juzgar. Si lo hacen, caen ellos mismos en el juicio de Dios. La espada con la que juzgan al hermano les golpea también a ellos. La cesura con la que se separan de los otros, como los justos de los injustos, les separa a ellos de Jesús.

¿Por qué es esto así? El discípulo vive totalmente de su unión con Jesucristo. Tiene su justicia sólo en esta unión, y nunca fuera de ella. Por consiguiente, nunca puede servirle de escala de valores, de la que podría disponer a su agrado. Lo que le convierte en discípulo no es una nueva escala de valores aplicada a su vida, sino simplemente Jesucristo, el mediador e Hijo de Dios. Por esto, su propia justicia le es velada en la comunión con Jesús. Ya no puede verse, observarse, juzgarse; sólo ve a Jesús, no es juzgado, visto y perdonado más que por Jesús. Entre el discípulo y el otro no hay una escala de valores constituida por una vida justa, sino únicamente el mismo Cristo; el discípulo sólo ve al otro hombre como una persona hacia la que viene Jesús. Y si encuentra al otro, es sólo porque marcha hacia él con Jesús. Jesús le precede hacia el otro, él le sigue.

Por tanto, el encuentro del discípulo con el otro no es nunca el encuentro libre de dos personas que se aproximarían mutuamente en la inmediatez de sus ideas, de sus escalas de valores y de sus juicios. Al contrario, el discípulo no puede encontrar al otro más que como aquel hacia el que viene Jesús. Lo único que tiene aquí valor es la lucha en favor del otro, su llamada, su amor, su gracia, su juicio. El discípulo no ha ocupado, pues, una posición desde la que atacará al otro, sino que, en la verdad del amor de Jesucristo, avanza hacia el otro con una oferta incondicional de comunión.

Al juzgar, nos enfrentamos al otro, guardando la distancia de la observación, de la reflexión. El amor, por el contrario, no deja lugar ni tiempo para ello. Para el que ama, el otro nunca puede ser un objeto que se contempla como un espectáculo; es, en todo instante, una pretensión viva dirigida a mi amor y a mi servicio. Pero lo que hay de malo en el otro ¿no me obliga precisamente a condenarlo por causa de él mismo, a causa del amor que le tengo? Vemos que la frontera ha sido claramente delimitada. Un amor mal comprendido al pecador se halla increíblemente cerca del amor al pecado.

Pero el amor de Cristo al pecador es, en sí mismo, condenación del pecado, la expresión más enérgica del odio al pecado. Precisamente el amor incondicional, en el que los discípulos deben vivir siguiendo a Jesús, realiza lo que ellos nunca podrían conseguir con un amor fraccionado, otorgado según su propio juicio y sus condiciones personales: la condenación radical del mal.

Si los discípulos juzgan, establecen una escala de valores relativa al bien y al mal. Pero Jesucristo no es una escala valorativa que yo podría aplicar a los otros. Él es quien me juzga a mí mismo y desvela mi bien como algo totalmente malo. Con esto, se me prohíbe aplicar a los otros lo que no es válido para mí. De hecho, al juzgar según los criterios de bien y de mal, no hago más que confirmar al otro precisamente en lo que tiene de malo; porque también él juzga según criterios de bien y de mal. Pero él no conoce la maldad de su bien, sino que se justifica con él. Si es juzgado por mí en su mal, será confirmado en su bien, que sin embargo no es de ningún modo el bien de Jesucristo; es sustraído al juicio de Cristo para ser sometido a un juicio humano. Y yo, por mi parte, atraigo sobre mí el juicio de Dios, porque no vivo ya de la gracia de Jesucristo, sino del conocimiento del bien y del mal, y caigo en el juicio al que me aferro. Dios es para cada uno el Dios a la medida de su fe.

Juzgar es la reflexión prohibida que se ejerce sobre el otro. Desintegra el amor sencillo. Es verdad que este amor sencillo no me prohíbe pensar en el otro, percibir su pecado, pero las dos cosas quedan libres de la reflexión si se convierten para mí en ocasión de perdonar, de amar incondicionalmente, igual que Cristo hace conmigo. El hecho de no juzgar al otro no pone en vigor la máxima «comprenderlo todo es perdonarlo todo», ni da la razón al otro en cada uno de los casos. Ni yo ni el otro tenemos aquí razón, sino sólo Dios; su gracia y su juicio son anunciados.

Juzgar vuelve ciego, el amor abre los ojos. Al juzgar, me vuelvo ciego con respecto a mi propio mal y con respecto a la gracia concedida al otro. Pero, en el amor de Cristo, el discípulo conoce toda falta y todo pecado imaginable, porque conoce el sufrimiento de Cristo; mas, al mismo tiempo, el amor reconoce al otro como aquel que es perdonado bajo la cruz. El amor ve al otro bajo la cruz, y precisamente por esto ve con claridad. Si al juzgar me interesase realmente aniquilar el mal, lo buscaría allí donde me ame-

naza efectivamente: en mí mismo. Pero si busco el mal en el otro, esto manifiesta que, en tal juicio, busco mi propio derecho y deseo quedar impune de mi mal juzgando al otro. El presupuesto de todo juicio es el más peligroso de los engaños que uno puede hacerse: creer que la palabra de Dios tiene un valor diferente para mí y para mi prójimo.

Establezco un privilegio al declarar: a mí se me dirige el perdón, y al otro el juicio condenatorio. Pero como los discípulos no reciben de Jesús ningún derecho propio que puedan hacer valer frente a cualquier otro; como sólo reciben la comunión con su Señor, les está totalmente prohibido el juicio, en cuanto pretensión de un falso derecho sobre el prójimo.

Pero no es solamente la palabra de condenación la que está prohibida al discípulo; también la palabra salvadora del perdón tiene sus límites. El discípulo de Jesús no tiene poder ni derecho para imponer esto a nadie ni nunca. Ejercer presiones, perseguir al otro, hacer prosélitos, todo intento de obtener algo del otro por la propia fuerza es vano y peligroso. Vano porque los puercos no reconocen las perlas que les echamos. Peligroso porque, con esto, no sólo es profanada la palabra de perdón, no sólo es llevado a pecar contra las cosas santas aquel a quien queríamos servir, sino que también los discípulos corren el peligro de sufrir el furor ciego de estos hombres endurecidos y llenos de tinieblas, sin necesidad ni provecho. El desperdicio de la gracia barata hasta al mundo, que acaba por volverse violentamente contra los que quieren imponerle algo que él no desea.

Esto significa para los discípulos una reducción considerable de su campo de operaciones; dicha reducción corresponde a la ordenada en Mt 10 de sacudir el polvo de sus pies allí donde la palabra de paz no sea escuchada. La inquietud agitada de los discípulos, que no quiere poner límites a su actividad, el celo que ignora la resistencia, les lleva a confundir la palabra del Evangelio con una idea victoriosa. La idea exige a los fanáticos que no conozcan ninguna oposición, que no la tengan en cuenta. La idea es fuerte. Pero la palabra de Dios es tan débil que se deja despreciar y rechazar por los hombres. Frente a la palabra existen corazones endurecidos, puertas cerradas; ella reconoce la resistencia que encuentra y la soporta. Es duro asumirlo: para la idea nada hay imposible, mas para el Evangelio sí. La palabra es más débil que la idea. También los testigos de

la palabra son, igual que ella, más débiles que los propagandistas de una idea. Aunque en esta debilidad se ven libres de la agitación enfermiza de los fanáticos, sufren con ella. Los discípulos también pueden retroceder, también pueden huir, pero con tal de que lo hagan con la palabra, con tal de que su debilidad sea la debilidad de la palabra y no la abandonen en su huida.

Porque ellos no son más que servidores y ministros de la palabra, y no quieren ser fuertes allí donde la palabra quiere ser débil. Si quisieran imponer al mundo la palabra en cualquier circunstancia y por cualquier medio, convertirían la palabra viva de Dios en una idea, y el mundo se defendería con razón contra una idea que no puede ayudarle en nada.

Pero precisamente en calidad de débiles testigos forman parte de los que no retroceden, sino que resisten, naturalmente sólo allí donde está la palabra. Los discípulos que no supiesen nada de esta debilidad de la palabra no habrían conocido el secreto del abajamiento de Dios. Esta débil palabra, que sufre la oposición de los pecadores, es en realidad la única palabra fuerte y misericordiosa, la que convierte a los pecadores en el fondo de su corazón. Su poder está oculto en la debilidad; si la palabra viniese en su poder manifiesto, sería el día del juicio. Es una gran tarea la que se confía a los discípulos: reconocer los límites de su misión. La palabra mal usada se volverá contra ellos.

¿Qué deben hacer los discípulos ante los corazones cerrados, allí donde es imposible llegar hasta el otro? Deben reconocer que no poseen de ninguna forma derecho ni poder sobre los demás, que no tienen ningún acceso inmediato a ellos, de suerte que sólo les queda el camino que conduce a aquel en cuyas manos se encuentran ellos mismos, así como los otros hombres. Lo que sigue, habla de esto. Los discípulos son conducidos a la oración. Se les dice que el único camino que lleva al prójimo es el de la oración a Dios.

El juicio y el perdón quedan en manos de Dios. Él es quien cierra y abre. Pero los discípulos deben suplicar, buscar, llamar; él les escuchará. Los discípulos deben saber que su preocupación y su inquietud por los otros han de llevarlos a la oración. La promesa hecha a su oración es el poder más grande que tienen.

Lo que distingue la búsqueda de los discípulos de la búsqueda de Dios por parte de los paganos es que los primeros saben lo que

buscan. Sólo puede buscar a Dios quien ya le conoce. ¿Cómo podría buscarle quien no le conoce? ¿Cómo podría encontrarle quien no sabe lo que busca? Los discípulos buscan al Dios que han encontrado en la promesa dada por Jesucristo.

Resumiendo, aquí ha quedado claro que el discípulo, en sus relaciones con el otro, no dispone de ningún derecho personal ni de ningún poder. Vive enteramente de la fuerza de la comunión con Jesucristo. Jesús da al discípulo una regla muy sencilla, con la que incluso el más simple puede observar si sus relaciones con el otro son buenas o malas; basta con invertir las relaciones «yo» - «tú», basta con ponerse en lugar del otro y poner al otro en el propio lugar. «Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros».

En el mismo instante, el discípulo pierde todo privilegio con respecto al otro, no puede excusar en sí mismo lo que condena en el otro. Es tan duro con el propio mal como acostumbraba a serlo con el mal del otro, y tan benévolo con el mal del otro como lo es con el suyo. Porque nuestro mal no difiere del mal del otro. Hay *un* solo juicio, *una* sola ley, *una* sola gracia. El discípulo sólo considerará al otro como alguien a quien han sido perdonados los pecados y que, en adelante, sólo vive del amor de Dios. «Esta es la ley y los profetas», porque, en definitiva, sólo se trata del gran mandamiento: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo.

b) *La gran separación*

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la vida!; y son pocos los que la encuentran.

Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno da frutos buenos, mientras que el árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto es cortado y arrojado al fuego. Así que por sus frutos los conoceréis.

No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial. Muchos me

dirán aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: ¡Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad! (Mt 7, 13-23).

La comunidad de Jesús no puede separarse caprichosamente de la comunión con los que no oyen la llamada de Jesús. Es llamada por su Señor al seguimiento mediante la promesa y el precepto. Esto debe bastarle. Todo juicio y toda separación los pone en manos del que la ha elegido según su designio no por el mérito de las obras, sino por su gracia. No es la comunidad la que realiza esta separación, sino la palabra que llama.

Un pequeño grupo, los seguidores, es separado de la multitud de los hombres. Los discípulos son poco numerosos y lo serán cada vez menos. Esta palabra de Jesús les quita toda falsa esperanza con respecto a su eficacia. El discípulo de Jesús nunca debe poner su confianza en el número. «Son pocos...»; los otros, por el contrario, son muchos, y serán cada vez más. Pero marchan a su perdición. Ante esta circunstancia, ¿qué puede consolar a los discípulos, sino sólo el hecho de que les está prometida la vida, la comunión eterna con Jesús?

El camino de los seguidores es angosto. Resulta fácil no advertirlo, resulta fácil falsearlo, resulta fácil perderlo, incluso cuando uno ya está en marcha por él. Es difícil encontrarlo. El camino es realmente estrecho y el abismo amenaza por ambas partes: ser llamado a lo extraordinario, hacerlo y, sin embargo, no ver ni saber que se hace..., es un camino estrecho. Dar testimonio de la verdad de Jesús, confesarla y, sin embargo, amar al enemigo de esta verdad, enemigo suyo y nuestro, con el amor incondicional de Jesucristo..., es un camino estrecho. Creer en la promesa de Jesucristo de que los seguidores poseerán la tierra y, sin embargo, salir indefensos al encuentro del enemigo, sufrir la injusticia antes que cometerla..., es un camino estrecho. Ver y reconocer al otro hombre en su debilidad, en su injusticia, y nunca juzgarlo; sentirse obligado a comunicarle el mensaje y, sin embargo, no echar las perlas a los puercos..., es un camino estrecho. Es un camino insoportable.

En cualquier instante podemos caer. Mientras reconozco este camino como el que se me ha ordenado seguir, y lo sigo con miedo a

mí mismo, este camino me resulta efectivamente imposible. Pero si veo a Jesucristo precediéndome paso a paso, si sólo le miro a él y le sigo paso a paso, me siento protegido. Si me fijo en lo peligroso de lo que hago, si miro al camino en vez de a aquel que me precede, mi pie comienza a vacilar. Porque él mismo es el camino. Es el camino angosto, la puerta estrecha. Sólo interesa encontrarle a él. Si sabemos esto, avanzamos por el camino angosto, atravesamos la puerta estrecha de la cruz de Jesucristo, en marcha hacia la vida, y precisamente la estrechez del camino se convierte para nosotros en certeza. ¿Cómo podría ser el camino del Hijo de Dios sobre la tierra—que debemos recorrer en calidad de ciudadanos de dos mundos, marchando por la frontera entre el mundo y el reino de los cielos—un camino espacioso? El camino estrecho debe ser el bueno.

Versículos 15-20. La separación entre el mundo y la comunidad se ha realizado. Pero la palabra de Jesús penetra ahora en la comunidad misma, juzgando y separando. La separación debe realizarse, de forma incesantemente nueva, en medio de los discípulos de Jesús. Ellos no deben pensar que pueden huir del mundo y permanecer sin peligro alguno en el pequeño grupo que se halla en el camino angosto. Surgirán entre ellos falsos profetas, aumentando la confusión y la soledad.

Junto a nosotros se encuentra alguien que externamente es un miembro de la comunidad, un profeta, un predicador; su apariencia, su palabra, sus obras, son las de un cristiano, pero interiormente han sido motivos oscuros los que le han impulsado hacia nosotros; interiormente es un lobo rapaz, su palabra es mentira y su obra engaño. Sabe guardar muy bien su secreto, pero en la sombra sigue su obra tenebrosa. Se halla entre nosotros no impulsado por la fe en Jesucristo, sino porque el diablo le ha conducido hasta la comunidad. Busca quizás el poder, la influencia, el dinero, la gloria que saca de sus propias ideas y profecías. Busca al mundo, no al Señor Jesús. Disimula sus sombrías intenciones bajo un vestido de cristianismo, sabe que los cristianos forman un pueblo crédulo. Cuenta con no ser desenmascarado en su hábito inocente. Porque sabe que a los cristianos les está prohibido juzgar, cosa que está dispuesto a recordarles en cuanto sea necesario. Efectivamente, nadie puede ver en el corazón del otro. Así desvía a muchos del buen camino. Quizás él mismo no sabe nada de todo

esto; quizás el demonio que le impulsa le impide ver con claridad su propia situación.

Ahora bien, tal declaración de Jesús podría inspirar a los suyos un gran terror. ¿Quién conoce al otro? ¿Quién sabe si detrás de la apariencia cristiana no se oculta la mentira, no acecha la seducción? Una desconfianza profunda, una vigilancia sospechosa, un espíritu angustiado de crítica podrían introducirse en la Iglesia. Esta palabra de Jesús podría incitarlos a juzgar sin amor a todo hermano caído en el pecado. Pero Jesús libera a los suyos de esta desconfianza que destruiría a la comunidad. Dice: El árbol malo da frutos malos. A su tiempo se dará a conocer por sí mismo. No necesitamos ver en el corazón de nadie. Lo que debemos hacer es esperar hasta que el árbol dé sus frutos

Cuando llegue su tiempo, distinguiréis los árboles por sus frutos. Y estos no pueden hacerse esperar mucho. Lo que se trata aquí no es la diferencia entre la palabra y la obra, sino entre la apariencia y la realidad. Jesús nos dice que un hombre no puede vivir durante mucho tiempo de apariencias. Llega el momento de dar los frutos, llega el tiempo de la diferenciación. Tarde o temprano se revelará lo que realmente es. Poco importa que el árbol no quiera dar fruto. El fruto viene por sí mismo. Cuando llegue el momento de distinguir un árbol de otro, el tiempo de los frutos lo revelará todo. Cuando llegue el momento de la decisión entre el mundo y la Iglesia —cosa que puede ocurrir cualquier día, no sólo en las grandes decisiones, sino también en las ínfimas y vulgares—, entonces se revelará lo que es malo y lo que es bueno. En aquel instante únicamente subsistirá la realidad, no la apariencia.

Jesús exige a sus discípulos que en tales momentos distingan claramente la apariencia de la realidad, que pongan una frontera entre ellos y los falsos cristianos. Esto les impide sondear por mera curiosidad al otro, les exige sinceridad y resolución para reconocer la decisión divina. En cualquier instante es posible que los falsos cristianos sean arrancados de en medio de nosotros, que nosotros mismos nos veamos desenmascarados como falsos cristianos. Por eso, los discípulos son llamados a reafirmar su comunión con Jesús, a seguirle más fielmente. El árbol malo es cortado y arrojado al fuego. Todo su esplendor no le servirá de nada.

Versículo 21. Pero la separación provocada por la llamada de Jesús al seguimiento es aún más profunda. Tras la separación del mundo y de la Iglesia, de los cristianos falsos y verdaderos, la separación se sitúa ahora en medio del grupo de los discípulos que confiesan su fe. Pablo afirma: «Nadie puede decir ‘Jesús es Señor’ sino por influjo del Espíritu santo» (1 Cor 12, 3). Con la propia razón, con las propias fuerzas, con la propia decisión, nadie puede entregar su vida a Jesús ni llamarle su Señor. Pero aquí se tiene en cuenta la posibilidad de que alguno llame a Jesús su Señor sin el Espíritu santo, es decir, sin haber escuchado la llamada de Jesús.

Esto resulta tanto más incomprensible cuanto que en aquella época no significaba ninguna ventaja terrena llamar a Jesús su Señor; al contrario, se trataba de una confesión que implicaba un gran peligro. «No todo el que me diga: ‘Señor, Señor’ entrará en el reino de los cielos...». Decir «Señor, Señor» es la confesión de fe de la comunidad. Pero no todo el que pronuncia esta confesión entrará en el reino de los cielos.

La separación se producirá en medio de la Iglesia que confiesa su fe. Esta confesión no confiere ningún derecho sobre Jesús. Nadie podrá apelar nunca a su confesión. El hecho de que seamos miembros de la Iglesia de la confesión verdadera no constituye un derecho ante Dios. No nos salvaremos por esta confesión. Si creemos esto cometemos el mismo pecado de Israel, que convirtió la gracia de la vocación en un derecho ante Dios. De esta forma pecamos contra la gracia del que llama. Dios no nos preguntará aquel día si hemos sido protestantes, sino si hemos cumplido su voluntad. Hará esta pregunta a todo el mundo, y a nosotros también. Los límites de la Iglesia no son los de un privilegio, son los de la elección y vocación gratuitas de Dios. $\pi\alpha\varsigma$ ὁ λέγων y ἀλλ’ ὁ ποιῶν —«decir» y «hacer»— no expresan solamente la relación entre la palabra y la obra. Nos hablan, más bien, de dos clases de actitudes del hombre ante Dios: ὁ λέγων κύριε —«el que dice: Señor, Señor»— es el hombre que, basándose en el «sí» dado, manifiesta sus pretensiones; ὁ ποιῶν —«el que hace»— es el hombre humilde en el acto de obediencia.

El primero es el hombre que se justifica a sí mismo por su confesión; el segundo, el que hace, es el hombre obediente que edifica sobre la gracia de Dios. La palabra del hombre es el correlato de su

propia justicia, mientras la acción es el correlato de la gracia, ante la cual el hombre lo único que puede hacer es obedecer y seguir humildemente. El que dice: «Señor, Señor» se ha llamado a sí mismo, sin el Espíritu santo, o ha transformado la llamada de Jesús en un derecho propio. El que hace la voluntad de Dios es llamado y bendecido, obedece y sigue a su Señor. No entiende la llamada que le es dirigida como un derecho, sino como un juicio y un acto de gracia, como la voluntad de Dios a la que quiere obedecer exclusivamente. La gracia de Jesús nos exige que actuemos; por eso, la acción es la verdadera humildad, la verdadera fe, la verdadera confesión de la gracia del que nos llama.

Versículo 22. El que confiesa y el que hace han sido separados. La separación llega ahora hasta lo último. Hablan aquí los que han pasado con éxito las pruebas anteriores. Forman parte de los que hacen, pero ahora invocan precisamente su acción en lugar de invocar su confesión. Han actuado en nombre de Jesús. Saben que la confesión no justifica; por eso han ido a glorificar con sus acciones el nombre de Jesús entre los hombres. Ahora se presentan ante él y hacen referencia a esta actividad.

Jesús revela aquí a sus discípulos la posibilidad de una fe demoníaca que le invoca a él, que realiza hechos milagrosos idénticos a las obras de los verdaderos discípulos de Jesús hasta el punto de no poder distinguirlos, actos de amor, milagros, quizás incluso la propia santificación, una fe que, sin embargo, niega a Jesús y se niega a seguirle. Es lo mismo que dice Pablo en el capítulo 13 de la primera Carta a los corintios sobre la posibilidad de predicar, de profetizar, de conocerlo todo, de tener incluso una fe capaz de trasladar las montañas... pero sin amor, es decir, sin Cristo, sin el Espíritu santo.

Más aún: Pablo se ve obligado a considerar como posible que las mismas obras del amor cristiano, el abandono de los bienes, y hasta el martirio, puedan ser realizadas... sin amor, sin Cristo, sin el Espíritu santo. Sin amor: o sea, que a pesar de toda esta acción no se produce el acto de seguimiento, ese acto cuyo autor, en definitiva, no es otro que el que llama, Jesucristo mismo. Es la posibilidad más profunda, más inconcebible del poder satánico en la comunidad, la separación definitiva que, naturalmente, sólo tiene lugar el último día. Pero esta separación será irrevocable. Los que

siguen a Jesús se preguntarán dónde se encuentra la norma que permita saber quién es aceptado por Jesús y quién no lo es, quién permanece junto a él y quién no. La respuesta de Jesús a los últimos condenados lo dice todo: «No os conocí nunca».

Este es, pues, el secreto que ha sido guardado desde el comienzo del sermón de la montaña hasta ahora, hasta el final. La única pregunta es: ¿somos o no conocidos por Jesús?; ¿a qué debemos aferrarnos cuando advertimos el modo en que Jesús realiza la separación de la Iglesia y del mundo, y luego la separación dentro de la Iglesia hasta el último día, cuando no nos queda nada, ni nuestra confesión de fe, ni nuestra obediencia? Lo único que nos queda es su palabra: Te conocí. Es su palabra eterna, su llamada eterna. Aquí, el final del sermón del monte se fusiona con las primeras palabras del mismo. Sus palabras en el juicio final llegan a nosotros en su llamada al seguimiento. Pero desde el principio hasta el fin, sigue siendo exclusivamente su palabra, su llamada. Quien no se aferra en el seguimiento más que a esta palabra, prescindiendo de todo lo restante, será sostenido por ella en el día del juicio. Su palabra es su gracia.

c) *La conclusión*

Así, pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca; cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, embistieron contra ella y cayó, y fue grande su ruina.

Y sucedió que cuando acabó Jesús estos discursos, la gente quedó asombrada de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas (Mt 7, 24-29).

Hemos oído el sermón del monte; quizás lo hemos entendido. ¿Pero quién lo ha entendido rectamente? Jesús responde por último a esta pregunta. Jesús no deja que sus oyentes se marchen con toda tranquilidad; no quiere que hagan de sus palabras lo que les gus-

te, no quiere que saquen de ellas lo que les parece válido para sus vidas, ni que examinen la forma en que esta doctrina se relaciona con la «realidad». Jesús no da su palabra con liberalidad para que sus oyentes la profanen con sus manos de mercachifles; sólo la da con la condición de que conserve un poder exclusivo sobre ellos. Desde un punto de vista humano, existen innumerables posibilidades de entender e interpretar el sermón del monte. Pero Jesús únicamente conoce una: ir y obedecer. No se trata de interpretar, de aplicar, sino de actuar, de obedecer. Sólo de esta forma se escucha la palabra de Jesús. Pero insistamos: no se trata de hablar sobre la acción como de una posibilidad ideal, sino de comenzar a actuar realmente.

Esta palabra, a la que doy derecho sobre mi persona, esta palabra que procede del «yo te conocí», que me sitúa inmediatamente en la acción, en la obediencia, es la roca sobre la que puedo construir una casa. A esta palabra de Jesús, procedente de la eternidad, sólo corresponde el acto más sencillo. Jesús ha hablado; suya es la palabra, nuestra la obediencia. Sólo en la acción conserva la palabra de Jesús su honra, su fuerza y su poder entre nosotros. Ahora puede venir la tormenta sobre la casa; la unión con Jesús, creada por su palabra, no puede ser destruida.

Junto a la acción sólo existe la falta de acción. Pero no existe una voluntad de actuar que no haga nada. Quien entra en contacto con la palabra de Jesús de cualquier forma menos con la acción, no da la razón a Jesús, dice «no» al sermón del monte, no guarda su palabra. Preguntar, problematizar, interpretar, es igual que no hacer nada. Pensemos en el joven rico y en el doctor de la ley de Lc 10.

Por mucho que afirmase mi fe, mi asentimiento fundamental a esta palabra, Jesús dice que esto es no hacer nada. La palabra que no quiero poner en práctica no es para mí una roca sobre la que puedo edificar una casa. No hay unión con Cristo. Nunca me conocí. Por eso ahora, cuando llegue la tormenta, perderé rápidamente la palabra, advertiré que, en realidad, nunca he creído. Yo no tenía la palabra de Cristo, sino una palabra que le había arrancado y que había hecho mía mientras reflexionaba sobre ella, aunque sin cumplirla. Mi casa está ahora en completa ruina porque no descansé sobre la palabra de Cristo.

«La gente quedó asombrada...». ¿Qué había pasado? El Hijo de Dios había hablado. Había tomado en sus manos el juicio del mundo. Y sus discípulos se encontraban a su lado.

4. Mt 9, 35–10, 42: Los mensajeros

a) La mies

Y Jesús recorría todas las ciudades y los pueblos, enseñando en sus sinagogas, proclamando la buena nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia. Y al ver la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice a los discípulos: La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies (Mt 9, 35-38).

La mirada del salvador se posa compasivamente sobre su pueblo, sobre el pueblo de Dios. No podía bastarle el que unos pocos hubiesen oído su llamada y le hubiesen seguido. No podía pensar en apartarse aristocráticamente con sus discípulos y, a la manera de los grandes fundadores de religiones, transmitirles la doctrina del conocimiento supremo y de la vida perfecta. Jesús vino, trabajó y sufrió por todo su pueblo. Y los discípulos, que quieren poseerlo en exclusiva, que desean evitarle todas las molestias provocadas por los niños que le presentan y por los pobres suplicantes que encuentran a lo largo del camino (Mc 10, 48), deben reconocer que Jesús no se deja limitar por ellos en su actitud de servicio. Su Evangelio del reino de Dios y su poder curativo pertenecían a los pobres y enfermos, en cualquier parte donde se encontrasen.

La vista de la multitud, que en los discípulos quizás provocaba repugnancia, ira o desprecio, llenó el corazón de Jesús de profunda misericordia y compasión. Ningún reproche, ninguna acusación. El amado pueblo de Dios yace maltratado, y la culpa de esto la tienen los que debían preocuparse del servicio divino. No han sido los romanos los causantes de esta situación, sino el abuso de la palabra de Dios cometido por los ministros de dicha palabra. Ya no había pastores. Jesús encontró a su pueblo como un rebaño que no es

conducido a frescas aguas, cuya sed sigue insatisfecha, como ovejas que no son protegidas del lobo por ningún pastor, sino que se arrastran por el suelo vejadas y heridas, llenas de temor y de angustia bajo el duro bastón de sus pastores.

Había muchas preguntas, pero ninguna respuesta; necesidad, pero ninguna ayuda; angustia de conciencia, pero ninguna liberación; lágrimas, y ningún consuelo; pecados, y ninguna remisión. ¿Dónde estaba el buen pastor que necesitaba este pueblo? ¿De qué le servía el que hubiese escribas que obligaban duramente al pueblo a asistir a las escuelas, que los celosos de la ley condenasen con energía a los pecadores sin ayudarles, que existiesen predicadores e intérpretes de la palabra de Dios, si no estaban llenos de misericordia y compasión por este pueblo vejado y abatido? ¿Qué son los escribas, los piadosos de la ley, los predicadores, cuando a la comunidad le faltan pastores? El rebaño necesita pastores, buenos pastores. «Apacienta mis corderos», es el último encargo de Jesús a Pedro. El buen pastor lucha por su rebaño contra el lobo; no huye, sino que da su vida por las ovejas. Las conoce a todas por su nombre y las ama. Sabe sus necesidades, su debilidad. Cura a la que está herida, da de beber a la sedienta, levanta a la que cae. Las apacienta amablemente, no con dureza. Las dirige por el buen camino. Busca a la oveja perdida y la devuelve al rebaño. Los malos pastores, por el contrario, abusan de su poder, olvidan al rebaño y buscan sus propios intereses. Jesús busca buenos pastores, y he aquí que no los encuentra.

Esto le llega al corazón. Su divina misericordia se extiende a todo el rebaño olvidado, a la multitud del pueblo que le rodea. Desde un punto de vista humano constituye un cuadro desprovisto de esperanza. Mas no para Jesús. En el pueblo maltratado, miserable y sufriente, descubre la mies madura de Dios. «La mies es mucha». Está madura para ser llevada a los graneros. Ha llegado la hora de que los pobres y miserables sean introducidos en el reino de Dios. Jesús ve que la promesa de Dios irrumpe sobre la masa del pueblo. Los escribas y los celosos de la ley sólo ven en ellos un terreno árido, calcinado, destrozado. Jesús ve el campo maduro y ondulado del reino de Dios. La mies es mucha. Sólo su misericordia lo observa.

No hay que perder tiempo. El trabajo de la siega no admite dilaciones. «Pero los obreros son pocos». ¿No resulta admirable que

sean tan pocos los que poseen esta mirada misericordiosa de Jesús? ¿Quién puede dedicarse a esta labor, sino el que participa de los sentimientos del corazón de Jesús, el que ha recibido la capacidad de contemplar las cosas como él las ve?

Jesús busca ayuda. No puede realizar solo la tarea. ¿Quiénes son los colaboradores que le ayudarán? Sólo Dios los conoce, y él se los entregará a su Hijo. ¿Quién podría ofrecerse por sí mismo para ayudar a Jesús? Ni siquiera los discípulos pueden hacerlo. Ellos deben pedir al Señor de la mies que envíe obreros en el momento oportuno; porque ha llegado la hora.

b) *Los apóstoles*

Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia. Los nombres de los doce apóstoles son: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo y Tadeo; Simón el cananeo y Judas el Iscariote, el mismo que le entregó (Mt 10, 1-4).

La oración ha sido escuchada. El Padre ha revelado al Hijo su voluntad. Jesucristo llama a sus doce discípulos y los envía a la mies. Los convierte en «apóstoles», en sus mensajeros y colaboradores. «Y les dio poder». En la práctica, lo importante es el poder. Los apóstoles no reciben sólo una palabra, una doctrina, sino un poder activo. ¿Cómo podrían realizar su trabajo sin este poder? Debe tratarse de un poder que supere al que domina en la tierra, el demonio. Los discípulos saben que el demonio es poderoso, aunque su mayor deseo es negar su fuerza y sugerir a los hombres que no existe. Lo que hay que tener más en cuenta es precisamente este peligrosísimo ejercicio de su poder. El demonio debe ser puesto en evidencia y ha de ser vencido con la fuerza de Cristo. Por eso los discípulos se acercan al Señor. Deben ayudarlo en su obra, y Jesús no les niega para esta tarea el mayor de sus dones; la participación en su poder sobre los espíritus inmundos, sobre el demonio que se ha apoderado de los hombres. En esta misión los apóstoles son asemejados a Cristo. Realizan su obra.

Los nombres de estos primeros mensajeros se conservarán en el mundo hasta el último día. Doce tribus contaba el pueblo de Dios. Doce mensajeros son los que realizarán la obra de Cristo. Doce tronos les estarán preparados en el reino de Dios para que juzguen a Israel (Mt 19, 28). Doce puertas tendrá la Jerusalén celestial en la que entrará el pueblo santo, y sobre las cuales podrán leerse los nombres de las tribus. Sobre doce piedras se asentará la muralla de la ciudad, y en ellas estarán escritos los nombres de los apóstoles (Ap 21, 12.14).

Sólo el llamamiento de Jesús ha reunido a los doce. Simón, la roca; Mateo, el publicano; Simón el zelote, el defensor del derecho y de la ley contra la opresión de los paganos; Juan, al que amaba Jesús y se apoyó en su pecho, y los otros, de los que sólo conservamos los nombres. Finalmente, Judas Iscariote, el que le traicionó. Nada en el mundo podría haber reunido a estos hombres para la misma obra sino el llamamiento de Jesús; toda la anterior desunión quedó superada, formándose una comunidad nueva y firme en Cristo. El que también Judas marchase a realizar la obra de Jesús sigue siendo un oscuro enigma y una advertencia terrible.

c) *El trabajo*

A estos doce envió Jesús después de haberles dado estas instrucciones: No toméis el camino de los gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 10, 5.6).

Los discípulos, como colaboradores de Jesús, dependen en su actividad de las claras órdenes del Señor. No se les deja libres para concebir y realizar su tarea. La obra de Cristo, que han de poner en práctica, obliga totalmente a los mensajeros a seguir la voluntad de Jesús. Sobre todo a ellos, que tienen por misión este mandato y están libres de propios cálculos y pareceres.

Ya la primera palabra impone a los mensajeros una limitación en su trabajo, que debió resultarles extraña y dura. No pueden elegir por sí mismos el campo de operaciones. Lo importante no es el sitio adonde les impulsa su corazón, sino el lugar adonde son enviados. Con esto queda totalmente claro que la obra que han de rea-

lizar no es la suya propia, sino la de Dios. ¿No resultaría más seductor acercarse a los paganos y a los samaritanos, ya que estaban especialmente necesitados de la buena nueva? Aunque fuese cierto, no es ésta la misión. Y la obra de Dios no puede realizarse sin una misión; de lo contrario, la harían sin promesa. Pero ¿no es válida en todas partes la promesa y la misión para predicar el Evangelio? Ambas cosas sólo tienen valor allí donde Dios ha encargado que se haga. ¿No es el amor de Cristo el que nos impulsa a proclamar ilimitadamente el mensaje? Sí, pero el amor de Cristo se distingue de la pasión y del celo del propio corazón en que se somete a la tarea impuesta.

No es por amor a nuestros hermanos o a los paganos de países extranjeros por lo que les llevamos la salvación del Evangelio, sino por amor a la misión que el Señor nos ha impuesto. Sólo la misión nos muestra el lugar en que se encuentra la promesa. Si Cristo no quiere que yo predique aquí o allá el Evangelio, debo abandonarlo todo y aferrarme a la voluntad y a la palabra del Señor. De este modo, los apóstoles quedan ligados a la palabra, a la misión. Únicamente deben encontrarse allí donde les indica la palabra y la misión de Cristo. «No toméis el camino de los gentiles ni entréis en ciudades de samaritanos; más bien dirigíos a las ovejas perdidas de la casa de Israel».

Nosotros, que pertenecíamos a los paganos, estuvimos durante cierto tiempo excluidos del mensaje. Antes, Israel debía escuchar y rechazar el mensaje de Cristo para que este se volviese a los paganos y se fundase una comunidad cristiano-pagana, siguiendo su misión. Sólo el resucitado es quien da esta nueva orden. Y así, la limitación de su tarea, que los discípulos no podían comprender, se convirtió en gracia para los paganos que recibieron el mensaje del crucificado y resucitado. Este es el camino y la sabiduría de Dios. A nosotros sólo nos queda la misión.

Id proclamando que el reino de los cielos está cerca. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios. Gratuitamente lo recibisteis; dadlo gratuitamente (Mt 10, 7.8).

El mensaje y la actividad de los mensajeros no se distinguen nada de la de Jesucristo. Han participado de su poder. Jesús ordena

la predicación de la cercanía del reino de los cielos y dispone las señales que confirmarán este mensaje. Jesús manda curar enfermos, limpiar leprosos, resucitar muertos, expulsar demonios. La predicación se convierte en acontecimiento y el acontecimiento da testimonio de la predicación. Reino de Dios, Jesucristo, perdón de los pecados, justificación del pecador por la fe, todo esto no significa sino aniquilamiento del poder diabólico, curación, resurrección de los muertos. La palabra del Dios todopoderoso es acción, suceso, milagro. El *único* Cristo marcha en sus doce mensajeros a través del país y realiza su obra. La gracia real que se ha concedido a los discípulos es la palabra creadora y redentora de Dios.

No toméis oro, ni plata, ni cobre en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero merece su sustento (Mt 10, 9.10).

Puesto que la misión y la fuerza de los mensajeros sólo radican en la palabra de Jesús, no debe encontrarse en ellos nada que oscurezca o reste crédito a la misión regia. Con su grandiosa pobreza, los mensajeros deben dar testimonio de la riqueza de su Señor. Lo que han recibido de Jesús no constituye algo propio con lo que pueden ganarse otros beneficios. «Gratuitamente lo habéis recibido». Ser mensajeros de Jesús no proporciona ningún privilegio, ningún fundamento de honra o poder. Aunque el mensajero libre de Jesús se haya convertido en párroco, esto no cambia las cosas. Los derechos de un hombre de estudios, las reivindicaciones de una clase social, no tienen valor para el que se ha convertido en mensajero de Jesús. «Gratuitamente lo habéis recibido». ¿No fue sólo el llamamiento de Jesús el que nos atrajo a su servicio sin que nosotros lo mereciéramos? «Dadlo gratuitamente». Dejad claro que con toda la riqueza que habéis recibido no buscáis nada para vosotros mismos, ni posesiones, ni apariencias, ni reconocimiento, ni siquiera que os den las gracias. Además, ¿cómo podríais exigirlo? Toda la honra que recaiga sobre nosotros se la robamos al que en verdad le pertenece, al Señor que nos ha enviado. La libertad de los mensajeros de Jesús debe mostrarse en su pobreza.

El que Marcos y Lucas se diferencien de Mateo en la enumeración de las cosas que están prohibidas o permitidas llevar a los dis-

cípulos no permite sacar distintas conclusiones. Jesús manda pobreza a los que parten confiados en el poder pleno de su palabra. Conviene no olvidar que aquí se trata de un *precepto*. Las cosas que deben poseer los discípulos son reguladas hasta lo más concreto. No deben presentarse como mendigos, con los trajes destrozados, ni ser unos parásitos que constituyan una carga para los demás. Pero deben andar con el vestido de la pobreza. Deben tener tan pocas cosas como el que marcha por el campo y está cierto de que al anochecer encontrará una casa amiga donde le proporcionarán techo y el alimento necesario.

Naturalmente, esta confianza no deben ponerla en los hombres, sino en el que los ha enviado, y en el Padre celestial que cuidará de ellos. De este modo conseguirán hacer digno de crédito el mensaje que predicán sobre la inminencia del dominio de Dios en la tierra. Con la misma libertad con que realizan su servicio deben aceptar también el aposento y la comida, no como un pan que se mendiga, sino como el alimento que merece un obrero. Jesús llama «obreros» a sus apóstoles. El perezoso no merece ser alimentado. Pero ¿qué es el trabajo sino la lucha contra el poderío de Satanás, la lucha por conquistar los corazones de los hombres, la renuncia a la propia gloria, a los bienes y alegrías del mundo, para poder servir con amor a los pobres, los maltratados y los miserables? Dios mismo ha trabajado y se ha cansado con los hombres (Is 43, 24), el alma de Jesús trabajó hasta la muerte en la cruz por nuestra salvación (Is 53, 11).

Los mensajeros participan de este trabajo en la predicación, en la superación de Satanás y en la oración suplicante. Quien no acepta este trabajo, no ha comprendido aún el servicio del mensajero fiel de Jesús. Pueden aceptar sin avergonzarse la recompensa diaria de su trabajo, pero también sin avergonzarse deben permanecer pobres, por amor a su servicio.

En la ciudad o pueblo en que entréis, informaos de quién hay en ella digno, y quedaos allí hasta que salgáis. Al entrar en la casa, saludadla. Si la casa es digna, llegue a ella vuestra paz; mas si no es digna, vuestra paz se vuelva a vosotros. Y si no se os recibe ni se escuchan vuestras palabras, salid de la casa o de la ciudad aquella sacudiendo el polvo de vuestros pies. Yo os aseguro: El día del juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma y Gomorra que para la ciudad aquella (Mt 10, 11-15).

El trabajo en la comunidad partirá de las casas que sean «dignas» de alojar a los mensajeros de Jesús. Dios tiene en todas partes una comunidad que ora y espera. Los recibirán en ellas con humildad y cariño en nombre de su Señor. En ellas realizarán su trabajo acompañados de la oración; aquí hay un pequeño ejército que representa a toda la comunidad. Para evitar discordias en la comunidad y una falsa avidez o condescendencia en sus discípulos, Jesús manda a los apóstoles que permanezcan en la misma casa mientras se encuentren en ese lugar. Los mensajeros se aplican a su tarea en cuanto pisan una casa o una ciudad. El tiempo es precioso y breve. Todavía quedan muchos que esperan el mensaje. Ya las primeras palabras con las que saludan una casa, igual que su maestro, «paz a esta casa» (Lc 10, 5), no representan una fórmula vacía, sino que traen el poder de la paz de Dios sobre los que son «dignos». La predicación de los mensajeros es breve y clara. Anuncian la irrupción del reino de Dios, llaman a la conversión y a la fe. Vienen con el poder de Jesús de Nazaret. Se presenta una orden y se hace un ofrecimiento con toda autoridad. Y esto es todo. Como todo es muy sencillo y claro, y como las cosas no admiten dilación, no hacen falta más explicaciones, discusiones ni propaganda.

Se aproxima un rey que puede llegar en cualquier momento. ¿Queréis someteros y recibirlo humildemente, o queréis que os aniquile y mate con su ira? Quien desea oír, lo ha escuchado todo; y no pretenderá retener al mensajero, porque ha de marchar a la siguiente ciudad. Pero el que no quiere oír, ha dejado pasar el tiempo de la gracia y se ha condenado a sí mismo. «Si hoy escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (Heb 4, 7). Esta es la predicación evangélica. ¿Os parece poco compasiva su rapidez? Nada es menos compasivo que insinuar a los hombres que aún tienen tiempo para convertirse. Nada es más compasivo, nada es más alegre que el mensaje presuroso de la cercanía del Reino.

El apóstol no puede entretenerse en repetir continuamente, y a cada uno en su lengua, el mensaje. El lenguaje de Dios es suficientemente claro. El apóstol tampoco sabe quién oír y quién no. Sólo Dios conoce a los que son «dignos». Y estos escucharán la palabra tal como sea dicha por los discípulos. Pero ¡ay de la ciudad y de la casa que no reciban a los mensajeros de Jesús! Sufrirán un juicio terrible. Sodoma y Gomorra, las ciudades de la lascivia y del

envilecimiento, podrán esperar un juicio más compasivo que las ciudades de Israel que rechacen la palabra de Jesús. El pecado y el vicio pueden ser perdonados por la palabra de Jesús, pero quien rechaza la misma palabra de salvación no tiene remedio. No existe un pecado más grave que la incredulidad ante el Evangelio.

Los mensajeros no conseguirán nada en este lugar. Y marchan a otro, porque la palabra no puede echar raíces aquí. Temerosos y admirados reconocerán, al mismo tiempo, el poder y la debilidad de la palabra divina. Y como los discípulos no pueden ni deben forzar la aceptación de la palabra, como su misión no consiste en una lucha heroica, en la imposición fanática de una gran idea, de una «cosa buena», sólo permanecen donde la palabra de Dios puede arraigar. Si se la rechaza, se dejan rechazar con ella. Pero sacuden el polvo de sus pies en señal de la maldición que caerá sobre este lugar y en la que no tienen parte. Y la paz que trajeron se volverá a ellos.

Esto es un consuelo para los ministros de la Iglesia que piensan que no consiguen nada. No debéis desanimaros; lo que los otros no quieren, se convertirá para vosotros en una bendición tanto mayor. El Señor os dice: Aquellos la han despreciado, conservadla para vosotros (Bengel).

d) *El sufrimiento de los mensajeros*

Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas; y por mí os llevarán ante gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los gentiles. Mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué habéis de hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre es el que hablará en vosotros. Entregará a la muerte hermano a hermano y padre a hijo; se levantarán hijos contra padres y los matarán. Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el fin, ese se salvará. Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra, y si también en esa os persiguen, marchaos a otra. Yo os aseguro: No acabaréis de recorrer las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre. No está el discípulo por encima de su maestro, ni el siervo por encima de su amo. Ya le basta

al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su amo. Si al dueño de la casa le han llamado Belzebú, ¡cuánto más a sus domésticos! (Mt 10, 16-25).

La falta de éxito y la enemistad no deben hacer olvidar a los discípulos que Jesús les ha enviado. Como poderoso apoyo y consuelo, Jesús repite: «Mirad que yo os envío». No se trata de un camino y de una empresa propias; es la misión. Con esto promete el Señor que permanecerá junto a sus mensajeros cuando se encuentren como ovejas entre lobos, sin protección, débiles, angustiados y en gran peligro. No les sucederá nada que Jesús no sepa. «Por eso, sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas». Con cuánta frecuencia han abusado los ministros de Jesús de esta frase. Qué difícil resulta, incluso al mensajero más bienintencionado, interpretarla rectamente y permanecer obediente a ella. ¿Quién es capaz de distinguir siempre la prudencia espiritual de la astucia mundana? Con qué facilidad estamos dispuestos a renunciar a la prudencia, asemejándonos sólo a la sencillez de la paloma; pero así nos volvemos desobedientes. ¿Quién nos dice cuándo huimos del dolor por miedo y cuándo lo buscamos por temeridad? ¿Quién nos muestra las ocultas fronteras entre estos extremos? Tan desobediente es invocar la prudencia contra la sencillez, como la sencillez contra la prudencia.

Puesto que el corazón humano nunca se conoce perfectamente, y dado que Jesús nunca llama a sus discípulos a la inseguridad, sino a la seguridad suprema, estos consejos suyos pretenden que los apóstoles permanezcan fieles a la palabra. Donde está la palabra debe encontrarse también el discípulo; así será verdaderamente prudente y auténticamente sencillo. Si la palabra no arraiga porque se la rechaza públicamente, los discípulos deben desaparecer con ella; si la palabra perdura en una lucha abierta, los discípulos deben permanecer junto a ella. De este modo actuará simultáneamente con sencillez y prudencia.

Pero el apóstol nunca debe iniciar por «prudencia» un camino que no puede ser aprobado por la palabra de Jesús. Nunca puede justificar con «prudencia espiritual» un camino que no corresponde a la palabra. Sólo la verdad de la palabra le enseñará a conocer lo que es prudente. Pero nunca puede ser «prudente» corromper la

verdad, incluso en lo más mínimo, por miras o esperanzas humanas. No es nuestro juicio de la situación el que puede mostrarnos lo que es prudente, sino sólo la verdad de la palabra de Dios. Lo único realmente prudente es permanecer junto a la verdad de Dios. Sólo aquí se encuentra la promesa basada en la fidelidad y la ayuda de Dios. En todo tiempo será cierto que lo «más prudente» para el discípulo es permanecer con sencillez junto a la palabra de Dios.

La palabra concederá también a los mensajeros el auténtico conocimiento de los hombres. «Guardaos de los hombres». Los discípulos no deben mostrar miedo al hombre, ni desconfianza, ni odio; tampoco una confianza ingenua, fe en la bondad de todo el mundo, sino un verdadero conocimiento de las relaciones de la palabra con el hombre y de este con la palabra. Si son sensatos, pueden soportar la predicación de Jesús de que su camino entre los hombres será un camino de dolor. Pero en el interior de los sufrimientos habita una fuerza admirable. Mientras el criminal sufre su culpa escondidas, el camino del dolor llevará a los discípulos ante los príncipes y reyes «por mí, para que deis testimonio ante ellos y ante los gentiles».

Mediante el dolor se proclamará el mensaje. Por ser este el plan de Dios y la voluntad de Jesús, cuando llegue la hora de responder ante los jueces y los tribunales se dará a los discípulos la fuerza necesaria para confesar su fe y dar su testimonio sin miedo. El mismo Espíritu santo se hallará junto a ellos. Los hará invencibles. Les dará «una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios» (Lc 21, 15). Igual que los discípulos permanecen fieles a la palabra en sus sufrimientos, también la palabra permanecerá junto a ellos. El martirio pretendido no tendría esta promesa. Pero el que sufre con la palabra está completamente seguro de ella.

El odio contra la palabra de los mensajeros de Jesús perdurará hasta el fin. Acusará a los discípulos de todas las disensiones que surjan en las ciudades y en las casas. Jesús y sus apóstoles serán condenados como corruptores de la familia, seductores del pueblo, como fanáticos y alborotadores. Los discípulos sentirán cercana la tentación de apostatar. Pero también el fin está próximo. Hasta entonces hay que permanecer fieles, soportar, perseverar. Sólo será dichoso el que permanezca hasta el fin junto a Jesús y su palabra.

Pero cuando llegue el fin, cuando la enemistad contra Jesús y sus discípulos se haga patente en todo el mundo, entonces deberán huir de una ciudad a otra para predicar la palabra solamente en los sitios donde será escuchada. En esta huida no se separan de la palabra, sino que permanecen firmes junto a ella.

La comunidad nos ha conservado la promesa hecha por Jesús de su vuelta inminente, completamente convencida de que es cierta. Su cumplimiento es oscuro, y no conviene buscar explicaciones humanas. Pero lo único claro e importante para nosotros es que la vuelta de Jesús será rápida, más cierta que la posibilidad que tenemos de acabar nuestro trabajo y más segura que nuestra muerte. En todo esto, el mayor consuelo que pueden tener los apóstoles de Jesús es la seguridad de que en sus sufrimientos se asemejan a su Señor. Al discípulo le basta ser como su maestro y al siervo como su amo. Si a Jesús le han llamado Belzebú, cuánto más a los servidores de su casa. De este modo, Cristo permanecerá junto a ellos, y ellos se asemejarán en todo a él.

e) *La decisión*

No les tengáis miedo. Pues no hay nada encubierto que no haya de ser revelado, ni oculto que no haya de saberse. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados. Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna. ¿No se venden dos pajarillos por un as? Pues bien, ni uno de ellos caerá en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre. En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; vosotros valéis más que muchos pajarillos. Por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos. No penséis que he venido a traer la paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; y sus propios familiares serán los enemigos de cada cual. El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no tome su cruz y me

siga, no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará (Mt 10, 26-39).

El mensajero permanece junto a la palabra y la palabra junto al mensajero, ahora y en la eternidad. Tres veces anima Jesús a sus discípulos con las palabras «no temáis». Lo que ahora experimentan a escondidas no permanecerá oculto, sino que se revelará ante Dios y los hombres. El sufrimiento más secreto que se les cause tiene la promesa de que se manifestará un día, para condenación de los perseguidores y glorificación de los mensajeros. Tampoco el testimonio de los apóstoles quedará en tinieblas, sino que se convertirá en un testimonio público. El Evangelio no debe ser una secta secreta, sino una predicación pública. Aunque hoy se encuentre todavía arrinconada en ciertos lugares, al final de los tiempos llenará toda la redondez de la tierra para salvación y condenación. El Apocalipsis de Juan profetiza: «Luego vi otro ángel que volaba por lo alto del cielo y tenía una buena nueva eterna que anunciar a los que están en la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo» (Ap 14, 6). Por eso, «no temáis».

No es a los hombres a los que hay que temer. No pueden ocasionar muchos males a los discípulos. Su poder cesa con su muerte corporal. Y el miedo a la muerte deben superarlo los discípulos con el temor de Dios. Lo realmente peligroso no es el juicio de los hombres, sino el Juicio de Dios, no es la corrupción del cuerpo, sino la condenación eterna del alma y del cuerpo. Quien teme a los hombres, no teme a Dios. Quien teme a Dios, no teme ya a los hombres. El predicador del Evangelio debería recordar diariamente esta frase.

El poder concedido a los hombres por breve tiempo en esta tierra depende de la ciencia y de la voluntad de Dios. Si caemos en manos de los hombres, si la fuerza humana nos causa sufrimiento y nos hace morir, podemos estar seguros de que todo viene de Dios. Él, que no permite que ningún pajarillo caiga a tierra sin quererlo ni saberlo, no dejará que suceda a los suyos algo que no sea bueno y provechoso para ellos y para la causa que defienden. Estamos en las manos de Dios. Por eso, «no temáis».

El tiempo es breve. La eternidad larga. Es un periodo de decisión. El que se mantenga firme en la palabra y la confesión de su fe, verá que Jesús le defiende en la hora del juicio. Le conocerá y

declarará en su favor cuando el fiscal exija sus derechos. Todo el mundo será testigo cuando Jesús pronuncie nuestros nombres ante el Padre celestial. El que defienda a Jesús durante su vida será defendido por él en la eternidad. Pero si alguien se avergüenza del Señor y de su nombre, si le niega, también Jesús se avergonzará de él y le negará en la eternidad.

La separación definitiva debe producirse ya en la tierra. La paz de Jesucristo es la cruz. Y la cruz es la espada de Dios en este mundo. Crea disensiones. El hijo contra el padre, la hija contra la madre, los vecinos contra el cabeza de familia, y todo esto por amor al reino de Dios y a su paz; es la obra de Cristo en la tierra. ¿Resulta sorprendente que el mundo acuse de odio al hombre que trajo el amor de Dios a la humanidad? ¿Quién puede hablar de este modo sobre el amor paterno o materno, sobre el amor al hijo o la hija, sino el destructor de la vida o el creador de una vida nueva? ¿Quién puede reivindicar tan exclusivamente el amor y el sacrificio de los hombres, sino su enemigo mortal o su salvador? ¿Quién introducirá la espada en las familias, sino el demonio o Cristo, príncipe de la paz? Son muy diversos el amor de Dios a los hombres y el amor de los hombres a su propia familia. El amor de Dios a los hombres implica la cruz y el seguimiento, pero en ellos se encuentra la vida y la resurrección. «El que pierda su vida por mí, la encontrará». Aquí habla el que tiene poder sobre la muerte, el Hijo de Dios, que marcha a la cruz y la resurrección llevando con él a los suyos.

f) *El fruto*

Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a aquel que me ha enviado. Quien reciba a un profeta por ser profeta, recibirá recompensa de profeta, y quien reciba a un justo por ser justo, recibirá recompensa de justo. Y todo aquel que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños, por ser discípulo, os aseguro que no perderá su recompensa (Mt 10, 40-42).

Los portadores de la palabra de Jesús reciben una última promesa para su obra. Se han convertido en colaboradores y ministros de Cristo, deben asemejarse a él en todas las cosas; por eso deben ser «como Cristo» para todos los hombres a los que se acerquen.

Con ellos entra el mismo Cristo en la casa donde los reciben. Son portadores de su presencia. Traen a los hombres el regalo más precioso: Jesucristo, y con él a Dios, el Padre, lo que significa perdón, salvación, vida, felicidad. Este es el fruto y la recompensa de su trabajo y de su sufrimiento. Cualquier favor que se les haga, se hace al mismo Cristo. Lo que implica una gracia para la comunidad y, en la misma forma, para los mensajeros.

La comunidad se sentirá mucho más inclinada a ayudarles, honrarles y servirles; porque con ellos se ha hecho presente el Señor. Pero los discípulos deben saber que su entrada en la casa no es inútil ni vana, sino que traen un don incomparable. Una de las leyes del reino de Dios consiste en que cada uno participe de los dones de aquel a quien recibe como enviado por Dios. Quien acepte a un profeta, sabiendo lo que hace, participará de la acción, de los dones y de la recompensa del profeta. Quien acepte a un justo recibirá recompensa de justo, porque participa de su justicia. Pero quien dé un vaso de agua a uno de estos pequeños, a uno de estos pobres sin títulos de gloria, a uno de estos mensajeros de Jesús, ha servido al mismo Cristo y recibirá también recompensa de Cristo.

De esta forma, el último pensamiento de los apóstoles no se dirige hacia el propio camino, hacia los propios sufrimientos y la propia recompensa, sino hacia la finalidad de su trabajo, la salvación de la comunidad.

II

LA IGLESIA DE JESUCRISTO
Y EL SEGUIMIENTO

Cuestiones preliminares

Jesús estaba corporalmente presente, con su palabra, ante sus primeros discípulos. Pero este Jesús murió y resucitó. ¿Cómo llega hoy a nosotros su llamada al seguimiento? Jesús no pasa ya corporalmente ante nosotros, como pasó ante Leví, el publicano, para decirnos: «¡Sígueme!». Aunque en mi corazón esté dispuesto a oír, a abandonarlo todo y seguirle, ¿qué me da derecho a ello? Lo que para aquellos hombres resultaba tan inequívoco constituye para mí una decisión sumamente dudosa e incontrolable.

Por ejemplo, ¿cómo podría aplicarme la llamada dirigida al publicano? ¿No habló Jesús de forma completamente diferente a otros hombres en otras ocasiones? ¿Amó menos que a sus discípulos al paralítico al que perdonó los pecados y sanó, o a Lázaro, al que resucitó? Sin embargo, no les llamó a abandonar su profesión para seguirle; los dejó en su lugar, en su familia, en su trabajo. ¿Quién soy yo para ofrecerme a realizar algo desacostumbrado, extraordinario? ¿Quién me dice, y quién dice a los otros, que no actúo por propia autoridad, por propio fanatismo? Y esto no sería precisamente seguimiento.

Todas estas preguntas son falsas; al proponerlas, lo único que hacemos es situarnos fuera de la presencia viva de Cristo. Estas preguntas no cuentan con el hecho de que Jesucristo no está muerto, sino que vive hoy y continúa hablándonos por el testimonio de la Escritura. Él sigue presente hoy entre nosotros, corporalmente y con su palabra.

Si queremos escuchar su llamada al seguimiento debemos oírlo allí mismo donde él se encuentra. La llamada de Jesucristo resuena en la Iglesia por su palabra y los sacramentos. La predicación y el sacramento de la Iglesia son el lugar de la presencia de Jesucristo. Si quieres oír la llamada de Jesús al seguimiento no necesitas para

ello una revelación especial. Escucha la predicación y recibe los sacramentos. Escucha el Evangelio del Señor crucificado y resucitado. En él se encuentra todo entero aquel que trató con los discípulos. Sí, se halla aquí como el transfigurado, el vencedor, el viviente. Nadie más que él puede llamar al seguimiento. Ahora bien, dado que en el seguimiento nunca se trata esencialmente de decidirse en favor o en contra de tal o cual acción, sino siempre y exclusivamente de decidirse en favor o en contra de Jesucristo, la situación no era más sencilla para el discípulo o el publicano, a los que él llamaba, que para nosotros hoy día.

La obediencia de estos primeros llamados era seguimiento porque ellos reconocían a Cristo en aquel que les llamaba. Pero tanto allí como aquí es el Cristo oculto quien llama. La llamada, en sí, es equívoca. Todo depende del que llama. Pero Cristo sólo es reconocido en la fe. Y esto es válido para los hombres de aquel tiempo igual que para nosotros. Ellos veían al rabino, al obrador de milagros y creían en Cristo. Nosotros oímos la palabra y creemos en Cristo.

Pero la ventaja de estos primeros discípulos ¿no consistía en que, una vez reconocido Cristo, recibían su mandamiento de forma inequívoca y aprendían de su boca lo que debían hacer, mientras nosotros estamos abandonados en este punto decisivo de la obediencia cristiana? ¿No nos habla el mismo Cristo de forma diferente a la que hablaba a aquellos hombres? Si esto fuera cierto, nos encontraríamos indudablemente en una situación desesperada. Pero no es verdad. Cristo no nos habla de forma diferente a la que habló en aquel tiempo. Las cosas no sucedieron a los primeros discípulos de Jesús de tal modo que primero reconocieron en él al Cristo y después recibieron sus mandamientos. Más bien, sólo lo reconocieron por su palabra y su precepto. Creyeron en su palabra y en su mandamiento y reconocieron en él al Cristo. Para los discípulos no hubo conocimiento de Cristo fuera de su clara palabra.

A la inversa, había que mantener que el verdadero reconocimiento de Jesús como el Cristo englobaba simultáneamente el reconocimiento de su voluntad. El conocimiento de la persona de Jesucristo no quitaba al discípulo la certeza de su acción, sino que se la daba. No existe ninguna otra manera de conocer a Cristo.

Si Cristo es el Señor que reina sobre mi vida, al encontrarme con él conozco la palabra que me dirige, y esto es tan cierto como el he-

cho de que no puedo conocerlo realmente más que por su clara palabra y sus mandamientos. La objeción de que nuestra desgracia consiste en que ciertamente querríamos conocer a Cristo y creer en él, pero no podemos conocer su voluntad, se basa en un conocimiento vago y erróneo de Cristo. Conocer a Cristo significa reconocerle, a través de su palabra, como Señor y salvador de mi vida. Y esto implica el conocimiento de la palabra viva que me dirige.

Si decimos, por último, que el mandamiento era claro para los discípulos, mientras que nosotros debemos decidir cuál de sus palabras se nos dirige, nos equivocamos una vez más sobre la situación de los discípulos y sobre la nuestra. El mandamiento de Jesús siempre tiene por fin exigir la fe que proviene de un corazón indiviso, exigir el amor a Dios y al prójimo con todo el corazón y toda el alma. Sólo en esto era claro el mandamiento. Todo intento de poner en práctica el mandamiento de Jesús sin entenderlo de este modo constituiría de nuevo una falsa interpretación y un acto de desobediencia a la palabra de Jesús.

Mas, por otra parte, no se nos niega el conocimiento del precepto concreto. Al contrario, en toda palabra predicada, por medio de la cual escuchamos a Cristo, se nos dice claramente: Sabes que sólo puedes cumplirla mediante la fe en Jesucristo. Así pues, se nos ha conservado íntegramente el don de Jesús a sus discípulos; incluso podemos decir que ahora está más cerca de nosotros, por el hecho de la marcha de Jesús, porque conocemos su transfiguración y se nos ha enviado el Espíritu santo.

Con esto queda claro que no podemos utilizar la historia de la vocación de los discípulos en contra de otras narraciones. Nunca se pretende que nosotros nos identifiquemos con los discípulos o con otros personajes del Nuevo Testamento; se trata únicamente de identificarnos con Jesucristo y su llamada, entonces y ahora. Y su palabra es la misma, bien haya resonado en su vida terrenal o en nuestros días, bien se haya dirigido a los discípulos o al paralítico. Tanto aquí como allí se trata de la llamada de su gracia a entrar en su Reino, a situarnos bajo su soberanía. La pregunta de si debo compararme al discípulo o al paralítico está planteada de una forma peligrosamente falsa. No tengo que compararme en nada con ninguno de los dos. Lo que debo hacer es escuchar y cumplir la palabra y la voluntad de Cristo tal como las recibo en estos dos testimonios.

La Escritura no nos presenta una serie de tipos cristianos a los que habríamos de asimilarnos según nuestra propia elección, sino que en cada línea nos predica al único Jesucristo. Sólo debo escucharle a él. Él es en todas partes el mismo y el único.

A la pregunta sobre dónde podemos oír nosotros, los hombres de hoy, la llamada de Jesús al seguimiento, sólo puede responderse: ¡escucha la predicación, recibe los sacramentos, escúchale en ellos y oírás su llamada!

El bautismo

La noción de seguimiento, que en los sinópticos podía expresar casi todo el contenido y extensión de las relaciones del discípulo con Jesucristo, pasa claramente en Pablo a segundo plano. Pablo no nos anuncia ante todo la historia del Señor durante los días de su vida terrestre, sino la presencia del resucitado y glorificado, y su obra en nosotros. Para esto necesita una serie nueva y peculiar de conceptos, que brotan de lo que el objeto tiene de particular y tiende hacia lo que hay de común en la predicación del único Señor, que vivió, murió y resucitó. Al testimonio completo sobre Cristo corresponde un conjunto múltiple de conceptos. Y es necesario que la terminología de Pablo confirme la de los sinópticos, y viceversa. Ninguna de ellas tiene ventaja sobre la otra, porque no somos «ni de Pablo, ni de Apolo, ni de Cefas, ni de otro cristiano», sino que ponemos nuestra fe en la unidad del testimonio que la Escritura da sobre Cristo. Destruiríamos la unidad de la Escritura si dijéramos que Pablo anuncia al Cristo que aún está presente en nosotros, mientras que el testimonio de los sinópticos nos habla de una presencia de Cristo que ya no conocemos.

Tal modo de hablar aparece en amplios ambientes como expresión de un pensamiento histórico-reformado, pero en realidad es lo contrario: un ensueño extremadamente peligroso. ¿Quién nos dice que aún tenemos la presencia de Cristo tal como nos la anuncia Pablo? ¿Quién nos lo afirma sino la Escritura? ¿O deberíamos hablar aquí de una experiencia libre de la presencia y de la realidad de Cristo, experiencia que no estaría vinculada a la Escritura? Pero si la Escritura es la única que nos da testimonio de la presencia de Cristo, lo hace precisamente como un todo y, al mismo tiempo, como la misma Escritura que nos testimonia la presencia del Jesucristo sinóptico.

El Cristo de los sinópticos no está más cerca ni más lejos de nosotros que el Cristo paulino. El Cristo que está presente a nosotros es aquel del que da testimonio toda la Escritura. Es el encarnado, crucificado, resucitado y glorificado; sale a nuestro encuentro en su palabra. La terminología diferente con la que los sinópticos y Pablo transmiten este testimonio no perjudica en nada a la unidad del testimonio escriturario¹⁰.

En Pablo, la llamada al seguimiento y su puesta en práctica tienen su correspondencia en el *bautismo*.

El bautismo no es una oferta del hombre, sino un *ofrecimiento de Jesucristo*. Sólo se funda en la voluntad llena de gracia de Jesucristo, que nos llama. El bautismo consiste en ser bautizados, en recibir la llamada de Cristo. Por él, el hombre se convierte en propiedad de Cristo. El nombre de Jesucristo es pronunciado sobre el que se bautiza y, con ello, es hecho partícipe de este nombre, es bautizado «en Jesucristo» (εἰς: Rom 6, 3; Gal 3, 27; Mt 28, 19).

10. La confusión entre las afirmaciones ontológicas y el testimonio que anuncia el Evangelio constituye la esencia de todo entusiasmo fanático. La frase: Cristo resucitó y está presente, entendida ontológicamente, representa la abolición de la unidad de la Escritura. Porque, en este caso, contiene una declaración sobre la forma de existir de Jesucristo diferente, por ejemplo, de la del Jesús sinóptico. El hecho de que Jesús haya resucitado y esté presente constituye una frase independiente, con un significado ontológico propio, que podría ser utilizada simultáneamente contra otras afirmaciones ontológicas. Se convierte en principio ontológico. Análogamente, por ejemplo, todo perfeccionismo fanático se ha desarrollado sobre la base de una incompreensión semejante de lo que la Escritura afirma a propósito de la santificación. Por ejemplo, la afirmación «el que está en Dios no peca», se convierte en punto de partida ontológico del pensamiento; con ello, se separa esta afirmación de la Escritura y se la eleva al rango de una verdad independiente y experimentable. El carácter del testimonio evangélico se opone a esto totalmente. La frase: Cristo ha resucitado y está presente, entendida en sentido estricto como testimonio de la Escritura, sólo es verdad como palabra de la Escritura. A esta palabra es a la que concedo mi fe. Para mí, la única forma imaginable de acceder a esta verdad es a través de esta palabra. Pero con ella se me testimonia de idéntica forma la presencia del Cristo paulino y la del sinóptico, de modo que la cercanía a uno u otro sólo puede ser determinada por la palabra, por el testimonio de la Escritura. Naturalmente, con esto no negamos que el testimonio de Pablo se diferencia del de los sinópticos por su objeto y terminología, pero ambos son entendidos en estrecha conexión con el conjunto de la Escritura. Todo esto no constituye sólo un conocimiento apriorístico, proveniente de una noción estricta del canon, sino que cada caso aislado confirmará la exactitud de esta concepción de la Escritura. Así, habremos de mostrar a continuación cómo fue aceptado y transmitido el concepto de seguimiento en el testimonio de Pablo, dentro de una terminología diferente.

Desde entonces pertenece a Jesucristo. Es arrancado de la soberanía del mundo y se convierte en propiedad del Señor.

De este modo, el bautismo significa una *ruptura*. Cristo penetra en el interior del poderío satánico y pone su mano sobre los suyos, crea su comunidad. Así, pasado y futuro quedan separados uno del otro. Lo antiguo ha pasado, todo se ha hecho nuevo. La ruptura no se produce porque un hombre haga saltar sus cadenas en un deseo *inextinguible de encontrar un orden nuevo y libre para su vida y para las cosas*. Es el mismo Cristo, mucho antes de esto, quien ha realizado la ruptura. Por el bautismo, esta ruptura se realiza igualmente en mi vida. El carácter inmediato de mis relaciones con las realidades de este mundo queda anulado porque Cristo, el mediador y Señor, se ha interpuesto entre ellas y yo. Quien ha sido bautizado no pertenece ya al mundo, no le sirve, no le está sometido. Únicamente pertenece a Cristo y su comportamiento frente al mundo sólo está determinado por el Señor.

La ruptura con el mundo es total. Exige y lleva a cabo la *muerte del hombre*¹¹. En el bautismo, el hombre muere con su viejo mundo. Esta muerte, en el sentido más estricto, debe ser entendida como un acontecimiento pasivo. No es el hombre quien ha de operar la imposible tentativa de entregarse a ella mediante toda clase de renunciaciones. Tal muerte nunca sería la muerte del hombre viejo exigida por Cristo. El hombre viejo no puede matarse a sí mismo. No puede querer su muerte. El hombre sólo muere en Cristo, por Cristo, con Cristo. Cristo es su muerte. El hombre muere a causa de la comunión con Cristo, y sólo en ella. Al recibir la comunión con Cristo en la gracia del bautismo recibe simultáneamente su muerte¹². Esta constituye la gracia que el hombre no puede fabricarse nunca. Es verdad que en ella se produce el juicio que condena al hombre viejo y su pecado, pero de este juicio sale el hombre nuevo que ha muerto al mundo y a su pecado.

Esta muerte no es la repulsa última y airada de la criatura por parte del Creador, sino la aceptación benévola de la criatura por el Creador. Esta muerte del bautismo es la muerte que nos ha sido adquirida con la gracia de la muerte de Cristo. Quien se convierte en

11. Ya Jesús había llamado «bautismo» a su muerte y prometido a sus discípulos ese bautismo de muerte (Mc 10, 39; Lc 12, 50).

12. Schlatter relaciona también 1 Cor 15, 29 con el bautismo del martirio.

propiedad de Cristo debe situarse bajo su cruz. Debe sufrir y morir con él. Quien recibe la comunión de Cristo debe morir la muerte del bautismo, llena de gracia. Es la cruz de Cristo la que realiza esto, esa cruz bajo la que Jesús coloca a los que le siguen. La cruz y la muerte de Cristo fueron duras y difíciles; el yugo de nuestra cruz es fácil y suave por la comunión con él. La muerte de Cristo constituye nuestra muerte única y bendita en el bautismo; nuestra cruz, a la que somos llamados, es la muerte diaria en la fuerza de la muerte de Cristo. Así el bautismo se convierte en recepción de la comunión con la cruz de Jesucristo (Rom 6, 3s; Col 2, 12). El creyente viene a situarse bajo la cruz de Cristo.

La muerte en el bautismo es la *justificación del pecado*. Es preciso que el pecador muera para ser liberado de su pecado. Quien ha muerto se halla justificado del pecado (Rom 6, 7; Col 2, 20). El pecado no tiene derecho sobre los muertos, su exigencia es suprimida, anulada, por la muerte. La justificación del (ἄπὸ) pecado sólo es obtenida por la muerte. El perdón de los pecados no significa que no se los vea o se los olvide; significa verdaderamente la muerte del pecador y la separación del (ἄπὸ) pecado. Pero el hecho de que la muerte del pecador produzca la justificación, y no la condenación, se basa únicamente en que esta muerte es sufrida en la comunión con la muerte de Cristo. El bautismo en la muerte de Cristo produce el perdón de los pecados y la justificación produce una separación completa del pecado. La comunión con la cruz, a la que Jesús ha llamado a sus discípulos, es el don de la justificación que les ha sido hecho, el don de la muerte y del perdón de los pecados. El discípulo que ha seguido a Cristo en la comunión con la cruz no ha recibido un don diferente del que ha recibido el creyente que fue bautizado según la doctrina de Pablo.

El hecho de que el bautismo, a pesar de toda la pasividad a la que obliga al hombre, nunca deba ser entendido como un proceso mecánico es subrayado por la relación entre *el bautismo y el Espíritu* (Mt 3, 11; Hch 10, 47; Jn 3, 5; 1 Cor 6, 11; 12, 13). El don del bautismo es el Espíritu santo. Ahora bien, el Espíritu santo es Cristo mismo habitando en los corazones de los fieles (2 Cor 3, 17; Rom 8, 9–11, 14s; Ef 3, 16s). Los bautizados son la casa en la que habita (οἰκεῖ) el Espíritu santo.

El Espíritu santo nos garantiza la presencia permanente de Cristo y su comunión. Nos da un conocimiento exacto de su persona (1 Cor 2, 10), de su voluntad, nos enseña y recuerda todo lo que Cristo nos ha dicho (Jn 14, 26), nos conduce a la verdad plena (Jn 16, 13), a fin de que tengamos un conocimiento perfecto de Cristo y podamos saber lo que Dios nos da (1 Cor 2, 13; Ef 1, 9). Lo que el Espíritu santo produce en nosotros no es incertidumbre, sino seguridad y claridad. Por eso podemos marchar según el Espíritu (Gal 5, 16.18.25; Rom 8, 1.4) y avanzar con paso seguro. Jesús no ha retirado a los suyos, después de la ascensión, la medida de seguridad que tenían los discípulos mientras él se encontraba en la tierra. Con el envío del Espíritu santo al corazón de los bautizados no sólo se preservó la certeza de estos, sino que incluso se robusteció y consolidó dicha certeza por la proximidad de la comunión (Rom 8, 16; Jn 16, 12s).

Cuando Jesús llamaba a alguno al seguimiento, exigía un *acto visible de obediencia*. Seguir a Jesús constituía un asunto público. Lo mismo le ocurre al bautismo, que también es un acontecimiento público. Por él se entra en la Iglesia visible de Jesucristo (Gal 3, 27s; 1 Cor 12, 13). La ruptura con el mundo realizada en Cristo no puede permanecer oculta, debe manifestarse externamente por la pertenencia al culto y a la vida de la comunidad. El cristiano que se mantiene unido a la Iglesia da un paso fuera del mundo, fuera de su trabajo, de su familia, se sitúa visiblemente en la comunión con Jesucristo. Este paso lo da solo. Pero vuelve a encontrar lo que había perdido, hermanos, hermanas, casas, campos. El bautizado vive en la Iglesia visible de Jesucristo. En los dos capítulos siguientes sobre el «cuerpo de Cristo» y la «Iglesia visible» mostraremos lo que esto significa e implica.

El bautismo y su don constituyen algo *único*. Nadie puede ser bautizado dos veces con el bautismo de Cristo¹³. El carácter irrevocable y único de este acto de la gracia de Dios es lo que quiere anunciar la Carta a los hebreos en ese oscuro pasaje donde niega a los bautizados y convertidos la posibilidad de un segundo arrepentimiento (Heb 6, 4s). Quien está bautizado, ha sido hecho partícipe de la muerte de Cristo. Con ella ha recibido su condena de muerte,

13. El bautismo de Juan debe ser renovado con el bautismo de Cristo (Hch 19, 5).

ha muerto. Igual que Cristo murió de una vez para siempre (Rom 6, 10) y su sacrificio no se repite, el bautizado sufre su muerte con Cristo de una vez para siempre. Ahora está muerto. El lento morir diario del cristiano es simple consecuencia de la muerte única del bautismo, igual que muere poco a poco el árbol al que se le han cortado las raíces.

En adelante es válida la frase: «Consideraos muertos al pecado» (Rom 6, 11). Los bautizados sólo se conocen ya como muertos, como hombres por cuya salvación se ha realizado todo. El cristiano vive de la repetición, en el recuerdo, de la fe en el acto de gracia de la muerte de Cristo en nosotros, pero no de la repetición real del acto de gracia de esta muerte, como si hubiese que renovarla continuamente. Vive del carácter único de la muerte de Cristo en su bautismo.

El carácter estrictamente único del bautismo ilumina con una luz significativa el problema del bautismo de los niños¹⁴. Nadie duda de que el bautismo de los niños sea auténtico bautismo, pero precisamente porque el bautismo de los niños es el bautismo irrevocable y único debe estar limitado en su uso. No constituía un signo de salud de la Iglesia el que, en los siglos II y III, muchos cristianos sólo se hiciesen bautizar a edad avanzada o en el lecho de muerte; pero al mismo tiempo, esto denota una clara visión de la naturaleza de la gracia del bautismo, que nosotros hemos perdido en gran parte. Por lo que respecta al bautismo de los niños, esto significa que este sólo puede ser administrado allí donde se puede garantizar la actualización de la fe en el acto de salvación realizado de una vez para siempre, es decir, sólo allí donde se encuentra una comunidad viva. Si esta no existe, el bautizo de los niños no sólo constituye un abuso del sacramento, sino también una ligereza reprochable en la forma de tratar la salvación del alma del niño, porque el bautismo sigue siendo irrevocable.

De igual modo, la llamada de Jesús implicaba un significado único e irrevocable para aquel al que se dirigía. Quien le seguía, moría a su pasado. Por eso, Jesús debía exigir a sus discípulos que abando-

14. A los pasajes conocidos que quieren atribuir ya a la época neotestamentaria el bautismo de los niños, puede añadirse quizás 1 Jn 2, 12s. La doble sucesión: niños, padres, jóvenes, permite admitir que τεχνία (v. 12) no es una designación general de la Iglesia, sino que debe ser aplicado realmente a los niños.

nasen todo lo que poseían. Tenía que quedar completamente claro el carácter irrevocable de la decisión, al mismo tiempo que la perfección del don que recibían de su Señor. «Si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la sazonará?». No se podía expresar de forma más aguda el carácter único del don de Jesús. Él les quitó la vida, pero al punto quiso prepararles una vida entera y plena, y les regaló su cruz. Este fue el don del bautismo hecho a los primeros discípulos.

El cuerpo de Cristo

Los primeros discípulos vivían en la presencia corporal de Jesús y en la comunión con él. ¿Qué significa esto y cómo se extiende dicha comunión hacia nosotros? Dice Pablo que por el bautismo nos hemos convertido en miembros del cuerpo de Cristo. Esta frase, que resulta tan extraña, tan inabordable, necesita una explicación profunda. Con ella se nos dice que los bautizados, incluso después de la muerte y resurrección del Señor, deben vivir en la presencia física y la comunión con Jesús. La marcha de Cristo no supone una pérdida para los suyos, sino más bien un don nuevo. Los primeros discípulos, en la comunión corpórea con Jesús, no podían tener nada distinto ni nada mayor que lo que nosotros tenemos hoy; incluso es más sólida, más completa, más segura esta comunión para nosotros que para ellos.

Vivimos en la comunión plena de la presencia del Señor glorificado. La magnitud de este don no puede ser ignorada por nuestra fe. El cuerpo de Cristo es el fundamento y la certeza de nuestra fe, el cuerpo de Cristo es el don único y perfecto por el que somos hechos partícipes de la salvación, el cuerpo de Cristo es nuestra vida nueva. En el cuerpo de Jesucristo somos adoptados por Dios para la eternidad.

Tras la caída de Adán, Dios envió *su palabra* a la humanidad pecadora para buscar y *adoptar* a los hombres. La palabra de Dios se halla entre nosotros para adoptar de nuevo a la humanidad perdida. La palabra de Dios vino como promesa, vino como ley. Se hizo débil y pequeña por amor a nosotros. Pero los hombres rechazaron la palabra y no se dejaron adoptar. En lugar de eso, le ofrecían a Dios sacrificios y las obras que realizaban; de esta forma intentaban comprarse su libertad.

Entonces sucedió el milagro de los milagros. El Hijo de Dios se hizo hombre. La Palabra se hizo carne. El que se encontraba en la gloria del Padre desde toda la eternidad, el que existía en la forma de Dios, el que era al principio mediador de la creación, de tal forma que el mundo creado sólo puede ser conocido por él y en él, Dios mismo (1 Cor 8, 6; 2 Cor 8, 9; Flp 2, 6s; Ef 1, 4; Col 1, 16; Jn 1, 1s; Heb 1, 1s), adopta la humanidad y viene a la tierra. Adopta la humanidad al adoptar la esencia humana, la «naturaleza» humana, «la carne del pecado», la forma humana (Rom 8, 8; Gal 4, 4; Flp 2, 6s). Dios adopta a la humanidad no sólo por la palabra predicada, sino también en el cuerpo de Cristo. La misericordia de Dios envía a su Hijo en la carne a fin de que, con la carne, tome sobre sí a toda la humanidad. El Hijo de Dios adopta en su cuerpo a toda la humanidad, a esta humanidad que, por odio a Dios y por orgullo de la carne, rechazó la palabra no encarnada e invisible de Dios. Ahora es adoptada corporal y visiblemente en el cuerpo de Jesucristo, tal como es, por la misericordia divina.

Los padres de la Iglesia, al considerar este milagro, defendieron con pasión que Dios había adoptado la naturaleza humana, siendo falso el que hubiese elegido a un hombre perfecto para unirse a él. Dios se hizo hombre. Es decir: Dios adoptó a toda la naturaleza humana débil y pecadora. Dios adoptó a toda esta humanidad caída. Pero esto no significa que Dios haya adoptado al hombre Jesús. Si se quiere comprender correctamente todo el mensaje de salvación, conviene mantener clara esta distinción. El cuerpo de Cristo, en el que somos adoptados con toda la humanidad, es ahora el fundamento de nuestra salvación.

Lo que él lleva es la carne pecadora... pero sin pecado (2 Cor 5, 21; Heb 4, 15). Allí donde se encuentra su cuerpo humano, es adoptada también toda carne. «Verdaderamente él llevó nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores». Jesús pudo sanar las enfermedades y dolores de la naturaleza humana porque los llevó todos en su cuerpo (Mt 8, 15-17). «Fue herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas». Cargó con nuestros pecados. Pudo perdonar los pecados porque había «adoptado» en su cuerpo nuestra carne pecadora. Acogió a los pecadores (Lc 15, 2), porque los llevaba en su cuerpo. En Jesús se cumplió el «año de gracia» (δεκτόν) del Señor (Lc 4, 19).

El Hijo encarnado de Dios era a la vez él mismo y la humanidad nueva. Lo que hizo lo hizo, al mismo tiempo, por la nueva humanidad que llevaba en su cuerpo. De este modo es un segundo Adán, el «último» Adán (1 Cor 15, 45). También en Adán se hallaban reunidos en un solo hombre el individuo y la humanidad entera. También Adán llevaba en sí a toda la humanidad. En él pecó la humanidad entera, en «Adán» (hombre) cayó «el hombre» (Rom 5, 19). Cristo es el segundo hombre (1 Cor 15, 47), en el que fue creada la humanidad nueva. Él es el «hombre nuevo».

Sólo a partir de aquí comprendemos la esencia de la comunión corporal concedida a los discípulos en Jesús. El que la vinculación de los discípulos al seguimiento fuese corpórea no se debe a una casualidad, es algo necesario a causa de la encarnación. El profeta y el maestro no necesitan seguidores, les bastan los discípulos y los oyentes. El Hijo encarnado de Dios, venido en la carne humana, necesita una comunidad de seguidores que participe no sólo de su doctrina, sino también de su cuerpo. Los seguidores tienen la comunión en el cuerpo de Jesucristo. Viven y sufren en la comunión corporal. La comunión del cuerpo de Jesús les impone la cruz. Porque en él todos son llevados y aceptados.

El cuerpo terrestre de Jesús fue crucificado y muerto. En su muerte, la nueva humanidad es crucificada y muere con él. Puesto que Cristo no había adoptado a un hombre, sino la «forma» humana, la carne del pecado, la «naturaleza» humana, con él sufre y muere todo lo que adoptó. Lleva hasta la cruz todas nuestras enfermedades y pecados; nosotros somos crucificados y morimos con él. El cuerpo terreno de Cristo muere, pero resucita bajo la forma de un cuerpo incorruptible y glorioso. Es el mismo cuerpo, puesto que la tumba estaba vacía, pero es nuevo. Lleva a la resurrección a la humanidad con la que murió. También lleva en su cuerpo glorificado a la humanidad que había adoptado sobre la tierra.

Ahora bien, ¿cómo conseguimos participar de forma viva en este cuerpo de Cristo, que ha hecho todo esto por nosotros? Porque una cosa es cierta: sólo hay comunión con Jesús bajo la forma de comunión con su cuerpo, en el único que somos adoptados, en el único que reside nuestra salvación. Nos hacemos partícipes de la comunión con el cuerpo de Cristo por los dos sacramentos de dicho cuerpo: el bautismo y la cena. El evangelista Juan, en una alu-

sión de valor incalculable, hace brotar del cuerpo crucificado de Jesucristo los elementos de los dos sacramentos, el agua y la sangre (Jn 19, 34-35). Este testimonio es confirmado por Pablo, que vincula plenamente a los dos sacramentos el hecho de ser miembro del cuerpo de Cristo¹⁵.

El cuerpo de Cristo es tanto el fin como el origen de los sacramentos. La única razón de ser de los sacramentos es la existencia del cuerpo de Cristo. No es la palabra de la predicación por sí sola la que crea nuestra comunión con el cuerpo de Cristo; debe darse también el sacramento. El bautismo es la incorporación en la unidad del cuerpo de Cristo, la eucaristía mantiene la comunión (κοινωνία) al cuerpo. El bautismo nos hace participar de la cualidad de miembro del cuerpo de Cristo. Somos «bautizados» en Cristo (Gal 3, 27; Rom 6, 3), somos bautizados «para formar un solo cuerpo» (1 Cor 12, 13). Lo que Cristo adquirió para todos en su cuerpo nos es imputado en la muerte del bautismo por el Espíritu santo. La comunión del cuerpo de Cristo que recibimos significa que ahora estamos «con Cristo», «en Cristo», y que «Cristo está en nosotros». Estas expresiones encuentran su sentido exacto en una comprensión correcta del cuerpo de Cristo.

Todos los hombres están «con Cristo» en virtud de la encarnación. En efecto, Jesús lleva toda la naturaleza humana. Por eso, su vida, su muerte y su resurrección constituyen un acontecimiento real en todo hombre (Rom 5, 18s; 1 Cor 15, 22; 2 Cor 5, 14). Pero los cristianos están «con Cristo» de forma especial. Lo que para otros significa muerte, para ellos significa vida. En el bautismo se les asegura que están «muertos con Cristo» (Rom 6, 8), «crucificados con él» (Rom 6, 6; Col 2, 20), «sepultados con él» (Rom 6, 4; Col 2, 12), «hechos una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya» (Rom 6, 5); precisamente por esto vivirán también con él (Rom 6, 8; Ef 2, 5; Col 2, 12; 2 Tim 2, 11; 2 Cor 7, 3). «Estamos con Cristo»: esto se basa en el hecho de que Cristo es el Emmanuel, el «Dios con nosotros».

El hecho de estar con Cristo sólo será una gracia para el que reconozca así a Cristo. Es «bautizado en Cristo» (εἰς), en la comunión de su sufrimiento. Así se convierte en miembro de este cuerpo, y la

15. También Ef 3, 6 abarca todo el don salvífico: palabra, bautismo, santa cena.

comunidad de los bautizados se convierte en un solo cuerpo, que es el propio cuerpo de Cristo. De esta forma están «en Cristo» (ἐν) y «Cristo está en ellos». No se encuentran ya «bajo la ley» (Rom 2, 12; 3, 19), «en la carne» (Rom 7, 5; 8, 3.8.9; 2 Cor 10, 3), «en Adán» (1 Cor 15, 22), sino que, en toda su existencia y en todas las manifestaciones de su vida, están desde ahora «en Cristo».

Pablo puede expresar el milagro de la encarnación de Cristo en una multitud absolutamente inagotable de relaciones. Pero todo lo dicho puede resumirse en esta frase: Cristo es «para nosotros», no sólo por la palabra y por su disposición de espíritu, sino también por su vida corporal. Con su cuerpo ocupa el lugar que nosotros deberíamos ocupar ante Dios. Se ha situado en nuestro puesto. Sufre y muere por nosotros. Puede hacerlo porque lleva nuestra carne (2 Cor 5, 21; Gal 3, 13; 1, 4; Tit 2, 14; 1 Tes 5, 10; etc.). El cuerpo de Jesucristo es «para nosotros», en el sentido más exacto, en la cruz, en la palabra, el bautismo y la eucaristía. En esto se basa toda comunión personal con Jesucristo.

El cuerpo de Jesucristo es la nueva humanidad que él ha adoptado. El cuerpo de Cristo es su comunidad. Jesucristo es a la vez él mismo y su Iglesia (1 Cor 12, 12). Jesucristo, después de Pentecostés, vive en la tierra bajo la forma de su cuerpo, la Iglesia. En ella se encuentra su cuerpo crucificado y resucitado, en ella se encuentra la humanidad que él adoptó. Por eso, ser bautizado significa convertirse en miembro de la Iglesia, en miembro del cuerpo de Cristo (Gal 3, 28; 1 Cor 12, 13). Por eso, estar en Cristo significa estar en la Iglesia. Si estamos en la Iglesia, nos hallamos también, verdadera y corporalmente, en Jesucristo. Ahora la noción de cuerpo de Cristo se revela en toda su plenitud.

Después de la ascensión, el lugar de Cristo en el mundo es tomado por su cuerpo, la Iglesia. Esta es Cristo mismo presente. Con esto recuperamos una idea sobre la Iglesia que había sido muy olvidada. Estamos acostumbrados a pensar en la Iglesia como en una institución. Ahora bien, debemos considerarla como una *persona* viva, naturalmente como una persona muy especial.

La Iglesia es una. Todos los bautizados son «uno en Cristo» (Gal 3, 28; Rom 12, 5; 1 Cor 10, 17). La Iglesia es «hombre». Es el «hombre nuevo» (καινός ἄνθρωπος). Ha sido creada de esta forma por la muerte de Cristo en la cruz. En ella ha sido abolida la

enemistad entre judíos y paganos que destrozaba a la humanidad, «para crear en sí mismo, de los dos, un solo hombre nuevo, haciendo la paz» (Ef 2, 15). El «hombre nuevo» es uno, no son muchos. Fuera de la Iglesia, que es el hombre nuevo, sólo existe el hombre viejo, destrozado.

Este «hombre nuevo», la Iglesia, ha sido «creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad» (Ef 4, 24). «Se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su creador» (Col 3, 10). Aquí sólo se habla de Cristo, imagen de Dios. Adán fue el primer hombre, según la imagen del creador. Pero perdió esta imagen después de la caída. Entonces fue creado a imagen de Dios un «segundo hombre», un «último Adán», Jesucristo (1 Cor 15, 47). El «hombre nuevo» es a la vez Cristo y la Iglesia. Cristo es la nueva humanidad en hombres nuevos. Cristo es la Iglesia.

La actitud del individuo ante el «hombre nuevo» es la de «revestirse» de él¹⁶. El «hombre nuevo» es como un vestido destinado a cubrir al individuo. El individuo debe vestirse la imagen de Dios, que es Cristo y la Iglesia. Quien es bautizado, se viste de Cristo (Gal 3, 27), lo que debemos interpretar, de nuevo, como su incorporación al cuerpo, al único hombre, en el que no hay griego ni judío, libre ni esclavo: la Iglesia. Nadie se convierte en hombre nuevo si no es en la Iglesia, por el cuerpo de Cristo. Quien quiere convertirse en un hombre nuevo por sus propias fuerzas, sigue siendo hombre viejo. Convertirse en hombre nuevo significa entrar en la Iglesia, hacerse miembro del cuerpo de Cristo. El hombre nuevo no es el individuo justificado y santificado, sino la Iglesia, el cuerpo de Cristo, Cristo.

El Cristo crucificado y resucitado existe por el Espíritu santo como Iglesia, como el «hombre nuevo»; si es cierto que él es el

16. En la imagen evocada por el término ἐνδύσασθαι se halla, en cierto modo, la representación espacial de una morada, de un vestido. Quizás también puede interpretarse en este contexto 2 Cor 5, 1s. Aquí, ἐνδύσασθαι aparece en conexión con el οἰκητήριον celeste. Sin este οἰκητήριον, el hombre está γυμνός, desnudo, y debe temer ante Dios. No está cubierto y desea estarlo. Lo que consigue cuando es vestido con el οἰκητήριον celeste. El «vestirse» del οἰκητήριον de la Iglesia en este mundo ¿no tendrá su correspondencia en un vestir la Iglesia celestial, que es lo que Pablo desea? Tanto aquí como allí se trata de la Iglesia una, con la que somos revestidos, el tabernáculo de Dios, el ámbito de la presencia y la protección de Dios; tanto aquí como allí es el cuerpo de Cristo el que nos cubre.

encarnado, el que permanece para siempre, también es cierto que su cuerpo es la nueva humanidad. Igual que la plenitud de la divinidad habita corporalmente en él, también los suyos están llenos de Cristo (Col 2, 9; Ef 3, 19). Sí, ellos mismos son esta plenitud divina en la medida en que forman su cuerpo y porque él llena a todos en todo.

La unidad de Cristo con su Iglesia, su cuerpo, exige al mismo tiempo que Cristo sea reconocido como Señor de su cuerpo. Por eso, cuando se desarrolla la noción de cuerpo, Cristo es llamado cabeza del cuerpo (Ef 1, 22; Col 1, 18; 2, 19). Se mantiene la clara contraposición. Cristo es Señor. El hecho histórico-salvífico que hace necesaria esta contraposición y no autoriza en ningún momento una fusión mística de la Iglesia y de Cristo es la ascensión de Cristo y su vuelta. El mismo Cristo que está presente en su Iglesia volverá del cielo. Tanto aquí como allí es el mismo Señor, aquí como allí es la misma Iglesia, el único y mismo cuerpo del que está aquí presente y volverá sobre las nubes. Pero el hecho de que estemos aquí o allí constituye una diferencia muy clara. De forma que son necesarias ambas cosas: la unidad y la distinción.

La Iglesia es una, es el cuerpo de Cristo, pero es al mismo tiempo la pluralidad y la comunión de los miembros (Rom 12, 5; 1 Cor 12, 12s). El cuerpo tiene muchos miembros, y cada miembro, el ojo, la mano o el pie, es y sigue siendo lo que es, tal es el sentido de la comparación paulina. La mano no se vuelve ojo, ni el ojo se transforma en oreja. Cada uno sigue siendo lo que es. Pero sólo son lo que son como miembros del único cuerpo, como comunidad que sirve en la unidad. Sólo basándose en la unidad de la Iglesia es cada individuo lo que es y es la Iglesia lo que es, igual que la Iglesia sólo es lo que es basándose en Cristo y su cuerpo.

Aquí aparece claramente la misión del Espíritu santo. Él es quien trae hasta Cristo al individuo (Ef 3, 17; 1 Cor 12, 3). Al reunir a los individuos construye la Iglesia, cuyo edificio, sin embargo, está plenamente acabado en Cristo (Ef 2, 22; 4, 12; Col 2, 2). Crea la comunión (2 Cor 13, 13) de los miembros del cuerpo (Rom 15, 30; 5, 5; Col 1, 8; Ef 4, 3). El Señor es el Espíritu (2 Cor 3, 17). La Iglesia de Cristo es Cristo presente en el Espíritu santo. La vida del cuerpo de Cristo se ha convertido así en nuestra vida. En Cristo no vivimos ya nuestra vida, sino que Cristo vive su

vida en nosotros. La vida de los fieles en la comunidad es realmente *la vida de Jesucristo en ellos* (Gal 2, 20; Rom 8, 10; 2 Cor 13, 5; 1 Jn 4, 15).

En la comunión del cuerpo crucificado y glorificado de Jesucristo tomamos parte en el sufrimiento y la glorificación del Señor. La cruz de Cristo se extiende sobre el cuerpo de la Iglesia. Lo que ella sufre bajo esta cruz es sufrimiento de Cristo. Ante todo, es el hecho de sufrir la muerte de cruz en el bautismo; luego, la «muerte cotidiana» del cristiano (1 Cor 15, 31) en virtud de su bautismo. Pero es un sufrimiento de indecibles promesas: sólo el sufrimiento propio de Cristo posee un poder reconciliador, él sufrió «por nosotros», triunfó «por nosotros», pero en el poder de su sufrimiento da a los que no se avergüenzan de la comunión de su cuerpo la gracia inconmensurable de poder ahora sufrir por él.

No podía conceder a los suyos mayor gloria, no puede haber para el cristiano dignidad más incomprensible que la posibilidad de sufrir «por Cristo». Lo que la ley rechaza con todas sus fuerzas se hace verdad aquí. Según la ley, sólo podemos sufrir el castigo por nuestros propios pecados. Si un hombre no tiene la posibilidad de hacer o sufrir algo en provecho propio, ¡cuánto menos en provecho de otro, cuánto menos en provecho de Cristo!

El cuerpo de Cristo, entregado por nosotros, que sufrió el castigo por nuestros pecados, nos hace libres para morir y sufrir «por Cristo». En adelante es posible trabajar y sufrir por Cristo, en bien de aquel que lo hizo todo por nuestro bien. Este es el milagro y la gracia en la comunión del cuerpo de Cristo (Flp 1, 25; 2, 17; Rom 8, 35s; 1 Cor 4, 10; 2 Cor 4, 10; 5, 20; 13, 9). Aunque Jesús haya cumplido todo el sufrimiento vicario y reconciliador, sus sufrimientos en la tierra no han terminado aún. Por su gracia, ha dejado a su Iglesia para este último tiempo hasta su vuelta un resto (ὑστερήματα) de sufrimientos que debe ser cumplido todavía (Col 1, 24). Este sufrimiento repercutirá en bien del cuerpo de Cristo, la Iglesia.

No estamos seguros de poder pensar que este sufrimiento de los cristianos tenga también un poder de destruir el pecado (cf. 1 Pe 4, 1). Pero sí es claro que el que sufre en virtud del cuerpo de Cristo sufre de forma vicaria «por» la Iglesia, por el cuerpo de Cristo, y que tiene derecho a llevar lo que se ahorra a otros.

Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De modo que la muerte actúa en nosotros, mas en vosotros la vida (2 Cor 4, 10-12; cf. 1, 5-7; 13, 9; Flp 2, 17).

Al cuerpo de Cristo se le prescribe una cierta medida de sufrimiento. Dios concede a uno la gracia de llevar un sufrimiento particular en lugar de otro hermano. El sufrimiento debe ser cumplido, llevado y vencido. Dichoso aquel a quien Dios concede el honor de sufrir por el cuerpo de Cristo. Tal sufrimiento es una alegría (Col 1, 24; Flp 2, 17). En medio de dicho sufrimiento, el creyente puede gloriarse de llevar la muerte de Jesucristo, de llevar en su cuerpo los estigmas de Cristo (2 Cor 4, 10; Gal 6, 17). Ahora, el creyente puede contribuir a que «Cristo sea glorificado en mi cuerpo, por mi vida o por mi muerte» (Flp 1, 20). Tal acción y sufrimiento vicarios de los miembros del cuerpo de Cristo constituyen en sí la vida de Cristo, que quiere configurarse en sus miembros (Gal 4, 19).

En todo esto nos hallamos en la comunión de los primeros discípulos y seguidores de Jesús.

El final de esta meditación consistirá ahora en que volvamos a encontrar en la totalidad de la Escritura el testimonio del cuerpo de Cristo. Aquí se observa que la gran profecía veterotestamentaria del templo de Dios encuentra su cumplimiento en el cuerpo de Cristo.

La noción de cuerpo de Cristo no hay que entenderla en conexión con el uso helenístico de esta imagen, sino a partir de la profecía veterotestamentaria del templo. David quiere construir un templo a Dios. Interroga al profeta. Este transmite a David la palabra de Dios sobre su proyecto: «¿Me vas a edificar tú una casa para que yo habite?... Yahvé te anuncia que Yahvé te edificará una casa» (2 Sm 7, 5.11). El templo de Dios sólo puede ser edificado por Dios mismo. Al mismo tiempo, y en términos extrañamente contradictorios con lo que se ha dicho anteriormente, David recibe la promesa de que un descendiente suyo edificará una casa a Dios y que su reino durará eternamente (v. 12-13). «Yo seré para él pa-

dre y él será para mí hijo» (v. 14). Salomón, el «hijo de la paz» de Dios con la casa de David, se atribuyó esta promesa.

Construyó el templo y fue confirmado en esto por Dios. Sin embargo, la profecía no se cumplió en aquel templo, porque estaba construido por manos humanas y destinado a la destrucción. La profecía siguió incumplida. El pueblo de Israel continúa esperando el templo que debía ser edificado por el Hijo de David, cuyo reino permanecería para siempre. El templo de Jerusalén fue destruido numerosas veces, signo de que no era el templo prometido. ¿Dónde se encontraba el templo verdadero?

Cristo mismo nos lo dice al aplicar a su cuerpo la profecía del templo:

Los judíos le contestaron: Cuarenta y seis años se ha tardado en construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días? Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que era eso lo que quiso decir, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús (Jn 2, 20s).

El templo que espera Israel es el cuerpo de Cristo. El templo veterotestamentario no es más que la sombra de su cuerpo (Col 2, 17; Heb 10, 1; 8, 5). Jesús se refiere a su cuerpo humano. Sabe que el templo de su cuerpo también será destruido, pero resucitará, y el templo nuevo, el templo eterno, será su cuerpo resucitado, glorificado. Esta es la casa que Dios mismo edifica a su Hijo y que, sin embargo, también el Hijo construye a su Padre. En esta casa habita Dios realmente y, con él, la nueva humanidad, la Iglesia de Cristo. Cristo encarnado es el templo del cumplimiento. Esto corresponde a lo que dice el Apocalipsis de la nueva Jerusalén, a saber, que en ella no hay templo «porque el Señor Dios omnipotente y el Cordero es su templo» (Ap 21, 22).

El templo es el lugar de la presencia y de la habitación de Dios entre los hombres. Al mismo tiempo, es el lugar en que la Iglesia es aceptada por Dios. Ambas cosas sólo se han hecho verdaderas en Jesucristo encarnado. La presencia de Dios es aquí verdadera y corporal. La humanidad es aquí verdadera y corporal, porque él la ha adoptado en su propio cuerpo.

El cuerpo de Cristo es el lugar de la adopción, de la reconciliación y de la paz entre Dios y los hombres. Dios encuentra al hom-

bre en el cuerpo de Cristo y el hombre, en el cuerpo de Cristo, se halla adoptado por Dios. El cuerpo de Cristo es el templo espiritual (οἶκος πνευματικός) construido de piedras vivas (1 Pe 2, 5s). Sólo Cristo es el fundamento y la piedra angular de este templo (Ef 2, 20; 1 Cor 3, 11); simultáneamente, él mismo es el templo (οἰκοδομή; Ef 2, 21) en el que habita el Espíritu santo, en el que llena y santifica los corazones de los fieles (1 Cor 3, 16; 6, 9). El templo de Dios es la Iglesia santa de Jesucristo. El cuerpo de Cristo es el templo vivo de Dios y de la nueva humanidad.

La Iglesia visible

El cuerpo de Jesucristo ocupa un lugar en la tierra. Con la encarnación, Cristo exige un puesto entre los hombres. Ha venido a los suyos. Pero, al nacer, le dieron un establo «porque no había lugar para ellos en la posada», en su muerte lo rechazaron lejos y su cuerpo quedó suspendido del madero entre el cielo y la tierra. Sin embargo, la encarnación implica la exigencia de un lugar propio en la tierra. Lo que ocupa un lugar es visible. Así, el cuerpo de Jesucristo tiene que ser visible, o no es un cuerpo. Se ve al hombre Jesús; se cree en él en cuanto Hijo de Dios. Se ve el cuerpo de Jesús; se cree en él en cuanto cuerpo de Dios encarnado. Se ve que Jesús ha vivido en la carne; se cree que él llevó nuestra carne. «Debes mostrar a este hombre y decir: este es Dios» (Lutero).

Una verdad, una doctrina, una religión, no necesitan espacio propio. Son incorpóreas. Son oídas, aprendidas, conceptualizadas. Eso es todo. Pero lo que necesita el Hijo encarnado de Dios no es solamente oídos ni siquiera corazones; necesita hombres que le sigan. Por eso llamó a sus discípulos a seguirle corporalmente, y su comunión con ellos era visible a todo el mundo. Estaba fundada y mantenida por Jesucristo mismo, el encarnado; la palabra hecha carne había lanzado una llamada, había creado la comunidad corporal, visible.

Los que habían sido llamados no podían permanecer ocultos; eran la luz que debe brillar, la ciudad sobre el monte que debe ser vista. Sobre su comunidad se erigían de forma visible la cruz y el sufrimiento de Jesucristo. A causa de la comunión con él, los discípulos debieron abandonarlo todo, sufrir y ser perseguidos; sin embargo, precisamente en estas persecuciones, en la comunión con él, recibieron de nuevo visiblemente lo que habían perdido: herma-

nos y hermanas, campos y casas. La comunidad de los seguidores era patente al mundo. Había en ella unos cuerpos que actuaban, trabajaban y sufrían en comunión con Jesús.

También el cuerpo del Señor glorificado es un cuerpo visible bajo la forma de la Iglesia. ¿Cómo es visible este cuerpo? Ante todo, en la *predicación de la palabra*. «Permanecían en la enseñanza de los apóstoles» (Hch 2, 42). En esta frase cada palabra es significativa. La enseñanza (διδασκαλία) designa la predicación, por oposición a toda otra clase de discurso religioso. Se trata aquí de la comunicación de los hechos sucedidos.

El contenido de lo que hay que decir es establecido objetivamente; sólo falta transmitirlo por medio de la «enseñanza». Pero, por su misma esencia, la comunicación de los hechos se limita a lo desconocido. Desde que lo desconocido se vuelve conocido, resulta absurdo seguir comunicándolo. Así, es inherente a la noción de «enseñanza» el volverse superflua. Ahora bien, en una singular contradicción se dice aquí que la Iglesia primitiva «perseveraba» en esta doctrina; por consiguiente, tal enseñanza no se vuelve superflua, sino que exige precisamente perseverancia. «Doctrina» y «perseverancia» se vinculan de forma necesaria y objetiva. Así lo expresa el hecho de que se hable aquí de la «doctrina de los apóstoles». ¿Qué significa «doctrina de los apóstoles»? Los apóstoles son hombres escogidos por Dios para ser testigos de los hechos revelados en Jesucristo. Han vivido en la comunión corporal de Jesús, han visto al encarnado, al crucificado, al resucitado, y han tocado su cuerpo con sus manos (1 Jn 1, 1). Son los testigos que el Espíritu santo, Dios, utiliza como instrumentos destinados a transmitir la palabra. La predicación apostólica es testimonio del acontecimiento corporal de la revelación de Dios en Jesucristo. La Iglesia, cuya piedra angular es Jesucristo (Ef 2, 20), es edificada sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas.

Toda predicación ulterior debe ser una predicación apostólica edificada sobre este fundamento. La unidad entre nosotros y la Iglesia primitiva es establecida mediante la palabra de los apóstoles. ¿Hasta qué punto hace necesaria esta doctrina apostólica la perseverancia en la actitud de escuchar? La palabra apostólica, bajo la forma de palabra humana, es verdaderamente palabra de Dios (1 Tes 2, 13).

Es una palabra que quiere adoptar a los hombres y posee el poder de hacerlo. La palabra de Dios busca una Iglesia para poder adoptarla. La palabra se encuentra esencialmente en la Iglesia. Entra por sí misma en la Iglesia. Posee un movimiento propio que la conduce hacia la Iglesia. No es que exista por un lado una palabra, una verdad, y por otro una asamblea, teniendo el predicador que agarrar esta palabra, manejarla y ponerla en movimiento para hacerla penetrar en la asamblea, para aplicársela.

Más bien la palabra recorre por sí misma este camino, y el predicador no debe ni puede hacer más que ponerse al servicio de este movimiento propio de la palabra, evitándole todo obstáculo. La palabra sale en busca de los hombres; los apóstoles lo sabían, y esto es lo que constituía su predicación. Porque ellos habían visto la palabra de Dios en persona, la habían visto venir, tomar carne, y en esta carne asumir a toda la humanidad. Ahora sólo debían testimoniar que la palabra de Dios se había encarnado, había venido para acoger a los pecadores, para perdonar y santificar.

Es la palabra quien penetra ahora en la Iglesia; la palabra encarnada, que lleva a toda la humanidad, que no puede existir ya sin la humanidad que ha recibido, viene a la Iglesia. Pero en esta palabra es el Espíritu santo mismo quien se acerca, quien muestra al individuo y a la Iglesia el don que, hace ya mucho tiempo, nos ha sido concedido en Cristo. Suscita en los oyentes la fe para creer que en la palabra de la predicación Jesucristo mismo ha venido a nosotros con el poder de su cuerpo, y que viene a decirme que me ha acogido y que quiere volver a acogerme.

La palabra de la predicación apostólica es la palabra que ha llevado corporalmente todos los pecados del mundo, es Cristo presente en el Espíritu santo. Cristo, en su Iglesia, es la «doctrina de los apóstoles», la predicación apostólica. Esta doctrina nunca se vuelve superflua, crea a la Iglesia que persevera en ella porque ha sido adoptada por la palabra y se afirma diariamente en ella. Esta doctrina crea una Iglesia visible. Al carácter visible del cuerpo de Cristo en la predicación de la palabra se añade su carácter visible en *el bautismo y la cena*. Ambos provienen de la verdadera humanidad de nuestro Señor Jesucristo.

En estos dos sacramentos nos sale al encuentro corporalmente y nos hace partícipes de la comunión de su cuerpo. El anuncio del

Evangelio forma parte de estos dos hechos. Tanto en el bautismo como en la cena se anuncia la muerte de Cristo por nosotros (Rom 6, 3s; 1 Cor 11, 26). En los dos casos, el don es el cuerpo de Cristo. En el bautismo se nos concede ser miembros del cuerpo, en la cena la comunión (κοινωνία) corporal con el cuerpo del Señor que recibimos y, por lo mismo, la comunión corporal con los miembros de este cuerpo.

Por los dones de su cuerpo, nos convertimos en un solo cuerpo con él. Cuando lo definimos con el término de perdón de los pecados, no abarcamos enteramente ni el don del bautismo ni el de la cena. El don del cuerpo, distribuido en los sacramentos, nos otorga al Señor vivo en su Iglesia. Pero el perdón de los pecados está incluido en el don del cuerpo de Cristo en cuanto Iglesia. A partir de aquí podemos comprender que la administración del bautismo y la distribución de la eucaristía, contrariamente a nuestro uso actual, no estaban ligados originariamente al ministerio de la predicación apostólica, sino que los realizaba la Iglesia misma (1 Cor 1, 14s; 11, 17s). El bautismo y la cena sólo pertenecen a la Iglesia del cuerpo de Cristo. La palabra se dirige a creyentes e incrédulos. Los sacramentos sólo pertenecen a la Iglesia. Así, la Iglesia cristiana, en sentido estricto, es una Iglesia del bautismo y de la cena, y sólo a partir de aquí Iglesia de la predicación.

Ha quedado claro que la Iglesia de Jesucristo pretende en el mundo *un espacio para predicar el Evangelio*. El cuerpo de Cristo es visible en la Iglesia reunida alrededor de la palabra y del sacramento.

Esta Iglesia constituye un todo articulado. El cuerpo de Cristo, en cuanto Iglesia, implica una articulación y un orden. Así lo exige la idea de cuerpo. Un cuerpo inarticulado se halla en estado de descomposición. La configuración del cuerpo vivo de Cristo es, según la doctrina de Pablo, una configuración articulada (Rom 12, 5; 1 Cor 12, 12s). Es imposible la distinción entre contenido y forma, entre esencia y manifestación. Significaría la negación del cuerpo de Cristo, es decir, del Cristo encarnado (1 Jn 4, 3). El cuerpo de Cristo pretende al mismo tiempo que un *espacio para anunciar el Evangelio, un espacio de orden en la Iglesia*.

El orden de la Iglesia es de origen y esencia divinos. Evidentemente, su misión es servir, no dominar. Los ministerios de la Igle-

sia son «servicios» (διακονία; 1 Cor 12, 4). Son establecidos por Dios (1 Cor 12, 28), por Cristo (Ef 4, 11), por el Espíritu santo (Hch 20, 28), *en* la Iglesia, es decir, *no por* ella. Incluso cuando es la Iglesia quien reparte los ministerios, lo hace bajo la dirección plena del Espíritu santo (Hch 13, 2 y *passim*). El ministerio de la Iglesia tiene su origen en el Dios trino.

Los ministerios están al servicio de la Iglesia: sólo en este servicio encuentran su justificación espiritual. Por eso, en las diversas comunidades debe haber ministerios, «diaconías» diferentes; por ejemplo, serán diferentes en Jerusalén y en las comunidades fundadas por la misión paulina. La articulación está establecida por Dios, pero su forma es variable y está sometida solamente al juicio espiritual de la Iglesia que ordena a sus miembros para el servicio. Incluso los carismas concedidos por el Espíritu santo a algunos individuos se hallan estrictamente sometidos a la disciplina de la diaconía a la Iglesia, porque Dios no es un Dios de desorden, sino de paz (1 Cor 14, 32s). El Espíritu santo se hace visible (φανέρωσις; 1 Cor 12, 6) precisamente en que todo concurre al bien de la Iglesia.

Los apóstoles, los profetas, los doctores, los guardianes (obispos), los diáconos, los ancianos, los que presiden y dirigen la asamblea (1 Cor 12, 28s; Ef 2, 20 y 4, 11) son servidores de la Iglesia, del cuerpo de Cristo. Están ordenados para el servicio en la Iglesia, de forma que su ministerio es de origen y esencia divinos. Sólo la Iglesia puede desligarlos de este servicio. La Iglesia es completamente libre para configurar sus órdenes según sus necesidades; pero si se atenta desde el exterior contra ese orden, se atenta contra la configuración visible del cuerpo de Cristo.

Entre los ministerios de la Iglesia, en todas las épocas, merece especial atención la preocupación por administrar sinceramente la palabra y los sacramentos. A este propósito conviene reflexionar en lo siguiente: la predicación del Evangelio, según la misión y los dones del predicador, será siempre variada y diversa. Pero sea de Pablo, de Pedro, de Apolo o de cualquier cristiano, debe reconocerse siempre en ella al Cristo único, indiviso (1 Cor 1, 11). Cada uno debe trabajar siguiendo las huellas del otro (1 Cor 3, 6).

La formación de escuelas implica querellas de escuelas en las que cada uno busca su propio provecho (1 Tim 6, 5.20; 2 Tim 2, 10;

3, 8; Tit 1, 10). La «devoción» se transforma muy fácilmente en provecho temporal, bien consista en honor, en poder o en dinero. También la tendencia a problematizar por problematizar corre el riesgo de suscitar la ira y de alejar a los hombres de la verdad clara y simple (2 Tim 3, 7). Nos llevará a la obstinación y a la desobediencia con respecto al mandamiento de Dios. Frente a esto, la doctrina sana y saludable sigue siendo el fin de la predicación (2 Tim 4, 3; 1 Tim 1, 10; 4, 16, 6.1; Tit 1, 9.13; 2, 1; 3, 8) y la garantía del orden y de la unidad legítimas.

No siempre es fácil reconocer el límite entre una opinión autorizada de escuela y una herejía. Así, en muchas comunidades una doctrina ya descartada como herética por otra comunidad sigue siendo permitida como opinión de escuela (Ap 2, 6.15s). Pero si la herejía se hace manifiesta, es preciso realizar una separación completa. El hereje será rechazado de la Iglesia cristiana y de la comunión personal (Gal 1, 8; 1 Cor 16, 22; Tit 3, 10; 2 Jn 10s). La palabra de la predicación pura debe ligar y separar de forma visible.

El espacio de la predicación del evangelio y del orden en la Iglesia aparece claramente en su necesidad impuesta por Dios.

El problema consiste ahora en saber si con esto está ya delimitada la configuración visible de la Iglesia del cuerpo de Cristo, o si implica todavía otras pretensiones para obtener más espacio en el mundo. La respuesta del Nuevo Testamento, totalmente inequívoca, es que la Iglesia reivindica un espacio sobre la tierra no sólo para su culto y su orden, sino también para la vida cotidiana de sus miembros. Por eso, deberemos hablar ahora del *espacio vital* de la Iglesia visible.

La comunión de Jesús con sus discípulos era una comunión de vida total, que englobaba todos los dominios de la existencia. Toda la vida del individuo se desarrollaba en la comunidad de los discípulos. Esta comunión constituye un testimonio vivo de la humanidad corporal del Hijo de Dios. La presencia corporal del Hijo de Dios exige la intervención corporal por él y con él en la vida cotidiana. El hombre, con toda su vida corporal, pertenece a aquel que, por su causa, tomó un cuerpo humano. En el seguimiento, el discípulo está indisolublemente unido al cuerpo de Jesús.

También da testimonio de esto la primera narración de los Hechos de los apóstoles sobre la joven Iglesia (Hch 2, 42s; 4, 32s).

Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan, y en las oraciones. La multitud de los creyentes no tenían sino un solo corazón y una sola alma... y lo tenían todo en común.

Es muy revelador el hecho de que la comunión (κοινωνία) se introduzca aquí entre la palabra y la eucaristía. No es por una determinación arbitraria de su esencia por lo que se origina incesantemente en la palabra y alcanza su fin y su cumplimiento, también incesantemente, en la santa cena.

Toda comunión cristiana vive entre la palabra y el sacramento, encuentra su origen y su fin en el culto. Espera el último banquete con el Señor en el reino de Dios. Una comunión que tiene tal origen y tal fin es una comunión plena, a la que se adaptan incluso las cosas y los bienes de esta vida. En la libertad, la alegría y el poder del Espíritu santo, se establece aquí una comunión plena en la que «no había ningún pobre» y en la que «se distribuía a cada uno según sus necesidades»; también en esta comunidad «nadie llamaba suyos a sus bienes». El carácter cotidiano de este hecho manifiesta la plena libertad evangélica que no necesita coacción, porque los cristianos «no tenían sino un solo corazón y una sola alma».

Esta joven Iglesia era visible a todos y, cosa bastante singular, «hallaban gracia ante todo el pueblo» (Hch 2, 47). ¿Es que la ceguera del pueblo de Israel no le permitía ver la cruz de Jesús tras esta comunión plena? ¿Se trata aquí de una anticipación de aquel día en que todo pueblo deberá honrar al pueblo de Dios? ¿Se trata de esa benevolencia divina por la que, precisamente en los tiempos de crecimiento, de seria lucha, de separación entre creyentes y enemigos, Dios establece alrededor de la Iglesia un cerco de bienestar puramente humano, de interés humano por el destino de la Iglesia, o se trata de que este pueblo ante el que la Iglesia hallaba gracia era el que había gritado «hosanna», pero no «crucifícale»?

«El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar». Esta Iglesia visible de la comunidad de vida plena irrumpe en el mundo y le arrebató a sus hijos. El crecimiento diario de la Iglesia prueba el poder del Señor que vive en ella. Lo que cuenta para los primeros discípulos es: allí donde está su Señor deben estar ellos también; allí donde se encuentren ellos se hallará

también su Señor hasta el fin del mundo. Todo lo que hace el discípulo lo hace en comunión con la Iglesia, en cuanto miembro de ella. Hasta el acto más profano se realiza ahora en la Iglesia. Así sucede en el cuerpo de Cristo: allí donde se encuentra un miembro, se halla igualmente el cuerpo entero, y donde está el cuerpo, está también el miembro. No hay ningún dominio de la vida en el que el miembro pueda o quiera separarse del cuerpo.

En cualquier sitio donde se halle un miembro, haga lo que haga, todo lo realiza «en el cuerpo», en la Iglesia, «en Cristo». Toda su existencia está centrada «en Cristo». El cristiano es fuerte o débil en Cristo (Flp 4, 13; 2 Cor 13, 4), trabaja, se esfuerza o se alegra «en el Señor» (Rom 16, 9.12; 1 Cor 15, 58; Flp 4, 4), habla y exhorta en Cristo (2 Cor 2, 17; Flp 2, 1), ejerce la hospitalidad en Cristo (Rom 16, 2), se casa en el Señor (1 Cor 7, 39), es prisionero en el Señor (Flp 1, 13.23), es esclavo en el Señor (1 Cor 7, 22). Toda la plenitud de las relaciones humanas entre los cristianos está circunscrita por Cristo, por la Iglesia.

El bautismo, que hace entrar en el cuerpo de Cristo, garantiza a cada cristiano la vida plena en Cristo, en la Iglesia. Limitar el don del bautismo a la participación en la predicación y en la cena, es decir, al hecho de tomar parte en los bienes salvíficos y quizás también en los ministerios y servicios de la Iglesia, constituye una limitación detestable y totalmente contraria al Nuevo Testamento. Más bien, con el bautismo se abre sin restricciones a todo bautizado, en todas las circunstancias de la vida, el espacio vital colectivo de los miembros del cuerpo de Cristo.

Quien concede a un hermano bautizado la participación en el culto, pero le niega la comunión en la vida cotidiana, abusa de él o le desprecia, se hace culpable con respecto al cuerpo mismo de Cristo. Quien reconoce a sus hermanos bautizados los dones de la salvación, pero les niega los de la vida terrena o les deja conscientemente en la miseria y la indigencia, se burla del don de la salvación y es un mentiroso. Cuando el Espíritu santo ha hablado, quien sigue prestando atención a la voz de su sangre, de su naturaleza, de sus simpatías o antipatías, peca contra el sacramento. El bautismo que introduce en el cuerpo de Cristo, no sólo cambia la situación personal del bautizado con respecto a la salvación, sino también todas sus relaciones vitales.

El esclavo Onésimo había huido de su dueño Filemón que era creyente, causándole un grave perjuicio; pero después de su bautismo, Filemón «lo recuperará para siempre» (Flm 15) «no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido... no sólo en la carne, sino también en el Señor» (Flm 16). Como un hermano «en la carne», insiste Pablo; y con ello nos previene contra el peligroso error de todos los cristianos «privilegiados», que aceptan en el culto la comunión con los cristianos de menor crédito o que no poseen los mismos derechos, pero que no dejan que esta comunión se haga eficaz fuera de este estadio.

¡Un hermano de Filemón según la carne! Filemón debe recibir fraternalmente a su esclavo como si se tratase del mismo Pablo (v. 17), debe olvidar fraternalmente las molestias que le ha causado (v. 18). Filemón debe hacer todo esto voluntariamente, aunque Pablo tiene autoridad para dictarle órdenes en este punto (v. 8-14), y ciertamente Filemón hará mucho más de lo que se le pide (v. 21). Un hermano según la carne, porque está bautizado. Aunque en adelante Onésimo siga siendo esclavo de su dueño Filemón, todo ha cambiado en sus relaciones mutuas. ¿Por qué? Porque el libre y el esclavo se han convertido en miembros del cuerpo de Cristo.

Ahora, en su comunión, como en una pequeña célula, vive el cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Todos los que habéis sido bautizados os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, porque todos sois uno en Jesucristo (Gal 3, 27s; Col 3, 11).

En la Iglesia, ya no se considera al prójimo como libre o esclavo, como hombre o mujer, sino como miembro del cuerpo de Cristo. Esto no significa que el esclavo ya no sea esclavo, ni que el hombre ya no sea hombre. Pero significa que en la Iglesia ya no hay que preguntar a nadie si es judío o griego, hombre libre o esclavo. Esto es precisamente lo que hay que excluir.

Sólo vemos los unos en los otros nuestro carácter de miembros del cuerpo de Cristo, es decir, el hecho de que todos somos uno en él. El judío y el griego, el libre y el esclavo, el hombre y la mujer se hallan en adelante en comunión, formando parte de la Iglesia del cuerpo de Cristo. Allí donde viven, hablan, actúan, se encuentra la

Iglesia, están en Cristo. Pero con esto, también se determina y transforma de modo decisivo su comunión. La mujer obedece a su marido «en el Señor», el esclavo sirve a Dios al servir a su dueño, el señor sabe que también él tiene un Señor en el cielo (Col 3, 18-4, 1), pero ahora son hermanos «en la carne y en el Señor».

La Iglesia penetra en la vida del mundo y conquista un espacio para Cristo; porque lo que está «en Cristo» no se encuentra ya bajo la soberanía del mundo, del pecado y de la ley. En esta comunión renovada, ninguna ley del mundo puede decidir nada. El dominio del amor fraterno cristiano está sometido a Cristo, no al mundo. La Iglesia no puede admitir límites en su servicio de amor fraterno, en su servicio de misericordia. Porque, allí donde se encuentra el hermano se halla el propio cuerpo de Cristo, y allí donde está el cuerpo de Cristo se halla también siempre su Iglesia, y es preciso que yo también me halle.

Quien pertenece al cuerpo de Cristo está liberado del mundo, es llamado a salir de él; y es preciso que esto se haga visible al mundo no sólo por la comunión del culto y del orden en la Iglesia, sino también por la nueva comunión de la vida fraterna. Cuando el mundo desprecia a un hermano, el cristiano le amará y servirá; cuando el mundo usa la violencia contra este hermano, el cristiano le ayudará y le consolará; cuando el mundo le deshonre y ofenda, el cristiano entregará su honor a cambio del oprobio de su hermano. Cuando el mundo busque su provecho, el cristiano se negará a hacerlo; cuando el mundo practique la explotación, él se desprenderá de todo; cuando el mundo practique la opresión, él se someterá para salir victorioso. Si el mundo se cierra a la justicia, él practicará la misericordia; si el mundo se envuelve en la mentira, él abrirá la boca para defender a los mudos y dará testimonio de la verdad. Por amor a su hermano –judío o griego, esclavo o libre, fuerte o débil, noble o no– renunciará a toda otra comunión en el mundo, porque está al servicio de la comunión del cuerpo de Cristo. No puede permanecer oculto al mundo en esta comunión. Ha sido llamado y sigue a Cristo.

Pero,

que permanezca cada cual tal como le halló la llamada de Dios. ¿Eras esclavo cuando fuiste llamado? No te preocupes. Y aunque

puedas hacerte libre, aprovecha más bien tu condición de esclavo. Pues el que recibió la llamada del Señor siendo esclavo, es un libertado del Señor; igualmente, el que era libre cuando recibió la llamada, es un esclavo de Cristo. ¡Habéis sido bien comprados! No os hagáis esclavos de los hombres. Hermanos, permanezca cada cual ante Dios en el estado en que fue llamado (1 Cor 7, 20-24).

¿No ha cambiado absolutamente todo en relación con la primera llamada de Jesús al seguimiento? Entonces, los primeros discípulos debieron abandonarlo todo para ir con Cristo. Se nos dice: que cada uno permanezca en el estado en que se encontraba cuando fue llamado. ¿Cómo resolver esta contradicción? Reconociendo que, tanto en la llamada de Jesús como en la exhortación del apóstol, sólo se trata de conducir a aquel a quien se dirigen estas palabras a la comunión del cuerpo de Cristo. Los primeros discípulos debían acompañar a Jesús para hallarse en comunión corporal con él. Pero ahora, por la palabra y el sacramento, el cuerpo de Cristo no está ya vinculado a un lugar único de la tierra. Cristo resucitado y glorificado está más cerca del mundo; el cuerpo de Cristo, bajo la forma de la Iglesia, ha penetrado hasta dentro del mundo. Quien está bautizado penetra por el bautismo en el cuerpo de Cristo. Cristo ha venido a él, ha tomado su vida sobre sí y, de este modo, ha arrebatado al mundo lo que le pertenecía. Si alguno ha sido bautizado siendo esclavo, ha sido hecho partícipe de la comunión del cuerpo de Cristo como esclavo.

Siendo esclavo ha escapado del mundo para convertirse en libertado de Cristo. El esclavo puede seguir siendo esclavo. En cuanto miembro de la Iglesia de Cristo ha recibido en herencia una libertad que ninguna insurrección, ninguna rebelión le hubiesen podido proporcionar, ni se la podrían proporcionar en el futuro. En realidad, no es para ligarlo más estrechamente al mundo, para «anclar» su vida en el mundo de una forma «religiosa», para hacer de él un ciudadano mejor y más fiel a este mundo, para lo que Pablo exhorta al esclavo a permanecer en su estado. Realmente, Pablo no habla para justificar o robustecer cristianamente un siniestro orden social.

Si Pablo rechaza la rebelión no es porque la situación del mundo sea tan buena y divina que resulte innecesario cambiarla, sino porque el mundo ha saltado de sus goznes con la venida de Jesu-

cristo, con la liberación que han experimentado en Cristo tanto el esclavo como el hombre libre. Una revolución, un cambio de orden social ¿no oscurecerían la visión del nuevo orden divino de todas las cosas en Jesucristo y la institución de su Iglesia?

Todo intento de este género ¿no amenazaría con impedir, con retardar la decadencia de todo el orden mundano y la irrupción del reino de Dios? Por consiguiente, si el esclavo debe seguir siendo esclavo, no es porque debemos considerar el cumplimiento de las profesiones mundanas como realización de la vida cristiana, sino porque al renunciar a rebelarnos contra los órdenes de este mundo expresamos de forma adecuada que el cristiano no espera nada del mundo, sino que lo espera todo de Cristo y de su Reino. Puesto que el mundo no necesita reforma, sino que está maduro para su destrucción... ¿que el esclavo siga siendo esclavo!

Es objeto de una promesa mejor. El hecho de que el Hijo de Dios haya «tomado forma de siervo» (Flp 2, 7) al venir a la tierra ¿no constituye un juicio suficiente para el mundo y un consuelo suficiente para el esclavo? El cristiano que ha sido llamado siendo esclavo ¿no está ya, precisamente en medio de su existencia de esclavo en el mundo, suficientemente alejado de este mundo que podría amar y desear, y con el que podría consolarse? Sufra, pues, el esclavo no como un hombre rebelde, sino como miembro de la Iglesia y del cuerpo de Cristo. Al hacer esto, conseguirá que el mundo quede maduro para su destrucción.

«No os hagáis esclavos de los hombres». Ahora bien, esto podría producirse de dos formas: una, insurreccionándose y rebelándose contra las autoridades establecidas; otra, sublimando religiosamente a las autoridades establecidas. «Hermanos, permanezca cada cual ante Dios en el estado en que fue llamado». «Ante Dios»... y, por consiguiente, «no os hagáis esclavos de los hombres», ni por la insurrección, ni por una falsa sumisión. Permanecer ante Dios en su estado significa permanecer unidos, en medio del mundo, al cuerpo de Cristo en la Iglesia visible, transmitir en el culto y en el seguimiento el testimonio vivo de la victoria sobre este mundo.

Por consiguiente, «que todos estén sometidos a las autoridades constituidas» (Rom 13, 1s). El cristiano no debe aspirar a situarse en el mismo plano de los que tienen el poder; su vocación es la de permanecer abajo. Las autoridades están arriba (ὑπερ), mientras él

se encuentra abajo (ὑπὸ). El mundo reina, el cristiano sirve; así está en comunión con su Señor, que se hizo esclavo.

Jesús, llamándoles, les dice: «Sabéis que los que son tenidos como jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros; sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10, 42-45).

«Pues no hay autoridad que no provenga de Dios». Esta frase está dirigida al cristiano, no a las autoridades. Los cristianos deben saber que precisamente en esta situación inferior a la que las autoridades los han relegado, reconocen y cumplen la voluntad de Dios. Los cristianos deben consolarse pensando que Dios mismo quiere actuar en bien de ellos a través de las autoridades, que su Dios es también el Señor de las autoridades.

Sin embargo, todo esto no debe quedarse en una reflexión y una idea general sobre la esencia de la autoridad (ἐξουσία —en singular—); también debe ser aplicado a la postura del cristiano con respecto a las autoridades existentes (αἱ δὲ οὐσαί). Quien se opone a ella se opone a lo que Dios ha establecido (διαταγῇ τοῦ θεοῦ), que quiso que el mundo dominase y que Cristo venciese sirviendo, para que también los cristianos sirvieran y vencieran con él. El cristiano que no comprende esto, corre el riesgo de atraer sobre sí la condenación (v. 2); porque se ha hecho semejante al mundo. ¿De dónde viene, pues, que la oposición de los cristianos a las autoridades se produzca tan fácilmente? De que se escandalizan de los errores y de la injusticia de la autoridad.

Pero con semejantes consideraciones, los cristianos se encuentran ya en gran peligro de prestar atención a algo distinto de la voluntad de Dios, que ellos deben cumplir. Si sólo se preocupan del bien y lo hacen, como Dios les manda, podrán vivir sin «miedo» a la autoridad, porque «los magistrados no son de temer cuando se obra el bien, sino cuando se obra el mal» (v. 3). ¿Cómo podría temer el cristiano que permanece unido a su Señor y que hace el bien? «¿Quieres no temer a la autoridad? Obra el bien». ¡Haz el

bien! Es lo único que importa. Lo que contará para ti no es lo que los otros hacen, sino lo que tú hagas. Obra el bien sin miedo, sin límites, sin condiciones, porque ¿cómo podrías acusar a la autoridad de sus faltas si tú mismo no obras el bien? ¿Cómo quieres condenar a otros, tú que también mereces la condenación? Si no quieres temer, obra el bien.

«Y obtendrás elogios (de la autoridad), pues es para ti un servidor de Dios para el bien». No se trata de que la alabanza pueda ser el motivo de nuestro bien obrar, ni tampoco el fin; el elogio es algo que vendrá más tarde, que debe producirse si la autoridad es buena. El pensamiento de Pablo está tan centrado en la Iglesia cristiana, le interesan de forma tan exclusiva su salvación y su conducta, que debe poner en guardia a los fieles con respecto a su propia injusticia, con respecto al mal que hay en ellos; pero Pablo no hace reproches a la autoridad. «Si obras el mal, teme; pues no en vano lleva la espada; pues es un servidor de Dios para hacer justicia y castigar al que obra el mal» (v. 4).

Lo que importa es que no se cometa el mal en la Iglesia cristiana. Repitémoslo: esta frase se dirige a los cristianos y no a la autoridad. Lo importante para Pablo es que los cristianos se mantengan firmes en el arrepentimiento y en la obediencia en cualquier lugar donde se encuentren, cualesquiera que sean los conflictos que puedan amenazarlos, y no el que una autoridad mundana sea justificada o rechazada. Ninguna autoridad puede sacar de estas palabras una justificación de su existencia. Más bien, si en cierta ocasión esta palabra se dirige realmente a una autoridad, será para llamarla al arrepentimiento, igual que llama aquí a la Iglesia a arrepentirse.

Un poderoso de este mundo (ἄρχων) que escuchase esta palabra nunca podría sacar de ella una justificación divina de su cargo; al contrario, debería ver en ella el encargo de convertirse en siervo de Dios, en beneficio de la Iglesia que hace el bien. Dominado por esta orden debería convertirse. Si Pablo habla en estos términos a los cristianos, no es porque el régimen del mundo sea bueno, sino porque el hecho de que sea bueno o malo carece de importancia con vistas a lo único importante: que la voluntad de Dios reine en la Iglesia y que se le obedezca. No quiere instruir a la Iglesia sobre los deberes de la autoridad; habla exclusivamente *de los deberes del cristiano con respecto a la autoridad*.

El cristiano debe ser elogiado por la autoridad. Si no lo es, sino que, por el contrario, es objeto de castigos y persecuciones, ¿qué responsabilidad tiene en todo esto? Lo que ahora le ocasiona un castigo no lo hizo para obtener una alabanza. Tampoco hace el bien por miedo a la sanción. Sí, ahora sufre en vez de ser elogiado; sin embargo, es libre y no tiene miedo a Dios, y ningún escándalo se ha producido en la Iglesia. Obedece a la autoridad no para conseguir provecho, sino «por motivo de conciencia» (v. 5).

El error de la autoridad no puede así atentar contra su conciencia. Permanece libre y sin temor, y en su sufrimiento inocente puede mostrar a la autoridad la obediencia que le debe. Porque sabe que, en definitiva, no es la autoridad, sino Dios quien reina, y que la autoridad es servidora de Dios. La autoridad es servidora de Dios... Quien se expresa así es el apóstol que, siendo inocente, fue encarcelado numerosas veces por esta autoridad, el apóstol que fue condenado en tres ocasiones por ella al duro castigo de los azotes y que había tenido conocimiento de la expulsión de todos los judíos de Roma por el emperador Claudio (Hch 18, 1s).

La autoridad es servidora de Dios. Así se expresa el que sabe que todos los poderes, todas las autoridades del mundo, han sido desposeídas de su poder hace mucho tiempo, el que sabe que Cristo las ha incluido en su cortejo triunfal hacia la cruz y que falta muy poco tiempo hasta que todo esto sea manifestado.

Pero todo lo dicho se halla aquí bajo la exhortación con que Pablo introduce estas frases sobre la autoridad: «No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien» (Rom 12, 21). Lo que importa no es que la autoridad sea buena o mala, sino que los cristianos triunfen del mal.

Mientras el problema de dilucidar si debían o no pagar tributo al César constituía una grave tentación para los judíos, porque fundaban su esperanza en la destrucción del imperio romano y la institución de una soberanía propia, este problema está desprovisto para Jesús y los suyos de todo carácter apasionado. «Dad al César lo que es del César» (Mt 22, 21), dice Jesús; «por eso precisamente pagáis los impuestos» (Rom 13, 6), concluye Pablo su exposición. Este deber no crea a los cristianos ningún conflicto con el mandamiento de Jesús, porque lo único que hacen es devolver al emperador lo que le pertenece. Incluso deben considerar co-

mo «ministros de Dios» (ἰερευραγοί!) a los que les exigen el impuesto y se aplican con diligencia a su trabajo. Evidentemente no puede haber aquí confusión: no se trata de que los cristianos den culto a Dios al pagar sus impuestos, dice Pablo, sino de que los recaudadores de impuestos, al cumplir su tarea, realizan un servicio divino. Y no es a este servicio divino al que Pablo invita a los cristianos, sino a someterse y a dar a cada uno lo que se le debe (v. 7-8). Toda oposición, toda resistencia en este punto únicamente manifestaría que los cristianos confunden el reino de Dios con un reino de este mundo.

Por eso, que el esclavo siga siendo esclavo, que el cristiano esté sometido a las autoridades que tienen poder sobre él, que el cristiano no salga del mundo (1 Cor 5, 11). Pero, naturalmente, que siendo esclavo viva como liberto de Cristo; que viva bajo la autoridad como quien hace el bien; que viva en el mundo como miembro del cuerpo de Cristo, de la humanidad renovada; que haga todo esto sin reserva, para dar testimonio en medio del mundo de la perdición en que el mundo se encuentra y de la nueva creación en la Iglesia. Que sufra únicamente por ser miembro del cuerpo de Cristo.

Que el cristiano permanezca en el mundo. No porque el mundo posea una bondad divina, ni porque el cristiano, en cuanto tal, sea responsable de la marcha del mundo, sino a causa del cuerpo de Cristo encarnado, a causa de la Iglesia. Que permanezca en el mundo para atacarlo de frente, que viva su «vida profesional intramundana» para dejar bien visible su «carácter extraño al mundo».

Pero esto sólo puede hacerlo siendo miembro visible de la Iglesia. La oposición al mundo debe ser practicada en el mundo. Por eso Cristo se hizo hombre y murió entre sus enemigos; por eso, y sólo por eso, que el esclavo siga siendo esclavo y que el cristiano permanezca sometido a la autoridad.

De esta misma forma pensaba Lutero sobre la vocación mundana en los años decisivos en que se apartó de la vida monacal. Lo que él rechazaba no era el que en el monacato se formularan las exigencias más elevadas, sino el que la obediencia al mandamiento de Jesús fuese entendida como una proeza individual. Lo que atacaba no era el carácter extraño al mundo de la vida del monje, sino el que este carácter se hubiese convertido dentro del claustro

en una nueva forma espiritual de configurarse al mundo, que constituía la falsificación más escandalosa del Evangelio.

El carácter extraño al mundo de la vida cristiana tiene su lugar en medio del mundo, en la Iglesia, en su vida cotidiana; esto es lo que pensaba Lutero. Por eso los cristianos deben llevar a cumplimiento su vida cristiana en su profesión. Por eso deben morir al mundo en su profesión. Para el cristiano, el valor de su profesión radica en el hecho de que puede vivir en ella por la bondad de Dios, y atacar desde ella más seriamente al mundo.

Lo que motivó la vuelta de Lutero al mundo no fue una «valoración más positiva» del mundo, ni la renuncia a esperar la próxima venida de Cristo, típica del cristianismo primitivo. Más bien, esta vuelta revistió el significado puramente crítico de una protesta contra la secularización del cristianismo en la vida conventual. Lutero, al devolver a la cristiandad al mundo, la llama a ser realmente extraña al mundo. Esto lo experimentó él en su propio cuerpo. La llamada de Lutero a entrar en el mundo fue siempre una llamada a la Iglesia visible del Señor encarnado. Lo mismo sucedía en Pablo.

Por eso también resulta claro ahora que la vida en una profesión secular posee para el cristiano unas *fronteras* muy delimitadas y que, por consiguiente, a la llamada que le exige entrar en una situación secular puede suceder, llegado el caso, la llamada que le exija salir de ella. Esta forma de pensar es paulina, y también luterana. Los límites son impuestos por la pertenencia a la Iglesia visible de Cristo. El límite se alcanza allí donde el espacio del culto, de los ministerios de la Iglesia y de la vida civil, reivindicado y ocupado por el cuerpo de Cristo en este mundo, entra en conflicto con la pretensión del mundo a tener un espacio propio.

Al mismo tiempo aparece claramente que este límite ha sido alcanzado por la obligación que tiene el miembro de la Iglesia de confesar visible y públicamente a Cristo, y por el hecho de que el mundo se bate prudentemente en retirada o usa de la fuerza. Entonces el cristiano entra en el dominio del sufrimiento público. Él, que ha muerto con Cristo en el bautismo, al que el mundo no reconoce el sufrimiento secreto con Cristo, se ve excluido públicamente de su situación en el mundo. Penetra visiblemente en la comunidad de sufrimiento con su Señor. Ahora más que nunca tiene necesidad de la comunión plena y de la ayuda fraternal de la Iglesia.

Pero no siempre es el mundo quien excluye al cristiano de la vida profesional. Desde los primeros siglos de la Iglesia hubo profesiones que fueron consideradas incompatibles con la pertenencia a la Iglesia cristiana. El actor, que debía representar a los dioses y héroes paganos; el profesor, que debía enseñar en las escuelas paganas la mitología pagana; el gladiador, que debía matar por juego; el soldado, que llevaba la espada; el policía, el juez... todos debían renunciar a su profesión si querían recibir el bautismo. Posteriormente, la Iglesia, o más bien el mundo, permitió a los cristianos el ejercicio de la mayor parte de estas profesiones. En adelante, la resistencia vino cada vez más del mundo, y no de la Iglesia.

Pero cuanto más envejece el mundo, cuanto más se agudiza el combate entre Cristo y el anticristo, tanto más intenta el mundo desembarazarse completamente de los cristianos. A los primeros cristianos el mundo les reconocía el derecho a un espacio en el que podían alimentarse y vestirse con el trabajo de sus manos. Pero un mundo que se ha vuelto totalmente anticristiano no puede dejar a los seguidores de Cristo esta esfera privada del trabajo profesional destinada a procurarles el pan cotidiano. Por todo trozo de pan que quieran comer debe exigírseles que renieguen de su Señor. Así, sólo quedarán a los cristianos dos posibilidades: huir del mundo o ir a la cárcel. Pero cuando se quite a la cristiandad este último espacio sobre la tierra, el fin estará cerca.

El cuerpo de Cristo penetra así profundamente en las esferas de la vida del mundo; sin embargo, en otros lugares la separación sigue siendo radical y visible, y deberá serlo cada vez más. Pero, en el mundo o separados del mundo, las dos actitudes sólo tienen lugar en la obediencia a esta palabra: «No os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos (μεταμορφωσθε) mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios» (Rom 12, 2).

Hay una forma de acomodarse al mundo en el mundo, pero también existe el «mundo» espiritual del claustro. Hay una forma prohibida de quedar en el mundo y una forma prohibida de huir del mundo. En ambos casos nos acomodamos a él. Pero la Iglesia de Cristo tiene una forma distinta a la del mundo. Debe transformarse cada vez más para conseguir esta forma, la forma misma de Cristo que vino al mundo y, en su misericordia infinita, tomó a la huma-

nidad, la acogió, pero sin conformarse al mundo; al contrario, fue rechazado y excluido por este. No era del mundo. En el encuentro auténtico con el mundo, la Iglesia visible se volverá cada vez más semejante a la forma de su Señor sufriente.

Los hermanos deben saber que

el tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer vivan como si no la tuviesen. Los que lloran, como si no llorasen. Los que están alegres, como si no lo estuviesen. Los que compran, como si no posesen. Los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa. Yo os quisiera libres de preocupaciones (1 Cor 7, 29-32a).

Tal es la vida de la Iglesia de Cristo en el mundo. Los cristianos viven como los otros hombres. Se casan, lloran, se alegran, compran, usan del mundo para vivir cada día.

Pero lo que tienen sólo lo tienen por Cristo, en Cristo, a causa de Cristo, y así no quedan atados a estas cosas. Las poseen como si no las poseyesen. No ponen en ellas su corazón. Son plenamente libres. Por serlo, pueden usar del mundo y no están obligados a retirarse de él (1 Cor 5, 13). Por ser libres, también pueden abandonar el mundo cuando constituye un obstáculo para seguir a su Señor. Se casan; evidentemente, la opinión del apóstol es que es mejor permanecer libre en la medida en que esto es posible en la fe (1 Cor 7, 7.33-40). Compran, comercian, pero sólo para socorrer a las necesidades de la vida cotidiana. No acumulan tesoros a los que esté apegado su corazón. Trabajan porque no deben permanecer ociosos. Pero el trabajo nunca es para ellos un fin en sí mismo. El Nuevo Testamento ignora el trabajo por amor al trabajo. Cada uno debe ganar con su trabajo lo que necesita. También debe tener algo con que ayudar a sus hermanos (1 Tes 4, 11s; 2 Tes 3, 11s; Ef 4, 28).

Debe ser independiente de «los de fuera», los paganos (1 Tes 4, 12), como Pablo mismo, que se enorgulleció de ganar su pan con el trabajo de sus manos, y de ser independiente incluso con respecto a las iglesias (2 Tes 3, 8; 1 Cor 9, 15). Al predicador del Evangelio esta independencia le sirve para demostrar con especial fuerza que los motivos de su predicación no son lucrativos. Se encuentra al servicio pleno de la Iglesia. Junto al mandamiento de trabajar se halla el otro:

No os inquietéis por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión presentad a Dios vuestras peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias (Flp 4, 6).

Los cristianos saben que

ciertamente es un gran negocio la piedad, con tal de que se contente con lo que tiene. Porque nosotros no hemos traído nada al mundo y nada podemos llevarnos de él. Mientras tengamos comida y vestido, estemos contentos con eso. Los que quieren enriquecerse, caen en la tentación, en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas que hundan a los hombres en la ruina y en la perdición (1 Tim 6, 6-9).

Los cristianos usan de las cosas de este mundo sabiendo que «todas ellas están destinadas a perecer con el uso» (Col 2, 22). Lo hacen con acciones de gracias y oraciones al Creador de toda criatura buena (1 Tim 4, 4). Y sin embargo, son libres. Pueden estar satisfechos y tener hambre, hallarse en la abundancia y en la miseria. «Todo lo puedo en aquel que me conforta» (Flp 4, 12s).

Los cristianos están en el mundo, usan del mundo, porque son de carne y a causa de su carne vino Cristo al mundo. Realizan cosas mundanas. Se casan, pero su matrimonio tendrá una apariencia distinta a la de los del mundo. Será un matrimonio «en el Señor» (1 Cor 7, 39). Estará santificado al servicio del cuerpo de Cristo y se situará en la disciplina de la oración y de la continencia (1 Cor 7, 5). Será imagen del amor desinteresado de Cristo a su Iglesia. Formará parte del cuerpo de Cristo. Será Iglesia (Ef 5, 32). Los cristianos compran y venden, comercian y ejercen la industria, pero lo harán de forma distinta a los paganos. No sólo no se aprovecharán de los otros (1 Tes 4, 6), sino que harán algo inconcebible al mundo: preferirán dejarse engañar y sufrir la injusticia antes que pedir justicia a un tribunal pagano para que defienda sus «bienes de este mundo». Si resulta necesario, arreglarán sus conflictos dentro de la Iglesia, en sus propios tribunales (1 Cor 6, 1-8).

De este modo, la Iglesia cristiana vive en medio del mundo y con todo su ser, con toda su actividad, da testimonio en cada instante de que «la figura de este mundo pasa» (1 Cor 7, 31), de que el tiempo es breve (1 Cor 7, 23) y el Señor está cerca (Flp 4, 5). Es-

to la llena de la alegría más intensa (Flp 4, 4). El mundo se vuelve muy pequeño para ella, la vuelta del Señor lo es todo. Camina aún en la carne, pero su mirada está puesta en los cielos, de donde volverá aquel a quien espera.

Aquí, en tierra extraña, es como una colonia lejos de su patria, una comunidad de exiliados que goza de la hospitalidad del país en el que vive, que obedece sus leyes y respeta a la autoridad. Utiliza agradecida las cosas necesarias para el cuerpo y para la vida; en todo se mostrará honrada, justa, pura, dulce, tranquila y dispuesta a servir. Manifiesta a todos los hombres, «especialmente a los hermanos en la fe» (Gal 6, 10; 2 Pe 1, 7), el amor de su Señor. Es paciente y alegre en el sufrimiento, se gloria en la aflicción. Vive su propia vida bajo una autoridad y una jurisdicción extranjeras. Ruega por toda autoridad y, con esto, le hace el mayor servicio (1 Tim 2, 1). Pero sólo se encuentra como de paso. En cualquier instante puede sonar la señal que manda proseguir la marcha. Entonces rompe y abandona toda amistad, todo parentesco de este mundo y sigue únicamente la voz que la ha llamado. Abandona el país extranjero y marcha hacia su patria, que está en el cielo.

Son pobres, sufren, padecen hambre y sed, son misericordiosos, pacíficos, son perseguidos y ultrajados por el mundo y, sin embargo, este sólo se mantiene a causa de ellos. Preservan al mundo del juicio de la cólera de Dios. Sufren para que el mundo pueda seguir viviendo bajo el régimen de la paciencia divina. Son extranjeros y peregrinos por la tierra (Heb 11, 13; 13, 14; 1 Pe 2, 11). Buscan las cosas de arriba, no las de la tierra (Col 3, 2). Porque su verdadera vida aún no se ha manifestado, está oculta con Cristo en Dios. Tienen ante sus ojos el reflejo de lo que serán. Aquí sólo es visible su muerte, su morir diario y secreto al hombre viejo y su muerte pública ante el mundo. También están ocultos a sus propios ojos. La mano izquierda no sabe lo que hace la derecha. Precisamente en cuanto Iglesia visible se desconocen completamente a sí mismos. Sólo miran a su Señor, que está en el cielo y en el que se encuentra la vida que esperan. Pero cuando Cristo, su vida, aparezca, también ellos aparecerán gloriosos con él (Col 3, 4).

Caminan por la tierra y viven en el cielo,
carecen de poder y protegen al mundo;

saborean la paz en medio de tumultos;
 son pobres, pero tienen lo que quieren.
 Sufren, pero están alegres,
 parecen muertos a los sentidos externos
 y viven interiormente la vida de la fe.
 Cuando Cristo, su vida, se manifieste,
 cuando se presente un día en su gloria,
 también ellos aparecerán como príncipes de la tierra,
 llenos de gloria para admiración del mundo.
 Reinarán y triunfarán con él,
 adornarán los cielos como suntuosas luminarias.
 Entonces gozarán de la alegría plena.

(Chr. F. Richter, *Es glänzet der Christen inwendiges Leben*).

Es la Iglesia de los que han sido llamados, la *Ekklesia*, el cuerpo de Cristo en la tierra, los seguidores y discípulos de Jesús.

La *Ekklesia* de Cristo, la comunidad de los discípulos, está sustraída a la soberanía del mundo. Vive en medio del mundo, pero ha sido transformada en un único cuerpo, constituye una esfera de soberanía autónoma, un espacio propio. Es la Iglesia santa (Ef 5, 27), la comunidad de los santos (1 Cor 14, 33), sus miembros son los llamados a ser santos (Rom 1, 7), que han sido santificados en Jesucristo (1 Cor 1, 2), elegidos y segregados antes de la fundación del mundo (Ef 1, 4). El fin de su vocación en Jesucristo, de su elección antes de la fundación del mundo, es que sean santos e irreprochables (Ef 1, 4); Cristo ofreció su cuerpo a la muerte para que los suyos apareciesen ante él santos, inmaculados e irreprochables (Col 1, 22); el fruto de la liberación del pecado por la muerte de Cristo consiste en que, los que antes entregaban sus miembros a la iniquidad, los pongan ahora al servicio de la justicia para la santificación (Rom 6, 19-22).

Sólo Dios es santo. Lo es por su separación total del mundo pecador y por el establecimiento de su santuario en medio del mundo. Así lo dice el cántico de alabanza entonado por Moisés y los hijos de Israel, después del desastre de los egipcios, al Señor que los liberó de la esclavitud del mundo:

¿Quién como tú, Yahvé, entre los dioses? ¿Quién como tú, glorioso en santidad, terrible en prodigios, autor de maravillas? Tendiste tu diestra y los tragó la tierra. Guiaste en tu bondad al pueblo rescatado. Tu poder los condujo a tu santa morada... Tú le llevas y le plantas en el monte de tu herencia, hasta el lugar que tú te has preparado para tu sede, ¡oh Yahvé! (Ex 15, 11-13.17).

La santidad de Dios consiste en establecer su morada, su santuario, en medio del mundo, y en hacer brotar de este santuario el

juicio y la redención (Sal 99 y *passim*). Pero en el santuario, el Dios santo se une a su pueblo, por medio de la reconciliación que sólo es obtenida en el santuario (Lv 16, 16s).

Dios pacta una alianza con su pueblo. Lo segrega, lo convierte en propiedad suya y se da a sí mismo en garantía de esta alianza. «Sed santos porque yo, Yahvé, vuestro Dios, soy santo» (Lv 19, 2), y «santo soy yo, Yahvé, el que os santifico» (Lv 21, 8). Tal es el fundamento sobre el que se basa esta alianza. Todas las otras leyes dadas al pueblo, y que este debe observar en la justicia, tienen por presupuesto y fin la santidad de Dios y de su Iglesia.

Igual que Dios, por ser santo, está separado de lo que es malo, del pecado, también lo está la Iglesia en su santuario. Él la ha escogido. La ha convertido en la Iglesia de su alianza. La ha reconciliado y purificado en el santuario. Ahora bien, el santuario es el templo, y el templo es el cuerpo de Cristo. En el cuerpo de Cristo se cumple la voluntad de Dios de tener una Iglesia santa. Separado del mundo y del pecado, convertido en propiedad de Dios, el cuerpo de Cristo es el santuario de Dios en el mundo. Dios habita en él por el Espíritu santo.

¿Cómo es esto? ¿Cómo puede convertir Dios a unos hombres pecadores en una Iglesia de santos, totalmente separada del pecado? ¿Cómo puede Dios alejar de sí la acusación de ser injusto cuando se une a los pecadores? ¿Cómo puede ser justo el pecador sin que Dios deje de ser justo?

Dios se justifica a sí mismo, establece la prueba de su justicia. En la cruz de Jesucristo se produce el milagro de la autojustificación de Dios ante sí mismo y ante los hombres (Rom 3, 21s). El pecador debe ser separado del pecado y vivir ante Dios. Ahora bien, para el pecador no hay separación del pecado fuera de la muerte. Su vida es pecado hasta tal punto que, para verse libre de él, debe morir. Dios sólo puede ser justo matando al pecador. Sin embargo, es preciso que el pecador viva y sea santo ante Dios. ¿Cómo es esto posible?

Dios mismo se hace hombre; toma nuestra carne en Jesucristo, su Hijo, y en su cuerpo carga con nuestra carne hasta la muerte de cruz. Dios mata a su Hijo, cargado con nuestra carne, y con su Hijo mata también a todo lo que es carne sobre la tierra. Desde entonces resulta evidente que nadie es bueno sino sólo Dios, que nadie es

justo sino sólo Dios. Con la muerte de su Hijo, Dios ha dado la prueba terrible de su propia justicia (ἐνδειξιν τῆς δικαιοσύνης αὐτοῦ; Rom 3, 26). Dios debía entregar a la muerte a toda la humanidad en el juicio de su cólera en la cruz para demostrar que *sólo él es justo*. La justicia de Dios se revela en la muerte de Jesucristo. La muerte de Jesucristo es el lugar en que Dios da prueba de su justicia, el único lugar donde reside la justicia divina. Quien pudiese participar de esta muerte, participaría con ello de la justicia de Dios. Ahora bien, Cristo tomó *nuestra* carne y en su cuerpo llevó *nuestros* pecados en el madero (1 Pe 2, 24).

Lo que sucedió en él, sucedió en todos nosotros. Participó de nuestra vida y de nuestra muerte y, con ello, nosotros podemos participar de su vida y de su muerte. Si era preciso que la justicia de Dios se manifestase en la muerte de Cristo, nosotros estamos con él allí donde reside la justicia de Dios, en la cruz, porque él llevó nuestra carne. De forma que, habiendo muerto, conseguimos participar de la justicia divina en la muerte de Jesús. La justicia propia de Dios, que nos mata a nosotros, los pecadores, es en la muerte de Jesús su justicia para nosotros. La justicia de Dios, por hallarse establecida en la muerte de Jesús, se halla también establecida para nosotros, que estamos incluidos en la muerte de Jesús.

Dios muestra su justicia «para ser él justo y justificador del que cree en Jesús» (Rom 3, 26). La justificación del pecador consiste, pues, en el hecho de que sólo Dios es justo y él, el pecador, completamente injusto, no en el hecho de que el pecador sea justo igual que Dios. Todo deseo de ser justos por nosotros mismos nos separa radicalmente de ser justificados por la justificación exclusiva de Dios. Sólo Dios es justo. Esto es reconocido en la cruz como un juicio que ha sido pronunciado sobre nosotros, los pecadores.

Pero quien se sitúa junto a la cruz por la fe en la muerte de Jesús recibe, en el mismo lugar en que es condenado a muerte como pecador, la justicia de Dios que triunfa en la cruz. Al no querer ni poder ser justo por sí mismo, admitiendo que sólo Dios lo es, recibe su justificación. Porque el hombre no puede ser justificado ante Dios más que reconociendo que sólo él es justo, y que el hombre es totalmente pecador. El problema de saber cómo nosotros, peca-

dores, podemos ser justos ante Dios es, en el fondo, el problema de saber cómo Dios es hacia nosotros sólo justo. Nuestra justificación sólo se funda en la justificación de Dios «para que seas (Dios) justificado en tus palabras y triunfes al ser juzgado» (Rom 3, 4).

No se trata más que de la victoria de Dios sobre nuestra injusticia, para que sólo Dios sea justo ante sí mismo. Esta victoria de Dios fue conseguida en la cruz. Y esta cruz no es sólo el juicio, sino también la reconciliación (ἰλαστήριον; Rom 3, 25) para todos los que creen que, en la muerte de Jesús, sólo Dios es justo y reconocen su pecado. La justicia de Dios crea la reconciliación (προέθετο; Rom 3, 25). «Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo» (2 Cor 5, 19s). «No tomando en cuenta sus transgresiones», las llevó sobre sí mismo y sufrió por esto la muerte del pecador. «Puso en nuestros labios la palabra de la reconciliación».

Esta palabra quiere encontrar la fe, la fe en que sólo Dios es justo y que en Jesucristo se ha convertido en nuestra justicia. Pero entre la muerte de Jesús y el mensaje de la cruz está su resurrección. Sólo en calidad de resucitado es aquel cuya cruz tiene poder sobre nosotros. El mensaje del crucificado es ya para siempre el mensaje de aquel que no permaneció prisionero de la muerte. «Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!» (2 Cor 5, 20).

Este mensaje de la reconciliación es la palabra propia de Cristo. Él es el resucitado que se nos muestra como el crucificado en la palabra del apóstol: Encontraos por la muerte de Jesucristo en la justicia de Dios que nos ha sido dada. Quien se encuentra en la muerte de Jesús, se encuentra en la justicia exclusiva de Dios. «A quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (2 Cor 5, 21). El inocente es muerto porque lleva nuestra carne pecadora, es odiado y maldecido por Dios y por el mundo, es hecho pecado a causa de nuestra carne. Pero nosotros, en su muerte, encontramos la justicia de Dios.

Estamos en él en virtud de su encarnación. Murió por nosotros, a fin de que nosotros, los pecadores, viniésemos a ser justicia de Dios en él, en cuanto pecadores absueltos de sus pecados por la justicia exclusiva de Dios. Si Cristo es ante Dios nuestro pecado,

que debe ser condenado, nosotros somos en él justicia, pero no nuestra propia justicia (ἰδία δικαιοσύνη; Rom 10, 3; Flp 3, 9) sino, en sentido estricto, la justicia única de Dios. La justicia de Dios consiste, pues, en que nosotros, pecadores, llegamos a ser su justicia; y nuestra justicia, es decir, la suya (Is 54, 7) consiste en que sólo Dios es justo, y nosotros los pecadores acogidos por él. La justicia de Dios es Cristo mismo (1 Cor 1, 30). Ahora bien, Cristo es «Dios con nosotros», «Emmanuel» (Is 7, 4), el Dios de nuestra justicia (Jr 33, 16).

El anuncio de la muerte de Cristo constituye para nosotros la predicación de la justificación. La incorporación al cuerpo de Cristo, es decir, a su muerte y resurrección, es el bautismo. Cristo murió una vez, y el bautismo y la justificación nos son dados también de una vez para siempre. En el sentido más estricto, son *irrepetibles*. Lo que se puede repetir es solamente el recuerdo de esta acción de la que hemos sido objeto de una vez por todas; y no sólo se lo puede repetir, sino que se lo debe repetir diariamente. Sin embargo, el recuerdo es distinto de la cosa misma. Para quien pierde la cosa, ya no existe el recuerdo. La Carta a los hebreos tiene razón en esto (Heb 6, 5; 10, 26s). Si la sal pierde su sabor, ¿con qué se le devolverá? A los bautizados se les dice: «¿No sabéis...?» (Rom 6, 3; 1 Cor 3, 16 y 6, 19) y: «Consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Jesucristo» (Rom 6, 11). Todos estos acontecimientos se han desarrollado no sólo en la cruz de Jesús, sino también en vosotros. Estáis separados del pecado, habéis muerto, estáis justificados.

Con esto, Dios ha realizado su obra. Ha establecido su santuario en la tierra por medio de la justicia. Este santuario es Cristo, el cuerpo de Cristo. La separación del pecado se efectúa por la muerte del pecador en Jesucristo. Dios tiene una Iglesia purificada del pecado. Es la Iglesia de los discípulos de Jesús, la comunidad de los santos. Estos son recibidos en su santuario, ellos mismos son el santuario, su templo. Han sido sacados del mundo y viven en un espacio nuevo, propio, en medio del mundo.

Desde ahora, en el Nuevo Testamento los cristianos sólo se llamarán los «santos». El otro término que podría concebirse, los «justos», no se admite porque no puede describir de la misma forma toda la magnitud del don recibido. Se refiere al acontecien-

to único del bautismo y de la justificación. Hay que renovar cada día la memoria de este acontecimiento. Los santos siguen siendo los pecadores justificados. Pero con el don único del bautismo y de la justificación y su recuerdo cotidiano se nos garantiza, por la muerte de Cristo, el don de la conservación de la vida de los justificados hasta el último día.

Ahora bien, la vida conservada de esta forma es la santificación. Ambos dones tienen el mismo fundamento: Jesucristo crucificado (1 Cor 1, 2; 6, 11). Ambos dones tienen el mismo contenido: la comunión con Cristo. Ambos son inseparables entre sí. Pero, precisamente por eso, no son lo mismo. Mientras que la justificación atribuye al cristiano el acto realizado por Dios, la santificación le promete la acción presente y futura de Dios. Mientras que en la justificación el creyente es situado, por la muerte única, en la comunión con Jesucristo, la santificación le mantiene en el espacio en que ha sido colocado, en Cristo, en la Iglesia.

Mientras en la justificación se halla en primer plano la situación del hombre con respecto a la ley, lo decisivo en la santificación es la separación del mundo hasta la vuelta de Cristo. La justificación incorpora al individuo a la Iglesia, la santificación mantiene la comunión entre todos los individuos. La justificación arranca al creyente de su pasado pecador, la santificación le hace vivir en Cristo, permanecer firme en su fe y crecer en la caridad. Justificación y santificación pueden ser concebidas con unas relaciones semejantes a las que existen entre creación y conservación. La justificación es la nueva creación del hombre nuevo; la santificación, su mantenimiento, su conservación hasta el día de Jesucristo.

En la santificación se cumple la voluntad de Dios: «Sed santos porque yo soy santo», y: «Santo soy yo, Yahvé, que os santifico». Este cumplimiento es obra del Espíritu santo, Dios. En él se perfecciona la obra de Dios en el hombre. Es el «sello» con que son sellados los creyentes para convertirlos en propiedad de Dios hasta el día de la redención. Igual que antes se hallaban prisioneros de la ley, como en una prisión cerrada (Gal 3, 23), los creyentes se encuentran ahora encerrados «en Cristo», sellados con el sello de Dios, el Espíritu santo.

Nadie tiene derecho a romper este sello. Dios mismo ha cerrado, guardando la llave en su mano. Dios se ha apoderado plena-

mente de aquellos a los que ha adquirido en Cristo. El círculo está cerrado. En el Espíritu santo, el hombre se ha convertido en propiedad de Dios. Aislada del mundo por un sello inviolable, la Iglesia de los santos espera la salvación definitiva. La Iglesia atraviesa el mundo igual que un tren sellado recorre un territorio extranjero. El arca de Noé debió ser «calafateada por dentro y por fuera con betún» (Gn 6, 14) para poder salvarse del diluvio; también el camino de la Iglesia sellada se asemeja al viaje del arca sobre las aguas del mar.

Lo que se pretende con estos sellos es la redención, la liberación, la salvación (Ef 4, 30; 1, 14; 1 Tes 5, 23; 1 Pe 1, 5 y *passim*) a la vuelta de Cristo. Pero quien garantiza el fin de su viaje a los que han sido sellados es precisamente el Espíritu santo.

Para ser nosotros alabanza de su gloria, los que ya antes esperábamos en Cristo. En él también vosotros, tras haber oído la palabra de la verdad, la buena nueva de vuestra salvación, y creído también en él, fuisteis sellados con el Espíritu santo de la promesa, que es prenda de nuestra herencia, para redención del pueblo de su posesión, para alabanza de su gloria (Ef 1, 12-14).

La santificación de la Iglesia consiste en que es apartada por Dios de lo impío, del pecado. Consiste en que, al ser sellada de esta forma por Dios, se convierte en propiedad suya, en morada de Dios sobre la tierra, en el lugar de donde parte hacia todo el mundo el juicio y la reconciliación. La santificación consiste en que los cristianos estén completamente orientados y mantenidos en dirección a la venida de Cristo, y salgan a su encuentro.

Para la comunidad de los santos, esto significa tres cosas: su santificación se verificará en una nítida *separación del mundo*. Su santificación se verificará en una *forma de vida digna* del santuario de Dios. Su santificación estará *oculta* en la *espera* del día de Jesucristo.

Por consiguiente, este es el *primer punto*, sólo hay santificación en la Iglesia visible. El carácter visible de la Iglesia es un signo decisivo de la santificación. La Iglesia, al reivindicar un lugar en el mundo y limitar el espacio reservado a este, da testimonio de que se halla en estado de santificación. Porque el sello del Espíritu santo sella a la Iglesia frente al mundo. Con el poder de este sello, la

Iglesia de Dios debe hacer valer su derecho sobre el mundo entero y, al mismo tiempo, reclamar para sí un espacio determinado en el mundo, trazando netamente los límites entre ella y este.

Puesto que la Iglesia es la ciudad sobre la montaña, *polis* (Mt 5, 14), fundada en la tierra por Dios; puesto que, en cuanto tal, constituye la propiedad sellada de Dios, su carácter «político» forma parte indisoluble de su santificación. Su «ética política» se basa únicamente sobre su santificación, según la cual el mundo debe ser mundo y la Iglesia, Iglesia; no obstante, la palabra de Dios debe dirigirse a partir de la Iglesia a todo el mundo, como el mensaje de que la tierra, con todo lo que posee, es del Señor; tal es el carácter «político» de la Iglesia.

Una santificación personal que quisiera prescindir de esta delimitación pública y visible de la Iglesia con relación al mundo, confundiría los deseos piadosos de la carne religiosa con la santificación de la Iglesia por el sello de Dios, obtenida en la muerte de Cristo. Una característica del orgullo ilusorio y de la falsa ambición espiritual del hombre viejo consiste en querer ser santo fuera de la comunidad visible de los hermanos.

Tras la humildad de esta interioridad se oculta el desprecio por el cuerpo de Cristo, en cuanto comunión visible de los pecadores justificados. Desprecio del cuerpo de Cristo, porque Cristo quiso tomar mi carne de forma visible y llevarla a la cruz; desprecio de la comunión, porque quiero ser santo por mí mismo, sin los hermanos; desprecio de los pecadores, porque me retiro de la forma pecadora de mi Iglesia para refugiarme en una santidad que me elijo a mí mismo. La santificación fuera de la Iglesia visible es una autocanonización.

La santificación por el sello del Espíritu santo pone siempre a la Iglesia en una situación de combate. En definitiva, se trata de defender este sello para que no sea roto ni por dentro ni por fuera, para que el mundo no intente convertirse en Iglesia, ni la Iglesia en mundo. La lucha de la Iglesia por el espacio concedido en la tierra al cuerpo de Cristo es lo que constituye su santificación. La guerra santa de la Iglesia en favor del santuario de Dios sobre la tierra pretende separar al mundo de la Iglesia, y a la Iglesia del mundo.

Sólo hay santuario en la Iglesia visible. Pero, este es el *segundo punto*, precisamente en la separación del mundo, la Iglesia vive

en el santuario de Dios y, en ella, existe un fragmento del mundo que vive en este santuario. Por eso, los santos deben actuar en todo de forma digna de su vocación y del Evangelio (Ef 4, 1; Flp 1, 27; Col 1, 10; 1 Tes 2, 12); ahora bien, sólo serán dignos recordando cada día el Evangelio del que viven. «Habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados» (1 Cor 6, 11). Su santificación consiste en vivir diariamente de este recuerdo. El mensaje del que deben ser dignos afirma que el mundo y la carne han muerto, que los cristianos están crucificados y muertos con Cristo en la cruz y por el bautismo, que el pecado no puede seguir dominando sobre ellos porque su soberanía ha sido destrozada; consiguientemente, es imposible por completo que el cristiano peque. «Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado» (1 Jn 3, 9).

Se ha realizado la ruptura. La vida «pasada» (Ef 4, 22) ha terminado. «En otro tiempo fuisteis tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor» (Ef 5, 8). En otro tiempo practicaban «las obras infructuosas de la carne», ahora el Espíritu produce las obras de la santificación.

Por consiguiente, ya no se puede llamar «pecadores» a los cristianos, puesto que este término se aplica a hombres que viven bajo el poder del pecado (ἁμαρτωλοί; cf. la única excepción que, por lo demás, es una afirmación concerniente al que pronuncia el término: 1 Tim 1, 15); más bien, eran en otro tiempo pecadores, impíos, enemigos (Rom 5, 8.19; Gal 2, 15.17), pero ahora son santos a causa de Cristo. En su calidad de santos se les recuerda que deben ser lo que son, y se les exhorta a ello. No se exige algo imposible: que los pecadores sean santos, esto sería recaer en la justificación por las obras y blasfemar de Cristo; los que deben ser santos lo son ya, porque han sido santificados en Cristo Jesús por el Espíritu santo.

La vida de los santos brota de un trasfondo terriblemente negro. Las sombrías obras de la carne son totalmente desveladas por la clara luz de la vida en el Espíritu:

Fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes (Gal 5, 19).

Todo esto no tiene ya cabida en la Iglesia de Jesús. Ha sido abolido, juzgado en la cruz, exterminado. Desde el principio se dice a

los cristianos que «quienes hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios» (Gal 5, 21; Ef 5, 5; 1 Cor 6, 9; Rom 1, 32). Estos pecados separan de la salvación eterna. Sin embargo, si uno de estos vicios llega a manifestarse en la Iglesia, debe provocar la exclusión de la comunidad (1 Cor 5, 1s).

En los llamados «catálogos de vicios» es frecuente encontrar una semejanza profunda entre las enumeraciones de los pecados. Casi sin excepción se halla en primer lugar la fornicación (πορνεία) incompatible con la nueva vida del cristiano. Sigue, la mayoría de las veces, la codicia (πλεονεξία; 1 Cor 5, 10; 6, 10; Ef 4, 19; 5, 3.5; Col 3, 5; 1 Tes 4, 4s), que puede ser resumida, con la precedente, bajo el término de «impureza», de «idolatría» (1 Cor 5, 10; 6, 9; Gal 5, 3.19; Col 3, 5.8). Vienen a continuación los pecados contra el amor fraterno y, por último, los de gula¹⁷. No es casual que la lista de pecados esté encabezada por la fornicación. No hay que buscar la causa de esto en circunstancias particulares de la época, sino en el género especial de este pecado. En él revive el pecado de Adán, que consistió en querer ser como Dios, en querer ser creador de la vida, en querer reinar y no servir. En él, el hombre traspasa los límites que le han sido impuestos por Dios y atenta contra sus criaturas.

Fue el pecado de Israel, que negó incesantemente la fidelidad de su Señor y se «prostituyó con los ídolos» (1 Cor 10, 7), uniéndose a ellos. La fornicación es, ante todo, un pecado contra Dios creador. Mas para el cristiano es especialmente un pecado contra el cuerpo de Cristo, porque el cuerpo del cristiano es miembro de Cristo. Sólo pertenece a Cristo. Ahora bien, la unión física con una prostituta suprime la comunión con Cristo.

Quien roba su cuerpo a Cristo para entregarlo al pecado, se aleja de Cristo. La fornicación constituye un pecado contra el propio cuerpo. Pero el cristiano debe saber que su cuerpo también es templo del Espíritu santo, que habita en él (1 Cor 6, 13s). La comunión del cuerpo del cristiano con Cristo es tan estrecha que simultáneamente no puede pertenecer al mundo. La comunión del cuerpo de Cristo prohíbe pecar contra el propio cuerpo. La cólera de Dios

17. Se puede considerar como origen de estos catálogos de vicios la palabra del Señor en Mc 7, 21s.

castigará inevitablemente al fornicador (Rom 1, 29; 1 Cor 1, 5s; 7, 2; 10, 7; 2 Cor 12, 21; Heb 12, 16; 13, 4). El cristiano es casto, sólo consagra su cuerpo al servicio del cuerpo de Cristo. Sabe que su cuerpo ha sido entregado a la muerte por el sufrimiento y la muerte del cuerpo de Cristo en la cruz. La comunión con el cuerpo martirizado y glorificado de Cristo libera al cristiano del desorden de la vida física. Los deseos físicos desenfrenados mueren diariamente en esta comunión. En la disciplina y la continencia el cristiano, con su cuerpo, está exclusivamente al servicio de la edificación del cuerpo de Cristo, la Iglesia. Lo mismo hace en el matrimonio, convirtiéndolo así en parte del cuerpo de Cristo.

A la fornicación está ligada la codicia. La insatisfacción del deseo es común a ambas, y hace caer al codicioso en manos del mundo. «No codiciarás», dice el mandamiento de Dios. El fornicador como el codicioso, son todo codicia. El fornicador desea la posesión de otro ser; el codicioso, la de los bienes de este mundo. El codicioso desea dominar y regir, pero se convierte en esclavo del mundo al que ha apegado su corazón. Fornicación y codicia ponen al hombre en una relación con el mundo que le mancha y le vuelve impuro. La fornicación y la codicia son idolatría, porque el corazón del hombre no pertenece ya a Dios ni a Cristo, sino a los bienes de este mundo que desea.

Quien se crea a sí mismo su Dios y su mundo, aquel a quien su pasión personal se le convierte en Dios, se ve conducido a odiar al hermano que se atraviesa en su camino y constituye un obstáculo para su voluntad. Las discusiones, los odios, la envidia, el asesinato, provienen de la fuente de la codicia personal. «¿De dónde proceden las guerras y las contiendas entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones que luchan en vuestros miembros?» (Sant 4, 1s). El fornicador y el codicioso no pueden conocer el amor fraterno. Viven de las tinieblas de su propio corazón. Al cometer un pecado contra el cuerpo de Cristo, lo cometen contra su hermano. La fornicación y el amor fraterno se excluyen mutuamente a causa del cuerpo de Cristo.

El cuerpo que sustraigo a la comunión del cuerpo de Cristo no puede estar ya al servicio del prójimo. A la inversa, la falta de consideración con el propio cuerpo y con el del prójimo es acompañada necesariamente de una glotonería licenciosa e impía en la comi-

da y la bebida. Quien desprecia su cuerpo cae en poder de la carne, «sirve a su vientre como a un Dios» (Rom 16, 18). El carácter horrible de este pecado reside en el hecho de que la carne muerta quiere cuidarse de sí misma, manchando al hombre hasta en su aspecto exterior. El glotón no tiene cabida en el cuerpo de Cristo.

El mundo de los vicios es para la Iglesia algo pasado. Ella se separó de los que viven en tales vicios y debe seguir separándose de ellos continuamente (1 Cor 5, 9s), porque «¿qué hay de común entre la luz y las tinieblas?» (2 Cor 6, 14). En estas se encuentran las «obras de la carne», en aquella el «fruto del Espíritu» (Gal 5, 19s; Ef 5, 9).

¿Qué significa el fruto? Hay muchas «obras» de la carne, pero *un solo* «fruto» del Espíritu. Las obras son resultado del trabajo humano, el fruto nace y crece sin que el árbol lo sepa. Las obras están muertas, el fruto vive y lleva una semilla que producirá nuevos frutos. Las obras pueden existir por sí mismas, pero nunca hay fruto sin árbol. El fruto es siempre algo absolutamente admirable, producido; no es algo querido, sino algo que brota. El fruto del Espíritu es un don producido sólo por Dios. Quien lo lleva sabe tan poco de él como el árbol de su fruto. Sólo conoce el poder de aquel por quien vive. No hay nada de que gloriarse, a no ser de la unión íntima con el origen, Cristo. Los mismos santos no saben nada del fruto de santificación que llevan. La mano izquierda ignora lo que hace la derecha. Si desearan saber algo de esto, si quisiesen caer en la contemplación de sí mismos, se desprenderían de la raíz y se habría acabado para ellos el tiempo de llevar fruto. «El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza» (Gal 5, 22).

Junto a la santidad de la Iglesia aparece aquí, con la luz más intensa, la santificación del individuo. Pero la fuente es la misma, la comunión con Cristo, la comunión con el mismo cuerpo. Igual que la separación del mundo sólo se realiza de forma visible en un combate continuo, también la santificación personal consiste en la lucha del espíritu contra la carne. Los santos no ven en su vida más que lucha, miseria, debilidad y pecado; y cuanto más avanzados están en la santificación, más se reconocen como los que sucumben, como los que mueren según la carne. «Pues los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y apetencias» (Gal 5, 24).

Viven todavía en la carne, pero precisamente por eso deben vivir plenamente de la fe en el Hijo de Dios, que ha comenzado a morar en ellos (Gal 2, 20). El cristiano sufre cada día (1 Cor 15, 31), pero aunque su carne sufra y se desmorone con esta muerte, el hombre interior se renueva de día en día (2 Cor 4, 16). La muerte de los santos según la carne se funda únicamente en el hecho de que Cristo, por el Espíritu santo, ha comenzado a vivir en ellos. Los santos mueren en Cristo y en su vida. Ya no necesitan buscarse sufrimientos propios, con los que únicamente conseguirían afirmarse una vez más en la carne. Cristo es su muerte diaria, su vida diaria.

Por eso pueden proclamar gozosos que el que ha nacido de Dios no puede pecar, que el pecado no tiene poder sobre ellos, que han muerto al pecado y viven en el Espíritu¹⁸. «Ninguna condenación pesa ya sobre los que están en Cristo Jesús» (Rom 8, 1). Dios se complace en sus santos; él mismo es quien actúa en sus combates y su muerte, haciendo brotar con ello el fruto de la santificación, del que los santos deben estar completamente ciertos, aunque a veces permanezca oculto.

Naturalmente, no es que la fornicación, la codicia, el asesinato, el odio, puedan seguir reinando en la Iglesia, refugiándose en el

18. «Pero yo vivo, dice el creyente. Vivo ante el rostro de Dios, ante el trono de su juicio, en su gracia; vivo en su clemencia, en su luz, en su amor; estoy completamente redimido de todos mis pecados; en el libro de deudas, mi cuenta está cerrada, todo está pagado. La ley ya no exige nada de mí, no me coarta, no me condena. Soy justo ante mi Dios, como él es justo; santo y perfecto, como es santo mi Dios, como es perfecto mi Padre celestial. Todo el beneplácito de Dios me rodea; es la roca sobre la que me apoyo, el techo que me cobija. Toda la felicidad de Dios, toda su paz, me elevan y mantienen; respiro en este ambiente y me siento perfectamente en él. Ya no tengo pecado ni lo cometo; estoy completamente seguro de que me encuentro en los caminos de Dios y cumplo su voluntad, de que vivo según ella cuando camino o estoy parado, cuando me siento o estoy en pie, cuando estoy despierto o dormido. También lo que pienso o digo es según su voluntad. En cualquier sitio donde me halle, sea dentro o fuera, lo hago siguiendo su voluntad. Le agrado cuando trabajo y cuando descanso. Mi deuda se ha extinguido para siempre y ya no puedo contraer nuevas deudas que permanezcan impagadas. Estoy completamente protegido por su gracia y ya no puedo pecar. La muerte no puede alcanzarme, vivo eternamente, como todos los ángeles de Dios. Mi Dios no se irritará ya contra mí, ni me castigará; estoy a salvo para siempre de la ira futura. El maligno no podrá vencerme, el mundo no me retendrá entre sus redes. ¿Quién podrá separarnos del amor de Dios? Si Dios está por nosotros, ¿quién podrá estar contra nosotros?» (Kohlbrügge).

mensaje del perdón; ni tampoco se trata de que el fruto de la santificación pueda permanecer invisible. Pero precisamente cuando es visible, cuando a la vista de la Iglesia cristiana el mundo se ve obligado a decir, como en los primeros siglos, «ved cómo se aman», los santos sólo se fijan en aquel a quien pertenecen e, ignorando el bien que hacen, imploran el perdón de sus pecados. Los mismos cristianos que se aplican la frase: «El pecado no reina ya sobre nosotros y el creyente no peca», confesarán:

Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros. Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo (1 Jn 1, 8-2, 1).

El Señor les ha enseñado a rezar: Perdónanos nuestras deudas. Les ha ordenado que se perdonen mutuamente sin cesar (Ef 4, 32; Mt 18, 21s). Los cristianos, al perdonarse unos a otros fraternalmente, dan un puesto en la comunidad al perdón de Jesús. Ven en el otro no a quien les ha ofendido, sino a aquel para quien Jesús ha conseguido el perdón en la cruz. Sus relaciones mutuas son las de hombres santificados por la cruz de Jesús. Bajo ella, por una muerte diaria, son santificados su pensamiento, su palabra, su cuerpo. Bajo esta cruz crece el fruto de la santificación.

La Iglesia de los santos no es la Iglesia «ideal» de los que carecen de pecado, de los perfectos. No es la comunidad de los puros, que no dejaría lugar al pecador para arrepentirse. Es más bien la Iglesia que se muestra digna del Evangelio del perdón de los pecados, en la medida en que anuncia verdaderamente el perdón de Dios, que no tiene nada que ver con el perdón que uno se concede a sí mismo; es la Iglesia de los que han experimentado la gracia cara de Dios, y obran de forma digna del Evangelio, sin malbaratarlo ni rechazarlo.

Esto significa que en la Iglesia de los santos sólo se puede predicar el perdón predicando también el arrepentimiento, no desproveyendo al Evangelio de la predicación de la ley, no perdonando los pecados pura y simplemente, incondicionalmente, sino rete-

niéndolos también en caso necesario. La voluntad del Señor es que no se eche a los perros el santo Evangelio; desea que sólo se lo predique cuando va garantizado por la exhortación al arrepentimiento. Una Iglesia que no llama pecado al pecado no puede encontrar la fe cuando quiere perdonar el pecado. Comete un pecado contra lo santo, camina de forma indigna del Evangelio. Es una Iglesia impía porque malbarata el perdón de Dios, que es muy caro. No basta con lamentarse de la pecabilidad general de los hombres incluso en sus obras buenas; así no se predica el arrepentimiento; hay que nombrar, castigar y juzgar el pecado concreto.

Este es el uso correcto del *poder de las llaves* (Mt 16, 19; 18, 18; Jn 20, 23), dado por el Señor a la Iglesia y del que los reformadores hablaban aún con tanta energía. Por amor a las cosas santas, a los pecadores y a la Iglesia, hay obligación de utilizar la llave que permite atar, retener el pecado. El ejercicio del *control eclesiástico* [o disciplina eclesiástica, *Gemeindezucht*; N. del T.] es necesario para que la Iglesia camine de forma digna del Evangelio. Igual que la santificación implica la separación de la Iglesia con respecto al mundo, también debe implicar la separación del mundo con respecto a la Iglesia. Sin la segunda, la primera es inauténtica y engañosa. La comunidad separada del mundo debe ejercer en su seno el control eclesiástico.

Este no sirve para edificar una comunidad de hombres perfectos, sino para construir la comunidad de los que viven realmente bajo la misericordia divina que perdona. El control eclesiástico está al servicio de la gracia cara de Dios. El pecador que se encuentra en la Iglesia debe ser exhortado y castigado para que no se condene ni haga mal uso del Evangelio. Por eso, sólo puede recibir la gracia del bautismo el que hace penitencia y confiesa su fe en Jesucristo. Del mismo modo, sólo puede recibir la gracia de la eucaristía el que «sabe discernir» (1 Cor 11, 29) entre el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo, dados para el perdón de los pecados, y cualquier otra comida de tipo simbólico o de la clase que sea. Para ello conviene que pueda justificar sus conocimientos en materia de fe, que «se examine» o se someta al examen de los hermanos, para saber si es realmente el cuerpo y la sangre de Cristo lo que desea. Al *interrogatorio en materia de fe* se añade la *confesión*, por la que el cristiano busca y recibe la cer-

teza del perdón de sus pecados. Es Dios quien viene aquí en ayuda del pecador para liberarlo del peligro de engañarse y de perdonarse a sí mismo. Al confesar el pecado delante del hermano, muere la carne con su orgullo.

La carne es entregada con Cristo al oprobio y la muerte, y por la palabra del perdón surge un hombre nuevo, seguro de la misericordia de Dios. De este modo, el uso de la confesión forma parte de la vida de los santos. Es un don de la gracia de Dios del que no puede abusarse impunemente. En la confesión se recibe la gracia cara de Dios. El cristiano se identifica en ella con la muerte de Cristo.

Por eso, cuando exhorto a la confesión lo único que hago es exhortar a ser cristiano (Lutero, *Gran catecismo*).

El control se extiende a toda la vida de la Iglesia. Existe una gradación bien establecida al servicio de la misericordia. El origen de todo ejercicio de control sigue siendo el anuncio de la palabra, de acuerdo con las dos llaves. No se limita a la asamblea del culto; el ministro nunca está desligado de su cargo fuera de ella. «Proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina» (2 Tim 4, 2). Este es el comienzo del control eclesiástico. Debe quedar claro que sólo se pueden castigar los pecados que se han hecho evidentes. «Los pecados de ciertas personas son notorios aun antes de que sean investigados; en cambio, los de otras lo son solamente después» (1 Tim 5, 24). La disciplina eclesiástica nos evita así ser castigados en el juicio final.

Pero si la disciplina eclesiástica fracasa en este primer paso, es decir, en el servicio pastoral diario del ministro, queda en vilo todo lo que sigue. Porque el segundo paso es la exhortación fraterna mutua de los miembros de la comunidad: «Instruíos y amonestaos» (Col 3, 16; 1 Tes 5, 11.14). Parte de la exhortación consiste en consolar a los abatidos, soportar a los débiles, ser pacientes con todos (1 Tes 5, 14). Esta es la única forma de resistir en la Iglesia a la tentación diaria y a la caída.

Cuando este servicio fraterno no sigue vivo en la Iglesia, es muy difícil dar el tercer paso. En efecto, si un hermano cae, a pesar

de todo, en un pecado manifiesto de palabra o de hecho, la Iglesia debe tener la energía suficiente para abrir contra él un verdadero proceso de disciplina eclesiástica. También este camino es largo: ante todo, la Iglesia debe separarse del pecador. «No tratéis con él» (2 Tes 3, 14), «alejaos de ellos» (Rom 16, 17), «con esos ¡ni comer!» (¿se refiere a la eucaristía?) (1 Cor 5, 11), «guárdate de ellos» (2 Tim 3, 5; 1 Tim 6, 4). «Hermanos, os mandamos en nombre del Señor Jesucristo (!) que os apartéis de todo hermano que viva desconcertado y no según la tradición que de nosotros recibisteis» (2 Tes 3, 6).

Esta actitud de la Iglesia está destinada a que el pecador «se avergüence» (2 Tes 3, 14), para poderlo ganar otra vez de esta forma. Esta manera de alejarse del pecador implica también su exclusión temporal de los actos comunitarios. Sin embargo, tal alejamiento no debe conllevar ya la supresión de toda comunión. Más bien, la Iglesia que se separa del pecador debe seguir en contacto con él mediante la palabra de exhortación: «No le miréis como a enemigo, sino amonestadle como a hermano» (2 Tes 3, 15). El pecador sigue siendo hermano, y por eso es castigado y exhortado por la comunidad. Es un sentimiento de fraternidad misericordioso el que mueve a la Iglesia a usar la disciplina. Con toda mansedumbre hay que castigar a los rebeldes y soportar a los malos,

por si Dios les otorga la conversión que les haga conocer plenamente la verdad, y volver al buen sentido, librándose de los lazos del diablo que los tiene cautivos, rendidos a su voluntad (2 Tim 2, 26).

El modo de exhortar será distinto según sea cada pecador, pero el fin siempre será el mismo: mover al arrepentimiento y a la reconciliación. Si el pecado puede quedar oculto entre ti y el pecador, no debes desvelarlo, sino sólo corregir al pecador y llamarlo al arrepentimiento; así «habrás ganado a tu hermano». Pero si no te escucha y persevera en su pecado, tampoco debes revelar inmediatamente el pecado, sino buscar uno o dos testigos (Mt 18, 15s). El testigo es necesario, tanto por el estado de las cosas –que si no puede probarse y el miembro de la comunidad lo niega, debe abandonarse en manos de Dios; los hermanos son testigos, no inquisidores– como por la negativa del pecador a arrepentirse. El secreto en

que se practica la disciplina está destinado a facilitar la conversión al pecador. Pero si continúa empeñado en no escuchar, o si el pecado es ya manifiesto a toda la Iglesia, es la Iglesia entera quien debe entonces exhortar al pecador y llamarle a la conversión (Mt 18, 17; cf. 2 Tes 3, 14).

Si el pecador ocupa un ministerio en la Iglesia, sólo debe acusarse si hay dos o tres testigos. «A los culpables, repréndelos delante de todos, para que los demás cobren temor» (1 Tim 5, 20). La comunidad es llamada ahora a ejercer el poder de las llaves sobre el que desempeña un cargo. La sentencia pública exige la representación pública de la comunidad y del ministerio.

Yo te conjuro en presencia de Dios, de Cristo Jesús y de los ángeles escogidos, que observes estas recomendaciones sin dejarte llevar de prejuicios ni favoritismos (1 Tim 5, 21);

porque ahora es el propio juicio de Dios el que va a recaer sobre el pecador.

Si este se arrepiente con sinceridad, si reconoce públicamente su pecado, recibirá el perdón en nombre de Dios (cf. 2 Cor 2, 6s), pero si persevera en su pecado, la Iglesia debe retenérselo en nombre de Dios. Esto significa la exclusión de toda comunión con la Iglesia.

Considéralo como al gentil y al publicano (Mt 18, 17). Yo os aseguro: todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo... porque donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt 18, 18s).

Pero la exclusión de la Iglesia sólo confirma lo que ya era un hecho: que el pecador impenitente es un hombre que «se ha condenado a sí mismo» (Tit 3, 10). No es la Iglesia quien le condena, él mismo pronuncia su condenación. Pablo designa esta exclusión completa con el término «entregar a Satanás» (1 Cor 5, 5; 1 Tim 1, 20). El culpable es entregado al mundo en que Satanás reina y produce la muerte (una comparación entre 1 Tim 1, 20 y 2 Tim 2, 7; 4, 15 prueba que no se trata aquí de la pena de muerte, como en Hch 5). El culpable es rechazado de la comunión del cuerpo de Cristo

porque se ha separado a sí mismo. No posee ya ningún derecho en la Iglesia.

Sin embargo, incluso esta última acción se halla plenamente al servicio del mismo fin: «Para que el espíritu se salve en el día del Señor» (1 Cor 5, 5), «para que aprenda a no blasfemar» (1 Tim 1, 20). El fin de la disciplina eclesiástica¹⁹ sigue siendo la vuelta a la Iglesia, la obtención de la salvación. Esta disciplina no deja de ser una acción pedagógica. Hay dos cosas ciertas: que el veredicto de la Iglesia es eterno si el otro no se arrepiente, y que este veredicto, en el que se desposee al pecador de la salvación, constituye el último ofrecimiento posible de la salvación y de la comunión con la Iglesia²⁰.

La santificación de la Iglesia se verifica en su conducta digna del Evangelio. Lleva el fruto del Espíritu y se encuentra bajo la disciplina de la palabra. En todo esto continúa siendo comunidad de

19. Por encima de todo ejercicio de la disciplina eclesiástica, que está siempre al servicio de la misericordia, incluso por encima del hecho de entregar al pecador endurecido a Satanás, la pena más terrible que conoce el Nuevo Testamento es la maldición, el anatema, que no está en relación con el fin salvífico. Se presenta como una anticipación del juicio divino. En el Antiguo Testamento le corresponde el *cherem*, que se aplica a los impíos. Significa una separación definitiva de la comunidad; el expulsado está muerto. Con esto se indican dos cosas: la comunidad no puede, en ninguna circunstancia, acoger y absolver al excomulgado. Por eso, queda exclusivamente en manos de Dios. Pero al mismo tiempo, aunque es un hombre maldito, también es santo, porque ha sido entregado a Dios. Y puesto que, como hombre maldito, sólo pertenece a Dios, la comunidad no puede intentar salvarle. Rom 9, 3 prueba que el anatema significa separación de la salvación; 1 Cor 16, 22 sugiere que el anatema está relacionado con la escatología. Gal 1, 8 dice que quien destruye conscientemente el Evangelio con su predicación debe ser anatematizado. No es casual el que los únicos textos que anatematizan a determinados hombres estén relacionados con herejes. «Doctrina est caelum, vita terra» (Lutero).

20. El control doctrinal (*Lehrzucht*) se diferencia del control comunitario (*Ge-meindezucht*) en cuanto que el último es consecuencia de la recta doctrina, es decir, del uso correcto de las llaves, mientras el primero se ejerce contra el abuso de la doctrina. La falsa doctrina corrompe la fuente de la vida de la Iglesia y de la disciplina comunitaria. Por eso, el pecado contra la doctrina es más grave que el pecado contra la buena conducta. Quien roba el Evangelio a la comunidad merece una condenación ilimitada, mientras que el que peca en su conducta puede contar siempre con el Evangelio. La disciplina doctrinal se aplica, ante todo, al portador del magisterio en la Iglesia. El presupuesto de todo esto es que, al conferir un cargo, existe la garantía de que el ministro es *didaktikós*, apto para la enseñanza (1 Tim 3, 2; 2 Tim 2, 24; Tit 1, 9), «capaz de enseñar también a los otros» (2 Tim 2, 2), y que a nadie se le imponen las manos precipitadamente porque, de lo contrario, la culpa recaería sobre el que se las haya impuesto (1 Tim 5, 22). El control doctrinal pre-

aquellos cuya única santificación es Cristo (1 Cor 1, 30) y que camina hacia el día de su vuelta.

Con esto llegamos al *tercer* aspecto de una verdadera santificación. Toda santificación tiende a subsistir en el día de Jesucristo. «Procurad la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (Heb 12, 14). La santidad está siempre en relación con el fin. Su fin es poder subsistir no ante el juicio del mundo o ante su propio juicio, sino ante el Señor. A sus propios ojos, a los ojos del mundo, es posible que su santidad sea pecado, su fe incredulidad, su amor dureza, su disciplina debilidad. Su verdadera santidad permanece oculta. Pero Cristo mismo prepara a su Iglesia para que pueda subsistir ante él.

Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada (Ef 5, 25-27; Col 1, 22; Ef 1, 4).

supone, pues, la vocación al ministerio de la enseñanza. La vida y la muerte de las comunidades dependen de una conciencia sumamente escrupulosa. Pero el control doctrinal no termina con la llamada al ministerio de la enseñanza, más bien es su principio. Con una exhortación incesante, el ministro confirmado –Timoteo– debe ser obligado a conservar la doctrina correcta, salvífica. Para ello se le recomienda especialmente la lectura de la Escritura. El peligro de errar es muy grande (2 Tim 3, 10; 3, 14; 4, 2; 2, 15; 1 Tim 4, 13.16; Tit 1, 9; 3, 8). A esto debe añadirse la exhortación a llevar una vida ejemplar. «Vela por ti mismo y por la enseñanza» (1 Tim 4, 16; Hch 20, 28). Timoteo no debe avergonzarse de ser exhortado a la castidad, a la humildad, a la imparcialidad. Antes que todo ejercicio de control comunitario se halla el ejercicio de la disciplina aplicada a los ministros. El oficio del ministro en la Iglesia consiste en transmitir la recta doctrina y oponerse a toda falsificación. Cuando aparezca un error manifiesto, el ministro debe mandar «que no se enseñe otra cosa» (1 Tim 1, 3); él tiene el cargo y puede mandar. Por otra parte, debe advertir y recordar que se eviten las disputas de palabras (2 Tim 2, 14). Si alguno es reconocido manifiestamente como hereje, debe «amonestarle una y otra vez». Si no escucha estos consejos, hay que romper toda comunión con él (Tit 3, 10; 1 Tim 6, 4s), porque seduce a la comunidad (2 Tim 3, 6s). «Quien no permanece en la doctrina de Jesucristo, no tiene Dios». A un hombre que enseña tales errores, no se le debe recibir en casa, ni siquiera saludarle (2 Jn 10). En la herejía viene el anticristo. El que es llamado anticristo no es el que peca en su forma de vivir, sino el que enseña doctrinas falsas. Sólo a este se aplica el anatema de Gal 1, 9. Sobre las relaciones entre control doctrinal y comunitario, se puede decir que no hay control comunitario sin control doctrinal. Tampoco hay control doctrinal que no deba llevar al control comunitario. Pablo reprocha a los corintios el que, en su orgullo, quieren ocasionar cisma sin ejercer el control comunitario (1 Cor 5, 2). En la comunidad es imposible operar esta separación entre la doctrina y la vida.

Ante Jesús sólo puede subsistir la Iglesia santificada; el que ha reconciliado a los enemigos de Dios y ha dado su vida por los impíos, lo ha hecho para que su Iglesia sea santa hasta el día de su vuelta. Esto se realiza mediante el sello del Espíritu santo, con el que los cristianos son encerrados y preservados en el santuario de la Iglesia hasta el día de Jesucristo. Aquel día se encontrarán ante él, no cubiertos de manchas y de oprobio, sino con el espíritu, el alma y el cuerpo santos e irreprochables (1 Tes 5, 23).

¿No sabéis acaso que los injustos no heredarán el reino de Dios? ¡No os engaños! Ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los rapaces heredarán el reino de Dios. Y tales fuisteis algunos de vosotros. Pero habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios (1 Cor 6, 9-11).

Así que nadie desafíe a la gracia de Dios queriendo perseverar en el pecado. Sólo la Iglesia santificada se salvará de la cólera en el día de Jesucristo; porque el Señor juzgará según las obras, sin acepción de personas. La obra de cada uno será manifestada y cada uno recibirá «según el bien o el mal que hizo durante su vida mortal» (2 Cor 5, 10; Rom 2, 6s; Mt 16, 26). Lo que no ha sido juzgado aquí abajo no quedará oculto el día del juicio; todo se manifestará. ¿Quién subsistirá entonces? El que haya realizado buenas obras. Los que serán justificados no son los que escuchan la ley, sino los que la ponen en práctica (Rom 2, 13; 2, 15). El Señor ha dicho claramente que sólo entrarán en el reino de los cielos los que hagan la voluntad de su Padre celestial. La «obra buena» nos es mandada porque seremos juzgados según nuestras obras. El temor a las obras buenas, con el que queremos justificar nuestras obras malas, es ajeno a la Biblia.

La Escritura nunca opone la fe a la obra buena, viendo en esta la destrucción de aquella; al contrario, es la obra mala la que impide y aniquila la fe. La gracia y la acción son indisolubles. No existe fe sin buenas obras, igual que no hay obras buenas sin fe²¹.

21. La diferencia entre Pablo y Santiago consiste en que, según Santiago, a la humildad de la fe se le quita la posibilidad de gloriarse en sí misma, mientras que, según Pablo, esta posibilidad se le quita a la humildad de las obras. Santiago no pretende negar la validez de la frase «el hombre sólo se justifica por la fe»; pero

Las buenas obras son necesarias al cristiano a causa de su salvación; porque quien se presente ante Dios lleno de obras malas no verá su Reino.

Por eso, la obra buena es el fin de la existencia cristiana. Pues to que sólo una cosa es necesaria en esta vida: saber cómo podrá subsistir el hombre en el juicio final, y puesto que cada uno será juzgado según sus obras, lo importante es preparar al cristiano para la obra buena. Igualmente, la nueva creación del hombre en Cristo tiene por fin las buenas obras.

Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios; tampoco viene de las obras, para que nadie se gloríe. En efecto, hechura suya somos: *creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos* (Ef 2, 8-10; cf. 2 Tim 2, 21; 3, 17; Tit 1, 16; 3, 1.8.14).

Todo es completamente claro. El fin es producir la obra buena que Dios exige. La ley de Dios sigue en pie y debe ser cumplida (Rom 3, 31) por medio de las buenas obras. Pero sólo hay *una* buena obra, la obra de Dios en Cristo Jesús. Hemos sido salvados por la obra de Dios en Cristo, no por nuestras propias obras. De suerte que nunca podemos gloriarnos en nuestras propias obras, ya que somos su obra. Pero hemos sido recreados en Cristo para que en él practiquemos buenas obras.

Todas nuestras buenas obras no son más que obras buenas de Dios, para las que nos ha preparado de antemano. Por consiguiente, las buenas obras son mandadas a causa de la salvación, pero sólo son buenas las obras que Dios produce en nosotros. Son don de Dios. Debemos caminar en las buenas obras; sin embargo, sabemos que nunca podríamos subsistir con ellas ante el tribunal de Dios; por eso, sólo nos aferramos, en la fe, a Cristo y a su obra.

Dios promete a los que están en Cristo Jesús obras buenas gracias a las cuales podrán subsistir, les promete preservarlos en la santificación hasta el día de Jesús. Pero sólo podemos creer en es-

quiere prevenir al creyente del peligro que supone la seguridad en su fe, y por eso le indica la obra de obediencia y le humilla. Para Pablo, como para Santiago, se trata de que el hombre viva realmente de su fe, y no de sí mismo.

ta promesa de Dios confiando en su palabra, caminando en las buenas obras para las que nos ha preparado.

De esta forma, nuestra buena obra queda completamente oculta a nuestros ojos. Nuestra santificación permanece en secreto hasta el día en que todo se manifieste. El que quiere ver algo ahora, el que quiere manifestarse a sí mismo, sin esperar con paciencia, tiene en ello su recompensa. Precisamente cuando creemos hacer progresos sensibles en nuestra santificación, alegrándonos de ello, se nos llama con más energía al arrepentimiento y a reconocer que nuestras obras están íntegramente contaminadas por el pecado. Nuestra mayor alegría debe estar siempre en el Señor. Sólo Dios conoce nuestras buenas obras, nosotros sólo conocemos su obra buena; escuchamos su mandamiento, estamos bajo su gracia, marchamos por el camino de sus mandamientos... y pecamos. Debemos procurar que la justicia nueva, la santificación, la luz que debe brillar, queden completamente ocultas. La mano izquierda debe ignorar lo que hace la derecha. Pero creemos, estamos firmemente convencidos de que «quien inició en nosotros la buena obra, la irá consumando hasta el día de Cristo Jesús» (Flp 1, 6).

Aquel día, Cristo mismo nos revelará las buenas obras que no conocíamos. Cuando no lo sabíamos, le dimos de comer, de beber, le vestimos y visitamos; y cuando no lo sabíamos, le rechazamos. Entonces quedaremos asombrados y reconoceremos que no son nuestras buenas obras las que subsisten, sino la obra que Dios, en su tiempo y sin nuestra voluntad ni esfuerzo, realizó por medio de nosotros (Mt 25, 31s). Una vez más, debemos alejar las miradas de nosotros mismos para fijarlas en aquel que ha realizado todo en nosotros, marchando tras él.

El que cree es justificado, el que es justificado es santificado, el que es santificado se salvará en el juicio, no porque nuestra fe, nuestra justicia o nuestra santificación, en cuanto dependen de nosotros, sean algo distinto del pecado, sino porque Jesucristo ha sido hecho para nosotros «*justicia, santificación y redención*, a fin de que el que se gloríe, se gloríe en el Señor» (1 Cor 1, 30).

La imagen de Cristo

A los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos (Rom 8, 29).

La promesa inmensa e inconcebible hecha a los que han sido llamados al seguimiento de Jesucristo es que serán semejantes a él. Llevarán su imagen como hermanos del Hijo unigénito de Dios. Este es el último rasgo del discípulo: debe ser «como Cristo».

La imagen de Jesucristo que el seguidor tiene incesantemente ante los ojos, frente a la cual desaparecen todas las otras, penetra en él, le inunda, le transforma, para que el discípulo se vuelva semejante, e incluso idéntico, a su Señor. En la comunión diaria, la imagen de Jesucristo esculpe la imagen del discípulo. El seguidor no puede contentarse con mirar la imagen del Hijo de Dios en una contemplación muerta y pasiva; de esta imagen brota una fuerza transformadora. El que se entrega plenamente a Jesucristo, llevará necesariamente su imagen. Se convierte en hijo de Dios, se mantiene junto a Cristo como su hermano visible, semejante a él, como imagen de Dios.

Al principio Dios creó a Adán a imagen suya. En Adán, plenitud de su creación, Dios buscaba complacerse en su propia imagen; «y he aquí que estaba muy bien». En Adán, Dios se reconoció a sí mismo. Desde el comienzo, el misterio insoluble del hombre consiste en ser una criatura y, sin embargo, debe asemejarse al Creador. El hombre creado debe llevar la imagen del Dios increado. Adán es «como Dios». Debe llevar, con gratitud y obediencia, su misterio de ser criatura y, no obstante, semejante a Dios. La mentira de la serpiente consistió en insinuar a Adán que aún debía hacerse como

Dios, precisamente por medio de su propia acción y decisión. Entonces Adán rechazó la gracia y eligió la acción personal. Quería resolver por sí mismo el misterio de su esencia, consistente en ser a la vez criatura y semejante a Dios. Quería convertirse por sí mismo en lo que ya era por obra de Dios. Esta fue la caída en el pecado. Adán se hizo «como Dios», *sicut Deus*, a su manera. Se había convertido a sí mismo en dios y ya no tenía Dios. Reinaba solo, como dios creador de un mundo privado de Dios y sometido.

Pero el enigma de su existencia sigue sin resolver. El hombre ha perdido su esencia propia, semejante a Dios, que antes tenía. Ahora vive privado de su carácter peculiar, el de ser imagen de Dios. El hombre vive sin ser hombre. Debe vivir sin poder vivir. Es la contradicción de nuestra existencia, la fuente de todas nuestras miserias. Desde entonces, los orgullosos hijos de Adán intentan restaurar en ellos, con sus propias fuerzas, la imagen de Dios que han perdido. Pero precisamente cuanto más serios e intensos son sus esfuerzos por reconquistar lo que han perdido, cuanto más convincente y grandioso parece ser el éxito, tanto más profunda es la contradicción con Dios. Esta falsa imagen que acuñan a semejanza del dios que se han creado les lleva cada vez más, sin saberlo, a convertirse en imagen de Satanás. La tierra sigue desprovista de la imagen de Dios, en cuanto gracia del Creador.

Pero Dios no aparta su mirada de la criatura perdida. Por segunda vez quiere crear en ella su imagen. Dios quiere complacerse de nuevo en su criatura. Busca en ella su propia imagen para amarla. Pero sólo la encuentra de una forma: tomando él mismo, por pura misericordia, la imagen y la forma del hombre perdido. Puesto que el hombre no puede asemejarse ya a la imagen de Dios, es preciso que Dios se asemeje a la imagen del hombre.

La imagen de Dios debe ser restaurada en el hombre de forma plena. El fin pretendido no es que el hombre vuelva a tener ideas correctas sobre Dios, ni que vuelva a situar sus actos aislados bajo la palabra de Dios, sino que totalmente, en cuanto criatura viva, sea imagen de Dios. El cuerpo, el alma y el espíritu, la persona entera del hombre debe llevar la imagen de Dios en la tierra. El beneplácito de Dios sólo descansa en su imagen perfecta.

La imagen brota de la vida, del modelo vivo. La forma se configura por la forma. O bien es una forma imaginaria de Dios la que

modela la forma humana, o bien es la forma de Dios mismo, verdadera y viva, la que acuña la forma del hombre para convertirlo en imagen de Dios. Es preciso que se realice una transformación, una «metamorfosis» (Rom 12, 2; 2 Cor 3, 18), una modificación de la forma, para que el hombre caído vuelva a ser imagen de Dios. El problema consiste en saber cómo es posible tal transformación del hombre en imagen de Dios.

Puesto que el hombre caído no puede reencontrar ni tomar la forma de Dios, sólo queda *un* camino. Dios mismo toma la forma del hombre y viene a él. El Hijo de Dios, que vivía junto al Padre en la forma de Dios, se despoja de esta forma y viene a los hombres en forma de siervo (Flp 2, 5s). Esta transformación, que no podía producirse en los hombres, se realiza en el mismo Dios. La imagen de Dios, que había permanecido junto a él desde toda la eternidad, toma ahora la imagen del hombre caído y pecador. Dios envía a su Hijo en una carne semejante a la del pecado (Rom 8, 2s).

Dios envía a su Hijo; sólo en esto puede consistir la ayuda. No es una idea nueva ni una religión mejor lo que puede conseguir el fin. Un hombre viene hacia el hombre. Todo hombre lleva una imagen. Su cuerpo y su vida aparecen en forma visible. Un hombre no es sólo una palabra, un pensamiento, una voluntad, sino antes que todo esto, y en todo esto, un hombre, una persona, una imagen, un hermano. Así, lo que surge con él no es sólo un pensamiento nuevo, una voluntad nueva, una acción nueva, sino una imagen, una forma nuevas. En Jesucristo, la imagen de Dios ha venido a nosotros bajo la forma de nuestra vida humana, perdida en una carne semejante a la del pecado. En su doctrina y sus hechos, en su vida y su muerte, se nos ha revelado su imagen. En él Dios ha recreado su imagen sobre la tierra. La encarnación, la palabra y la acción de Jesús, su muerte en la cruz, forman parte de esta imagen de manera inalienable. Es una imagen diferente de la de Adán en la gloria primera del paraíso.

Es la imagen del que se sitúa en medio del mundo del pecado y de la muerte, toma sobre sí la miseria de la carne humana, se somete humildemente a la cólera y al juicio de Dios sobre los pecadores y permanece obediente a la voluntad divina en la muerte y los sufrimientos; la imagen del que nació en la pobreza, fue amigo de los publicanos y pecadores, con los que comía, y se vio recha-

zado y abandonado por Dios y por los hombres en la cruz. Es Dios en forma humana, el hombre, nueva imagen de Dios.

Sabemos que las huellas del sufrimiento, las heridas de la cruz, son ahora los signos de la gracia en el cuerpo de Cristo glorificado y resucitado, que la imagen del crucificado vive ahora en la gloria del sumo y eterno sacerdote, que intercede por nosotros ante Dios en los cielos. En la mañana de Pascua la forma de siervo de Jesús se transformó en un cuerpo nuevo de aspecto y claridad celestes. Pero quien quiere participar, según la promesa de Dios, en la claridad y la gloria de Jesús, debe asemejarse primero a la imagen del siervo de Dios, obediente y sufriente en la cruz. Quien desea llevar la imagen glorificada de Jesús debe haber llevado la imagen del crucificado, cargada de oprobio en el mundo. Nadie encontrará la imagen perdida de Dios si no se configura a la persona de Jesucristo encarnado y crucificado. Dios sólo se complace en esta imagen. Por eso, sólo puede agradarle quien se presenta ante él con una imagen semejante a la de Cristo.

Asemejarse a la forma de Jesucristo no es un ideal que se nos haya encomendado, consistente en conseguir cualquier parecido con Cristo. No somos nosotros quienes nos convertimos en imágenes; es la imagen de Dios, la persona misma de Cristo, la que quiere configurarse en nosotros (Gal 4, 19). Es su propia forma la que quiere hacer brotar en nosotros. Cristo no descansa hasta habernos transmitido su imagen. Debemos asemejarnos a la *persona* entera del *encarnado, crucificado y glorificado*.

Cristo ha tomado *esta forma humana*. Se hizo un hombre como nosotros. En su humanidad, en su anonadamiento, reconocemos nuestra propia figura. Se hizo semejante a los hombres para que estos fuesen semejantes a él. Por la encarnación de Cristo, la humanidad entera recibe de nuevo la dignidad de ser semejante a Dios. Ahora quien atenta contra el hombre más pequeño atenta contra Cristo, que ha tomado una forma humana y ha restaurado en él la imagen de Dios. En la comunión del encarnado se nos devuelve lo que es característico de nuestra esencia de hombres. Con ello somos arrancados del aislamiento del pecado y devueltos a la humanidad. En la medida en que participamos del Cristo encarnado, participamos de toda la humanidad, acogida por él. Sabiéndonos acogidos y llevados en la humanidad de Jesús, nuestra nueva

forma de ser hombres consistirá en llevar la falta y la miseria de los otros. Cristo encarnado convierte a sus discípulos en hermanos de todos los hombres. La «filantropía» (Tit 3, 4) de Dios, que se manifestó en la encarnación de Cristo, fundamenta el amor fraterno que los cristianos experimentan para con todos los hombres de la tierra. Es la persona del encarnado la que transforma a la comunidad en cuerpo de Cristo, este cuerpo sobre el que recaen el pecado y la miseria de toda la humanidad.

La forma de Cristo en la tierra es la *forma de muerte* del crucificado. La imagen de Dios es la imagen de Jesucristo en la cruz. La vida del discípulo debe ser transformada en esta imagen. Es una vida configurada a la muerte de Cristo (Flp 3, 10; Rom 6, 4s). Es una vida crucificada (Gal 2, 19). Por el bautismo, Cristo esculpe la forma de su muerte en la vida de los suyos. Muerto a la carne y al pecado, el cristiano ha muerto a este mundo y el mundo ha muerto para él (Gal 6, 14). Quien vive de su bautismo, vive de su muerte. Cristo marca la vida de los suyos con la muerte diaria en el combate del espíritu contra la carne, con el sufrimiento diario de la agonía, infligido al cristiano por el diablo. En la tierra todos los discípulos deben padecer el sufrimiento de Jesucristo. Cristo sólo concede a un pequeño número de discípulos el honor de la comunión más íntima con su sufrimiento, el martirio. En él, la vida del discípulo ofrece la más profunda semejanza con la forma de la muerte de Jesucristo. En el oprobio público, en el sufrimiento y la muerte a causa de Cristo es como Cristo se forma visiblemente en su Iglesia. Pero desde el bautismo hasta el martirio es el mismo sufrimiento, la misma muerte. Es la nueva creación de la imagen de Dios por el crucificado.

Quien está en la comunión del encarnado y crucificado, habiéndose configurado a él, se asemejará también al *glorificado y resucitado*. «Revestiremos también la imagen del hombre celeste» (1 Cor 15, 49). «Seremos semejantes a él porque le veremos tal cual es» (1 Jn 3, 2). La imagen del resucitado, igual que la del crucificado, transformará a los que la vean. Quien vea a Cristo, será incorporado a su imagen, identificado a su forma, e incluso se convertirá en espejo de la imagen divina. Ya en esta tierra se reflejará en nosotros la gloria de Jesucristo. De la forma de muerte del crucificado, en la que vivimos en la miseria y la cruz, brotarán la cla-

ridad y la vida del resucitado; cada vez será más profunda nuestra transformación en imágenes de Dios, y cada vez será más clara la imagen de Cristo en nosotros. Es un progreso de conocimiento en conocimiento, de claridad en claridad, hacia una identidad cada vez más perfecta con la imagen del Hijo de Dios.

Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen, de gloria en gloria (2 Cor 3, 18).

Es la presencia de Jesucristo en nuestros corazones. Su vida no ha terminado en la tierra. Continúa en la vida de los que le siguen. Ya no debemos hablar de nuestra vida cristiana, sino de la verdadera vida de Jesucristo en nosotros. «Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20). Cristo encarnado, crucificado, glorificado, ha entrado en mí y vive mi vida; «Cristo es mi vida» (Flp 1, 21). Pero con Cristo es el Padre quien vive en mí, y el Padre y el Hijo por el Espíritu santo. La santa Trinidad ha establecido su morada en el cristiano, le llena y transforma en su imagen. Cristo encarnado, crucificado y glorificado toma forma en los individuos porque son miembros de su cuerpo, la Iglesia. La Iglesia lleva la forma humana de Jesucristo, la forma de su muerte, la forma de su resurrección. Ella es su imagen (Ef 4, 24; Col 3, 10) y, por ella, también lo son todos sus miembros. En el cuerpo de Cristo nos hemos vuelto «como Cristo».

Ahora comprendemos que el Nuevo Testamento repita continuamente que debemos ser «como Cristo» (καθὼς Χριστός). Habiéndonos convertido en imágenes de Cristo, debemos ser como él. Puesto que llevamos la imagen de Cristo, solamente él puede ser nuestro «modelo». Y dado que él vive en nosotros su verdadera vida, podemos «vivir como él vivió» (1 Jn 2, 6), «hacer lo que él hizo» (Jn 13, 15), «amar como él amó» (Ef 5, 2; Jn 13, 34; 15, 12), «perdonar como él perdonó» (Col 3, 13), «tener en nosotros los sentimientos que tuvo Cristo» (Flp 2, 5), «seguir el ejemplo que nos dejó» (1 Pe 2, 21), «dar nuestra vida por los hermanos como él la dio por nosotros» (1 Jn 3, 16).

Lo único que nos permite ser como él fue es que él fue como nosotros somos. Lo único que nos permite ser «como Cristo» es que

nos hemos vuelto semejantes a él. Ahora que nos hemos convertido en imágenes de Cristo, podemos vivir según el modelo que nos ha dado. Ahora es cuando actuamos como debemos; ahora, en la sencillez del seguimiento, vivimos una vida semejante a la de Cristo. Ahora obedecemos con sencillez a su palabra. Ninguna mirada se dirige a mi propia vida, a la nueva imagen que llevo. En cuanto de-sease verla, la perdería. Por eso sólo contemplo fijamente el espejo de la imagen de Jesucristo. El seguidor sólo mira a aquel a quien sigue. Pero del que lleva en el seguimiento la imagen de Jesucristo encarnado, crucificado y resucitado, del que se ha convertido en imagen de Dios, podemos decir, por último, que ha sido llamado a ser «imitador de Dios». El seguidor de Jesús es el imitador de Dios. «Haced imitadores de Dios como hijos queridísimos» (Ef 5, 1).

ÍNDICE GENERAL

<i>Introducción</i>	9
I. SEGUIR A CRISTO	
1. La gracia cara	15
2. La llamada al seguimiento	27
3. La obediencia sencilla	47
4. El seguimiento y la cruz	53
5. El seguimiento y el individuo	61
6. El sermón del monte	69
1. Mt 5: Sobre lo «extraordinario» de la vida cristiana	69
a) Las bienaventuranzas	69
b) La comunidad visible	77
c) La justicia de Cristo	81
d) El hermano	86
e) La mujer	89
f) La veracidad	92
g) La venganza	96
h) El enemigo: lo «extraordinario»	100
2. Mt 6: Sobre el carácter oculto de la vida cristiana	107
a) La justicia oculta	107
b) El carácter oculto de la oración	112
c) El carácter oculto de la práctica de piedad	118
d) La sencillez de la vida sin inquietud	120
3. Mt 7: La segregación de la comunidad de los discípulos ..	128
a) Los discípulos y los infieles	128

b) La gran separación	133
c) La conclusión	139
4. Mt 9, 35–10, 42: Los mensajeros	141
a) La mies	141
b) Los apóstoles	143
c) El trabajo	144
d) El sufrimiento de los mensajeros	149
e) La decisión	152
f) El fruto	154

II. LA IGLESIA DE JESUCRISTO Y EL SEGUIMIENTO

1. Cuestiones preliminares	159
2. El bautismo	163
3. El cuerpo de Cristo	171
4. La Iglesia visible	183
5. Los santos	205
6. La imagen de Cristo	229